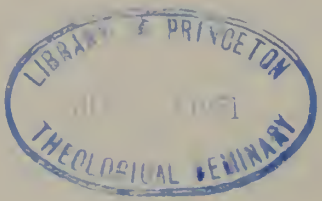
Fray Justo Pérez de Urbel

+ SAN +
PABLO
APOSTOL
DE LAS GENTES

EDICIONES FAX - MADRID



BS2658
.P436

SAN PABLO, APÓSTOL DE LAS GENTES

SAN PABLO, APÓSTOL DE LAS GENTES

POR

FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL

TERCERA EDICIÓN

EDICIONES FAX
Calle de Zurbano, 80
MADRID

Nihil obstat:
Dr. Andrés de Lucas,
Cens. Eccles.

Imprimatur:
✠ Casimiro,
Obispo Auxiliar
y Vicario General

Madrid, 13 de diciembre de 1947

Printed in Spain

ES PROPIEDAD

1 9 5 0

Bolaños y Aguilar, S. L.—Madrid.

A Javier de Aznar,
en prueba de amistad
y agradecimiento.


MAR ADRIÁTICO
MAR TIRRENO
MAR JÓNICO
MAR MEDITERRANEO
PONTO EUXINO
MAR NEGRO
Mesia
Tracia
Macedonia
Dalmacia
Epiro
ACAYA
Peloponeso
Sicilia
Creta
Chipre
Libia
EGIPTO
Arabia
Siria
Fenicia
Palestina
Galacia
Bitinia
Ponto
Asia
Frigia
Lidia
Misia
Cilicia
Pisidia
Licia
Pamfilia
Capadocia
Roma
Nápoles
Brindis
Corfú
Siracusa
Regio
Corinto
Cencreas
Atenas
Filipos
Bizancio
Troas
Mitilene
Rodas
Salamina
Damasco
Samaria
Jerusalén
Cirene
Alejandría
VIAJES APOSTÓLICOS DE SAN PABLO
Primer viaje apostólico
Segundo " "
Tercer " "
Viaje a Roma

ABREVIATURAS

Ex.	Exodo.
Ps.	Salmos.
Is.	Isaías.
Mt.	Evangelio según S. Mateo.
Io.	Evangelio según S. Juan.
Act.	Hechos de los Apóstoles.
Rom.	Epístola de S. Pablo a los Romanos.
1 Cor.	Epístola de S. Pablo 1.ª a los Corintios.
2 Cor.	Epístola de S. Pablo 2.ª a los Corintios.
Gal.	Epístola de S. Pablo a los Gálatas.
Eph.	Epístola de S. Pablo a los Efesios.
Phil.	Epístola de S. Pablo a los Filipenses.
Col.	Epístola de S. Pablo a los Colosenses.
1 Thes.	Epístola de S. Pablo 1.ª a los Tesalonicenses.
2 Thes.	Epístola de S. Pablo 2.ª a los Tesalonicenses.
1 Tim.	Epístola de S. Pablo 1.ª a Timoteo.
2 Tim.	Epístola de S. Pablo 2.ª a Timoteo.
Tit.	Epístola de S. Pablo a Tito.
Hebr.	Epístola de S. Pablo a los Hebreos.
2 Petr.	Epístola 2.ª de S. Pedro.
Apoc.	Apocalipsis.

PROLOGO

Los primeros libros de San Agustín son sustancialmente las conversaciones que el santo sostuvo con sus amigos, en la quinta de Casiciaco, durante las semanas que precedieron a su bautismo. Es inútil decir que esta sencilla biografía no tiene la menor ambición de compararse con los escritos agustinianos; pero también ella nació en el calor de una conversación amistosa, una de esas conversaciones de los caminos, en que las almas, al encontrarse más solas, más lejos de las personas y de los paisajes acostumbrados, exterioriizan más libremente sus sentimientos más íntimos. No puedo olvidar aquella fecha, por lo que tuvo de agradable e instructivo nuestro coloquio espiritual. Era el 30 de junio del año 1934, día en que la liturgia conmemora la fiesta del Apóstol de las Gentes. En nuestros oídos repercutían con insistencia los textos de la misa celebrada al amanecer en el claustro del monasterio: «Sé en quién he creído, y estoy cierto de que será poderoso para guardar el tesoro que yo he puesto en sus manos... La gracia de Dios no ha sido estéril en mí, y permanece siempre conmigo... Plugo a aquel que me separó desde el vientre de mi madre revelarme a su Hijo, para que le anunciase a las naciones.»

Tres éramos los caminantes. Frente a mí brillaban con reflejos de inocencia los ojos claros de un joven amigo, que ahora lleva con airoso gesto la blanca túnica dominicana, y a mi lado veía, respirando la avidez de lo noble y lo perfecto, el semblante de otro, que ha querido generosamente patrocinar este libro, nacido al calor de aquella conversación. De una manera invisible, San Pablo venía también con nosotros. El viajero infatigable, el peregrino de todas las rutas, el navegante de todos los puertos, el huésped de todas las posadas, nos acompañaba también. Mientras el coche rodaba, rodaba por las llanuras burgalesas, nosotros escuchábamos aquella gran voz,

una de las más poderosas que se oyeron en la tierra, y su figura se alzaba en medio de nosotros, tierna y compasiva, como cuando hacía llorar a sus discípulos en las plazas de Mileto; íntima y familiar, como en las Epístolas de Timoteo y Filemón; grave y serena, como cuando se encontraba frente a los poderes del mundo; ardiente y dominadora, como cuando subyugaba los ímpetus de las muchedumbres; apasionada y terrible, como cuando deshacía los engaños de sus enemigos.

Y seducidos por su ademán impetuoso y su elocuencia arrolladora, le seguíamos a través de las calzadas del Imperio, penetrábamos con él en las ciudades cosmopolitas y saltábamos de continente en continente, ávidos de recoger su aliento vivificador y de admirar las huellas incandescentes de su paso. Aquí le veíamos derrochando ternuras de madre en medio de un grupo de neófitos; allí dominando con su mirada un pueblo amotinado; más allá resistiendo las calumnias, los insultos, las persecuciones; en todas partes trabajando con un ardor heroico, combatiendo sin tregua el buen combate, predicando y enseñando, tejiendo tiendas y formando espíritus, caminando y luchando, siempre enfermo y siempre infatigable, agitado, impelido, sostenido por su inmenso amor al Crucificado. Ni le detienen las cordilleras, ni le asustan los mares, ni le estremecen las selvas, pobladas de bestias feroces, ni le inmutan las grandes urbes, señoreadas por los ídolos y los tiranos. Atraviesa el Tauro y recorre las vastas estepas del Asia Menor; sube a las grandes trirremes y observa en las plazas y bajo los pórticos; bordea las faldas del Olimpo y llega hasta las orillas del Tíber. La llama que le empuja le trae hasta las playas ibéricas. La amplitud de sus ambiciones no reconoce más límites que los límites del mundo antiguo. Quiere que su Señor sea conocido en las extremidades de la tierra, en nuestra tierra española, donde quedaron para siempre los ardores prodigiosos, que un día prenderán en almas apostólicas, como las de Francisco Javier o Juan de Avila, o en espíritus místicos, como los de Santa Teresa o San Juan de la Cruz.

Al evocar esta carrera prodigiosa nos íbamos persuadiendo de que no ha habido en el mundo aventura comparable a la de aquel hombre, que súbitamente renuncia a cuanto había adorado, y acepta lo que había perseguido, poniendo a su servicio la furiosa acometividad de su alma, defendiéndolo contra todos los poderes del mundo y contra todas las insidias del infierno, contra la riqueza y contra la política, contra el veneno de la astucia y contra la sabiduría mundana. En el Palatino ya no admirábamos tanto a César, vestido de púrpura

y coronado de laurel, como a este judío pequeño y feo, empeñado en establecer un orden nuevo sobre las ruinas majestuosas del orden imperial. En el Areópago, no pensábamos en los oráculos de la antigüedad clásica, ni en la masa, enrojecida por soles milenarios, de las arquitecturas famosas, ni en las victorias aladas del templo de Nike. La sabiduría socrática, los apóstrofes de Demóstenes, la armonía de los ropajes de Fidias, los coros de Esquilo, todo palidecía ante la novedad de esta voz, que osaba lanzar el anatema definitivo a los falsos dioses en el lugar mismo donde había fijado su asiento secular: «Hombres atenienses, lo que vosotros honráis sin conocer, eso es lo que yo os anuncio.» El casco de Ares tiembla en su cabeza, huyen las lechuzas de Athenea, y los rayos tiemblan en las manos de Zeus. En la cima de la Acrópolis brilla como aurora el anuncio del Dios desconocido, y entre las cariátides del Erecteión resuena aquella palabra de inefable dulzura: «En Él vivimos, nos movemos y somos.»

Las ascensiones de la teodicea platónica, llena de dudas y vacilaciones, quedaban empequeñecidas por esta sola frase, pronunciada con una seguridad pasmosa. Aquel predicador extraño no era sólo el hombre de la energía eléctrica, dispuesto siempre a las resoluciones más inesperadas, sino el pensador profundo, la inteligencia flexible y audaz, que penetraba los hombres y las cosas con la fuerza del relámpago, que condensaba en fórmulas inolvidables sus maravillosas intuiciones: «¡Lástima que sea tan oscuro!—dijo alguien de nosotros—. Los párrafos suyos, que la liturgia nos ofrece en las Epístolas de la Misa, son, a veces, casi incomprensibles.»

Es verdad; esas lecturas fragmentarias, arrancadas al conjunto de que forman parte, pierden mucho de su nervio y luminosidad; pero aquel que se ha acostumbrado a su trato, que conoce sus violentas transiciones, los saltos repentinos de su espíritu y la originalidad de su expresión, descubre en medio de un bosque impresionante de objeciones y argumentos, de antítesis e interrupciones, una claridad suprema, una unción amable, una límpida amplitud, una graciosa espontaneidad y una vehemencia fulgurante. La impresión de oscuridad se acentúa por lo profundo y sutil del pensamiento. Pablo llega en sus exploraciones hasta donde puede llegar la inteligencia humana iluminada por el Verbo. Los misterios de la predestinación y de la gracia, el abismo de la caída, las magnificencias de la Redención, los secretos inefables de la sabiduría divina, la doctrina consoladora de la comunión de los santos, la presencia eficaz de Cristo en el cuerpo

místico de su Iglesia..., tales son las inmensidades a través de las cuales nos pasea el Apóstol con sublime atrevimiento.

Teníamos en la mano el libro de sus Epístolas; y sus frases, alimento de vida, nos recordaban el sabor de la leche todavía caliente, mezclada con el agrio perfume de la hierba que empieza a despuntar. Sabor de cristianismo naciente, aireado con las brisas de los puertos cosmopolitas, sazonado con la fresca ingenuidad de la fe de los primeros cristianos, impregnado aún con el aliento mismo de Jesús. Y era realmente a nosotros a quienes se dirigían aquellas palabras que oyeron antaño los corintios: «Os he dado leche a beber como a niños pequeños en Cristo.»

Gozábamos, sobre todo, revolviendo aquellos pasajes, que nos recordaban ese lazo misterioso de vida superior que une a los miembros de Cristo entre sí, y a todos ellos con su cabeza, bajo la acción común de un mismo Espíritu. Es la comunión íntima de las almas en sus alegrías y en sus tristezas, en sus triunfos y en sus caídas, uno de los fenómenos maravillosos del reino espiritual establecido por Cristo. Con profunda alegría leíamos esta frase de la Epístola a los colosenses: «En este momento me alegro de mis sufrimientos por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo para su cuerpo, que es la Iglesia.» ¡Qué júbilo pensar que los hilitos de nuestras lágrimas se transforman y se divinizan uniéndose al río caudaloso de los méritos de la Pasión de Cristo! Y allí nos encontramos todos los que estamos unidos por ese lazo de amor auténtico y vital. Cristo mismo nos llama, nos urge, nos necesita, ¡oh sublime paradoja!, para completar la belleza de su cuerpo místico.

Ahora caminábamos a pie. Temíamos acabar demasiado pronto el viaje, y con el viaje la charla. Detrás habían quedado las tierras llanas de Burgos, secos páramos y trigales soñolientos; durante algún tiempo nos hundimos en las gargantas salvajes, que sigue el Ebro para salir de la prisión de los montes; luego el camino empezó a subir la pendiente del puerto, que debía llevarnos a las vertientes cantábricas. Ahora atravesábamos los pintorescos valles montañeses. En los prados cercanos cantaban los segadores, cortando el heno; se oían las voces mezcladas con el tintineo de las esquilas de las vacas, que parecían mirarnos con indiferencia. Entre los repliegues del terreno se agazapaban, medrosas, las cabañas blancas y las pequeñas aldeas. Luena, Vega de Pas, Alceda..., nombres de acento familiar, que fueron siempre música regalada para mis oídos.

Pero otros nombres absorbían ahora nuestra atención. Apenas

oíamos las perezosas tonadas de los segadores, ni gozábamos de la tibia caricia del aire perfumado, ni nos deteníamos a admirar las rojas llamas del sol, escondiéndose en los bosques de robles y castaños. Estábamos como deslumbrados por la luz del pensamiento de Pablo; su figura nos envolvía y nos dominaba, como en otro tiempo a cuantos se ponían delante de él, amigos y enemigos, correligionarios y perseguidores: a Cefas y a Bernabé, a Timoteo y a Elimas, el mago; al tribuno Lisias y al procónsul Sergio.

De pronto, uno de mis compañeros de viaje se dirige hacia mí con esta pregunta: «¿Por qué no escribe usted una vida de San Pablo?» Y mi respuesta no fué alentadora. Montañas de libros se han escrito acerca del gran Apóstol: pesados infolios, que las arañas envuelven en sus telas; comentarios sabios y pacientes, en que emplearon lo mejor de su vida hombres famosos por su santidad y su ingenio; estudios históricos llenos de erudición, evocaciones literarias ricas de poesía y colorido, tratados exegéticos hilvanados con la actitud sincera del que desea comprender, biografías voluminosas, escritas con ciencia y con amor; análisis psicológicos, inspirados por la pedantería y la impiedad; obras hipercríticas, libros fríos, cautelosos, demoledores, investigaciones idealistas de historiadores noveleros, empeñados en roer textos venerables, en multiplicar interpolaciones, en levantar hipótesis fantasmagóricas, destruyendo los hechos inconmovibles. Desde San Juan Crisóstomo a Loisy, pasando por Teodoreto de Ciro, Maldonado, Foire, Prat, Lagrange, Baumann, Strauss, Renán, Norden y Ramsay, son innumerables los volúmenes que los hombres han dedicado al Apóstol de los Gentiles glosando sus Epístolas, pesando cada una de sus frases, describiendo su figura, contando sus hechos y estudiando los problemas que nos ofrece su fisonomía única. ¿Qué podría yo añadir a esa rica literatura, en la cual unos han triunfado a fuerza de genio y de trabajo, y otros han fracasado a pesar de su larga preparación? ¿Cómo decir algo nuevo donde se ha dicho tanto?

Pero no se trata de aportar novedades, me decían mis amigos, sino de presentar a nuestra juventud la figura de San Pablo, de hacerle amar, de recordar sus grandes ideas, de sacudir la modorra de los espíritus con el ejemplo de ese hombre todo pasión, hecho para la lucha y el triunfo. Nada más propio para despertar entusiasmos nobles, ansias vivas, grandes anhelos, que esa historia sublime. Es vida y espíritu, no vana sombra; es un corazón palpitante de amor, no el eco vacío de una enseñanza muerta. El mundo se está llenando

de epicúreos, satisfechos con revolver su charcos y hozar en sus basureros; los fariseos se empeñan en imponer el culto de las fórmulas mecánicas y la religión inerte de las conveniencias; triunfan los saduceos, pagados de sí mismos, acaparadores de puestos y dignidades, oportunistas escépticos y negadores de la vida futura; aumentan los soñadores del comunismo y la anarquía, pobres milenaristas de un paraíso sin Cristo y sin alma, secuaces del espiritismo y la magia, gnósticos e iluminados, adeptos de una teosofía sin credo y sin decálogos, estoicos, llenos de orgullo, que intentan forjar su destino y el destino del mundo, sin más luces que las de su inteligencia, y sin más fuerzas que las de su brazo. El mundo vuelve al paganismo y a la angustia de la incredulidad. En nuestras ciudades encontraría Pablo tantas vergüenzas como en Pafos o en Corinto, tantos vendedores de amuletos como en Efeso o en Antioquía, tantos ídolos como en Roma, tantos pedantes y sofistas como en Atenas y tantos odios como en Jerusalén. Unos se reirían de él, como los viejos del Areópago; otros le encarcelarían, como los magistrados de Tesalónica; otros le escucharían por puro pasatiempo, como el rey Agripa, y otros, como el procónsul romano, le dirían irónicamente: «Has leído demasiado, Pablo; tanta ciencia te ha trastornado el seso.» Y él seguiría adelante, predicando en todas partes a su Cristo, buscando a los elegidos en las plazas y en los cafés, recorriendo las rutas más frecuentadas y apareciendo en los grandes mercados mundiales, de Marsella a Nueva York, de Nueva York a Buenos Aires, de Buenos Aires a Shanghai. Se oiría aquella voz sin miedo, que amedrentaba a los tiranos, que conmovía las conciencias, que transformaba los corazones y abría surcos de estrellas. Y muchos, entre los cargadores de los puertos o entre los ministros de los santuarios del placer, oirían aquella invitación jubilosa, que llenaba de júbilo a los efesios: «Arriba, tú que duermes; levántate de entre los muertos, y Cristo te iluminará.»

Todo esto quería decir que Pablo es para nosotros como para los contemporáneos de Nerón y Calígula, el Doctor de las gentes y el maestro de la salud; que el mundo moderno, si ha de renovarse, necesita volver a la escuela de aquel hombre extraordinario, que iluminó y renovó el mundo antiguo. Son, precisamente, los grandes dogmas paulinos los que pueden curarnos de nuestras tristezas y orientarnos en nuestros desvaríos. Necesitamos aprender la doctrina del pecado original para sacudir el necio optimismo rusoniano, causa de nuestras utopías y de nuestras desgracias, reemplazándole por el único opti-

mismo posible, el que empieza por reconocer humildemente nuestra degradación radical, para afirmar luego la existencia de un Redentor que nos restaura y nos diviniza. Necesitamos penetrarnos del dogma fuerte y viril de la predestinación, los contrarios suscitando los contrarios, para librarnos de este fatalismo, que deja el alma indiferente a su destino, debilitándola y agarrotándola en sus conflictos con la materia. Constantemente oímos hablar de comunismo, de solidaridad, de federación, triste deformación del dogma de la comunión de los santos, en que no encerramos nada íntimo, nada vital, contentándonos con esa unión mecánica que tienen los átomos en un conglomerado artificial, porque no puede dar de sí otra cosa nuestra metafísica materialista. Pablo nos enseñaría todo esto, y nos diría cómo el salario del pecado es la muerte, y nos revelaría la ciencia del amor, y nos entregaría en su moral el secreto de la fuerza y la alegría de la paz interior y del orden social...

Todos estos argumentos iban debilitando mis repugnancias y ahuyentando mis temores. La aparición de los primeros esteros, anunciadores de la bahía santanderina, cortó nuestra conversación. Pero yo tenía ya un nuevo compromiso: había prometido escribir la vida de San Pablo. La primera idea no es mía, sino de aquel amigo generoso y entusiasta que en aquella tarde estival despertó en mí una ambición acaso temeraria; él me ha sostenido después y me ha empujado repetidas veces durante mi trabajo; él ha sido mi compañero espiritual a través de los caminos santificados por las huellas del Apóstol, y él, finalmente, ha querido patrocinar el nacimiento de la obra con esplendidez entusiasta en estos días difíciles que atravesamos. Es de justicia que su nombre aparezca al frente de este libro, y a la justicia añado yo mi gratitud más profunda.

No ofrezco aquí ninguna novedad histórica, nada que pueda enriquecer a los sabios o sorprender a los especialistas. Por lo demás, no es eso lo que se me había pedido. He tratado de esbozar un retrato sintético del gran misionero de Cristo, esforzándome por penetrar en su alma, recogiendo lo esencial de sus grandes ideas, colocando su acción en el marco de la época, presentando su gigante figura en su rudeza santa y sublime. Terribles convulsiones han conmovido nuestra tierra mientras yo escribía estas páginas, muchas veces interrumpidas por llamamientos apremiantes de la Patria: han corrido ríos de sangre, ha habido tantos martirios, que quedan para siempre empequeñecidas las hecatombes neronianas, y ya se anuncia

un orden nuevo para restaurar tantas ruinas. Que el ejemplo del Apóstol, «esperando siempre contra toda esperanza», aguardando siempre, en la paciencia y el amor, la hora de la justicia y de la parusia gloriosa, nos sostenga e ilumine en la era laboriosa que ahora se abre para nosotros.

CAPITULO PRIMERO

El perseguidor.—Los primeros días de la Iglesia.—Los helenistas.—El diácono Esteban.—Nacionalismo judío.—Ante el Sanhedrín.—El odio de Saulo. (Años 32-33.)

«Os envío como corderos entre lobos—había dicho Jesús a sus discípulos—. Seréis odiados, escarnecidos, azotados, arrojados de las sinagogas, y os matarán, creyendo que hacen una obra agradable a Dios.»

Estas palabras empiezan a cumplirse al día siguiente del nacimiento de la Iglesia. El mismo tribunal que había juzgado al Maestro condena también a los discípulos. Pedro y Juan comparecen ante los sanhedritas; después los doce son encarcelados y atormentados, y los esbirros de Caifás tienen los ojos fijos sobre aquellos sembradores de novedades. Una voz sale en su defensa: es la de Rabbán Gamaliel, el gran prestigio de la ciencia rabínica. Además, aquellos galileos, hijos de labriegos, antiguos pescadores, publicanos despreciables, no tienen en los ojos la llamarada deslumbradora del Maestro, ni hablan como Él hablaba. Con sus pretensiones de locos, pensaban los doctores, acabarán en el ridículo, y la gente se convencerá de que su obra no es de Dios.

El desprecio inspira la tolerancia. Para los jefes de la sinagoga, saduceos de la familia de Anás, más atentos a la política que a la religión, hay otras cosas más importantes que reducir a un puñado de provincianos tozudos, ignorantes, fanáticos y, a la larga, inofensivos. Entre tanto, el pequeño grupo se organiza y crece silenciosamente. El espíritu de Jesús sigue viviendo entre ellos; sus palabras les llenan de un entusiasmo alegre y confiado. «No os preocupéis del alimento ni del vestido», le habían oído decir, y con una fe ciega se despojan de todos sus bienes y van a ponerlos a los pies de Pedro.

Viven en un comunismo ingenuo y jubiloso, convencidos de que no hay riqueza como el amor. Tenían una sola bolsa, una sola alma y un solo corazón.

Aquella íntima dicha en la pobreza despierta admiración y simpatía. Cada día son más numerosos los que quieren oír hablar de Jesús y se presentan a los Apóstoles pidiendo el bautismo. Eran en su mayoría gentes de la diáspora, judíos helenizados, que desde sus *ghettos*, derramados por todas las provincias del Imperio, desde el Atlántico hasta el Eufrates, llegaban en las grandes solemnidades mosaicas a presentar sus ofrendas en la ciudad santa. El barniz exótico de su trato, la amplitud con que interpretaban los antiguos ritos y hasta su calidad de hombres de negocios, comerciantes, industriales y cambistas, fomentaban suspicacias y desdenes entre los hebreos puritanos, que nunca habían pisado la tierra de las gentes ni se habían manchado con el trato de los incircuncisos. Además, ignoraban la lengua de la Biblia, y lo mismo en su vida ordinaria que en sus funciones religiosas se servían de la *coine*, el griego internacional de aquel tiempo. Acostumbrados a sus sinagogas sin altar, sin arca de la alianza, sin querubines y sin sacrificios, tenían mucho terreno andado para comprender el carácter espiritual de la nueva religión, el culto de la verdad y el espíritu, la profecía de la destrucción del Templo y la parábola del remiendo que se echa en un vestido usado o del vino nuevo arrojado en odres viejos. Los siete primeros diáconos, elegidos por los doce para que les ayudasen en el cuidado de servir a las mesas, de predicar y de bautizar, procedían de estos grupos de la dispersión.

Poco a poco las defecciones empezaban a hacer huecos en las sinagogas de los helenizantes. También ellos tenían el celo de la Ley; también ellos eran influyentes, agresivos y apasionados de sus tradiciones. Si habían renunciado a algunos puntos secundarios del ritual, en lo esencial el trato con los gentiles les había hecho más orgullosos de su sangre y sólo había servido para hacer más profundas sus creencias. Mientras los fariseos de Jerusalén se encerraban en un particularismo intransigente de casta, ellos, nacionalistas calculadores, pensaban en el dominio universal del mosaísmo, y con la inteligencia, con la astucia y el dinero, con aquel tinte superficial de cultura helenística, acariciaban grandes sueños proselitistas. Y si los negocios eran medios de proselitismo, el proselitismo era una nueva arma de influencias y ganancias.

Y he aquí que aquella nueva secta venía a desbaratar sus planes,

a entorpecer sus éxitos, a sembrar la confusión entre sus prosélitos, a arrebatarles sus predicadores. En apariencia, podían pasar por gentes inofensivas. Se hablaba de su desinterés y su caridad; se comentaba con aplauso el ambiente de hermandad que reinaba entre ellos, y sus defensores hacían observar que, lejos de combatir la religión establecida, muchos de ellos observaban religiosamente sus prácticas, iban al Templo a rezar, asistían a sus ceremonias y hasta ofrecían sacrificios. Y si se empeñaban en afirmar que el Mesías había venido ya, ¿a quién perjudicaban con aquel tesón que ponían en defender su parecer? Sin embargo, sus adversarios se daban cuenta de que, si prevalecían aquellas tendencias, era inevitable una revolución en la historia de Israel. Ya en vida de Jesús habían denunciado el peligro. Las enseñanzas del carpintero de Nazareth conmovían las multitudes, desprestigiaban el Templo, desautorizaban a los sacerdotes y amenazaban los mismos fundamentos de la sociedad judía. Si el Mesías había venido, Israel había terminado su misión; podía y debía desaparecer como el arbusto del desierto cuando en su tallo más alto se ha abierto la flor de púrpura. ¿Y para terminar de aquella manera oscura había soportado durante siglos las humillaciones de los *goim*, instrumentos de Jehová? En sus tiendas se han contado durante miles de años los anales del origen del mundo; en su boca guarda el gusto de los mostos divinos arrebatados al cielo por los profetas, y él solo, gloria suprema, en medio de un mundo envuelto en el error, entregado a las aberraciones de la idolatría, había conservado el tesoro de la religión verdadera, la idea pura de un monoteísmo enemigo de todos los ídolos y de todas las deformaciones de la divinidad. Mas he aquí que el aldeano de Galilea osa proclamarse heraldo de un culto nuevo, el mayor de los profetas, hijo único de Dios, y anuncia que un día aparecerá glorioso entre las nubes del cielo y se arroga el título de juez supremo y pide las adoraciones divinas. ¿No era esto destronar a Jehová, o poner junto a él un competidor?

Pero, además, aquellos discípulos del Crucificado estaban sembrando toda clase de ideas subversivas, envueltas en el velo transparente del lenguaje popular. En aquella sociedad espiritual, que ellos se proponían propagar, había que renunciar a todos los sueños de grandezas: ya no habría nación dominadora ni pueblos feudatarios; los primeros serían los últimos, los obreros de la última hora recibirían el mismo salario que los demás, los paganos serían tratados como los judíos; ya no habría privilegios, ni arca de la alianza, ni casta sacerdotal, y en cualquier lugar del mundo se podrían inmolar

víctimas lo mismo que en Jerusalén. Toda la grandeza de Israel, todos sus sueños, todos sus títulos quedaban anulados y destruídos.

Uno de los que más ardientes se mostraban en predicar estas doctrinas era precisamente un tránsfuga de las filas helenistas. El mismo prestigio de que gozaba entre sus antiguos correligionarios le inspiraba inauditos atrevimientos. Se metía en sus sinagogas, seducía a los más devotos de sus partidarios, discutía con sus doctores, deshacía sus argumentos, los humillaba, los confundía, y cuando hablaba de la preeminencia de Cristo sobre la de Moisés y proclamaba la abrogación de las prescripciones levíticas, su palabra tenía resonancias maravillosas que venían a confirmar los más grandes prodigios. Nadie podía resistir a la sabiduría del Espíritu que hablaba por la boca del diácono Esteban; su elocuencia y su intrepidez traían revueltas todas las sinagogas que los judíos de fuera de Palestina tenían en Jerusalén, la de los libertos de Roma, la de los alejandrinos, la de los cirenenses, la de los asiáticos y la de los de Cilicia, donde atizaba el odio y el fanatismo un joven llamado Saulo, a quien llenaban de indignación las blasfemias del atrevido predicador.

Habían pasado tres o cuatro años desde la muerte de Jesús; años de una dictadura férrea, con miras a conservar la paz y a limitar la autonomía de las provincias. Desde su isla de Caprea, un viejo alto y encorvado, de miembros frágiles, de frente calva, de faz roída por las úlceras y cubierta de emplastos, enviaba a Roma edictos de proscripción y de muerte. A pesar de todo, había que agradecer la política moderada del huraño emperador. El terror aseguraba el orden, las rebeldías eran violentamente sofocadas y los gobernadores de las provincias temblaban tanto como sus subordinados. En Palestina, Poncio Pilato seguía ejerciendo su magistratura de procurador de la misma manera que en los días de Jesús: oscilando siempre entre la debilidad y la brutalidad. Caifás lleva todavía el *efod* de los pontífices: son los mismos personajes y los mismos odios; pero ahora los doctores, humillados por la elocuencia del diácono y dispuestos a castigar la audacia del blasfemo, se juzgan bastante fuertes para obrar por su cuenta y acogerse a sus leyes nacionales.

Como en el proceso de Jesús, empezóse por alborotar a las muchedumbres; y se repitió la antigua acusación: «Este hombre no cesa de hablar contra el lugar santo y de ultrajar la Ley.» Imposible encontrar crimen más nefando. La Ley era la gloria de Israel y su orgullo; el Templo significaba su estabilidad, resumía sus tradiciones y proporcionaba grandes ventajas materiales a la ciudad. Sin él, ni

peregrinaciones, ni sacrificios, ni enseñanza talmúdica, ni historia, ni religión, ni patria. Hablar de su ruina era anunciar la destrucción del pueblo escogido.

Los enemigos de Esteban supieron explotar a maravilla los instintos sentimentales de la multitud, combinando hábilmente la violencia con la hipocresía. Primero estalla un motín, en que es fácil adivinar manejos suberráneos; pero los dirigentes quieren dar al asunto las apariencias de la legalidad. Era un imperativo de sus conciencias escrupulosas. Se detiene al blasfemo, se le arranca a la furia del populacho y se le encierra en la cárcel. Entre tanto, el gran tribunal de la nación, el Sanhedrín, empieza a reunirse en el Templo. En el centro se ve a Caifás, el que condenó a Jesús, que todavía lleva en la frente la lámina de oro de los sumos sacerdotes y en el pecho el racional, cuajado de rubíes y brillantes. Los setenta jueces le rodean y a sus pies se sientan en tres series los discípulos más famosos de las escuelas judaicas, futuros sanhedritas y pastores de Israel. Allí está, sin duda, Saulo, la esperanza de la sinagoga de los de Cilicia, acribillando al reo con miradas asesinas.

Esteban escucha las acusaciones sin inmutarse: impresionando a sus mismos enemigos por su serenidad magnífica y la cándida pureza de su semblante. Su figura parecía la de un ángel y recordaba a los más famosos de los antiguos profetas. «¿Es verdad lo que dicen los testigos?», le preguntó el sacerdote, como invitándole a defenderse. El discípulo no calla, como un lustro antes el Maestro; no responde con frases entrecortadas y sentenciosas, sino que pronuncia un discurso sublime, que es su postrer llamamiento a los hombres de buena voluntad y un desafío audaz a los protervos. Con palabra brillante se apodera de los espíritus de sus oyentes y les va llevando a través de la historia de Israel, descorriendo el velo de las viejas figuras y revelando el carácter simbólico de los más famosos personajes. Y al nombre de Moisés, a la pintura de Abraham saliendo de la tierra de los caldeos, a la historia de José, vendido y maltratado por sus hermanos; a los recuerdos de la zarza que arde sin consumirse, del Templo de Salomón, de la gloria del trono de Jehová, se mezclan hábiles alusiones al Justo, que ha sido injustamente condenado y crucificado por aquellos que le escuchan.

Gran sorpresa en la concurrencia: sobre aquel reo pesa una pena capital y, sin embargo, no se defiende, ni se digna siquiera mirar a sus acusadores. Aquellos viejos fariseos que al principio parecían estatuas, con los ojos cerrados y la barba apoyada en la diestra, em-

piezan a rebullirse entre sus mantos de amplias filacterias, levantan los ojos para fijarlos en el acusado y «miran su cara como la cara de un ángel». Es joven, hermoso y elocuente; el Espíritu obra en él, inflamando su palabra y su corazón; habla como quien tiene potestad.

Tal vez no han llegado a comprender la intención de la primera parte de su discurso: antes del pacto de la circuncisión, Dios puso sus ojos en Abraham sin mirar otra cosa que su fe. La fe, la obediencia y el amor; eso es lo que importa. La sangre no sirve para nada, y una confianza puramente material en el templo era, sencillamente, una idolatría. Es el argumento que más tarde desarrollará aquel joven oyente que ahora asaetea al diácono con miradas de odio.

La exégesis se hacía cada vez más violenta y la tempestad flotaba en el ambiente. Lejos de temerla, Esteban acabó de desencadenarla tomando súbitamente el gesto irritado de un nabí y prorrumpiendo en este apóstrofe magnífico: «¡Cabezas duras, incircuncisos de corazón y de orejas! Vosotros resistís eternamente al Espíritu Santo lo mismo que vuestros padres. ¿Qué profeta no persiguieron? Ellos mataron a los que anunciaban la venida del Justo y vosotros le habéis entregado y crucificado, vosotros que recibisteis la ley por ministerio de los ángeles y no la guardáis.»

No pudo decir más. Un clamoreo salvaje agitó al augusto tribunal. «Rechinaban con sus dientes», y aquel lenguaje que acababan de oír era como una sierra que les partía el corazón. Parecían una manada de lobos en una de esas furias formidables que sólo el Oriente conoce; voces roncas, babeos de rabia, chillidos agudos, agitación de mantos, ojos feroces, dedos encorvados y amenazantes. El acusado parecía no darse cuenta de nada. Veíasele en el hemiciclo inmóvil, iluminado, extático como una columna de luz. Parecía envuelto en las alegrías del paraíso. Y cuando la borrasca empezaba a serenarse, él, como despertando de un sueño, fija la mirada en una claridad invisible, exclmó: «He aquí que estoy viendo los cielos abiertos y al Hijo del hombre en pie a la diestra de Dios.» Era una nueva blasfemia, el anuncio de la gloria de Jesús, del triunfo del Nazareno.

Sin poder aguantar más, el tribunal se levantó a una, presa de un acceso frenético. Gritando furiosos y tapándose los oídos, se arrojaron sobre el diácono y le empujaron hacia la puerta. No era necesario dictar sentencia. Bien conocido era el texto del Levítico: «Al blasfemo hazle salir al campo». Esteban debía morir apedreado fuera de la ciudad. Rodeado de una jauría humana, que aullaba improperios, atravesó la Puerta Dorada y, al llegar al valle del Cedrón,

enfrente de Getsemaní, la turba se detuvo. Era allí donde debía consumarse la pena. Según la ley, los testigos impusieron sus manos sobre la víctima y arrojaron las primeras piedras; después, cien brazos se levantaron a la vez, y los proyectiles arrojaron por tierra al santo diácono.

Saulo estaba allí también; pero, más desdeñoso que los demás o más autoritario, no quiso tirar una sola piedra. Le bastaba presenciar aquel espectáculo, que tal vez había preparado él con su celo impetuoso. Los testigos eran conocidos suyos, acaso sus instrumentos; por eso, antes de dirigirse hacia el reo para cumplir los requisitos legales, le entregaron los mantos para que cuidase de que no desapareciesen entre la confusión y el tumulto. Y él contempló la escena complacido. «Estaba de acuerdo con aquella muerte.» Ni el éxtasis de Esteban, ni su serenidad, ni la grandeza de su actitud en la hora suprema, pudieron contener su indignación. Algo de aquello debió caer entonces en las regiones más íntimas de la conciencia como un germen de transformación, pero él no pensaba más que en su amor apasionado de la Ley. Mientras la canalla vociferaba, la satisfacción secreta de la justicia cumplida llenaba su alma, y ni el valor de la víctima, ni aquella dulzura con que recibía los golpes, ni aquellos ojos sin hiel, ni aquella palabra firme en medio del sufrimiento, pudieron servir más que para reavivar su odio. Entre tanto, el mártir, acordándose del ejemplo de Jesús, recogió su postrer aliento y clamó con voz poderosa: «Señor, no les imputes este pecado.» Y, dicho esto, se durmió en el Señor. Era la inmolación perfecta, la inmolación del que perdona y se ofrece en holocausto por sus enemigos. Tal vez al pronunciar aquellas palabras pensaba Esteban en aquel joven de Cilicia que asistía a su martirio con un regocijo homicida en el corazón. Aquella muerte preparaba el más fecundo de los apostolados.

Sin embargo, de momento, era el principio de una enconada persecución. Mientras los admiradores de Esteban recogían su cuerpo y le daban sepultura entre grandes sollozos, en el Consejo de los Ancianos del pueblo se tomaban nuevas medidas contra los adoradores de Jesús. El procurador estaba lejos de Jerusalén, y si alguna noticia tuvo del crimen, creyó prudente cerrar los ojos. Ante aquella primera tentativa para recobrar sus derechos, el orgullo farisaico se hizo más insolente. La moderación de Gamaliel fué ahora impotente para contener a los exaltados. Y, de pronto, Saulo aparece como uno de los directores del movimiento. Su celo en los últimos sucesos

le había puesto en evidencia; todos habían podido ver su arrojo, su vehemencia, su amor a las tradiciones de Israel. Sus cualidades de jefe se imponían, y, a pesar de su juventud, los sanhedritas no dudan en investirle de un poder inquisitorial que va a ejercer con la furia de un fanático. El blanco de sus iras son, sobre todo, los Nazarenos helenizantes, los más despectivos con el templo, los más indiferentes con la Ley, los más propensos a romper los lazos que los unían con el judaísmo. Sus tendencias cismáticas, en un momento en que todo patriota debía unirse contra Roma, le enloquecen y hacen de él un rabioso perseguidor. Toda la impetuosidad de su juventud se subleva en ansias de aplastar a aquellos revoltosos despreciables. Atiza el odio contra ellos, se cree investido de una misión divina para aniquilarlos; corre de sinagoga en sinagoga, gesticula en las calles, penetra en las casas, obliga a abjurar a los débiles, encarcela a los que se resisten y los amenaza con el látigo, los tormentos y la muerte. «En aquel acceso de locura—dice él mismo—no había nada que me detuviese, con tal de borrar el nombre de Jesús.» Y San Lucas usa esta expresión bien significativa: «Saulo devastaba la Iglesia de Dios.» En su odio a los innovadores no dudaba en amontonar las víctimas en los calabozos, en llevarlas ante los tribunales y en arrastrarlas al suplicio. Era, como él mismo se llamará más tarde, «blasfemador, perseguidor y atormentador».

Pero nunca se hace el mal tan completa ni tan alegremente como cuando se hace por conciencia. Esta observación de Pascal nos explica la psicología de Saulo durante aquellos días. Su crueldad nacía de un celo exasperado, de una convicción profunda de la verdad que defendía. Hablando más tarde con su discípulo Timoteo, en un momento acaso de intranquilidad interior, podrá decirle estas palabras: «Cristo tuvo compasión de mí, porque obraba sin saber y la fe me faltaba». Y escribiendo a los Gálatas se expresará de esta manera: «Vosotros habéis oído hablar de mi conducta en el judaísmo, cuando perseguía y combatía la Iglesia de Dios con increíble saña; mi celo por el judaísmo me llevó a la defensa de las tradiciones farisaicas mucho más lejos que a los demás judíos, mis compañeros.» Era algo de aquella pasión mística que había inflamado a los poetas cuando mandaban bajar fuego del cielo o se irritaban contra los sacrificios de Moloch, o degollaban junto al ara a los sacerdotes de Baal.

El sectarismo del fariseo celoso y observante se juntaba a la exaltación del patriota, y los ímpetus de la juventud a los arrebatos de un temperamento apasionado y ardiente. Iba extraviado, ciertamente;

pero en sus violencias no había más que sinceridad y orgullo del nombre de Jehová. No sabía que el demonio armaba su brazo, pero seguramente se dió cuenta más tarde, cuando tuvo de las influencias diabólicas aquella experiencia que le obligaba a decir: «No tenemos que combatir solamente contra la carne y la sangre, sino también contra las potestades y contra los príncipes del mundo de las tinieblas.» Entonces no pensaba en esto. Le cegaba el odio hacia el Rabbí galileo, a quien no había visto nunca, pero cuya doctrina, que él creía conocer, se le presentaba como la ruina de todas las esperanzas de Israel. La interpretación que en ella se daba a las grandes profecías mesiánicas le irritaba y le escandalizaba. Como fariseo, tenía que aborrecer al Nazareno, que había lanzado sus terribles anatemas contra las gentes de su casta; y, como descendiente de Abraham, tenía que protestar contra aquellas tendencias universalistas que proclamaban la caducidad de la Ley mosaica, comprometían el porvenir de Israel y daban como abrogados sus privilegios de pueblo escogido.

CAPITULO II

El niño y el estudiante.—Ciudadano romano.—Hijo de hebreos. Ambiente familiar.—La capital de Cilicia.—A los pies de Gamaliel.—Enseñanza rabínica.—Farisaísmo y rigorismo.—Otra vez en Tarso.—Influencia helénica.—Contacto con los estoicos. (10-30.)

Cuando surge repentinamente en la Historia, con motivo de aquella primera lucha de la Sinagoga con la Iglesia, Saulo era un joven que apenas contaría veinticinco años. Siempre en las crisis terroristas es la juventud la que dirige los acontecimientos. La vida anterior del fogoso adolescente había transcurrido en la sombra, y nosotros sólo de una manera confusa podemos sondearla. Algo nos ha dicho él mismo. «Si alguno se imagina ser poderoso según la carne—escribía a los filipenses—, más lo soy yo: circuncidado el octavo día, israelita de raza, de la tribu de Benjamín, hebreo nacido de hebreos y fariseo por lo que se refiere a la ley.» «Soy judío—confiesa en otra parte—, natural de Tarso y ciudadano de una ilustre ciudad.» Hablando con los judíos, pone de relieve su origen judío; pero cuando tenga que defenderse delante de los empleados del Imperio, sacará a relucir su alcurnia profana, sus derechos de ciudadanía en una de las ciudades más importantes del Imperio. Delante de la ley y en las relaciones sociales, este título, muy poco prodigado aún en aquellos primeros tiempos del Imperio, primaba sobre todos los demás y le colocaba entre la aristocracia de la provincia. Era una prueba de distinción, un juicio de bienestar material y una llave de oro que podía abrir muchas puertas y sacar de muchos compromisos.

Pero estos derechos de ciudadanía radicaban, no en una ciudad cualquiera, sino en Tarso, gran emporio del dinero y del saber, una de las grandes ciudades del Oriente, orgullosa de su inmensa llanura, de la abundancia de sus mieses y de los favores que Roma le había

prodigado. Encrucijada de civilizaciones, los navíos del Mediterráneo llegaban hasta sus muros por la desembocadura del Cydnus, y remate de la única ruta por la cual entraban en Cilicia las caravanas del Asia Menor, en sus mercados se juntaban los productos más raros de la India con todas las mercancías del comercio occidental. Entre aquellos muelles abigarrados, entre aquellos mercados bulliciosos, trabajando en medio de aquella actividad cosmopolita, es como el padre de Saulo había conseguido el título tan codiciado, que dejará en herencia a su hijo.

Pero en estos comienzos borrascosos de su agitada existencia no hay para Saulo nobleza más grande que la de ser hijo de Abraham. Más tarde reconocerá que todo esto es una vanidad miserable, «una de esas cosas que se echan a los perros» (Phil., 3, 8). Ahora, su orgullo teocrático no conoce límites: «Soy hebreo, hijo de hebreos», dice con la misma altivez con que entre las grandes familias sacerdotales de las ciudades asiáticas se decía por aquellos días: «Soy sacerdote, hijo de sacerdotes.» Es verdad que había nacido fuera de Palestina, que pertenecía a una de aquellas numerosas colonias judaicas que el instinto comercial, el cebo del lucro y la mano de los conquistadores habían aventado por todos los ámbitos del mundo antiguo; pero en su casa no se había perdido ni el amor a las tradiciones patrias ni el recuerdo de los antepasados. La sangre de los patriarcas no se había manchado con uniones profanas, sangre de Benjamín, el predilecto de Jacob, el tronco de una de las doce tribus, la única que con la de Judá había contribuído a levantar las murallas de Sión después de la cautividad. Y como la sangre, el espíritu. Ninguna contaminación había logrado infiltrarse en aquel hogar de judíos puritanos. La cultura helénica está desterrada de él; el mundo grecorromano sólo le sirve para los negocios puramente materiales. Un ambiente de rigidez farisaica se respira en aquella familia. «Fariseo, hijo de fariseos», dirá Saulo, para encarecer más aún aquella fidelidad a la ley que le enseñaron desde la cuna; perteneciente a una casta superior, a la de los privilegiados que se separan del vulgo creyente y llevan anchas filacterias y cumplen los preceptos más insignificantes, y gustan de ser honrados en las plazas y en los banquetes, y de ser distinguidos por las gentes con el título de Rabbí.

Tarso es una ciudad universitaria, una rival de Atenas por sus rethores y sus filósofos y sus hombres de ciencia. Los amos del mundo van a buscar allí sus maestros, y Saulo pudo, acaso, conocer al viejo Atenodoro, el filósofo estoico que había enseñado las letras a Augusto,

y que, cargado de riquezas, se fué a morir en su ciudad natal. Pero no fueron éstos los preceptores de su infancia. En todas las ciudades de importancia, los judíos tienen sus escuelas particulares, y en la escuela judía de Tarso, y acaso también en su casa, aprende Saulo el arameo, que llegará a hablar como su lengua materna. El griego, la lengua corriente del país, lo aprende en la calle y en la Sinagoga; en lugar de Tucídides y Platón o las fábulas de Homero, su libro de lectura es la Biblia, en la traducción de los Setenta. No se desdeñará más tarde de insertar en sus cartas y discursos algunas citas de escritores clásicos, de Arato, un tarsense como él; del cómico Menandro y de Epiménides, el satírico. Pero esas frases son casi todas máximas proverbiales que corrían de boca en boca, y, si revelan algún interés por la literatura profana, no suponen, ciertamente, un conocimiento profundo.

Saulo aprendió el griego, y lo aprendió a fondo; pero su griego no es ni arameo traducido, como han dicho algunos, ni el griego artificial que enseñaban los gramáticos. Es la lengua del negocio, de la calle, del puerto, de la sinagoga, la *koine*, el dialecto común en que el rabino leía y comentaba la Biblia, con que su padre vendía los mantos de piel de cabra, y en que se expresaban los muchachos entre los cuales creció Saulo; lengua de la conversación y no de la escuela, viva, pintoresca, llena de imágenes, flexible, admirable de expresión y de originalidad, y mucho más rica de matices y de movimiento que la que hubiera empleado un semita, ajeno a toda cultura helénica, o un retórico atado a la rigidez de los preceptos gramaticales. Ella será su instrumento de combate, ella el vehículo por el cual el pensamiento griego empieza desde ahora a dejar su huella en su espíritu.

Según las tradiciones rabínicas, a los cinco años debía un hebreo empezar a leer la Escritura; a los diez, aprender la Mischna; a los trece, observar los preceptos; a los quince, estudiar el Talmud, es decir, los comentarios de la Ley. Pero los maestros famosos de la complicada ciencia talmúdica enseñaban en Jerusalén, y allí se dirigió Saulo cuando tenía de doce a quince años, soñando desde ahora con llegar a ser algún día tan famoso como ellos. Aquellos israelitas, a quienes el afán de la ganancia lanzaba a través del mundo antiguo, desde Gades hasta las ciudades de Persia y de Mesopotamia, viajeros infatigables cuya patria era el lugar donde podían tender la red de los negocios, rara vez perdían de vista la patria de sus antepasados, que seguía siendo su patria espiritual y el foco de sus anhe-

los religiosos. Allí llegaban, por lo menos una vez en la vida, para adorar en el único templo donde Jehová aceptaba los sacrificios mosaicos; y si su condición social y el bienestar de la familia lo permitían, allí se empapaban en el conocimiento de las tradiciones nacionales y entraban en contacto con los directores de Israel, y se adiestraban en el oficio del escriba, profesión de carácter ambiguo, que preparaba para todas las carreras y abría las puertas de los honores dentro del engranaje político y religioso del pueblo escogido, porque un escriba era, a la vez, abogado y procurador, magistrado y jurisconsulto, predicador y maestro, hombre de la ley y hombre de la Iglesia, gramático y retor.

Allí, bajo los artesonados del templo o en los pórticos exteriores, enseñaban los grandes rabbís, descendientes de Hillel y Schamaí, dos rabinos ilustres que un siglo antes habían fundado las dos escuelas más autorizadas de la ciencia israelítica; dos escuelas rivales por su prestigio y por la lucha enconada que mantenían para atraerse a la juventud, más que por la diversidad de las enseñanzas. Es verdad que una de ellas, la de Hillel, tenía fama de amplia y liberal, frente a la rigidez e intransigencia de la otra; pero todas las diferencias se reducían a minucias de ritual y a puntos insignificantes que no afectaban a lo esencial de la Thora. ¿Se puede comer en sábado un huevo puesto el mismo día? «Sí», decía el discípulo de Hillel; «no», replicaba el schamaísta. Y con discusiones como éstas, imposibles de resolver ni por argumentos metafísicos ni por pruebas de autoridad, se perpetuaban las divisiones, las rivalidades y hasta los odios.

Saulo, en Jerusalén, fué hillelista, a pesar de su temperamento puritano, que no tardó en llevarle a un farisaísmo exaltado. Pero la escuela de Hillel estaba entonces representada por un maestro famoso, por Rabbán Gamaliel, nieto del fundador, que, a pesar de haberse convertido en patrocinador de los nazarenos, fué considerado por sus compatriotas como el tipo del verdadero israelita. «Desde que él desapareció—dice la Mischna—ya no existe el respeto a la Ley; la pureza del farisaísmo murió con él.» A la ciencia juntaba la virtud, una virtud auténtica, mezclada de prudencia y de bondad. Pero, además, Gamaliel hablaba el griego y recomendaba su estudio a los jóvenes, mientras que los demás rabinos le condenaban como cauce de corrupción y de idolatría. «Podéis aprenderle—decían irónicamente los schamaístas a sus discípulos—cuando no es ni de día ni de noche.» Y añadían: «El que se engolosina con la miel de las

fábulas helénicas encontrará amarga la leche de las Escrituras.»

No hay que olvidar que San Pablo era un helenista, y esto nos orienta para comprender sus aficiones por la enseñanza del insigne maestro, que mirará con sonrisa compasiva sus primeros arrebatos. «Me alimenté a los pies de Gamaliel», nos dice él mismo. Sentado en el suelo, sobre la alfombra, con los brazos cruzados o extendidos delante de las rodillas, silencioso y con los ojos fijos en los del doctor, escuchó día tras día aquella voz, animada de un fuego casi profético, que le iba revelando el sentido literal y esotérico de los libros santos, considerados en todos sus aspectos: histórico, gramatical, ético y teológico. No se enseñaban allí las Matemáticas, ni la Física, ni las Ciencias exactas, ni la Filosofía. Todo se reducía a la Moral, al Derecho positivo, a la Historia sagrada; en una palabra, a la Biblia. Con la Biblia se aprendía a leer, a escribir, a argumentar y a vivir. Allí se buscaba el concepto que un israelita debía tener del mundo y de la vida. La idea de Dios, su trascendencia infinita, su poder creador, su bondad de padre, y con esto la doctrina de los últimos fines y lo que enseñaba la revelación acerca del origen de las cosas, de la resurrección de los muertos, del juicio final, de las recompensas y de los castigos. Tales eran los principales jalones de aquella enseñanza teológica, que el Cristianismo no tendrá más que perfilar y completar.

Pero todo este fondo doctrinal iba acompañado de una casuística minuciosa y de una dialéctica sutilísima, que recordaba la de los rethores paganos. Había un método para la interpretación de la Biblia, que, en sus líneas esenciales, había sido trazado por el gran Hillel, el Aristóteles de la lógica rabínica. Todo estudiante debía aprender los siete argumentos descubiertos por él y ejercitarse, bajo la dirección del rabbí, en el uso de los silogismos: analogía, paralelismo, contradicción, contexto, paso de lo universal a lo particular y de lo particular a lo universal. El maestro proponía una cuestión: «El zizith, la camisa multicolor, ¿es necesariamente el vestido de noche?» Los discípulos se agitaban, presentaban su argumentación, unos en pro, otros en contra, todos metódicamente, y el maestro fallaba. Eran justas literarias llenas de ingenio y de refinada sutileza. No había problema demasiado difícil para aquellos procedimientos, más ingeniosos que rigurosos. «¿Se puede inmolar el cordero pascual un sábado cuando coincide con la luna llena de Nisán? Y el rabino contestaba sin titubear con un argumento *a fortiori:* «Si el sacrificio cotidiano, cuya misión no trae el castigo del exterminio, pasa antes que el

sábado, con mayor razón se ha de preferir la pascua, cuya omisión está castigada con el exterminio.»

Juntamente con estos métodos rabínicos, con frecuencia paradójicos y pueriles, el joven estudiante de Tarso va aprendiendo los textos más importantes de la Ley y los Profetas, las fórmulas rituales y las soluciones más corrientes de la casuística farisaica. Es un esfuerzo titánico de la memoria; porque ni la *hagada*, tradición histórica, ni la *halacha*, tradición jurídica, estaban escritas, y los discípulos tenían prohibición de apuntar las decisiones de los rabinos o la esencia de sus discursos. Eran infinitas las ceremonias, las oraciones, las costumbres, las tradiciones y los ritos que guardaban, avaros, los maestros de Israel, y cuyo conocimiento causaba la admiración de la multitud. Ellos sabían las palabras que había que pronunciar para bendecir, antes de sentarse a la mesa, los rábanos cortados en pequeños trozos, y las que servían para que la bendición del cielo descendiese sobre los rábanos cortados en sentido longitudinal; ellos sabían que un día de sábado se podía ir hasta el olivar de Getsemaní y no más allá; ellos sabían cómo habían de lavarse los dedos antes de beber, mejor dicho, no lo sabían con toda precisión, pues mientras los doctores schamaístas afirmaban que lo que procedía era, ante todo, lavarse las manos, los discípulos de Hillel defendían que la ablución debía realizarse después de haber echado en el vaso el líquido que se iba a beber. Los más mínimos detalles estaban previstos en aquella casuística escrupulosa, cuyos métodos y argucias dejaron impresa su huella en la mente de aquel estudiante asiático que ha llegado a las aulas tal vez en los días de mayor ingeniosidad y rebuscamiento. Ya entonces tenía algo de verdadero el dicho popular: «Si se te pierde la bolsa, pídele a Dios que no la encuentre un moralista.» Del sabio, virtuoso y venerable Gamaliel cuenta el Talmud una anécdota que, si es verdadera, nos recuerda la fina ironía de un sofista de la escuela de Gorgias: «En cierta ocasión, el rabbí fué a tomar baños medicinales en Acco, donde había un templo de Afrodita, cuyo culto estaba asegurado con el dinero que dejaban los bañistas. Un pagano, llamado Proclo ben Filosofos, le preguntó por qué iba a bañarse en una casa afectada al servicio de un ídolo, cuando la ley mosaica lo prohibía terminantemente. A lo cual respondió rabbí Gamaliel: «No soy yo quien va al dominio del ídolo; es el ídolo quien viene a mí: no se ha construído el establecimiento en honor de Afrodita; es Afrodita la que sirve de adorno al establecimiento.»

Es una solución semejante a la que dará más tarde el discípulo hablando de las carnes sacrificadas a los ídolos; pero en sus tiempos de fariseo intransigente, Saulo no hubiera pensado como Gamaliel. De él aprendió los comentarios bíblicos, el uso de la argumentación rabínica, que después utilizará ampliamente, y los preceptos de la Ley con sus mil distinciones e interpretaciones, que no tardará en rechazar como una carga inútil; pero no aprendió la suavidad, ni la indulgencia, ni la amplitud de espíritu. Tal vez aquel liberalismo generoso e ilustrado llegó a escandalizarle. Muchas veces un discípulo adopta una actitud contraria a la de su maestro, y éste fué el caso de Saulo. Es un indicio de su carácter duro e independiente. Frente a la moderación de Gamaliel, cuya ciencia admiraba, indudablemente, se alza su voz de protesta defendiendo airadamente el judaísmo integral, rechazando toda mitigación peligrosa y negando toda tolerancia a los innovadores, a los cobardes, a los blasfemos. Ante la doctrina de la abstención desdeñosa, fundada en un fatalismo providencial, pondrá él una acción rápida, enérgica, inflexible. «Dejad a esos hombres—dirá Gamaliel, aludiendo a los discípulos de Jesús—; porque si su obra es puramente humana, caerán sin remedio; si es de Dios, será inútil vuestro empeño.» En realidad, el argumento no tenía réplica, porque la locura de Pedro y los suyos, si no era divina, era algo sin pies ni cabeza, destinado a un fracaso infalible. Pero el discípulo no consultará más que la vehemencia de su fe, la violencia de su carácter y los intereses de la causa a la cual había consagrado su vida.

Pero la buena nueva no había resonado aún en las campiñas de Galilea. Jesús trabajaba silenciosamente entre las telarañas del taller, aguardando la hora, que no tardaría en llegar. Y Saulo, terminada su carrera, se volvió a la casa de sus padres sin haber sospechado la cercanía de la gran revolución religiosa. Se volvió rico de ciencia, y, más aún, de orgullo farisaico. Sabía la Biblia casi de memoria, conocía su interpretación literal y esotérica, se había asimilado las tradiciones históricas y canónicas de su pueblo, y era ya un escriba, un letrado, un teólogo. Se sentía más hebreo que nunca, pronunciaba con entusiasmo los versos de David e Isaías y recordaba con gratitud las peregrinaciones de los Patriarcas, dirigidos misteriosamente por la voz de Jehová. Y con una voluntad férrea, con un tesón heroico, se proponía hacerse digno de aquellos santos y de aquellos profetas, responder con su conducta irreprochable a las predicciones del cielo. Pertenece a la raza de Abraham, la que fué escogida para una

misión providencial, la que mereció recibir las tablas de la Ley, y con la Ley dominará todas las naciones, según las promesas mismas del Señor. Tal es el sentimiento que embarga su alma e inspira su conducta. Quiere cumplir la ley, y cumplirla como el más piadoso nazareno, como el más ardiente e intransigente puritano. Era un *zelotes*, de virtud intrépida y altiva; era un fariseo tan escrupuloso, que más tarde podrá decir: «Abrasábame el celo de la Ley de Dios... (Act., 22, 3). Vivía según la secta más estricta de nuestra religión... (Act., 26, 5). Mi vida era irreprochable en lo que se refiere a la justicia legal...» (Phil., 3, 6).

Arrebatado por un místico frenesí, se sentía alegre en medio de aquella esclavitud, y, envuelto en la malla de las seiscientas trece prescripciones del Código mosaico, y de los preceptos innumerables que habían añadido los casuístas de los últimos siglos, tenía la íntima satisfacción de rezar como el fariseo del Evangelio: «Señor, te doy gracias, porque no soy como el resto de los mortales.» Era el fruto natural de aquel formalismo mezquino a que había sido reducida la religión, conjunto de ritos mecánicos que paralizaban la espontaneidad interior, esclavizaban el espíritu, atrofiaban el sentido más alto de la moral natural y ponían en el hombre la convicción de que sólo él era el artífice de su propia justicia, la justicia del que ayuna dos veces por semana, y paga los diezmos de la menta y del anís, desdeñosa para los suspiros ardientes y las palabras humildes del publicano, que en un solo instante ha logrado encontrar la justicia verdadera. Es la psicología farisaica, que poco a poco va troquelando la conciencia del joven tarsense con sus presunciones, con sus odios, con sus desprecios, y también con sus hipocresías. El espíritu más alerta y la más tensa voluntad se sienten, a veces, incapaces de realizar todas las voluntades de ese tirano implacable que es la ley. Los desfallecimientos y las infracciones se multiplican; vienen las estratagemas de la casuística y el ideal rueda por el suelo. Es aquel desdoblamiento de la personalidad a que alude el texto sagrado: «Imponen toda suerte de cargas sobre los hombros de los demás y no quieren tocarlas con su dedo.» Hay que conservar el prestigio de la virtud a los ojos del vulgo, temido y despreciado; hay que rescatar las miserias interiores con la intolerancia exterior, y ese pobre esclavo del ritual se hará fanático, perseguidor y asesino por celo, por soberbia, por hipocresía y por remordimiento.

Pero ahora estaba en Tarso de nuevo, respirando el austero ambiente familiar y pensando en la dirección que había de dar a su

vida. Asiste religiosamente a la sinagoga; interviene tal vez en sus funciones; canta con entusiasmo la salmodia del Hallel; contempla con profundo respeto el rollo de la ley, cuando el rabino lo extiende a los ojos de la multitud, y cuando en el atardecer del viernes se encienden en su casa las lámparas del día de descanso, recuerda emocionado los favores de Dios para su pueblo. Sus maestros de Jerusalén le han dicho que todo buen israelita debe saber trabajar también con sus manos, y no puede olvidar la santa extravagancia de Rabbán Schamaí, que llevaba colgado en la oreja un pequeño mazo, símbolo de sus faenas de carpintero. Él se apresura también a tener su oficio, y se hace fabricante de tiendas. Es una labor que no han olvidado aún las gentes de Cilicia. Aquí y allí, por los pueblos de su campiña, se encuentran aún amplios cobertizos, de los cuales salen las voces alegres de los trabajadores. Hay uno en pie, poniendo en movimiento una rueda, de la cual penden las extremidades de una cuerda; de su cintura cuelga un zurrón y del zurrón va sacando uno a uno los pelos de cabra o de camello, que va enredando en la cuerda. Y así fabrica el hilo duro y fuerte, caminando siempre hacia atrás desde el fondo del hangar hasta la entrada, donde sus compañeros, sentados sobre una piel de cordero, con un cuchillo de madera en la mano, van hilvanando y disponiendo la trama que será luego la casa de campo de los pastores y de los labriegos de la tierra, o bien el cilicio del asceta y de la virgen. Así trabajaba Saulo en su juventud y así seguirá trabajando; al mismo tiempo que cumplía con los consejos de los rabinos, se ganaba la vida, porque el negocio era, y sigue siendo, lucrativo, y podía meditar en el último capítulo que había leído en la Biblia, o en la última reunión de la sinagoga, o en los asuntos de las iglesias, porque su tarea, puramente mecánica y uniforme, dejaba en plena libertad al espíritu.

Es durante esta segunda estancia en su ciudad natal cuando entra en contacto más íntimo con la cultura grecorromana. Ni el Arte ni la Naturaleza debieron impresionarle nunca profundamente. Tarso tenía sus pórticos, sus templos de orden corintio, sus palacios, sus termas, sus plazas y sus jardines cuajados de estatuas. La influencia de Grecia se mezclaba allí con recuerdos fenicios y babilónicos; Zeus y Baal se confundían en sus monedas, y la elegancia griega añadía una nueva seducción a la sensualidad oriental. En aquel puerto, en pie sobre la proa de oro de su galera, entre el flotar de las velas de seda perfumada, había esperado Cleopatra la venida de las naves vencedoras de Antonio, y a poca distancia se alzaba la estatua gigante

de Sardanápalo, una estatua en actitud de bailar, que clamaba al viajero estas palabras de la inscripción cuneiforme del plinto: «Come, bebe y diviértete; el resto no vale nada.» Y en los alrededores, la llanura feraz y las márgenes risueñas del río, y el campo de color oscuro, cruzado de canales, y los rincones apacibles de la sierra, poblada de pinos y habitada de manadas de cabras y de toros, y más lejos, por un lado, las blancas velas mediterráneas, y por otro, los nevados picos de la cordillera del Tauro, que enviaban a la ciudad el fino hálito de sus brisas.

Nada de esto debió influir profundamente en la imaginación del joven israelita. Más tarde se encontrará frente a los más risueños panoramas, atravesará los lugares más pintorescos de la tierra, visitará ciudades, envueltas en la magia de los grandes recuerdos de la poesía y de la Historia, y nunca en su semblante se dibujará el gesto de la admiración ni se emocionará su alma, ni su lenguaje se enriquecerá con el colorido de las evocaciones o las comparaciones. No es que le falte el don de observación; es que el mundo externo le importa muy poco. Atento a la lucha interior que desgarra su alma, no tiene tiempo para escuchar el lenguaje de las cosas muertas. Entre los grandes místicos es el único que no arrastra a la Naturaleza entera en sus arrebatos. Los profetas habían matizado sus visiones de imágenes llenas de vida; los campos y las flores habían animado y perfumado las parábolas de Jesús; el dominio de Saulo será la psicología. El mundo inanimado sólo le interesa en sus relaciones con el hombre. Sus comentaristas han observado que sus metáforas proceden todas de las actividades de la vida humana: el movimiento del legionario romano, lleno de agilidad y de fuerza; la gracia de los juegos del circo, el bullicio de los mercados, hirvientes de multitudes; las luchas enconadas del estadio, que apasionaban y dividían a las grandes ciudades; los espectáculos teatrales y las formas imponentes del arte arquitectónico, en que se revela el genio del hombre.

Pero en las calles de Tarso y en los pórticos del ágora pululan los hombres de la barba descuidada y el amplio manto raído, que atraen las miradas de las gentes con sus sentencias y sus paradojas. Son los filósofos, turba orgullosa y estrafalaria, que ha hecho de la capital de Cilicia uno de los focos del pensamiento. Saulo los observa con desdén y curiosidad al mismo tiempo. No todo le parece despreciable en aquellos hombres, hinchados de vanidad, malolientes al exterior e interiormente podridos. Algunas de sus máximas coinciden con sus más íntimas convicciones, y su procedimiento demostrativo

tiene algo de aprovechable. Más tarde, cuando él hable y escriba, a la analogía de los rabinos del Templo juntará el método de la diatriba, término medio entre el diálogo y el tratado de que se sirven los estoicos en la enseñanza de la moral. Tampoco se desdeñará de recoger alguna que otra vez su terminología. Y esto es todo lo que debe a aquellos hombres con quienes acaso disputó más de una vez bajo los pórticos de Tarso. Es la filosofía de la calle, no la del gimnasio ni la del libro. Séneca empieza a publicar sus libros por aquellos días; pero Saulo, que se expresará algunas veces de una manera semejante a él, ni tiene la tentación de leerle, ni, probablemente, llegó a saber de él; ni le interesa tampoco el judío Filón, que ilustra las escuelas de Alejandría y cuyo método exegético empleará también él en sus Epístolas. No podemos imaginarle leyendo los diálogos de Platón, y menos las obras de los poetas; pero, dotado de una vista penetrante para las ideas más que para los paisajes, observa y escucha en torno suyo, aspira el ambiente que le rodea, analiza y compara y llega a adquirir un concepto exacto del mundo pagano, de sus aspiraciones, de sus ritos, de sus ideas y de sus prácticas religiosas y sociales. Y todo esto irá apareciendo más tarde en sus discursos y en sus escritos, no con el vocabulario clásico, sino con la lengua del uso corriente, con palabras que San Jerónimo llamará cilicismos, y en que los últimos descubrimientos de lápidas y papiros nos van revelando modismos y expresiones de origen popular, cuando no vienen de la versión bíblica de los Setenta. La Biblia, traducida, sigue siendo su gran libro de lectura, de estudio y de meditación, el que le da las ideas y las palabras; y, con la Biblia, la observación del medio en que vive. Y, si antes ha fijado su teología escuchando a los doctores de Jerusalén, ahora forma su lenguaje, aquel griego cosmopolita que se habla en Atenas y en Antioquía, en Alejandría y en Roma, y se crea su estilo, un estilo ciertamente defectuoso, si le miramos a la luz de la preceptiva de los retóricos, pero sumamente personal, amplio, rico y vigoroso, apto para recibir las más altas ideas y para producir los efectos más maravillosos.

CAPITULO III

La dispersión de los discípulos de Jesús.—Guerra de exterminio.—De Jerusalén a Damasco.—La visión.—El convertido.—Explicaciones racionalistas.—Intervención sobrenatural.—El relámpago (33).

Pasaron cinco, seis, tal vez ocho años. Saulo está de nuevo en Jerusalén. Más que al comercio, sus inclinaciones, lo mismo que sus estudios, le llevan a brillar en la atmósfera clerical. Busca la sombra de los maestros famosos y de los venerables sanhedritas, y pone ya los ojos en sus cátedras y en sus tribunas. El antiguo discípulo empieza ya a tener aires de doctor, y no es posible dudar de que su entusiasmo religioso, su conocimiento de las Escrituras y la energía de su carácter le preparan un brillante porvenir.

Promovida, tal vez por su impetuosidad, estalla la persecución contra los discípulos de Jesús. El movimiento viene del partido de los helenistas, y entre los helenistas ocupa él ya un puesto eminente. Muere Esteban, y Saulo se convierte en jefe de perseguidores. Sus violencias han dispersado a los perseguidos y muchos judíos invocan ya a Jesús en Damasco, en Samaria y en Antioquía. Y no duerme, pensando que se le escapan las víctimas. Acostumbrado al análisis de sus ideas religiosas, ha comprendido mejor que Gamaliel cuánto importa para el judaísmo acabar con aquel puñado de locos, porque han pasado cuatro años desde que el nieto de Hillel pronunció su dilema famoso y, lejos de extinguirse, la locura se extiende, se organiza y encuentra simpatizantes entre todos los amigos de novedades, judíos y prosélitos.

Afortunadamente, la célula más importante, la de Jerusalén, puede darse por aniquilada. Muchos de sus miembros gimen en la cárcel, otros se han esfumado en la sombra y ya no se atreven a hablar en

público como antes el diácono lapidado; hasta los jefes parecen sumarse dócilmente al resto del pueblo de Israel en sus devociones y ejercicios piadosos. Ellos no desprecian el Templo, puesto que se les ve con frecuencia atravesar la puerta Speciosa, descender la escalinata de mármol y orar con los brazos extendidos en dirección *Sancta Sanctorum*, que resume los más gloriosos recuerdos del pueblo de Dios. Pero el ojo de Saulo sigue también a los fugtivos y sabe que un buen número de ellos se ha refugiado en la capital de Siria y, «profiriendo amenazas, ávido de la sangre de los discípulos del Señor, presentóse al gran sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de capturar a los hombres y mujeres de esta secta y traerlos presos a Jerusalén». Era un momento propicio para que el sanhedrín recuperase sus codiciados derechos, y aunque la Siria obedecía entonces al rey Aretas, cuñado de Herodes el Tetrarca, los judíos mantenían con él estrechas relaciones y no entorpecería la acción de un emisario del sumo sacerdote dentro de la comunidad judía. Y deshecho aquel nuevo núcleo de nazarenos, ¿qué sería de aquellas palabras que había dicho su Maestro: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra vosotros»?

Saulo estaba seguro de que su tenacidad llegaría a poner en evidencia lo ridículo de estas palabras, y humanamente su manera de ver parecía plausible. ¿Cómo podría resistir aquel puñado de discípulos oscuros frente al poder que se alzaba contra ellos, armado de la autoridad de Senado del pueblo judío, rodeado de sayones y sostenido por una voluntad de hierro? Ellos, sin embargo, no dudaban. Recordaban las palabras de Jesús, y ni un solo momento pudieron imaginar que la Iglesia pereciese en aquellos primeros días de su expansión. Se cumplía lo anunciado, y la mirada de Jesús, grabada en el corazón de cuantos habían tenido la dicha de verle y oírle, era infalible. Sólo Él sabía cómo había de terminar la dolorosa pesadilla, pero su palabra no podía faltar.

Y terminó de una manera inesperada, con un suceso maravilloso, tan inexplicable en sus causas como fecundo en sus resultados. «Benjamín, lobo rapaz—había dicho el viejo patriarca con la voz apagada del moribundo—, por la mañana cogerá la presa; por la tarde repartirá el botín.» La profecía de Jacob va a cumplirse en este joven israelita de la dispersión, que es el más ilustre de los descendientes de Benjamín: en la mañana fogosa de la adolescencia, interpreta San Agustín, se lanza como lobo carnicero a devorar las ovejas de Cristo; en la tarde de su vida recorre el mundo para dar generosamente a los

hambrientos el pan de la salvación. Es San Lucas, un discípulo suyo, quien nos cuenta la historia prodigiosa de la luz meridiana que realizó la transformación.

Acompañado de sus satélites, va Saulo camino de Damasco. Detrás, nubes de polvo señalan el paso de la caravana a través del desierto. Los rostros cansados y los ojos bermejos por la lluvia del sol y el azote del viento señalan la huella de los cuatro días de viaje; pero allá en la lejanía del aquilón se visten ya los montes con manchas confusas de vegetación, empiezan a aparecer las primeras palmeras y el aire devorante se empapa de humores frescos y suaves. De pronto, un oasis espléndido, por donde arrastran sus aguas el Abona y el Farfar, que tanto enorgullecían a Naamán el Leproso, y allí, entre bosques aromáticos de higueras y granados, entre vergeles de naranjos y limoneros, entre murmullos de fuentes y de pájaros, Damasco, la blanca, que es ya, según la bella figura del poeta árabe, una red de perlas sobre un tapiz de esmeralda.

Los viajeros se han llenado de gozo al divisar sus muros torreados y almenados, y los camellos aceleran su paso oliendo la cercanía de la ciudad. Pequeño, pero altivo y autoritario, el jefe mira con gesto de triunfo a sus compañeros. No hay reflejos de turbación en su mirada, ni preocupación o incertidumbre en su semblante. No piensa en la cándida serenidad de la mirada de Esteban el diácono ni le preocupa la violencia del sol, que cae perpendicular sobre su cabeza, ni le interesa la gloria de aquella ciudad cuyos reyes humillaron tantas veces a los degenerados descendientes de David. Una idea le obsesiona hasta el paroxismo: va a aplastar el último nido de la secta aborrecida. Pronto sabrá los nombres de los apóstatas, caerá sobre ellos sin darles tiempo para huir, los atará a las ancas de sus camellos y los hundirá en los húmedos sótanos de la Torre Antonia. Nadie podrá resistirle: presentará las letras del sanhedrín, firmadas con el nombre y selladas con el sello de Caifás, y los ancianos de Israel se pondrán a sus órdenes; los oficiales del rey Aretas favorecerán sus gestiones, porque no hubiera sido muy político despertar las antipatías de los cincuenta mil judíos que viven en la ciudad cuando acababa de sentar en ella su dominación. Y, presa de un regocijo frenético, Saulo se siente feliz. Ya empieza a penetrar en los primeros jardines que anuncian la ciudad dormida bajo el peso del calor. Al frente de su escolta, sobre su corcel árabe, en el lento caminar de aquel mediodía, acaricia en su espíritu sueños de gloria: los triunfos cercanos, la ciudad llena de su nombre, los vítores de los corre-

ligionarios, las felicitaciones de los sanhedritas y el aniquilamiento de los galileos.

De repente, una gran claridad envuelve a los viajeros y, semejante a un relámpago, cae sobre el capitán y le echa por tierra. Y en la claridad, una fuerza misteriosa que le paraliza y le hiela la sangre; y tras ella, una voz lejana y terrible que truena en la altura y llega hasta él con un acento que es a la vez reproche y amor, compasión e ironía: «¡Saulo, Saulo!» Y Saulo levanta los párpados, yertos de terror, y allá, en la altura, rodeado de luz y de gloria, ve al Hijo del hombre, al que viera Ezequiel vestido de lino, el rostro luminoso como el rayo y los brazos semejantes a la blancura del bronce en el fuego; el que verá Juan en Patmos, entre los siete candeleros de oro, vestido de larga túnica y ceñidor dorado, los ojos como brasas, la cabeza blanca como la nieve, el rostro como el sol cuando brilla en toda su fuerza, en la mano siete estrellas, en la boca una espada de dos filos y la voz como ruido de grandes aguas (Apoc., 1, 12-16). Llamas bermejas brotan de sus pies agujereados, y en su costado se abre la llaga roja abierta por el hierro de una lanza.

Aterrado, deslumbrado, Saulo se defiende de aquella luz con el rostro pegado al suelo, pero el desconocido sigue hablando, se inclina hacia él y pregunta suave y tranquilo: «¿Por qué me persigues?» Saulo no contesta; aquella luz que le ciega los ojos va entrando también en su corazón; tiene una intuición súbita; adivina quién es su interlocutor. Presiente, pero quiere la certidumbre completa; y pregunta a su vez con audacia increíble: «¿Quién eres, Señor?» Necesita saber quién es el que le corta el paso; digno hijo de Jacob, el que luchó con el ángel, no quiere someterse hasta saber el nombre del que le ha derribado. Es la reacción natural de una voluntad recta que en el instante del mayor desconcierto ha sabido conservar el dominio de sí misma. Toda el alma de Saulo está en esta pregunta. Se inclinará, pero no ante la fuerza, sino ante la verdad. Y el desconocido se digna revelarle su nombre con estas palabras: «Yo soy Jesús de Nazareth, a quien tú persigues.» Este nombre despierta una última llamarada de odio en el pecho del joven escriba. Duda, se encabrita como un caballo indócil a la mano del jinete. Pero la voz «que quebranta los cedros del Líbano y hace temblar a las montañas», volvió a oírse decisiva y amenazante: «Duro es para ti dar coces contra el aguijón». Y Saulo se rindió.

Fué una revelación que iluminó su ser entero, algo inenarrable y prodigioso, un segundo de divina fecundidad. Luego Esteban te-

nía razón y tenían razón todas sus víctimas y aquellos presos que sufrían en Jerusalén, y aquellos israelitas de Damasco, que temblaban ante su venida. Y sus manos estaban llenas de sangre y su corazón lejos de Dios, y su Ley no le había servido para nada. Solamente para llevarle al crimen. La voz le acusaba, pero le perdonaba al mismo tiempo y le trazaba una norma de conducta y le fortalecía para todos los sacrificios y todas las satisfacciones. Saulo estaba transformado; su odio era ya amor arrebatado y puro; sus anhelos de percepción se habían trocado en ansias de expiación y de obediencia. «Señor—implora—, ¿qué queréis que haga? Y Jesús dice: «Levántate, entra en la ciudad y allí te dirán lo que tienes que hacer.»

Saulo obedece, tembloroso y lleno de estupor. Sus compañeros, que han oído las voces, pero que no han entendido nada de todo aquello, le miran desconcertados y aguardan sus órdenes. La visión ha desaparecido y ya pueden entrar en la ciudad. Pero algo extraño le pasa al jefe de la pequeña tropa: extiende los brazos, gesticula, busca a tientas el camino y palpa en torno suyo. Oleadas de sol se abaten sobre su cabeza y, sin embargo, la noche le rodea. Abre desmesuradamente los ojos y no ve. Sus satélites le miran con un gesto que parece decir: ¿Qué ángel le ha visitado? ¿Qué espíritu ha hablado con él? Pero él no les dice nada; resignadamente les tiende la mano, y, conducido como un niño, como un preso, como un vencido, entra en la ciudad. La comitiva atraviesa la avenida Euceía, la gran arteria de Damasco, que, dividiendo la población en dos partes, corría recta y regular (de aquí su nombre) de Este a Oeste, ancha, de cien pies, bordeada a uno y otro lado de pórticos corintios y cortada en la parte central por un arco de triunfo.

Él, que se había imaginado una entrada ruidosa, cruzaba ahora la calle trémulo y avergonzado, sin ver a los transeúntes, que le observaban con una curiosidad mezclada de compasión y de pasmo. Preguntó por la casa de un hebreo llamado Judas, que vivía en aquel barrio aristocrático, y en ella recibió generoso alojamiento. Pero la impresión de aquel suceso prodigioso no le dejaba comer ni beber. Todo su organismo estaba trastornado, lo mismo que su conciencia. No veía a nadie ni quería hablar con nadie. Ayunaba y rezaba sin cesar. El recuerdo de los fieles que había perseguido, los gritos de las víctimas en la tortura, la sangre de Esteban, sus últimas palabras, su mirada postrera, todo esto inquietaba su alma con un escalofrío que se parecía al remordimiento. Y la voz de Jesús seguía resonando

en el fondo de su ser con una suavidad amarga que le causaba nuevo tormento: «¿Por qué me persigues?»

Pero al mismo tiempo sentíase inundado de una luz consoladora, últimos reflejos de aquella claridad que le había sorprendido en el camino, y su mirada interior seguía fija sobre al figura de Cristo, y la misma idea daba vueltas sin cesar en su cerebro: ese obrero oscuro que había sido condenado unos años antes no era un blasfemo ni un impostor. Era el Mesías esperado, continuaba vivo todavía, y sus labios habían hablado la verdad. Y se daba cuenta de que hasta ahora no había entendido nada de las Escrituras.

En pocos segundos se había realizado la conversión más ruidosa que registra la historia de las religiones. Un gran convertido, maestro en achaques de este género, afirma «que transformar en justo un impío es una obra más grande que crear el cielo y la tierra (San Agustín. *Tract. 72 in Joan*). Pero entre todas las conversiones ninguna tan famosa y prodigiosa como esta conversión de Saulo, instantánea y fulminante, sólo comparable como prodigio con el suceso de la resurrección de Cristo y tan demostrada como él por el testimonio de la documentación histórica. El relato se repite tres veces en los *Hechos de los Apóstoles*, y las tres con una uniformidad que ha desconcertado la ingeniosa malevolencia de los enemigos de lo sobrenatural. Y el convertido podrá poner más tarde en boca del Señor estas palabras: «Yo me he mostrado a ti para hacer de ti un servidor mío, un testigo de las cosas que has visto y de las que te mostraré retirándote del pueblo hebreo y de las naciones a las cuales te envío, para abrirles los ojos, a fin de que se vuelvan de las tinieblas a la luz y del poder de Satán a Dios, y consigan así el perdón de sus pecados y una parte entre los santificados gracias a la fe en mí (Act., 26, 12-18).

El hecho quedó tan grabado en su espíritu, que toda su vida parece como movida por el empuje de aquel primer contacto con el Crucificado. Es el punto de partida de todo su apostolado, la explicación de sus ímpetus heroicos, el comienzo de treinta años de una actividad ardiente, porfiada, infatigable, como no se encuentra otra igual en la Historia. Y en medio de los afanes y de las persecuciones y de los sufrimientos recordará este momento que le marca con el sello de los escogidos y aludirá a él en sus epístolas y en sus discursos: «Plugo a Dios—dice a los Gálatas—darme a conocer a su Hijo... (Gal., 1, 15). Dios ha revelado a su Hijo en mí (Gal., 1, 16). Bien sabéis—añadía, dirigiéndose a los Efesios—la dis-

penSación de la gracia de Dios que me ha sido dada para vosotros y que fué una revelación la que me iluminó en lo que se refiere a este misterio...» (Eph., 3, 2). Y a los Corintios les pregunta: «¿Acaso yo no soy Apóstol? ¿Es que yo no he visto al Señor? (1 Cor., 9, 1; 15, 8). Sí, le ha visto; le ha visto en forma humana, transfigurado, glorificado por la resurrección, el rostro resplandeciente, pero con la huella de las llagas en su carne. Jesús se ha dignado presentarse a él lo mismo que a los doce, a él que es el último de los Apóstoles, un aborto, un fruto violento e inesperado de la verdad.

Pero hay actitudes filosóficas, y perdónese el eufemismo, que son incompatibles con el milagro. Lo sobrenatural es imposible y la intervención de la Providencia en las cosas humanas un cuento de viejas. Y aquí empieza el esfuerzo de la crítica para explicar esta página enojosa de uno de los libros más verídicos y más documentados de la antigüedad. Lo más sencillo sería negar la aparición de Damasco; pero, ¿cómo explicar entonces otro milagro mayor, aunque de orden moral? Si se niega la aparición de Jesús, se hace incomprensible la conversión de Saulo. Por tanto, es necesario estrujar el cerebro, y las hipótesis se suceden unas a otras, sutiles, extravagantes, pueriles, ridículas, insuficientes. A veces se forjan verdaderas novelas, sólo aceptables para espíritus menguados y gaznates poco exigentes en materia de crítica histórica; pero con tal de suprimir el milagro, cualquier cosa.

El jefe de la escuela de Tubinga, a fuerza de interpretar milagros evangélicos, se encontró con la imaginación agotada al llegar a los *Hechos de los Apóstoles*, y sobre su tumba podía decir uno de sus discípulos: «Baur, que ha pasado su vida eliminando los milagros de Jesús, confiesa que la conversión de Pablo resiste a todo análisis histórico, lógico y psicológico. Y al mantener este milagro, deja subsistir los demás. Ha fallado su vida.» Ante esta confesión, los paladines del racionalismo se alarman, examinan, razonan, discuten, analizan y aportan tal número de soluciones, tan ingeniosamente montadas y vestidas de tal aparato científico, que sería fácil llenar un infolio con ellas. Uno pinta la furia de la tempestad en los desiertos de Siria, como si hubiera formado parte de la escolta de Saulo; otro se esfuerza por describir los efectos de una insolación, capaz de hacer hervir los sesos; éste se imagina un organismo enfermizo y propenso a las alucinaciones; aquél, por el contrario, cree que se trata de una descarga eléctrica en la corteza occipital del cerebro, o bien de

una jugada de lo subconsciente, que, después de un proceso lento y callado hubiera traído súbitamente el conflicto exterior.

La idea fija, dice uno, debió llevar infaliblemente a la autosugestión. No, replica otro; es que el alma de Saulo era el campo donde batallaban dos ideas, y de pronto la una queda victoriosa. La visión tiene el valor de un símbolo. Renán no podía faltar en este corro de iluminados. Según él, todo se reduce a un accidente físico motivado por el paso brusco de la llanura incandescente a las frescas umbrías del oasis. Y no es inverosímil, añade, que para aumentar la turbación estallase de repente una tempestad. Esto es gratuito, afirma el último de estos regocijantes comentadores. Lo que sucedió es que el pensamiento de Pablo se había llenado, a su pesar, de aquel Cristo a quien combatía, y un buen día, la crisis psíquica le dominó en cierto modo por una alucinación bastante fuerte para desconcertar su razón y su voluntad, y subyugarle literalmente a la impresión de su sueño. Todo después de un trabajo íntimo, de una agitación febril, de una larga cadena de combates y disensiones en el fondo de la conciencia. Y de pronto, la idea de Cristo salta a la superficie por un brusco fenómeno, por una revolución cerebral, que entra más en el campo de Psiquiatría que en el de la Psicología racional (Loisy, *Commentaires des Actes*, pág. 399).

Puras fantasías, hipótesis gratuitas, que están en contradicción con la Historia y a veces con el sentido común; que se ríen, no solamente de los textos, sino también de todas las posibilidades del mecanismo interior. Toda la vida del Apóstol, la seriedad de su farisaísmo, la firmeza inquebrantable de su fe, nos impiden hacer de él un enfermo, un desequilibrado. Todos sus escritos son el reflejo de una inteligencia clara, de una voluntad firme, de un ánimo hecho a todas las exigencias de la vida práctica. La lucidez, la fuerza, la sabiduría de su acción y de su predicación, no han tenido un solo eclipse durante treinta años. Ni una duda ha ensombrecido su frente, y lo que clama en vida lo confiesa con la misma serenidad en la última hora delante de la espada que le va a cortar la cabeza. ¿Es posible que una alucinación pueda explicar la epopeya más grandiosa que ningún hombre haya realizado en el mundo?

El que acepta la resurrección del Salvador, dice un escritor poco amigo de lo sobrenatural, se verá mal para poner en duda esta aparición a su Apóstol (A. Sabatier, *L'apôtre Paul*, pág. 51). Y, por otra parte, el que se empeña en negar los dos hechos como imposibles, se sale del orden histórico para refugiarse en el metafísico. Y el or-

den histórico exige que aceptemos, como aceptaríamos el de Tácito o Tucídides, el testimonio de Lucas, que coincide con el testimonio mismo de San Pablo: exige que aceptemos el hecho con lealtad, sin deformarle con nuestros prejuicios personales.

El hecho es innegable; el verdugo de los nazarenos estaba vencido; la sinagoga perdía al más temible de sus adversarios. Transformado por una gracia irresistible, el genio iba a poner toda su potencia al servicio de la nueva religión; la sinceridad, todo su apasionamiento; la elocuencia, toda su audacia arrolladora. Era la mayor victoria del cristianismo naciente, una victoria que venía con la rapidez del relámpago. Y un relámpago será la vida de este convertido, un relámpago que culebrea año tras año a través de un imperio. El carácter de Saulo se nos revela en el rayo que le hirió. A San Agustín el libro le abruma y le convence; a los Magos los guía una estrella; a Saulo un rayo le derriba y le ciega en pleno día, entre el bullicio de la urbe populosa. El hombre de acción es dominado y consagrado por la acción radicalmente, instantáneamente. Suena en los aires el reproche divino, y eso basta. Sorprendido, derribado, subyugado por la luz, el herido no pierde un solo instante en observar o analizar lo que pasa en torno suyo o dentro de sí. Sólo piensa una cosa: que todo lo antiguo pasó para siempre, que hay que cambiar de rumbo y hacer otra cosa. ¿Cuál? Cualquiera que sea está dispuesto a hacerla con toda la fogosidad de su alma. Jamás se ha visto una transformación más completa. Quedaba el hombre, con sus arrebatos y sus violencias; nada de sus antiguos sentimientos ni de sus antiguas ideas, de su orgullo, de su odio, de su sed de sangre.

CAPITULO IV

La nueva luz.— En la casa de Judas.—Misterio de amor.—El mensajero celeste.—A través de las sinagogas.—Judíos y prosélitos.—En la soledad de Arabia.—El Evangelio de Pablo. (33-36.)

La noticia empezó a cundir por todos los centros de la judería damascena, y los curiosos se acercaban a la casa de Judas para averiguar el caso del agente del sanhedrín. Pero Saulo no recibía a nadie. «No come, ni bebe, ni habla, ni duerme, ni quiere conversación humana—decía Judas a sus visitantes—. Además, ha perdido la vista completamente; el accidente le ha dejado aplanado y deshecho.»

En realidad, no todo aquello era efecto del accidente. Más que impresionado, Saulo parecía embrujado, embrujado por el hechizo de aquella visión, que no podía apartar de su mente. La voz de Dios, según Juan de la Cruz, es fuerte como el ruido del trueno; pero tiene también una suavidad inefable. Es una música graciosa y deleitosa, que arroba el alma, como concierto de tocadores del arpa y la cítara. Esta música cantaba en el alma del convertido, y sus acordes seguirán resonando en él mientras viva. Había oído la voz de Cristo, había conversado con Él, y por el acento, que da un sentido revelador al solo temblor de las palabras, había logrado entrar en la intimidad divina. El timbre de aquella voz le había dado la intuición de un mundo nuevo, y a pesar del sentimiento de su engaño pasado, Saulo estaba gozoso. El remordimiento es siempre el pasado, y él, olvidando las cosas que quedan detrás, se lanzaba con todo su ser al porvenir, hacia aquel panorama espléndido que súbitamente había aparecido delante de sus ojos, y que le había enseñado en un instante más que todos los rabinos del templo de Jerusalén. Ya tenía la revelación del Hijo de Dios como principio de salud y

de vida espiritual, y con ella la noción fundamental de la filiación divina y el conocimiento de la acción salvadora del Cristo glorioso, que redime al hombre con su muerte, y se convierte en fuente de vida por la resurrección, y sigue presente en la tierra como jefe y cabeza del organismo por Él fundado, de la Santa Iglesia.

Estaba ciego; pero bien podía dar para siempre la vista de los ojos a cambio de aquella visión que interiormente le iluminaba. Las locuras de sus antiguos perseguidos se le presentaban como la suprema sabiduría. ¡Y con qué gusto saboreaba algunas de las expresiones que había podido sorprender en su boca cuando les llevaba ante los tribunales o les tenía entre los sufrimientos de la tortura! Tenían razón: su Cristo era el amo de las voluntades, el Señor de los vivos, el dominador de la muerte. Era el Hijo de Dios, y, sin embargo, «no había dudado en tomar la forma de esclavo, haciéndose semejante a los hombres», y por librar de la muerte a los impíos «se había humillado haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Phil., 2, 7-8).

Y todo era un misterio de amor y de compasión infinita; todo amor escalofriante en esta sabiduría sublime de la cruz, escándalo para los judíos, locura para las gentes; «porque apenas se encontraría uno sólo que quisiese morir por justo, y, no obstante, Cristo murió por mí, pecador, para que tenga en Él la vida eterna» (Rom., 5, 7). Le había amado, y le había escogido, y le había descubierto sus eternos consejos, y le había revelado su amor, y de perseguidor le había convertido en apóstol. ¿Por qué este exceso de predilección para con un hombre que había llegado hasta el exceso de la saña? El problema era un nuevo enigma para Saulo. Porque el alfarero es el amo de la arcilla, Dios ha querido demostrar su gloria y su omnipotencia eligiéndole desde el vientre de su madre, y haciendo de un vaso de ignominia un vaso de misericordia (Gal., 1, 15). Así contestará más tarde. Ahora no sabe más que adorar, agradecer y humillarse ante los secretos insondables de la bondad divina. Todo su ser es una ofrenda jubilosa y ardiente; un inmenso amor arde ya en su pecho, aquel amor del cual podrá decir más tarde «que ni la muerte, ni la vida, ni los principados, ni las potestades, ni las cosas presentes, ni las cosas futuras, ni la fortaleza, ni la altura, ni la profundidad, ni cosa ninguna criada podría jamás separarle de la caridad de Dios, que está en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rom., 8, 38).

Y el amor empezaba a reclamar sus sacrificios. Y en primer lu-

gar el de la inteligencia. Su presunción debe doblegarse ante la sabiduría de Dios, infinito en su poder, trascendente en sus operaciones. Hay cosas que la razón no comprende. No importa. «El último recurso de la razón es reconocer que hay una multitud de cosas que están por encima de ella.» Así dice Pascal, y San Pablo había dicho ya más enérgicamente: «Si alguno de entre vosotros cree ser sabio según el siglo, que se haga necio para ser sabio» (1 Cor., 3, 18). El renunciamiento a la sabiduría humana es la entrada a la suprema sabiduría. Es la resolución que Saulo toma desde este momento. En las profundidades de su noche interior ha descubierto un lucero, y atraído por sus reflejos, tentadores y lejanos, se precipita en el abismo.

Su corazón realiza un sacrificio más doloroso todavía: el sacrificio de todo lo que más había adorado, de la religión de sus padres, de aquel templo que era el orgullo de su raza, de la jerarquía religiosa, de los holocaustos, de las costumbres, de las ceremonias de Israel. Un glorioso pasado quedaba borrado para siempre. Donde los demás no veían claro todavía, él descubre desde el principio este gran corolario de su fe. Ni Pedro ni los demás discípulos se habían dado cuenta todavía de que para ser cristianos tenían que dejar de ser judíos. Para Saulo, espíritu entero y penetrante, entre el Evangelio y la Ley hay una oposición radical. Lo ha visto ya antes de convertirse, y por eso ha combatido con tanta saña a Jesús. Su conversión no le lleva a armonizar los dos términos opuestos, sino a reemplazar el uno por el otro. Desde ahora rechazará la Ley y amará la cruz con la furia que antes había puesto en perseguirla.

Y aquí estaba el más vivo desgarrón del alma. Un idealista como él podía renunciar gozoso a los honores, a las riquezas, al magnífico porvenir que le ofrecía su brillante carrera. Mas duro era abandonar para siempre aquel ambiente en que había crecido, separarse de sus amigos, de sus maestros, de la sociedad de su infancia y de su juventud, que empezaba ya a distinguirle por su ardiente proselitismo. ¡Qué gritos no se levantarían en los pórticos del templo cuando se supiese que se había pasado al enemigo! ¡Qué despecho en el círculo venerable de los sanhedritas! ¡Qué deshonra para su familia! ¡Qué escándalo entre sus condiscípulos! Se le odiaría, se le anatematizaría, se le consideraría como a un renegado, y sobre su cabeza caerían los castigos con que él había anatematizado a los discípulos de Jesús. Y ¿cómo le recibirían ahora sus nuevos hermanos? Su doctrina, ciertamente, les recomendaba el perdón; pero aunque

llegasen a creer en su sinceridad, ¿llegarían a dominar sus suspicacias y a olvidar sus resentimientos? A cambio de todo lo que perdía, un vacío inmenso se abría delante de él; por todas partes la duda, la incertidumbre, la oscuridad. Sin embargo, no piensa un solo instante en hacer traición a la imagen sublime cuyo poder le ha dominado. Ha creído, y la fe para él es un acto de obediencia libre, sin duda, pero que, una vez puesto, coloca al creyente en un mundo nuevo de derechos y deberes, de obligaciones y de privilegios. Ha vislumbrado el ideal inefable, y su mirada está fija en el divino modelo. Nada del mundo podrá separarle de Él. «No he consultado ni la carne ni la sangre—nos dice él mismo—; he renunciado a todas las cosa, mirándolas como estiércol, a fin de ganar a Jesucristo» (Phil., 3, 8).

Era una actitud que le llevaba de un vuelo a las cimas de la santidad; pero demasiado sabía que todo allí había sido milagroso, que su único mérito era el haber consentido al llamamiento divino. Y de este hecho deducirá él uno de los principios capitales de su teología. «Por la gracia de Dios soy lo que soy», repetirá una y otra vez, afirmando su impotencia frente a la jactancia de aquellos estoicos de Tarso, que no cesaban de ponderar sus heroísmos y sus renunciamientos.

Así pasaron aquellos tres días de fecunda soledad, días de iluminaciones y de resoluciones, de embriaguez reposada y de arrobamiento sublime, de efusiones, de coloquios íntimos, de lágrimas secretas y de ardores en el silencio. Y, al fin, un rapto, una nueva visión: parecíale que un hombre se acercaba a él y ponía las manos sobre su frente. Y no era un sueño, porque, algún tiempo después, un desconocido entraba en la casa preguntando por Saulo de Tarso. Y Saulo le recibió.

Había sido necesario aquel aviso del cielo para que se decidiese a tratar con los hombres. Porque era el cielo quien le enviaba al desconocido. Él mismo confesaba cómo había oído la palabra misteriosa. Una voz resonó súbitamente en torno suyo, diciendo: «¡Ananías!» Y él respondió: «Heme aquí, Señor.» Y la voz añadió: «Levántate, vete a la calle principal de la ciudad y busca en ella a un hombre llamado Saulo, de Tarso, porque he aquí que reza.» Ahora bien: Ananías era un discípulo de Jesús, uno de aquellos hombres a quienes Saulo debía llevar presos a la ciudad santa. Había oído hablar del perseguidor, de su odio, de su poder y de sus crueldades, y, temiendo caer en una trampa, replicó, algo asustado: «Señor, he oído hablar a muchos de este hombre y de los males que ha hecho

a tus santos en Jerusalén. Y ahora tiene poder de los sumos sacerdotes para coger presos a todos los que aquí invocan tu nombre.» Pero la voz del Señor insistió: «Vete, porque este hombre es un instrumento que yo he escogido para que lleve mi nombre delante de los gentiles, delante de los reyes y de los hijos de Israel. Y yo le mostraré cuánto deberá sufrir por mi causa.»

Los prodigios sucedían a los prodigios. Cuando Ananías llegó a presencia de Saulo, puso las manos sobre la cabeza del joven y le dijo: «Saulo, hermano mío, el Señor Jesús, a quien viste en el camino por donde venías, me envía a ti a fin de que veas y seas lleno del Espíritu Santo. Y sintió Saulo que al terminar de oír estas palabras se le caían de los ojos unas como escamas y empezó a ver de nuevo.» Su primera mirada se fijó, llena de gratitud, sobre el amable visitante, de quien Dios se servía para devolverle la luz. «Era un hombre según la Ley, a cuya virtud rendían homenaje todos los judíos de la ciudad (Act., 22, 12); un israelita adicto a todas las prácticas mosaicas, pero que llevaba en su rostro aquella expresión suave que Saulo había advertido tantas veces entre los discípulos de Jesús, y que hablaba de serenidad y de perdón. Y, como el semblante, las palabras. ¿No le había llamado hermano desde el primer momento? Y él le contemplaba atónito, sin saber cómo agradecer aquella generosa fraternidad con que le recibían sus antiguos perseguidos. Tendido en tierra, callaba, aturdido por la estupefacción y abatido por el ayuno. «El Dios de mis padres—prosiguió su bienhechor—te ha escogido para conocer su voluntad, para ver lo justo y escuchar la voz de su boca; porque tú serás su testigo, delante de todos los hombres, de todo cuanto has visto y oído. Pero, ¿qué tardas? Levántate, recibe el bautismo y lava tus pecados invocando su nombre.»

En Damasco, todas las casas tenían su fuente, rodeada de rosas y azahares. Saulo se levantó, y sin salir de la casa de Judas, fué bautizado en el nombre del Salvador Jesús. Después comió y reparó sus fuerzas. Y la iglesia de Damasco, que había temido antes por su venida, le recibió alborozada, dando gracias a Dios del milagroso cambio. Era no solamente un triunfo de su causa, sino también una confirmación de su fe. Al testimonio de los Doce, sobre la resurrección de Cristo, se unía un nuevo testimonio, que no venía de un discípulo inflamado de amor, hechizado por la magia de la presencia de Jesús, sino de un adversario, de un perseguidor. Era la evidencia involuntaria confirmada por una serie de prodigios, de los cuales

podía dar fe toda la ciudad. No se cansaban de preguntar al convertido los más mínimos detalles de su extraña aventura, y a través del fuego de su relato les parecía ver al Amigo invisible, y se encendían más intensamente en su amor. Y muchos adivinaban ya en aquel hombre al futuro paladín del Evangelio; esforzábanse por penetrar el sentido de las palabras misteriosas que había oído Ananías: discutirá con los judíos, predicará a los gentiles, se presentará en los palacios reales y será un instrumento de la gloria de Dios. No impresionaba, ciertamente, por su presencia física; pero sus palabras ardían, sus ojos deslumbraban, en su gesto se revelaba una energía indomable, y, sobre todo, la gracia de Dios había descendido sobre él.

Saulo, a su vez, escuchaba con avidez cuanto le decían los discípulos del Señor acerca de la buena nueva, se inflamaba con las parábolas de Jesús, meditaba sus milagros y recogía en su memoria los discursos y las sentencias del Evangelio. Esta fué para el neófito, que renacía en el agua y en el espíritu, la leche de la infancia espiritual. Robustecido con el divino alimento, su fe se avivaba y se encendía, y empezaba ya a manifestarse en predicaciones vehementes, proclamando en las casas y en las sinagogas «que Jesús es el Hijo de Dios (Act., 9, 20-22), el Cristo, el Mesías prometido a Israel». Su predicación es valiente y atrevida; «habla con seguridad en el nombre del Señor» (Act., 9, 26-28). Cristo es el objeto esencial de sus discursos; Cristo, considerado más que en su vida terrena, en su resurrección gloriosa, influyendo en su adoradores, dirigiendo y fecundando su Iglesia. No hay, ciertamente, oposición entre el Cristo histórico y el Cristo glorioso; pero Cristo «ha muerto por todos y ha resucitado y se ha convertido en vivificador de los hombres, no según la carne, sino según el espíritu» (2 Cor., 5, 15-16). La muerte de Cristo fué soberanamente eficaz, pero una vez resucitado tiene una realidad espiritual y trascendente.

Saulo inaugura un método, al cual permanecerá fiel toda su vida. Predica a Jesús, a Jesús crucificado y resucitado. Y le predica en las sinagogas, porque sigue siendo judío. Ama a sus hermanos, a los hombres de su raza; y es a ellos a quienes, ante todo, dirige su predicación, siguiendo en esto el ejemplo de Jesús. Pero allí, en la sinagoga, sentados en los bancos más cercanos a la puerta, había otra clase de oyentes, que ya desde ahora atraían las miradas del fogoso predicador. Eran los amigos de Israel, prosélitos del paganismo, gentes ávidas de espiritualidad y cansadas de las aberracio-

nes de la idolatría. A pesar de su austeridad, decía Josefo, la Ley se ha extendido por el mundo. Eran miles los espíritus que, atormentados por las angustias de la duda, iban a buscar luz en las enseñanzas de la sinagoga y a tomar parte en su salmodia y en sus ritos: gentes del campo y oficiales del ejército, esclavos y patricios, hombres y mujeres. Las mujeres, más amigas de novedades, más delicadas y ardientes para llenar sus aspiraciones religiosas en los templos fríos y silenciosos de Isis, de Júpiter, de Cibeles y de Baco, cuyas orgías eran la degradación de su sexo, sentían más profundamente aquel atractivo universal que ejercía la religión de los judíos. Ovidio podía aconsejar a los jóvenes disolutos que si querían conocer las bellezas más renombradas de Roma no tenían más que apostarse un sábado a las puertas de las sinagogas (*Ars. amat.*, I, 76), y en Damasco, la mayor parte de las mujeres, empezando por las damas de la aristocracia, se habían matriculado en el número de los prosélitos (Josefo, *Bellum judaicum*, II, 20, 2).

En estos oyentes ponía Saulo desde ahora sus mayores esperanzas. Sabía muy bien, y lo había advertido por el efecto de las predicaciones de Esteban, que no les atraían precisamente los encantos de las prácticas legales, la circuncisión, las abluciones, la sangre de los toros y los machos cabríos, sino aquella seguridad con que resolvían los más angustiosos problemas, la dulzura y la poesía de sus cantos, la nobleza de su moral, la pureza de su culto, la elevación de sus dogmas y aquel espíritu de fraternidad que reinaba entre ellos. Y todo esto lo conservaba la nueva religión, depurado, idealizado, despojado de las múltiples trabas de la Ley, en que tropezaban muchos hombres de buena voluntad. Ya desde ahora sabe Pablo que la justificación no viene de la Ley, sino de la fe en Jesucristo, y éste es el mensaje que lleva a las sinagogas damascenas con el solo hecho de contar su propia historia. Nadie había guardado la Ley con más rigor que él, puro entre los puros, fanático entre los fanáticos. Y, sin embargo, hasta que Dios se dignó revelarle a su Hijo, permaneció en la ceguera de su impiedad.

Al principio se le escuchaba con curiosidad mezclada de admiración. «¡Cómo!—se decían unos a otros los judíos de Damasco—. ¿No es éste el que antes exterminaba a los que invocaban este nombre que ahora nos anuncia? ¿Y no vino aquí, precisamente, para llevarles atados a los príncipes de los sacerdotes?» Su éxito debía ser enorme, a jugar por las pruebas extraordinarias que podía presentar a sus oyentes. Y las sinagogas, mermadas, empezaron a alarmarse. Al estupor

sucedió el odio; las palabras de renegado, de traidor, de apóstata, empezaron a repetirse en torno suyo; la noticia había llegado a Jerusalén, y tal vez en el sanhedrín se deliberaba ya para tomar medidas contra aquella deserción escandalosa. El peligro se avecinaba, y Saulo prefirió retirarse. «Cuando plugo a Dios revelarme a su Hijo, a fin de que predicase a las naciones, no conferí entonces con ningún hombre, sino que al punto me marché a Arabia» (Gal., 1, 16).

Saulo vuelve a entrar en el silencio. Más que las asechanzas de sus antiguos correligionarios, lo que le guía es un ansia de recogimiento y de soledad. Después de los sucesos pasados quería entrar dentro de sí mismo y encontrarse frente a frente con Dios. Y se fué a Arabia, es decir, a la península sinaítica, en cuyas montañas sagradas Moisés y Elías habían conversado familiarmente con Dios. Antes de recorrer las grandes ciudades quería escuchar la elocuencia de los desiertos. Conocía ya su destino; pero no se apresuraba a cumplirle: Dios le llamaría en la hora oportuna. Mientras tanto, sondearía su ser, meditaría las Sagradas Escrituras, domaría su cuerpo, fortalecería su alma, y lejos de los ruidos del mundo, en el silencio de las potencias y las cosas, oiría más seguro el murmullo de la voz interior.

Como todos los grandes místicos, Pablo amaba la soledad. Por temperamento era un hombre de acción, y, sin embargo, se oculta y se convierte en anacoreta. Durante tres años se pierde a nuestras miradas; tres años que parecen vacíos en su vida; tres años de los cuales no podemos saber nada, y, no obstante, debieron ser soberanamente fecundos. Años de preparación intensa por medio de la oración y la reflexión bajo la influencia del Espíritu Santo, de laborar continuo para descubrir el sentido del Antiguo Testamento y comprender, fuera de la exégesis farisaica, aprendida en los años mozos, las armonías del plan divino de la salvación por la fe y las relaciones de la historia de la humanidad con el hecho trascendente del Evangelio.

La educación religiosa del convertido no podía ser obra de un solo día. Una crisis súbita señala los comienzos, un desarrollo normal la perfecciona poco a poco, y el sistema completo de la teología paulina será el fruto de largas reflexiones y de una revelación lenta y prolongada en que se manifiesta constantemente la intervención divina. A la primera aparición suceden las indicaciones de Ananías, y vienen luego los recuerdos de los hermanos de Damasco. En el desierto, las comunicaciones celestes continúan. Tres años más tarde,

Saulo oye otra vez la voz misteriosa en el templo de Jerusalén, y la seguirá oyendo en todos los momentos culminantes de su vida. El cielo le ilumina y le conduce, le señala el campo de acción, le advierte el peligro, le alienta, le consuela, le inspira, le protege y le instruye. Su maestro es el mismo Cristo. «Yo os declaro—dice a los Gálatas—que el Evangelio anunciado por mí no es un Evangelio según el hombre. No lo tengo ni lo he recibido de los hombres, sino por revelación de Jesucristo» (Gal., 1, 11-12). Es la revelación divina la que le ha dicho que no hay alimento impuro (Rom., 14, 14); la que le ha informado acerca de la manera de celebrar la cena (1 Cor., 11, 23); la que le ha declarado «que los que vivimos no nos anticiparemos a los que se durmieron en el sueño de la muerte (1 Thes., 4, 14). Instruído por el mismo Dios, es un testigo directo de la doctrina que predica.

Por eso puede hablarnos de su Evangelio, del misterio de la salvación, del conjunto de verdades que formaban la buena nueva, y que él va a exponer con un acento propio, con una originalidad y una fuerza que no tenía en la frase de los demás discípulos de Jesús. Es el mismo mensaje de Pedro y de Juan, las grandes verdades que Jesús había enseñado a sus discípulos: la igualdad de los hombres en el plan redentor, la admisión de los gentiles en la Iglesia, la abolición de la Ley mosaica, el sentido de la libertad cristiana, la justificación de los hombres por la fe, la incorporación de los fieles a Cristo por el bautismo, la unión de todos los que creen en el cuerpo místico del Salvador. En todas estas ideas va a poner Pablo un colorido nuevo, un sello personal, que es el que caracterizará su predicación en los medios paganos. Su Evangelio será la buena nueva, el secreto escondido desde el comienzo de los siglos, que él traslada del judaísmo a la gentilidad; la catequesis apostólica, que, con su sentido de la realidad, privilegio de las inteligencias fuertes y de los hombres de acción, sabrá adaptar a las diversas categorías de sus oyentes; porque unas veces se presentará en forma sencilla y elemental; otras, vestida de conceptos sublimes; otras, adornada de una poesía luminosa y profunda. Son las circunstancias, es la Historia la que nos explica sus diversos matices, y también aquí se cumple la máxima de Fenelón, cuando decía «que en el cristianismo casi todo es histórico».

Y si una idea pertenece a aquel que mejor ha sabido iluminarla, defenderla y hacerla triunfar, nadie como Pablo podía hablar de su Evangelio, porque nadie expuso más bellamente la grandeza y la poe-

sía del misterio de la redención, de ese prodigio de la vida recobrada, que él considera como un drama inmenso, en el cual intervienen el Creador y las criaturas, el mundo visible y el mundo invisible, confundidos en una peripecia maravillosa que comienza y termina en las profundidades insondables de la eternidad.

CAPITULO V

PRIMEROS ENSAYOS APOSTÓLICOS.—ENTRE LOS JUDÍOS DE DAMASCO.—LOS CREYENTES DE LA GENTILIDAD.—ODIOS Y PERSECUCIONES.—LA FUGA.—EN JERUSALÉN.—PEDRO Y PABLO.—AUDACIA DEL CONVERTIDO.—EMBOSCADAS.—LA VOZ EN EL TEMPLO. (37).

En la soledad, el alma del neófito se había serenado, y todo su ser estaba ya dispuesto para lanzarse al gran empeño de su vida. Un gran destino se le había revelado y sus ojos podían ya contemplar la luz que antes le deslumbraba. Era dueño de sí mismo, y en su inteligencia se había fijado ya la doctrina de Cristo con fórmulas precisas y dogmáticas, que serán el núcleo de las grandes construcciones teológicas. Todo era armonía en su espíritu, todo seguridad en su corazón. Tiene un concepto claro del mundo físico en relación con el mundo sobrenatural, y sus ideas especulativas, su construcción de la Historia, su antropología, se han armonizado plenamente con la realidad interior de su fe. La fe y el amor le han identificado con Cristo; es un poseso de Cristo, un miembro de su cuerpo místico; vive en íntima unión con Aquel que es, no solamente la causa, sino el actor siempre activo de su vida espiritual y de su pensamiento. Y esta seguridad invencible le templa para todas las fatigas y todos los sufrimientos; le inspira gigantescos proyectos y le prepara para acometer empresas sobrehumanas. Ya sabe que es mucho lo que tiene que sufrir por el nombre de Jesús; ya tiene la ciencia del dolor, pero nada le detiene. «Morir es mi ganancia», dirá más tarde. Y desde ahora dice: «Mi vivir es Cristo» (Phil., 1, 21). Además: «Si Dios con nosotros—se dice con una confianza incontrastable—, ¿quién contra nosotros?»

Ha llegado el momento de salir a conquistar el mundo, piensa el solitario, rico ya con aquella su larga experiencia interior; y vuelve

a aparecer de nuevo entre los hombres. Pero esta primera salida es solamente un ensayo, una preparación a futuras campañas, y en apariencia un fracaso. El discípulo de los fariseos quería glorificar el nombre de Cristo allí donde antaño le había perseguido: era una obra de reparación y de justicia. Otra vez se presenta en Damasco, dispuesto a combatir y a sufrir. Tres años antes, sus discursos habían sido una simple exposición, un relato de lo que había visto y oído; ahora, su palabra sale llena de fuerza y de luz, «confundiendo victoriosamente a los judíos de Damasco y probando que Jesús es el Cristo». Es una discusión en regla, en que a los argumentos de la Escritura se junta la dialéctica de los rabinos de Jerusalén. Entra los sábados en la sinagoga, extiende los rollos de los libros santos, y va buscando en ellos los pasajes mesiánicos para demostrar que aquellas cosas se acaban de cumplir en el profeta de Nazareth. Hablando con los judíos, es éste su sistema, y seguirá siendo muchos años adelante. Dios habló a nuestros padres por los profetas; pero, últimamente, en nuestros mismos días, ha hablado por medio de su Hijo, esplendor de su gloria, figura de su sustancia, expiador y perdonador de la culpa, mucho más noble que los profetas, mucho más alto que los ángeles. Sólo a él se han dirigido las grandes palabras de la generación eterna: «Mi hijo eres tú; hoy te he engendrado.» Y en Él pensaba el salmista cuando cantaba: «Tú, Señor, fundaste la tierra en el principio, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, Tú permanecerás eternamente; envejecerán como un vestido, Tú eres siempre igual y tus años no se disminuyen.» ¿A quién de los ángeles o de los profetas se dijeron cosas semejantes? (Hebr., 1, 1-12).

Este lenguaje irritaba a los judíos, incapaces de comprender cómo sus vaticinios pudieron cumplirse en aquel hombre despreciable que había muerto en una cruz. Además, el fogoso predicador, si no declaraba la Ley abolida, considerábala sin valor alguno para producir la santidad interior. Y lo más triste era que muchos en la sinagoga oían complacidos sus discursos, sobre todos aquellos prosélitos de la gentilidad, aquellas mujeres de la buena sociedad damascena, cuya simpatía por la Biblia era una garantía de influencia judaica y de prosperidad en los negocios. Los doctores judíos se levantaron contra Saulo y quisieron desautorizarle; él se agiganta con la contradicción y los humilla con el poder de su palabra. Y cuando nadie se atreve a discutir con él, se acude a la violencia. Todo lo arrostra el joven luchador, hasta que, al fin, la vida se le hace imposible en la ciudad y tiene que pensar en la fuga. Los judíos han logrado

ganar a su causa las autoridades. El etnarca del rey Aretas, que tiene a su cargo la policía de la ciudad, ha mandado vigilar todas las puertas, y Saulo apenas puede salir a la calle. Cuando todo parecía perdido, hubo alguien que propuso un medio ingenioso para realizar la evasión. Uno de los discípulos, que vivía en un arrabal junto a la muralla, recibió al misionero en su casa, y en medio de la oscuridad de la noche le descolgó metido en una espuerta de mimbres. Era un procedimiento humillante, pero no había otro medio de escapar al puñal de los enemigos. Veinte años más tarde, Pablo recordará este momento como uno de los más dolorosos de su vida: «Si fuese lícito gloriarse de alguna cosa, yo me gloriaría de mis sufrimientos y mis tribulaciones. Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que es bendito en todos los siglos, sabe que no miento. En Damasco, el que gobernaba la provincia en nombre del rey Aretas vigilaba la ciudad para capturarme; pero sacándome por una ventana me bajaron en una espuerta a lo largo del muro, y así me escapé de sus manos» (2 Cor., 11, 30-33).

Saulo no teme a la muerte, pero tampoco quiere desafiarla. Le asustan tan poco las persecuciones, que al salir de un peligro se mete en otro mayor. Su objetivo es ahora Jerusalén, donde se enfrentará con el despecho de los sanhedritas burlados y con las iras del puritanismo más estrecho. Le atraen los lugares de sus antiguas blasfemias y las huellas de los últimos días de Jesús; pero, sobre todo, quiere ver a Pedro, el primero de los Doce; quiere «verle como se ve una cosa llena de maravillas y digna de ser afanosamente buscada; quiere contemplarle, estudiarle y admirarle, como quien es mayor y más antiguo que él» (San Juan Crisóstomo, *Comentarios de la Epíst. a los Gálatas*, I, II); quiere interrogarle sobre su predicación, y, al mismo tiempo, conocer a Santiago, hermano del Señor, y a Juan, que pasaban por ser las columnas de la Iglesia (Gálatas, 1, 18; 2, 9).

Con los pies llagados de amor desanda ahora el camino que antes había recorrido guiado por el odio. Todo ha cambiado: atraviesa solo el desierto, volviendo la cabeza para ver si se acercan sus perseguidores. En la Ciudad Santa se encuentra con un muro de recelos y frialdades. Al principio, los sanhedritas no debieron advertir su presencia, pero los discípulos de Jesús no tardaron en reconocer al antiguo perseguidor. Unos ignoraban el prodigio que se había obrado en él; otros le habían olvidado, y en el partido de los judaizantes empezaba ya a despertar recelos aquella voz exaltada, violenta,

incapaz de fijarse en un término medio. Peligroso como enemigo, decían, moviendo la cabeza, como amigo lo va a ser más todavía. Recordaban el tiempo en que aquel escriba les había hundido en la cárcel y les había sacado violentamente de sus casas, «y no podían creer que fuese un discípulo» (Act., 9, 26). Saulo trataba de «pegarse» a ellos, pero en torno suyo todo eran sospechas y miedo de emboscadas. Nos le figuramos esforzándose por entrar en relaciones con los fieles, presentando su disculpas a sus antiguos perseguidores, intentado mezclarse en sus reuniones y tomar parte en sus funciones religiosas. A veces se le cierra la puerta, y si acaso logra entrar, tiene que situarse en un rincón de la sala y permanecer aislado y vigilado por furtivas miradas llenas de recelo.

La dura prueba terminó gracias a la iniciativa de un hombre generoso e instruído, llamado José, que, nacido en Chipre, pertenecía también al judaísmo de la diáspora, y tal vez se había sentado con el estudiante de Tarso para oír las enseñanzas de Gamaliel. Con su temperamento bondadoso y noble, supo comprender al compañero que se fiaba de él y le ofreció su apoyo para arreglar su situación en la comunidad de los discípulos. Era aquélla una recomendación poderosa. José se había ganado el afecto de todos por su bondad y la gratitud por su desinterés. Cuando la comunidad de los hermanos estaba más comprometida en el aspecto económico, él, miembro de una familia distinguida, había vendido todas sus tierras y había puesto el dinero a los pies de los apóstoles. Perteneciente a la tribu de Leví, y bien instruído en las Sagradas Escrituras, recibió el encargo de hablar a los fieles después de la lectura de la Ley y de los Profetas. Y lo hacía con tal unción, con tal gracia, con una elocuencia tan persuasiva, que sus oyentes empezaron a llamarle el «hijo de la profecía», Bernabé, y con este nombre se le distinguirá en la historia de la Iglesia.

Saulo abordó a Bernabé tal vez con motivo de algunos de sus discursos. Los dos helenizantes se entendieron, discutieron, fraternizaron, «y entonces Bernabé, habiéndole tomado de la mano, le llevó a los apóstoles y les contó cómo el Señor se le había aparecido en el camino y lo que le había dicho, y cómo después había hablado abiertamente en la ciudad de Damasco en el nombre de Jesús» (Act., 9, 27).

Tal fué el encuentro de Pedro y de Pablo, los dos hombres destinados a transformar el mundo. Como buen galileo, Pedro era abierto, generoso, espontáneo. Su alma, naturalmente buena, acogió gozo-

samente al recién venido, en quien veía el mismo amor a Jesús que él sentía, el mismo entusiasmo por su obra, el mismo vigor de una fe, si no más fuerte, acaso más razonada. Pablo, a su vez, quedó subyugado por la nobleza algo ruda de aquel carácter, brusco y ardiente, en que él, gran conocedor de los hombres, descubrió desde el primer momento una candidez emocionante, junto con una lealtad apasionada y una ciega impetuosidad. Al lado de Pedro brillaba la mirada amable de Juan, el discípulo amado. Y allí estaba también otro hombre, que acaso tardó más en dejarse convencer. Era Santiago, el hermano del Señor, el más grave, el más austero de todos los discípulos de Jesús, el último defensor de la Ley dentro de la comunidad cristiana, preocupado siempre por armonizar en su conducta el mosaísmo con el Evangelio.

La actitud de este hombre, que se iba revelando ya como el principal personaje de la Iglesia local, debió despertar agrios conflictos en la mente del convertido. Al hacerse discípulo de Jesús, él había renunciado a todo lo que antes amó. Santiago, en cambio, seguía siendo el israelita perfecto. ¿Cuál de las dos tendencias debía prevalecer? La cuestión debió ya surgir con motivo de esta primera visita que hizo Saulo a los apóstoles. El antiguo perseguidor necesitaba la aprobación de los que eran considerados «como columnas de la Iglesia». Iba a exponer el método de su apostolado, a enterarse más claramente de las tradiciones evangélicas, a «interrogar» acerca de Jesús a los que habían comido y bebido en su compañía después de la resurrección. Él era el único, o al menos el que con más claridad veía el problema de la vocación de los gentiles. Evidentemente, la justificación no era un monopolio de los judíos; todos los hombres estaban llamados a la penitencia, todos tenían un asiento en el banquete del reino de los cielos. Era la interpretación obvia de las parábolas de Jesús, en la cual todos estaban conformes. Pero, ¿cuál sería la diferencia entre circuncisos e incircuncisos en la nueva sociedad? Pedro dudaba. Todavía no había tenido la visión de Joppe. Atado por los prejuicios nacionales, aún distinguía entre animales puros e impuros, y se preguntaba si había que ir a los paganos con todo el lastre de las prescripciones levíticas. Tímidamente al principio, como quien acaba de ser recibido en el seno de la comunidad por un exceso de condescendencia, Saulo defendía la tesis más amplia, encontrándose siempre con las ideas rigoristas de Santiago.

Fueron disensiones sin orgullo ni amargura. Durante quince días el nuevo apóstol vivió en una atmósfera de cordialidad, y los prime-

ros recelos se habían transformado en la más viva admiración. Los discípulos de la primera hora se dieron cuenta de la ayuda preciosa que les enviaba el cielo en aquel hombre, cuya palabra fogosa les cautivaba. Por lo demás, también él había visto al Señor de una manera prodigiosa, y había recibido de su boca el Evangelio que ellos predicaban. «Saulo—dice San Lucas—iba y venía con ellos, hablando libremente en el nombre del Señor.» Salía con ellos por las calles, se sentaba a su lado en las reuniones públicas y recibía todas las consideraciones de la amistad y la estima.

Muy pronto advirtieron sus antiguos correligionarios que no solamente habían perdido un apoyo, sino que tenían un nuevo adversario, el más temible de todos.

Saulo se encontró ahora frente a las gentes que frecuentaban las sinagogas, donde había brillado unos años antes, judíos de la dispersión, helenistas de Siria, de Cilicia y de Cirene, y con su palabra inquieta y ardiente, que recordaba la del diácono Esteban, pero más vehemente, más luminosa todavía, les hablaba de Jesús y de su doctrina, del cumplimiento de las profecías mesiánicas y del nuevo camino de salvación que se abría para todos los hombres.

Sus discursos hallaban siempre buena acogida entre los prosélitos del paganismo, entre los gentiles de las cohortes o entre los empleados de la administración romana. Los israelitas, en cambio, se llenaban de odio ante aquella elocuencia victoriosa, que humillaba su orgullo nacional y al mismo tiempo desenmascaraba sus vicios. Saulo conocía muy bien a sus enemigos y sabía a dónde podían llevarle sus audacias. No se extrañó nada cuando, a las pocas semanas de su llegada a Jerusalén, vinieron a anunciarle que en los círculos fariseos y sanhedritas se conjuraban contra su vida. Y continuó predicando en las sinagogas con el mismo celo que antes. ¿Acaso no era él allí un testimonio vivo de la verdad del Evangelio? Fué necesaria una intervención milagrosa del cielo para arrancarle al puñal de los asesinos. El aviso le vino un día cuando oraba en el Templo. Arrebatado en éxtasis, se le apareció el Señor, y le dijo: «Apresúrate a salir de Jerusalén, pues no es en esta ciudad donde has de recibir tu testimonio cerca de Mí.» Estas palabras desconcertaron al joven predicador. Si no le creían a él, ¿a quién iban a creer? Su misma presencia, ¿no era la prueba de la verdad de su doctrina? Era tal el deseo que tenía de reparar los antiguos daños, que se atrevió a objetar: «Señor, bien saben ellos que yo era el que metía en la cárcel y azotaba en las sinagogas a los que creían en Ti. Y cuando

se derramó la sangre de Esteban, tu testigo, yo estaba allí aprobando el crimen y guardando los vestidos de los que le asesinaban...» Ningún testimonio podrá ser más autorizado que el mío, quería deducir Saulo de aquel razonamiento, pero la voz no le dejó acabar: «Marcha—le dijo—, porque yo te enviaré lejos de aquí, al mundo de los gentiles» (Act., 22, 17-21).

Cuando Dios habla, dice Santa Teresa, sus palabras se imponen a la atención del hombre con tanta fuerza, que por mucho que haga no las puede olvidar (*Vida*, cap. XXV; *Castillo interior*, cap. III). Y Dios hablaba de nuevo a su Apóstol, cuando él menos lo esperaba, cuando la intervención sobrenatural venía a desbaratar todos sus proyectos. Y así le sucederá repetidas veces en su carrera apostólica. Siempre en visiones imprevistas, involuntarias. Su alma, extraordinariamente impetuosa y soberanamente sensible, necesita, unas veces, un freno, y, otras, un acicate; y llega la voz para consolarle, para confortarle, para contenerle. Sus visiones tienen un carácter marcadamente intelectual. No van envueltas en imágenes apocalípticas, como las de Juan, y casi siempre se desarrollan sin el menor aparato exterior. Más que un visionario es un hombre que posee la presencia mística, que vive en la intimidad del Espíritu, y alguna vez es arrebatado por el Amor hasta el tercer cielo, donde oye palabras que un mortal no puede repetir.

Ahora, obediente al mandato de Cristo, se aleja de Palestina. Sabe definitivamente que no es allí el campo donde tendrá que trabajar. Un grupo de discípulos le acompaña por temor a las emboscadas de los judíos. No se detiene en ninguna parte, no predica en ninguna sinagoga. «Las iglesias de Judea—podrá decir más tarde escribiendo a los Gálatas—no me conocieron de vista. Unicamente habían oído decir: «Aquel que en otro tiempo nos perseguía, anuncia ahora la fe que antes destruía, y glorifica a Dios por mí» (Gal., 1, 21-24). En Cesarea, Saulo tomó una nave, que, haciendo escala en los puertos de la costa—Ptolemaida, Tiro, Berito, Seleucia—, le dejó en la desembocadura del Cidnus.

CAPITULO VI

AÑOS OSCUROS.—TARSO, ATALAYA DEL MUNDO ANTIGUO.—LAS RELIGIONES DE LOS MISTERIOS.—ISIS Y ATTIS.—ADONIS Y DIONISIOS. PABLO Y LOS CULTOS HELÉNICOS.—CONCEPTO DE LA REDENCIÓN EN LA TEOLOGÍA PAULINA.—EL CONTACTO CON LOS FILÓSOFOS.—PABLO EN LA CASA PATERNA. (38-42.)

Saulo estaba de nuevo en su ciudad natal. ¿Qué idea le llevaba allí? No lo sabemos. Su vida se esconde a nuestros ojos como las aguas de un río que desaparecen en las entrañas del monte para surgir luego más impetuosas. Otros tres o cuatro años de silencio y de espera. Tal vez se prepara a la gran misión que le ha señalado la voz misteriosa; tal vez descansa en un ocio fecundo para su vida interior; tal vez aguarda la orden definitiva.

Su curiosidad ante aquel mundo que está llamado a conquistar es ahora más viva que antaño. La misma prudencia natural le alienta a estudiar sus ritos y costumbres, a penetrar más hondamente en su psicología, a conocer mejor su lengua. Y se encuentra en una de las atalayas más propicias para observar el campo de los futuros combates, en la urbe grande y feliz, que había dicho Jenofonte (*Urbs magna et felix*, Jenof., *Anab.*, I, 23)), emporio de ideas y de mercancías, foco de cultura espiritual y asilo de escuelas y supersticiones. Es ahora, sin duda, cuando, llevado en parte por anhelos proselitistas, y en parte por la curiosidad del observador, se decide a abordar a los filósofos y los gramáticos, que, según la expresión de Filóstrato, gorjeaban en los muelles del Cydnus como bandadas de pájaros (*Vita Apolonii*, I, 7). Se detiene pensativo a la entrada de los templos y mira compasivo a las gentes de buena voluntad, que corren incautas tras los embaucadores, que les hablan de felicidad de salvación. Más de una vez tropieza en la calle con las cofradías

de iniciados, las *thiasis*, que entre un aparato de luces y cantos celebran las fiestas de sus dioses. Un día son los devotos de Dionisios: allí, en el monte cercano a la ciudad, bajo la luz de la luna, arden las lámparas sagradas, resuenan los címbalos, se levanta el abigarrado repiqueteo de las esquilas y los cencerros, rompen el aire los sonidos de las flautas de los auletas frigios, y a los ecos de la música salvaje la multitud mezcla sus gritos confusos, ejecutando la danza sagrada, el baile circular, furioso, vertiginoso, frenético, hasta que el cansancio los agota y los dispersa y los lanza a través de la ciudad en grupos revueltos, que corren con las cabelleras al aire y gritan descompasadamente y mascan las hiedras, cuyos jugos violentos producen la embriaguez, y agitan puñales y serpientes, las serpientes sagradas de Sabacios, y tirsos, cuyas extremidades se ocultan entre el follaje.

Otro día, en el equinoccio de primavera, es la fiesta de Attis, el amado de Cibeles en las orillas de los ríos asiáticos de Pesinunte. Se cantaba su belleza y su desdicha y su fidelidad a la diosa; se ayunaba para recordar su dolores y sus tristezas; se mutilaba a los que, queriendo ser sus sacerdotes—los gallos—, debían imitarle en su horrendo sacrificio, y con los pies descalzos se llevaba en procesión la estatua de la diosa para bañarla en las aguas del río. Y después del solsticio de junio, el aniversario de Adonis, el dios adolescente, cuya posesión se disputaban Venus y Proserpina, conmemorado con procesiones y ritos fúnebres y lamentos de mujeres, y ofrendas y banquetes, y cortejos públicos, en que los devotos llevaban las imágenes del dios, simulacros de barro y de cera, entre cantos, plegarias y lamentaciones. Era la fiesta de la vegetación, la despedida a los esplendores de la primavera, la estación de Venus, y el anuncio de la tristeza otoñal y de los hielos del invierno, en que dominaba la diosa de las regiones inferiores. Otras veces llegaban a la calle los ecos del culto de los adoradores de Mitra, el dios persa helenizado por los sucesores de Alejandro, o la liturgia egipcia de Isis y Osiris, el que enseñó la agricultura a los habitantes del Nilo, víctima de la envidia de su hermano Tifón, y siempre abluciones y ritos sangrientos, procesiones acompañadas de orgías, abstinencias seguidas de banquetes.

Era la religión de los misterios, a la cual se acogían los espíritus hastiados de los fríos cultos tradicionales. Ella les prometía la liberación de los castigos, el beneplácito de la divinidad y una garantía más o menos fuerte de seguridad para el tránsito terrible de los rei-

nos de ultratumba. ¿Cuál es el contacto que tuvo el gran Apóstol con estas manifestaciones religiosas? Es difícil aquilatarlo. Sin duda tropezó más de una vez con las catervas ruidosas de los devotos, y vió en alguna caverna sagrada la imagen de Mitra, joven y atlético, tocado con su birrete frigio, cogiendo con una mano las narices del toro y hundiendo con la otra el puñal en su espalda, y discutió con los creyentes de aquellas divinidades orientales y se encontró con los adivinos trashumantes que, el libro de Museo o de Orfeo bajo el brazo, llamaban a las puertas de los ricos o se presentaban en los corros de las plazas, buscando a quien absolver y purificar con sus prácticas de iniciación y sus fórmulas mágicas.

Nunca, sin embargo, se le ocurrió estudiar aquellas fórmulas, profundizar en aquellas teogonías, de carácter cosmogónico casi todas, y menos tomar parte activa en aquellas liturgias, que, si por algunas analogías groseras y puramente exteriores podían recordar la doctrina que él predicaba, eran, en realidad, la negación completa de su idcología.

Jamás alude a ellas en sus escritos, si es que no queremos ver una alusión en frases como éstas: «Esas pobres gentes han cambiado la gloria de Dios incorruptible por los simulacros del hombre corruptible, de los pájaros, de los reptiles y de los cuadrúpedos» (Rom., 1, 23). Todo aquello era para él pura idolatría, cosa abominable e infernal, magia diabólica, engaño, mentira. Había que evitarlo como cieno que empañaba la pureza de los espíritus. «No os hagáis participantes de la alegría de los infieles—dirá más tarde a sus discípulos—. Porque, ¿qué parentesco puede haber entre la justicia y la iniquidad? ¿Qué comunión entre la luz y las tinieblas? ¿Qué armonía entre Cristo y Belial? ¿Qué sociedad entre el que cree y el que no cree? ¿Qué semejanza entre el templo de Dios y los ídolos?» (2 Cor., 6, 14-16). Hay cinco razones que hacen al cristianismo incompatible con el paganismo. Existe, en primer lugar, una incompatibilidad moral: el cristianismo es la justicia; el paganismo, la injusticia, la impiedad. Sigue la diferencia intelectual: mientras que la luz de la sabiduría brilla en el Evangelio, y todos los que en él creen son «luz en el Señor», la idolatría es oscuridad, «porque Dios cegó los espíritus de este siglo» (2 Cor., 4, 4). Los autores son distintos también: son los jefes de dos bandos, que se hacen una guerra de exterminio, y, por tanto, entre sus súbditos y partidarios, fieles e infieles, debe haber una oposición irreducible.

¡Y se ha querido ver en San Pablo un simpatizante con los cul-

tos idólatras, un armonizador de la religión helenística con el monoteísmo judío! Con audacia increíble nos le presentan estudiando los misterios paganos, adoptando las teorías de los filósofos, para amalgamarlos con las doctrinas aprendidas en su casa de Tarso y en las escuelas de Jerusalén y hacer así una síntesis espléndida de las corrientes religiosas del mundo antiguo. La doctrina del bautismo y de la eucaristía, la convicción de la unión del alma con la divinidad, la idea de una muerte divina cuya virtud se extiende a los hombres de todos los tiempos, todo esto procedería de los misterios paganos. También los iniciados de Eleusis purificaban su cuerpo bañándose en las aguas del Iliso; también los devotos de Isis eran llevados a los baños públicos antes de que el sacerdote les introdujese en el cubículo de la diosa, y los que se consagraban a Dionisios Zagreo llevaban las túnicas blancas, símbolo de la pureza que buscaban; y en el culto de Attis quedaba el hombre envuelto en la sangre del toro que se sacrificaba al dios, y se hablaba de la nueva luz, del esplendor que guiaba a los iniciados, y existía el carácter, el sello, el tatuaje sagrado, indicio de la unión con la divinidad, y se prometía la palingenesia, la eterna regeneración debida a una influencia divina.

Todas estas cosas Pablo las habría adaptado a la teodicea mosaica, simplificándolas, espiritualizándolas y universalizándolas. En realidad, no se trata más que de semejanzas externas, de signos que, a veces, se parecen, pero que tienen un sentido completamente distinto. Es falso decir que en los misterios la salud queda asegurada por una participación ritual del iniciado en las pruebas, en los sufrimientos, en la muerte y en la resurrección de los dioses que dan la inmortalidad, como sucede en el misterio cristiano. En los misterios de Eleusis no se habla de muerte ninguna. Demeter y Proserpina eran demasiado auténticamente griegos para morir. Mueren Dionisios, Osiris y Adonis, pero ninguno de ellos acepta la muerte ni la presenta como una ofrenda a la divinidad; ninguno de ellos resucita, y, por tanto, es inútil buscar una muerte y una resurrección mística de los que a ellos se consagraban, según la interpretación que da San Pablo del bautismo. Despedazado por Tifón, Osiris encuentra la vida y la realeza en las regiones de ultratumba; Adonis recupera cada año, después de la prisión invernal de Hades, un período regular de amor y de vida. Son semejanzas lejanas, relacionadas con el ritmo de las estaciones, y aun cuando se les da un sentido escatológico, convirtiéndolas en figuras de los destinos humanos, no reflejan más que un vago presentimiento de lo invisible, un deseo confuso de la bien-

aventuranza, el anhelo más profundo del alma del hombre que aparece revestido con todos los desbordamientos del instinto más bajo, ritos sangrientos, escenas de lujuria y de libertinaje.

La misma religión dionisíaca, que en su forma órfica se nos presenta adornada de un fondo de doctrina acerca de los fines del hombre, y es la única que cuenta para la historia del sentimiento religioso, no es una religión de virtudes activas, de amor a Dios y de beneficencia social. Se trata únicamente de libertar la parte celeste del hombre, rompiendo los lazos del cuerpo y del pecado, y de limpiar sus manchas. Son las liberaciones y las purificaciones de que había hablado Platón, una cosa puramente negativa. Lo que importaba primordialmente era redimirse de la cadena fatal de las regeneraciones para llegar al descanso del Hades; conseguir la pureza como necesaria condición para salir del torbellino de la materia. Así lo indicaba este grito jubiloso de una iniciada del orfismo: «Yo vengo pura entre los puros a ti, oh reina del infierno, oh Eukles, oh Eubulo, y vosotros los demás dioses inmortales. Ya tengo la dicha de pertenecer a vuestra estirpe bienaventurada. Me aprisionaba el destino, pero ya rompí el cerco luctuoso y duro, y con el pie rápido volé a la corona deseada.»

Pero la misma fábula de Dionisios Zagreus, en que se ha querido ver una imagen del sacrificio redentor y hasta una fuente de la doctrina del pecado original, no es, en realidad, más que la versión legendaria de una muerte violenta, de un asesinato vulgar. El pequeño Dionisios se entregaba descuidado a los juegos de la infancia, y estaba una vez mirándose en un espejo, cuando los titanes le asaltaron, incitados por la envidia de Hera, despechada porque se había dado a su hermano el imperio del mundo. Dionisios huye, tomando diversas formas de animales, pero cuando se metamorfosea en todo, sus enemigos le reconocen, le descuartizan y le devoran. Athene, su hermana, pudo salvar el corazón y se le llevó a Zeus, el cual le comió, engendrando de esta manera un nuevo Dionisios, el Zagreus tebano. Después lanzó su rayo, abrasó a los titanes y de sus cenizas nacieron los hombres, que siguen expiando el crimen de los asesinos del dios. Sólo iniciándose en los misterios por medio del aire, del agua y del fuego; entrando en la cámara sagrada con el rostro cubierto o dejándose revestir el cuerpo de una capa de barro y sumergiéndose luego en las aguas, podía librarse de la falta original.

La redención cristiana que San Pablo nos expone es muy distinta. Jesús murió porque quiso, para expiar los pecados del mundo;

Dionisios fué asesinado impensadamente y contra su voluntad. Su muerte no fué meritoria ni en la intención ni en la realidad. Además, un absurdo inconcebible: el crimen sería también la expiación; en la pasión de Dionisios tendríamos a la vez la falta original y el remedio consiguiente; idea contradictoria, que repugna a la noción griega de la justicia y convierte en una contingencia física lo que en el Cristianismo es la expresión de una ley moral de solidaridad humana.

No son fábulas de esta clase las que han dado a San Pablo el esquema de su soteriología, ni ha construído un sistema que tenga su fundamento en el aire. Trabajaba con materiales anteriores a él y anterior a todas las religiones de los misterios. Por el libro sagrado de su infancia sabía que la caída de Adán había dejado en el mundo un principio de muerte, y, como él, lo sabían todos los israelitas que cantaban en sus sinagogas: «Yo he nacido en la iniquidad, y en el pecado me concibió mi madre» (Ps., 50, 7). Sabía también que en el fin de los tiempos había de aparecer en la tierra un redentor cuya misión sería borrar el pecado y reconciliar al hombre con Dios. Toda la literatura de su raza le hablaba de Él, de su grandeza, de su reino, de su bondad y de su prodigiosa aparición. Durante treinta años le había esperado ansiosamente, y, al fin, se había convencido de que ese libertador, tantas veces anunciado a través de los siglos, no era otro que Jesús de Nazareth, Hijo de Dios e Hijo del hombre, que se había humillado hasta tomar la forma de siervo para divinizarnos en Él y se había hecho pecado para expiar nuestros pecados. Y entonces comprendió la relación lógica y psicológica que existe entre la falta y la remisión, y llegó a penetrar en cuanto es posible a la inteligencia humana la magnificencia del plan divino, que nadie ha explicado mejor que él.

Nada de esto podían enseñarle los misterios paganos, sombras vanas de una realidad sublime, pobres remedos con que el demonio quería apartar los espíritus rectos de la verdad beatificante, según la expresión de San Justino y Tertuliano. El mismo sentido de pureza que parecían recomendar algunos de ellos no tiene que ver nada con la moral paulina. Con todo su conato hacia la liberación de la materia, el orfismo es la religión del falo. Para el Apóstol, el cuerpo es templo del Espíritu Santo; para el iniciado de Dionisios es una cárcel hedionda, que es preciso abandonar cuanto antes. Oposición irreducible entre la carne y el espíritu, unidos transitoriamente para

expiar faltas de vidas anteriores. La santidad consistía en separar el elemento divino y en aniquilar el humano. Era una santidad budista, cuya finalidad estaba en libertarse de las cosas visibles, de las miserias físicas, del yugo de los astros. Se buscaba una pureza física por medio de abluciones, lustraciones y maceraciones; se imponía la abstención de todo contacto con las cosas carnales; se prohibía asistir a las bodas; se consideraba como un pecado el tocar los cuerpos muertos; se recomendaba la abstinencia de carne de animales y se vituperaba la generación, todo con el fin de evitar la necesidad de nacer para morir y de morir para renacer.

Y esto, si tomamos aquellas iniciaciones en un sentido más elevado, el que tuvieron después que el Cristianismo empezó a extenderse a través del imperio y a influir sobre los demás cultos con que tropezaba en su camino. Nunca se trata de la liberación del pecado por el perdón, sino, a lo más, de la consecución de la inmortalidad bienaventurada. Importa, sobre todo, evitar los peligros de ultratumba, escapar a las emboscadas de los genios maléficos, evitar los males de la vida: enfermedades, guerras, adversidades, naufragios o pérdidas de la fortuna. Era una soteriología puramente médica y material, muy distinta de la vida eterna que el cristiano posee ya en germen desde este mundo, según la enseñanza de San Pablo; era al mismo tiempo una manera infalible de apropiarse algo de los poderes ocultos. Los ritos obraban la salud por una virtud mágica; el efecto del favor divino seguía automáticamente a la acción física. En Eleusis el matrimonio sagrado del devoto con Demeter era tan eficaz, que no podía ponerse en duda la unión del hombre con la divinidad, y cuando en el misterio de Attis, después de las lamentaciones de rúbrica, se oía el grito del mistagogo: «Alegraos, estáis libres de vuestras penas», todos los consagrados al dios estaban seguros de que se les abría un camino luminoso en la eternidad. Lo mismo en la ceremonia del tauróbolo, admirablemente descrita por nuestro poeta Prudencio: el gran sacerdote bajaba a la fosa vestido de sus hábitos pontificales, y sobre él caía la sangre del toro degollado, empapando sus vestidos, enrojeciendo sus manos, penetrando en su boca y en sus ojos, regando sus mejillas, inundando todo su cuerpo. Y así quedaba consagrado; el dios, oculto en la sangre de la víctima, penetraba en sus venas, santificaba sus labios, hacía fecundas sus palabras y le conseguía la inmortalidad. Su oración daría fertilidad a la tierra y dominaría los terrores del destino. En rigor, ya no era un sacerdote, sino un mago, cuya palabra obra lo que significa. Es su

convicción, o, por lo menos, la convicción de los que han ofrecido el sacrificio. Cuando el iniciado de Eleusis, admitido a contemplar en un rayo de luz la verde espiga sagrada, pronunciaba esta fórmula: «Salud, claridad», creía contribuir al éxito de la próxima cosecha, o bien se imaginaba trasladado a las regiones luminosas de los inmortales.

Tal era la convicción de Apuleyo cuando, al décimo día de su iniciación en los misterios de Isis, penetraba en lo más sagrado del santuario para asistir en él a aquella representación dramática que en medio de las tinieblas ponía delante de sus ojos la imagen del cielo y los infiernos: «Escucha y cree lo que es verdad; me he acercado al reino de la muerte, he pisado el umbral de Proserpina y he vuelto a través de los elementos. He visto brillar el sol en plena noche con todo su esplendor; he llegado a la presencia de los dioses de los infiernos y de los dioses del cielo, los he visto cara a cara y me he postrado delante de ellos» (Apuleyo, *Metamorfosis*, libro XI).

Nada de esto encontramos en la doctrina de San Pablo sobre el cristianismo. La salud no se realiza de una manera automática, sino psicológicamente por la sumisión de la voluntad humana a la fe, por el olvido de las obras muertas y por la aplicación de los medios ofrecidos por Dios a la Humanidad. Al uso de los sacramentos se junta el ejercicio de la virtud y la aceptación de las verdades reveladas. A la coacción de la divinidad por medio de los ritos reemplaza un plan redentor trazado por la divinidad misma. No importa que aquí y allá los iniciados se llamen iluminados. La metáfora de la iluminación puede existir lo mismo en el orfismo que en la Iglesia; allí es una palabra sin sentido; aquí, la más alta realidad. «Sois luz en el Señor—dice San Pablo a los bautizados—. y antes erais tinieblas y estábais en la muerte, aunque os hubiérais prosternado delante de la estatua de Saborios, y os hubieran cubierto el cuerpo de barro, y os hubieran cernido encima toda la harina sagrada, y hubiérais salido pronunciando las palabras rituales: «Huí del mal, encontré la seguridad.»

¿Por qué iba a buscar el Apóstol en los misterios una doctrina y unos ritos que en realidad eran contrarios a todo su concepto del mundo y de la vida? Si alguna vez oyó hablar de Isis, «la una que es todas las cosas», la más eminente de las divinidades, la que absorbía en su forma los atributos de todas las demás, según rezaban sus letanías, debió sonreír despectivo ante la ciega confianza de los que se amontonaban a la puerta de sus templos. No era ella

el dios infinito y personal que había visto en el camino de Damasco, sino un símbolo de la naturaleza omnipotente, que en vez de amar a sus devotos y de sufrir para redimirlos, era verdadera madrastra para ellos. Y si acaso en sus viajes a través del mundo llegó a discutir con algún sacerdote de Osiris, no es de creer que le inquietase la semejanza entre el dios egipcio y Jesús, «imagen del Dios invisible, engendrado antes de toda criatura; en quien todas las cosas han sido creadas en el cielo y en la tierra, las visibles y las invisibles, y por quien Dios se ha reconciliado todas las cosas en su cuerpo de carne, por la sangre de su Cruz» (Col., 1, 15-20).

¿Es que Osiris, o Attis, o Adonis, envolvían a los iniciados en los dolores de su muerte o les comunicaban los esplendores de su segunda vida, como hacía Jesucristo con los que creían en su Evangelio? Pablo hubiera encogido los hombros desdeñosamente ante estos engendros de la mitología pagana, si no viera en ellos un estorbo a su predicación. Muchas veces debió observar cómo en vez de abrir los espíritus al «misterio de Cristo, escondido desde la eternidad de los siglos», entorpecían la victoria de la Cruz, tranquilizando momentáneamente la inquietud religiosa con las apariencias de un noble misticismo. Y era muy cómodo obtener la salvación y la bienaventuranza por obra de las ceremonias externas, sin necesidad de luchas interiores, sin preocupaciones éticas, sin sacrificios ni renunciamientos. ¡Y era tan grato adorar a una diosa feliz o a un bello dios adolescente, que lo daba todo y no exigía casi nada, la ofrenda de unas frutas, una paloma, un cabrito, un toro, unos días de abstinencia, que daban derecho a otros tantos de orgía!

No todo en aquellos cultos era malo y diabólico, ni basta para explicarlo la idea de una parodia del demonio, que insinuaba Tertuliano. Orígenes daba ya una explicación más profunda de esas analogías innegables que existen entre la teología paulina y las religiones de los misterios; y es que el deseo de purificación, de expiación y de unión con la divinidad arranca de la naturaleza misma del hombre religioso. Son las aspiraciones del alma que surgen espontáneamente de aquella «conciencia interior que, según San Agustín, impele a los mejores de entre los hombres a buscar a Dios y a servirle» (San Agustín, *De utilitate credendi,* 16). Pero fuera del Cristianismo, esas concepciones se nos presentan oscurecidas, manchadas, llenas de escoria, empequeñecidas con prácticas ridículas e infantiles, de suerte que lo que debiera ser una marcha alegre y luminosa hacia el Padre celestial, se reduce a un torpe tanteo en las tinieblas.

Y la ira se enciende en el alma de Pablo ante las imágenes, los templos y las liturgias de aquellos dioses rivales del Dios que él predica. Jamás aludirá a ellos, ni manchará sus cartas con sus nombres, ni se aprovechará de las afinidades de sus mitos con la verdad evangélica. Quien había obtenido la libertad de los hijos de la luz no podía someterse a lo que él llama el alfabeto de este mundo (Col., 2, 20). También las doctrinas de los filósofos tenían semejanzas superficiales con su doctrina. Los estoicos despreciaban como él las riquezas, huían de los placeres vergonzosos y daban muestras de valor en el sufrimiento, y, sin embargo, su actitud despertaba en Pablo irritación y desprecio. Bajo su pobreza exterior se encerraba un orgullo refinado. Eran inmorales, egoístas, burlones, groseros en sus invectivas, implacables en sus odios. Saber era su gloria; discutir, su única ocupación; su dios único, la razón. Glorificaban la libertad del espíritu, se encaraban intrépidos con el despotismo, recibían con magnanimidad los golpes de la fortuna, pero el centro de su virtud eran ellos mismos; en ellos estaba la paz y la justicia, y su inteligencia era la medida del bien absoluto. Y no podía ser de otra manera.

Lo mismo que el misticismo cosmológico de las religiones, los anhelos religiosos del estoicismo fracasaban cuando querían despegarse de la tierra. Todos sentían la nostalgia confusa de la unión con la divinidad, pero esta divinidad se confundía con las fuerzas naturales, se llamase Isis, Mitra, Ceres, Adonis o el gran Todo. La filosofía despreciaba la liturgia de los mistagogos, pero coincidía con ellos al considerar el alma como una parcela del fuego creador, destinado a perderse otra vez en su principio. Aquí y allá un panteísmo más o menos razonado, un Dios que crea el destino y está sujeto a él y es la forma de todas las cosas y envuelve al mundo como una esfera impalpable. En consecuencia, el hombre, participación de Dios, tenía que ser naturalmente bueno; sus vicios o no nacen con él, o son un puro error de opinión (Séneca, *Epist. a Lucilio*, XLIV, 53).

En los pórticos y en las escuelas, en Tarso y en Roma, en Atenas y en Corinto, Pablo debió encontrarse frecuentemente con los propagadores de estas doctrinas, hombres de mantos raídos y de barbas hirsutas, que llevaban como él el polvo de todos los caminos. Y discutió, sin duda, con ellos y se esforzó por ganarles a las prácticas del ascetismo evangélico. Si dormían ya en el suelo y comían parcamente y sufrían la pobreza y las fatigas, ¿qué no harían cuando supiesen que un Dios libre y personal había venido al mundo para enseñar todas esas cosas como un medio de conseguir la inmortalidad? Y es

posible que más de un filósofo se haya presentado al predicador judío, curioso de conocer las enseñanzas de aquel hombre que iba de ciudad en ciudad formando discípulos y despertando rencores. Y el resultado era siempre el mismo: habían creído encontrar un filósofo y se habían visto frente a un pobre atrabiliario o a un iluso narrador de mitos, que ellos habían rechazado como propios de esclavos y de mujercillas. El hombre, pequeño e insignificante; el lenguaje, sin elegancia; la doctrina, una verdadera locura: que la filosofía no valía para nada; que la gran finalidad de la vida era buscar la gloria de Dios; que la virtud consistía en imitar a un hombre muerto en un patíbulo y en imitarle con humildad y sencillez; que era preciso somcter la inteligencia a una tradición revelada, y que la perfección no estaba en la exaltación de la personalidad, sino en el anonadamiento y en el sacrificio, en la entrega por el impulso del amor espiritual. Y al oír esta doctrina, aquellos hombres, orgullosos de su sabiduría, se retiraban sonriendo desdeñosamente y juntando los pulgares y los índices de ambas manos, como si dijeran, con este remedo burlón del pico de la cigüeña: «¡Este hombre está loco!»

A Pablo, que anunciaba en el mundo la unidad del reino; que revelaba el secreto del amor auténtico, aquellas enseñanzas de los sabios de su tiempo, frías y confiadas; aquella solidaridad de los estoicos, altiva y puramente racional, debió parecerle como un reflejo de luna muerta sobre la nieve. ¿Acaso no ponían a la predicación del Evangelio, con aquellos sus sistemas engendradores del orgullo de la impecabilidad y de la justicia, más dificultades que los hierofantes de las religiones con sus promesas seductoras y sus fanatismos idolátricos? Y, si embargo, no eran más que ciegos y conductores de ciegos, hombres exteriormente libres e interiormente esclavos de sus instintos perversos. No serán ellos los predestinados para realizar las gloriosas conquistas evangélicas. «¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el escriba? ¿Dónde el disputador del siglo?... (1 Cor., 1, 20). Dios hizo necia la sabiduría de este mundo; Dios les entregó a las pasiones vergonzosas; no quisieron reconocer a Dios, y Dios los abandonó a sus instintos depravados y recibieron en sí mismos la recompensa que su error merecía» (Rom., 1, 26-31).

Así anatematiza San Pablo a los jefes de aquellas escuelas, continuadores degenerados de Platón, Zenón y Aristóteles, de Pitágoras y Epicuro, y sus palabras parecen traer hasta nosotros ecos de agrias disputas y de austeras recriminaciones. Heredero de inmensos tesoros, nada tenía que mendigar él entre aquellos vendedores

de verdades putrefactas y de brillantes mentiras. Y si vió brillar alguna perla sobre sus mantos apolillados, la recogió sin vacilar como un bien que le pertenecía. Lejos de preparar los caminos a la fe, la filosofía entorpeció su paso, dando una apariencia de consuelo a los espíritus más nobles, asqueados por el despotismo de los emperadores y el servilismo de los súbditos. Como el predicador de Tarso, su contemporáneo, Apolonio de Tyana, después de haber estudiado en la India las doctrinas de los brahmanes, recorría el mundo dando conferencias en los teatros, predicando desde las escalinatas de los templos, fustigando los vicios y restableciendo la paz en las ciudades. Y no faltaban oyentes que, arrastrados por un deseo piadoso y confuso, se proponían vivir sin tacha y morir con valentía, sin otro consuelo que la conciencia de su propia virtud o la esperanza de una inmortalidad impersonal. Ni los más sinceros se decidían a avanzar en busca de un Dios más preciso y de un futuro con esperanza. Es el caso de Séneca, «un espíritu maravillosamente adaptado a los gustos de su tiempo», según frase de Tácito, alma ondulante, donde parecen combatir de continuo el pensador y el devoto. Cuando filosofa enseña que Dios es el alma del mundo, la fuerza infinita, inmanente en el Universo, el gran Todo en que se sumerge y se diluye la misma personalidad del alma humana. Pero al mismo tiempo introduce en la filosofía una especie de entusiasmo místico, desconocido de los romanos, que le viene de su origen español. Dios es un Padre, el amigo de nuestras almas, siempre presente y vigilante. La adoración y el amor son los mejores homenajes que podemos ofrecerle, invocándole a la vez para que nos ayude a destruir el vicio; porque esta vida es un combate en que nos esforzamos por conseguir la virtud en unión con los demás hombres, nuestros hermanos. Por eso no se ha de temer el día de la muerte, liberación definitiva, verdadero nacimiento a la vida eterna. Pero estos bellos pensamientos saltan entre un tumulto de dudas, de incertidumbres, de contradicciones, que nos hacen pensar por contraste en la seguridad, en la fuerza, en el dogmatismo católico de la enseñanza paulina.

Tiempo de observación y de discusión, de prueba y de trabajo debieron ser aquellos últimos años oscuros que Saulo pasó en su ciudad natal. Otra vez volvió a sentarse sobre la piel de cordero para tejer la lona de las tiendas con pelos de cabra; otra vez manejó el cuchillo de madera para separar los hilos que se enredaban, y seguramente ya desde entonces empezó a catequizar a sus compañeros de trabajo mientras estiraba la trama con el golpe duro del cardador.

Desde este momento se forma en Cilicia una iglesia, que Pablo considerará como suya y como suya la visitará en diversas ocasiones. Es un indicio de apostolado intenso y provechoso.

Nuevamente, después de una serie de aventuras que habían dado a conocer su nombre por las juderías asiáticas, reaparecía en la casa paterna llevado por el lazo atávico de la raza. En el primer momento había podido más el llamamiento de Dios, y «sin escuchar la voz de la carne y de la sangre—dice Pablo—me interné en las regiones de Arabia»; pero ahora la voz de la sangre se confundía con la voz de Dios. ¿Quién tenía más derechos que los suyos para recibir las primicias de su predicación? Y en las veladas familiares, Saulo contó la historia maravillosa de la aparición y habló de Jesús, y mientras su madre, en la noche del sábado, encendía la lámpara ritual, comentó los pasajes mesiánicos de los profetas, anunciando la salvación del mundo por la sangre del Crucificado.

¿Qué sucedió entonces? En las Epístolas paulinas es imposible encontrar una sola alusión que ilumine este secreto familiar. Es probable que Saulo no pudiese romper el muro de la resistencia farisaica. Debió considerársele como un hijo pródigo, como un rebelde, como un descendiente indigno de los antiguos patriarcas. Y podemos figurarnos la tragedia de aquel hogar: discusiones, amenazas, un ambiente de lucha y de dolor. El hijo, en quien las gentes habían saludado una futura gloria del mosaísmo, se había convertido en adversario de las tradiciones patrias, en defensor de una secta de locos e ignorantes, en vergüenza de la familia. En la Epístola a los Filipenses dice San Pablo que por amor a Cristo «sufrió la pérdida de todas las cosas, considerándolas como estiércol» (Phil., 3, 8). Estas palabras parecen iluminar levemente la oscuridad de estos años de Tarso, explicándonos al mismo tiempo las condiciones en que se desenvuelve el apostolado del convertido. Él, miembro de una familia influyente y bien acondicionada, queda reducido a una extrema pobreza, que le obliga a trabajar duramente para ganar el sustento. Y nos le imaginamos rechazado por su padre, desheredado, arrojado de su casa, excluído de las alegrías y del cariño familiar. Pablo, aleccionado por la experiencia de recuerdos dolorosos, pondrá más tarde el mayor cuidado en suavizar las relaciones entre los padres y los hijos: «Padres—dirá, escribiendo a los Efesios—, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino formadlos en la disciplina y en la corrección del Señor» (Eph., 6, 4). Varias veces repite el mismo consejo, recordando que los que no le siguen hacen a sus hijos apocados de corazón

(Col., 3, 21). Al mismo tiempo insiste en el deber que tienen los hijos de obedecer a sus padres, llegando con ellos al extremo del respeto y la condescendencia.

En una casa de Tarso se enseña todavía un pozo que lleva el nombre de pozo de San Pablo, y en la montaña vecina la tradición señala una gruta donde se dice que vivió entregado a la contemplación y a la penitencia. Si es verdad que tuvo que salir de la casa paterna, tal vez es allí donde encontró el refugio que necesitaba, mientras venía el llamamiento definitivo. Nada indica que estos recuerdos tengan un valor rigurosamente histórico; pero es grato evocarlos para penetrar de algún modo en la tiniebla de aquella vida misteriosa que el gran Apóstol repartió acaso entre los ejercicios del anacoreta y los preocupaciones de la discusión y la predicación. Todo era una preparación intensiva para la realización de su destino providencial. El mundo judío se alejaba cada vez más para él; y sus miradas se dirigían ya hacia los países sujetos al imperio de los césares. Hasta el nombre de su raza, Saulo, empezaba a eclipsarse ante el que tenía como ciudadano romano, Paulo.

CAPITULO VII

Progresos de la Iglesia.—Los discípulos en Antioquía.—Recelos de los celadores de la Ley.—Bernabé y Pablo.—Triunfos apostólicos.—Hambre y persecución.—Pablo en Jerusalén.—Hasta el tercer cielo.—Muerte de Herodes. (42-46.)

Entre tanto, los discípulos de Jesús se multiplican, y por todas partes nacían nuevas comunidades. «La Iglesia estaba en paz—dice San Lucas—en toda la Judea, la Galilea y la Samaria, y se aumentaba, caminando en el temor del Señor, llena de la consolación del Espíritu Santo» (Act., 9, 31). Al arrojar de Jerusalén a los nazarenos helenistas, los perseguidores habían apresurado la difusión de la secta. Un compañero de Esteban, el diácono Felipe, sale huyendo de Jerusalén y organiza en Samaria un núcleo importante de convertidos al Evangelio. Otros parecidos brotan en los centros más importantes de Palestina, y la religión del Crucificado, que durante algún tiempo pareció estancada en una experiencia de orden social, inaugura triunfalmente la conquista espiritual del mundo.

Hay que mantener los nuevos organismos en estrecha relación con la comunidad central, y esto da ocasión a un viaje de Pedro a través de Judea y Samaria. Pedro se nos presenta desde estos primeros tanteos de organización como el jefe que inspecciona, decide y ordena. Visita «a los santos que habitan en Lidda, pasa por Joppe, donde resucita a Dorcas, la viuda compasiva, y llega hasta Cesarea. Aquí se le presenta por primera vez la gran cuestión que inquietará a la Iglesia en aquellos primeros días de su existencia: ¿Es necesario ser descendiente de Abraham para entrar en el reino del Mesías? La contestación no parecía difícil, pues no iba a ser más estrecha la puerta de la Iglesia que la de la Sinagoga, donde entraban en gran número los prosélitos de la gentilidad. Sin em-

bargo, había algunos que protestaban, y de este modo nació una controversia que acabó por dividir en dos partidos a los primeros cristianos. Cuando San Pedro entra en casa del centurión Cornelio, y come con él, y le bautiza, el grupo de intransigentes se conmueve y exige una explicación. Afortunadamente, el Príncipe de los Apóstoles tiene, para aquietarles, su visión famosa: «Ya no hay que hacer diferencia entre animales puros e impuros». Sin embargo, la discusión queda en pie: Cornelio era un prosélito del Santuario, uno de aquellos hombres temerosos de Dios que habían aceptado íntegramente la ley mosaica, sometiéndose al rito de la circuncisión. Y el aspecto del problema cambiaba: ¿Era necesario pasar por la Sinagoga para entrar en la Iglesia? Sí, respondía el partido «de la circuncisión»; no, decían los más liberales; a lo más, basta ser prosélito «de la puerta»; es decir, haber entrado en relación con el mosaísmo por la observancia de algunas ceremonias rituales, como abstenerse de carnes sacrificadas a los ídolos, de animales estrangulados, de sangre y del matrimonio en los grados prohibidos por la Ley.

Así las cosas, llegan de Antioquía las más alarmantes noticias. Al estallar la persecución, que dió a la Iglesia su primer mártir, un grupo numeroso de los discípulos de Jesús, no creyéndose todavía seguro en Damasco, siguió caminando a través de las costas mediterráneas hasta llegar a la capital de la Siria. Allí, protegidos por un ambiente cosmopolita, estaban ya al abrigo de las intrigas y las violencias del Sanhedrín. Antioquía es hoy una ciudad muerta, en que media docena de minaretes domina sobre un montón informe de casas grises que se agazapan bajo las áridas crestas del Silpio. Entre abruptas pendientes, últimas estribaciones del Amano, que levanta enfrente sus picos como torreones de una ciudadela gigantesca, arrastra sus aguas arenosas y amarillentas el Orontes, que llega del Líbano para arrojarse en las ondas del Mediterráneo. Sobre él cabalga todavía un viejo puente de arcos estrechos y achaparrados, y cerca de la ribera se ven las ruinas del gran anfiteatro, en que triunfaron los más famosos conductores de cuadrigas. Pero ya no están ni el templo de Zeus Keraunios, que protegía contra el rayo la acrópolis; ni el panteón, que cobijaba las imágenes de todos los dioses; ni las gigantescas estatuas de los Dióscuros sobre sus corceles encabritados, que mandó erigir el emperador Tiberio.

Entonces era Antioquía la tercera ciudad del imperio. Llanura y montaña, los mirtos de los jardines se juntaban en ella con los pinos

del bosque; los palacios de los patricios, con las grutas de los anacoretas, y las maravillas del arte griego en los baños, circos, basílicas, templos y teatros, venían a completar la belleza de aquel conjunto de islas encantadas, de perfumadas colinas, de rincones graciosos, de gargantas y precipicios en que resonaba el fragor de las cascadas. A través de sus calles y bajo sus pórticos corintios, largos, de muchas millas, empujábanse las oleadas policromas de la multitud variada y bulliciosa: caravanas del Eufrates que traían las riquezas del Asia; indígenas sirios, esclavos negros y rubios, traficantes israelitas, griegos activos, romanos ociosos y opulentos, que venían atraídos por la belleza del cielo, por el encanto de la Naturaleza y, sobre todo, por la licencia de las costumbres, que hacían de Antioquía una ciudad de placer, orgullosa de sus jardines sagrados, abundante en cortesanas de miras multicolores, insaciable de goces y de juegos, ávida de coros y de músicas, frenética de fiestas y de diversiones refinadas.

Entre aquella riada humana se confundieron los fugitivos de Jerusalén, judíos de Chipre y de Cirene, más acostumbrados al cosmopolitismo del mundo romano que sus hermanos de Palestina. Y, poco a poco, el pequeño grupo fué creciendo y propagándose a favor de la tolerancia que allí reinaba para todas las ideas y aun para todas las aberraciones. En un medio provinciano, en un ambiente de tribu o de aldea, más cerrado siempre a la influencia exterior y más reacio a las transformaciones, estas propagandas son difíciles y peligrosas; en una urbe populosa el cambio se realiza insensiblemente. La masa apenas se da cuenta de él, o, si le advierte, está tan hecha a las novedades, que apenas le interesa. A lo más, sonríe burlonamente y se prepara a presenciar la novedad del día siguiente. Esto sucedía en Antioquía. Por otra parte, la atmósfera era allí favorable a la propagación del Evangelio. «La religión—dirá un retórico de la ciudad, el pagano Libanio—consiste únicamente en mancharse con mil infamias, en despojar los últimos restos de la virtud» (Libanii op., III, 333). Este espectáculo llenaba de asco a las almas delicadas y las preparaba a la aceptación de un culto más puro, aunque exigiese de ellas todos los heroísmos de la ascesis.

Los éxitos de los predicadores cirenenses y chipriotas fueron tales, que bien pronto los paganos se dieron cuenta de que los adoradores de Jesús eran distintos de los hebreos, con quienes hasta entonces los habían confundido, y fué allí, en la capital de Siria, donde empezaron a llamarlos con un nombre griego que terminaba con una desinencia romana, y que no dejaba de tener un dejo de iro-

nía: Cristianos, los discípulos del Ungido. Pero los hermanos de Jerusalén hablaban de esta nueva comunidad, que pronto eclipsaría a todas las otras, en términos contradictorios. Mientras unos aplaudían la rápida expansión de las doctrinas evangélicas, otros, aferrados a la tradición mosaica, criticaban la facilidad con que se confería el bautismo a los paganos, porque se aseguraba que en la cristiandad antioquena eran admitidos indiferentemente los circuncidados y los incircuncisos, los prosélitos del santuario, los prosélitos de la puerta y hasta los griegos que no habían tenido relación ninguna con la Sinagoga. El mismo nombre con que empezaba a distinguirse a los discípulos de Jesús era interpretado como un indicio de la separación definitiva, y, efectivamente, él señala el momento solemne en que la Iglesia se desgaja del judaísmo.

Para juzgar el caso y saber a qué atenerse, los notables de la Iglesia de Jerusalén acordaron enviar a Bernabé, a fin de que examinase el espíritu de la nueva comunidad. Esta elección parece haber sido hecha con un espíritu conciliatorio. Bernabé era el que había introducido a Saulo en el Colegio de los Apóstoles, era un helenista, un hombre «verdaderamente bueno, lleno del Espíritu Santo y de fe» (Act., 11, 24), que se había ganado la simpatía de todos los hermanos por su generosidad, por la unción con que explicaba la Escritura y hasta por su majestuosa belleza.

En Antioquía, Bernabé «vió la gracia de Dios». Aquellos creyentes, salidos en gran parte del fango del paganismo, producían ahora toda suerte de frutos de santidad. Griegos y judíos se esforzaban con el mismo entusiasmo por practicar las virtudes evangélicas. Maravillado de este espectáculo, Bernabé no tuvo más que aprobar, confirmar y exhortar a los convertidos «a fin de que permaneciesen en el Señor con firme e inquebrantable corazón». Y su palabra no solamente daba alientos a los creyentes, sino que trascendía al exterior, y eran muchos los gentiles que se acercaban cada día a pedir el bautismo. Pero no faltaban tampoco las contradicciones, oposición de los rabinos, discusiones públicas, controversias en la calle y en la Sinagoga. Entonces Bernabé se acordó de Saulo. El gran convertido, en quien había descubierto algunos años antes un formidable controversista, estaba cerca de allí, en la metrópoli de enfrente, al otro lado del golfo de la Comogena, en su ciudad de Tarso. Ya era hora de que abandonase aquel misterioso aislamiento en que se templaba su alma de fuego. Desde la desembocadura del Orontes a la del Cydnus, un día de navegación; por tierra, dos o tres días de camino a través

de las montañas y desfiladeros. Bernabé hizo este viaje en los primeros meses del año 42. No quiso fiarse de nadie; tal vez no estaba seguro de poder doblegar la voluntad de su antiguo amigo; pero tenía un argumento, a su entender, infalible. La voz de Dios le había designado para llevar el Evangelio a los gentiles, y he aquí que los gentiles empezaban a agolparse a las puertas de la Iglesia. No era posible ya dudar del campo donde debía desarrollarse su acción. Y Pablo cedió, arrastrado por la convicción del deber, más aún que por su temperamento inclinado a la acción. La carga del apostolado le aterraba, pero en el fondo de su conciencia se levantaba esta voz amenazadora: «¡Ay de ti si no predicas el Evangelio!» (1 Cor., 9, 16).

Saulo empezó su ministerio juntando sus discursos ardientes a la palabra suave del «hijo de la consolación». Aunque favorecido del cielo más que ningún otro de los evangelizadores, somete humildemente su acción a la dirección ajena, dominando los ímpetus de independencia que hubiera podido inspirarle su fogosa personalidad. Unido fraternalmente al discípulo de Chipre, enseña durante varios años, conquistando para el Evangelio, y lo que era más difícil, acostumbrando a los preceptos de Jesús los espíritus de aquellos sirios, siempre flexibles, tornadizos y voluptuosos. Y ya no se contentaba con predicar en las sinagogas, sino que salía a las calles y a las plazas, donde los charlatanes vendían sus fórmulas y pregonaban la última novedad o la elegancia suprema de la moda. Todavía en el siglo VI señalaban los antioquenos como teatro de aquella predicación un lugar elevado de una de las calles más concurridas de la ciudad, la de Singón, que trepaba hacia las eminencias de la Acrópolis. Allí, cerca del Foro y del Panteón, entre teatros y estatuas de dioses, sobre la avenida que llevaba a la multitud alocada hacia la puerta de Dafne, a las bacanales de los olivares sagrados, inauguró el Apóstol su lucha gigantesca contra el paganismo: «Y la puerta de la fe empezó a abrirse de par en par a las naciones» (Act., 14, 26). Por vez primera se encontraba con un público abigarrado, muy distinto del que había encontrado en las sinagogas de Damasco y Jerusalén: clámides romanas, palios helénicos, túnicas breves de campesinos asiáticos, idólatras cansados de sus dioses sin alma, hombres temerosos de Dios, a quienes el judaísmo detenía por sus intransigencias y sus desprecios. Ante sus nuevos oyentes, Pablo arrinconaba las tablas del Sinaí para reemplazarlas «por la ley escrita en los corazones» (Rom., 2, 15), y renovaba su método, y arrojando lo que aún le quedaba de su educación farisaica, sacudía el yugo de la sinagoga

y anunciaba gozoso la libertad de los hijos de Dios. Un soplo primaveral fecundaba aquella Iglesia naciente, transfigurada por aquella esperanza de universalidad que sus predicadores habían puesto en ella. Sí, se llamarían cristianos; la palabra griega y latina, el mote despectivo venido de fuera, inventado por la malicia del vulgo (*Quos vulgus christianos appellat.* Tácito, *Annales,* XV, 44), sería un nombre glorioso, por el cual resistirán hasta el insulto, hasta los suplicios, hasta la muerte. Pablo llevará ese nombre como una luminaria a través del mundo, y no podrá escribir una página sin derramar sobre ella su prodigioso perfume.

Muy pronto los hermanos de Antioquía dieron a los de la Ciudad Santa una muestra palpable de la sinceridad de su fe. Ellos no habían reunido sus riquezas en un comunismo peligroso, pero miraban los bienes de la tierra con aquel desprendimiento que tantas veces había recomendado el Salvador. Y sucedió que un profeta, llamado Agab, invitado a hablar un día en la asamblea de los fieles, anunció que un hambre cruel asolaría la tierra, y con tan vivos colores describió la miseria que había de afligir a la Iglesia de Jerusalén, que no tardó en organizarse una colecta entre los cristianos de Antioquía para acudir en su socorro. Pablo y Bernabé fueron encargados de llevar el subsidio a Jerusalén. Pero antes que el hambre, otra calamidad había caído sobre la Iglesia apostólica. Era la persecución promovida por Herodes Agripa, que poco antes acababa de ocupar el trono de Palestina.

Protegido por Roma, este nieto de Herodes el Grande, que a la flexibilidad de su raza juntaba un arte maravilloso para intrigar e insinuarse en el espíritu de los amos del mundo, había logrado rehacer el Estado de su abuelo. Un capricho de Tiberio le lanzó desde la corte a la cárcel; otro de Cayo le subió de la cárcel al trono. Más por política que por convicción, tiene el celo del mosaísmo. Embellece a Jerusalén, cuelga en el Templo las cadenas de oro que le había regalado Calígula como recuerdo de su cautividad, adopta actitudes místicas, ofrece el diezmo del comino y la mostaza como el más escrupuloso de los fariseos, se presenta en el santuario con el canastillo de las primicias, llora de emoción cuando el levita lee las palabras de la Ley, y sacrifica en un solo día millares de víctimas. Los judíos aplauden, porque ven renovarse en su corona el esplendor del reinado de David. Hay, sin embargo, una sombra que inquieta el sueño de los más puritanos: es la obstinación de los discípulos de Jesús. Estimulado por los celadores de la Ley, Agripa de-

cide acabar con ellos. Algunos de sus jefes fueron maltratados; Santiago, hijo del Zebedeo, degollado, y Pedro aherrojado en una cárcel, de donde salió gracias a un milagro ruidoso.

Los fieles de la Iglesia madre vivían aún en la alarma cuando llegaron los enviados de Antioquía. La persecución había durado unos meses, pero el hambre empezaba ya a hacer estragos y continuará afligiendo a la Ciudad Santa durante largo tiempo. Josefo habla de su violencia y de la generosidad de la reina Helena, que había dejado sus Estados del Eufrates y fué durante aquellos días la providencia de los pobres de Jerusalén. Los discípulos de Jesús tuvieron, además, las limosnas de sus hermanos de Antioquía. Pablo y Bernabé permanecieron entre ellos, alentándolos y consolándolos; actuando como administradores del dinero que habían traído y como predicadores de la palabra divina.

Pablo, entre tanto, seguía frecuentando el Templo. Aunque convencido de la caducidad del mosaísmo, no podía olvidar los pórticos en que había rezado y estudiado durante sus años juveniles. Allí más que en ninguna parte se encontraba como envuelto en la presencia de Dios, allí tenía sus visiones y revelaciones, y allí escuchaba la voz misteriosa que le conducía. Y un día le sucedió una cosa extraña que nunca podrá borrarse de su memoria. Fué, acaso, en el Templo, durante esta visita a Jerusalén. Sintió de pronto que una fuerza irresistible le levantaba con una rapidez increíble y a unas alturas vertiginosas. A su vista se descorrían paisajes maravillosos, un mundo nuevo e insospechado, un lenguaje inefable, un horizonte de esplendores divinos. Su carne temblaba, se erizaban sus cabellos y todos sus miembros parecían crisparse en un espasmo de felicidad. Era el éxtasis, ese fenómeno sublime de la vida mística que tan minuciosamente nos describen Santa Teresa y San Juan de la Cruz: el cuerpo, rígido e inmóvil; la respiración, entrecortada; los ojos, apagados; la sensibilidad, muerta; débil el pulso, y la memoria vacía de todas las formas terrenas. San Pablo alude a este arrobamiento memorable con unas palabras que parecen henchidas de cosas divinas: «Yo sé de un hombre que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe) fué arrebatado hasta el tercer cielo. Y sé de ese hombre (si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) que fué arrebatado al paraíso y que oyó palabras inefables que no es lícito al hombre pronunciar» (1 Cor., 12, 2).

Ya no era sólo la visión de Jesús, como en los arrebatos ante-

riores; era el vuelo hasta el escabel del trono de Dios. Durante unos minutos inenarrables se había sentido perdido y como abismado en la divinidad. En la luz de un relámpago había vislumbrado el peso eterno de la bienaventuranza, el galardón sublime, que ni ojo vió, ni oído oyó, ni pudo ascender al corazón del hombre, y ya todos los sufrimientos del apostolado, insultos, azotes, cárceles, fatigas, naufragios, cadenas y espadas, le parecerían una cosa insignificante y momentánea. Había sondeado las profundidades, y la intuición prodigiosa de la verdad había dejado en su alma un surtidor inagotable de gozo y de luz. Este maravilloso éxtasis señala uno de los momentos culminantes de la historia íntima de San Pablo. Él acababa de dar a su predicación una certidumbre victoriosa que le sostendrá en presencia de todos los obstáculos y un acento de convicción que le abrirá las puertas de los corazones.

Los mismos sucesos externos habían venido a confirmar estas experiencias interiores: Pedro había sido libertado milagrosamente pocos días antes de su suplicio; aventados por la persecución, los demás Apóstoles anunciaban el nombre de Jesús fuera de Jerusalén; y el perseguidor desaparece arrebatado por una muerte que debió ser para los nazarenos un nuevo argumento de la asistencia de su Dios. Después del fracaso de su política contra los galileos, Agripa se retira a Beyruth, la ciudad fenicia, que se recuesta sobre los flancos del Líbano, escuchando el rumor de las olas azuladas. Quiere olvidar su mal humor levantando circos, baños y pórticos. Ama las pistas y los anfiteatros con la misma pasión que los patricios de Roma y de Atenas. En el teatro le llegó la hora de la tristeza y de la humillación. Fué en Tiberíades, junto al lago de Galilea, donde Pedro había oído el llamamiento de Jesús. La multitud aclamaba al príncipe y el príncipe arengaba a la multitud: «Es la voz de un dios y no la de un hombre», decían los aduladores.

En el mismo instante, escribe San Lucas, el ángel del Señor le hirió, y fué comido por los gusanos. El historiador Josefo habla de un mochuelo, présago de desgracias, que el rey vió sobre su cabeza en medio de una fiesta idolátrica, y reconoce que el vanidoso reyezuelo fué castigado por su impiedad, y que durante cinco días un fuego voraz consumió sus entrañas. Esto fué en el otoño del año 44, mientras el Apóstol fugitivo, con cuya muerte había imaginado poner el sello a su popularidad, se dirigía hacia Roma para dejar en ella el germen de un imperio universal.

CAPITULO VIII

Los doctores de Antioquía.—Llamamiento de Saulo y Bernabé. Comienzo de la primera misión.—Juan Marcos.—Hacia Chipre.—De sinagoga en sinagoga.—Pafos.—Elimas el Mago.—Ante el procónsul.—Pablo.—Misión providencial de Roma. (47.)

«Agripa murió—dice San Lucas—, y la palabra del Señor crecía y se propagaba maravillosamente» (Act., 12, 24). La comunidad de Antioquía se había convertido en iglesia, «la iglesia que estaba en Antioquía», una iglesia próspera, abundante en maestros, visitada por el Espíritu, acrecida diariamente por nuevas conversiones. Las iniciativas no saldrían ya de la Ciudad Santa, sino de la capital de Siria. Con la ausencia de Pedro, el criterio de los celadores de la Ley prevalecía entre los cristianos de Jerusalén. Como jefe y doctor quedaba allí el Apóstol Santiago, pariente del Señor, hombre de carácter austero, admirable por su temple de hierro, pero aferrado al más estrecho puritanismo. Sin circuncisión no hay salvación, era el santo y seña de aquellos espíritus prisioneros del círculo breve de sus tradiciones patrias.

El universalismo estaba en la iglesia de Antioquía. Gentes de todos los países fraternizaban en sus asambleas. La reunión de los cristianos era como una cifra del cosmopolitismo. Los mismos maestros pertenecían a las naciones más diversas. Junto a Bernabé, natural de Chipre, y Saulo, que representaba a Cilicia, estaba un africano de Numidia, Lucio de Cirene; un prosélito de Etiopía, llamado Simeón el Negro, y un hermano de leche de Herodes Antipas, Manhahén, que, aunque originario de Palestina, era también un helenista. Estos eran los principales profetas y doctores de la Iglesia. Ellos revelaban, cuando les movía el soplo del espíritu, la volun-

tad de Dios, distinguían la verdad de la doctrina y trazaban el camino que se debía seguir en la dirección de las almas.

En la enumeración de San Lucas, Saulo es el último, y es que todavía no tenía la influencia decisiva que tendrá algo más tarde. Su conversión ruidosa, su preparación científica y su palabra de fuego, le colocaban en el número de los doctores; pero no había recibido como los otros la plenitud del sacerdocio de manos de Pedro. Él lo reconoce, a pesar de las revelaciones extraordinarias con que Dios le había ilustrado, y permanece sujeto a los ancianos de la Iglesia, y, sobre todo, a Bernabé, con quien, además, le unían vínculos de gratitud.

Sin embargo, se prepara, esperando el momento decisivo; piensa en las misiones, y los ojos se le van impacientes hacia las tierras que se extienden más allá del Amano y a las que se ocultan al otro lado del mar. Muchas veces habla con sus compañeros de los ímpetus de la gracia, que le lleva hacia los gentiles, pero nadie se decide a tomar una resolución; y es preciso que todo se realice en la armonía del amor, que aquella corriente de fuerza divina sea aprobada y encauzada por la voluntad de todos los hermanos dirigidos por sus pastores.

En esto llegó una solemnidad, probablemente la fiesta de los Tabernáculos, «tiempo de ayuno y de servicio divino» (Act. 13, 2). Los fieles de Antioquía se reunieron, ayunaron, invocaron al Señor, rompieron el pan, y ya iban a terminar los santos misterios, cuando se oyeron estas palabras en la asamblea: «Separadme a Bernabé y Saulo para la obra a la cual los he llamado.» Era la voluntad divina, que se revelaba de una manera indubitable. Así lo entendió la concurrencia. Todos rezaron, ayunaron de nuevo, imploraron la gracia sobre los dos elegidos, y los pastores que ya tenían el orden sacerdotal impusieron sus manos sobre ellos delante de toda la asamblea. De esta manera, Saulo y Bernabé recibieron la consagración solemne de los poderes apostólicos.

Era evidente que los dos designados tenían que salir de Antioquía. Pero, ¿a dónde encaminarían sus pasos? Pablo piensa en el Asia Menor, y allí se dirigirá cuando tome en sus manos la dirección de la empresa; pero Bernabé prefiere Chipre, su patria, la más cercana de las islas de Cetim, foco de la gentilidad para los hijos de Israel, la tierra que en los días claros se divisaba entre las ondas oscuras desde las costas de Siria. Allí estaba el gran templo de Pafos, donde la multitud de los peregrinos presentaban sus ofrendas

a Afrodita; allí encontrarían millares de judíos atraídos por la riqueza de la isla, por las viñas y los olivares de sus colinas, por la fertilidad de sus vegas regadas por los canales del Fedieo; y si ellos rechazaban el llamamiento evangélico, podían volverse a los miles de esclavos que trabajaban en las minas de cobre, o en los bosques de pinos, de donde sacaban las quillas y los mástiles de los navíos, o en los castillos, ciudadelas, acueductos y anfiteatros, que se levantaban a impulso de la administración romana.

Saulo cedió a los deseos de Bernabé: era el más antiguo en la Iglesia, y a la vez el jefe más venerado de los fieles de Antioquía. A él una cosa le bastaba: que el nombre de Cristo fuese anunciado allá lejos, según los deseos de su Iglesia. Dondequiera que le llevasen había de poner todo su fuego, toda su alma, toda su vida. Una embriaguez divina le llenaba en presencia de aquella divina aventura. Jamás conquistador alguno se lanzó hacia lo desconocido con más generoso entusiasmo. Los dos misioneros salen de Antioquía después de haber recibido el ósculo de paz de los hermanos. Van a pie, cumpliendo el precepto evangélico. Les acompaña un joven que poco antes ha venido con ellos de Jerusalén. Se llamaba Juan Marcos. Era un pariente de Bernabé y tenía familia en la isla de Chipre; pero su madre, María, tenía en Jerusalén una casa, rica de bienes, de fe y de hospitalidad, donde no faltaba un recibidor amplio y bien amueblado, que fué, después del Cenáculo, uno de los primeros santuarios de los discípulos de Jesús. Allí encontró un refugio el Príncipe de los Apóstoles la noche en que las puertas de la cárcel se le abrieron milagrosamente y las cadenas de Herodes se le cayeron de los pies. Marcos era entonces un adolescente, que se asustó al oír los golpes en la puerta; y ahora no tiene todavía la edad suficiente para encargarse del ministerio de la predicación. Por su cuenta corre el lado material de la empresa. Administrará los fondos, recibirá las limosnas, buscará alojamiento, pagará los gastos y ayudará en cuanto pueda a los misioneros. Será el procurador de la misión.

En una mañana recorren los viajeros el trayecto que les separaba del puerto en Seleucia, camino sinuoso y pintoresco que corría jugando con la corriente del Orontes y abriéndose paso entre colinas, donde los sicomoros y los carrascos se unían a los mirtos y los laureles. Al fin, la montaña se abre como un abanico, y allá, en la lejanía, detrás de una línea confusa de torres y murallas, aparece la llanura del mar. Nunca Pablo se había lanzado por aquellas rutas

desconocidas. Ni le atraían sus encantos ni le acobardaban con sus peligros. Pero su carne se estremecía. Más allá de las aguas inmensas, los hombres caminan en las sombras de la muerte y las almas naufragan; para llegar hasta ellas hay que atravesar aquellas rutas desconocidas. El mar es un obstáculo, es un enemigo, un monstruo, que en un momento se puede tragar sus anhelos furiosos de apostolado; ni sus olas enriscadas, ni el espejo de su superficie, ni el arreo de las naves que le surcan, esmaltarán sus escritos de metáforas o comparaciones. Es el hebreo indiferente a las magnificencias marinas, es el hombre atento sólo a los esplendores de su mundo interior. Pero la Jerusalén celeste aguarda a sus hijos desparramados en la inmensidad de las aguas, como había dicho el profeta, y ha llegado la hora en que los reyes de Tarsis y las islas van a presentarse al Mesías con sus presentes. Las islas saltaban de gozo el día en que aquellos tres pasajeros, cubiertos de polvo, pobremente vestidos, sin bastón, sin alforjas, sin dinero, atravesaron los muelles de Seleucia para subir a la nave que les aguardaba en el puerto. Nada semejante habían visto hasta entonces aquellos mares cargados de recuerdos mitológicos.

A las pocas horas, cuando los montes de Pieria se esfumaban allá lejos, entre las neblinas del atardecer, el navío se acercaba a una punta de tierra que parecía un dedo extendido en dirección de las costas asiáticas, para internarse luego en una rada espaciosa, poblada de trirremes guerreras y naves de mercaderes. Estaban en Salamina, la ciudad más importante de la isla, donde la actividad de los colonos griegos había suplantado a los primitivos inmigrantes de Fenicia. Un buen puerto, un comercio floreciente, una importante colonia judía y varias sinagogas. Era un punto estratégico para empezar la misión. Bernabé y Saulo se dirigieron primeramente a sus compatriotas. Se les escuchó sin hostilidad y hasta con interés. Aquellos israelitas, entregados a la vida de los negocios, eran menos fanáticos y también más escépticos que los de Palestina. No hubo insultos ni amenazas; pero, aunque la semilla cayó en tierra propicia, no se organizó nada por ahora.

Caminando de sinagoga en sinagoga, los misioneros «recorrieron toda la isla». Iban, sin duda, bordeando la costa, donde se alzaban los centros más importantes de población, ciudades de nombres eufónicos y cargados de poesía: Idalia, Cicium, Amathonte y Pafos. Era la tierra de Venus, surcada de valles graciosos, manchada de frescas arboledas; las aguas, de las cuales emergió la diosa en un

carro de nácar, arrastrado por cuadrigas de delfines y palomas blancas. Todavía se oye el zureo de las aves sagradas; todavía florecen los jardines donde se adoraba a Cypris con las orgías rituales. Allí comprendió Pablo, mejor aún que en Antioquía, la difícil tarea que había echado sobre sus hombros al intentar la conversión de los gentiles. En su espíritu, la idea de idolatría irá siempre asociada a la de torpeza e incontinencia. Recordaba, sin duda, las procesiones licenciosas de Pafos, los bosques de Idalia, la piedra informe, símbolo elemental de la fuerza generadora, ante la cual no faltaban nunca las rosas y el incienso de los devotos. Pero su espíritu no se acobardaba ante esta dificultad sobrehumana. Y fué allí precisamente, en la ciudad de Pafos, focos de toda corrupción, al pie de la colina en que se levantaba el templo de Afrodita, donde consiguió la primera de sus victorias. Juntamente con la influencia religiosa, Pafos tenía la dirección política de la isla. Allí residía el procónsul, y cerca de su palacio se alzaban los cuarteles de las cohortes. Un romano de noble linaje regía entonces los destinos de la tierra. Su nombre, Sergio Paulo, aparece en el relato de San Lucas y en una inscripción insular de aquel tiempo (D. G. Hogarth, *Devia Cypria*, página 114). Era un hombre culto, ávido de filosofía y teosofía y curioso de los misterios de las ciencias ocultas. Como el gobierno de aquella tierra pacífica y engolfada en los goces de la vida le daba poco que hacer, podía entregarse libremente a la satisfacción de sus gustos predilectos. Se encontraba en la patria de los adivinos más famosos, magos insignes, astrólogos y matemáticos, que pretendían conocer las fórmulas con que se metamorfoseaban los hombres en bestias, y se gloriaban de poseer las palabras mágicas que abrían las puertas de los corazones y de los palacios, y trituraban los filtros, y confeccionaban los ungüentos irresistibles, y vendían los venenos y las tríacas.

En Chipre había dos escuelas: una, indígena, la más reciente, dice Plinio (*Historia naturalis*, XXX, II, 6), entroncada con el genio sombrío y las impuras, sangrientas y maléficas prácticas de los fenicios; otra, de origen judío, que pretendía poseer los secretos con que Moisés confundió a los adivinos faraónicos. Como Josué ben Hanania, el rabino del Talmud, sus discípulos prometían cambiar las varas en serpientes, los pepinos en ciervos, las calabazas en cabritos y las piedras en becerros (*Tratado sanhedrín*, cap. VII).

Sergio Paulo se había hecho iniciar en los arcanos de la astrología, como algunos años antes el emperador Tiberio, cuando pasó deste-

rrado por la isla de Rodas. Y su maestro fué un judío llamado Bar-Jesús, a quien sus conocimientos habían merecido el nombre de Elimas el sabio. No era un adivino cualquiera, ni un despreciable charlatán, sino el representante ilustre de un sistema, en parte científico y en parte religioso.

Figuraba en el séquito del procónsul como echador de la buenaventura, como intérprete de sueños, como obrador de maravillas, y, al mismo tiempo, como hombre erudito en toda clase de experiencias, conocedor de los jugos de las plantas, hábil para aprovechar los secretos poderes de la Naturaleza, químico y alquimista, astrónomo y astrólogo, investigador audaz de la piedra filosofal y del elixir de la vida y escrutador de las propiedades del imán y de las leyes biológicas.

Como en los sacerdotes de los imperios asiáticos, la superchería se juntaban en él con la ciencia auténtica, la religión con la superstición; pero el ascendiente de su personalidad era tal, que las gentes le miraban respetuosas y el mismo procónsul le consultaba y le distinguía con su amistad. Elimas representaba allí la fuerza más poderosa que el imperio romano podía oponer al Cristianismo, la influencia secular de las religiones orientales, más temible aún que las prácticas vergonzosas de los bosques de Dafne y de las alturas de Pafos. De aquí el interés enorme de la escena extraña que se va a desarrollar bajo los pórticos del palacio proconsular y del choque ruidoso entre los misioneros y el mago. La vida de Pablo nos ofrece otras colisiones de influencias que se disputaban el espíritu humano para liberlarle o esclavizarle, pero ninguna tan impresionante como esta de Chipre.

A oídos del procónsul llegó la noticia de los dos predicadores que anunciaban una nueva doctrina, y, ávido de teorías, quiso probar su talento y conocer la filosofía que enseñaban acerca de la naturaleza de Dios y de su acción sobre los hombres, punto central de la enseñanza de los extranjeros. Tal vez la curiosidad de Elimas estaba también interesada en oír sistemas originales y presenciar algún prodigio como los que él conseguía con sus prácticas mágicas. Pero no dudaba que lograría con aquel motivo hacer admirar las excelencias de su arte y el poder de su palabra.

Bernabé y Saulo empezaron a exponer su doctrina, la doctrina de un Dios humanado, cuya muerte había traído al hombre una garantía de la inmortalidad. El procónsul «escuchaba con mucho placer», dice una de las variantes del texto de los Actos, aquella exposición, en que a la novedad de las ideas se juntaba la profunda convicción y la sim-

ple energía de los expositores. No era solamente el goce de la novedad, sino la aprobación íntima del espíritu, que cree haber hallado la verdad ávidamente apetecida. Alarmado ante aquella actitud, el mago se dispone a la lucha. Adivinaba su ruina, el desmoronamiento de su influencia, el ocaso de su prestigio. Sus ideas cosmogónicas, su sistema religioso, basado, tal vez, como el de Simón el Mago, otro chipriota, en vagas concepciones gnósticas, amalgama de Pitágoras y Platón, se esfumaban en la mente del procónsul ante el sencillo y elemental anuncio de la redención del mundo por la sangre del Crucificado. También él pretendía iluminar los espíritus con palabras de aparente trascendencia, también él preconizaba con ínfulas de seudoprofeta un falso ardor espiritual.

Pero la Naturaleza humana no se resigna fácilmente a la derrota. Sin acordarse de las leyes de la cortesía, ni del respeto debido al magistrado romano, Elimas se esforzaba por neutralizar el efecto producido por el discurso de los extranjeros. Reía, interrumpía, objetaba «y hacía lo imposible por apartar al procónsul de la fe» (Act., 13, 10). Entonces Saulo, arrebatado por una súbita inspiración, clavó sobre él sus ojos indignados y le hizo enmudecer con este apóstrofe terrible: «¡Oh, hombre lleno de engaño y de maldad, hijo del diablo, enemigo de toda justicia, ¿no cesarás de trastornar los caminos rectos del Señor? Y ahora, he aquí la mano del Señor sobre ti, y quedarás ciego y no verás el sol durante algún tiempo.» La oscuridad cayó al instante sobre Elimas, sus pupilas se hundieron en las tinieblas y se le vió tender las manos nerviosamente, buscando alguien que le condujese. A la vista del prodigio, el procónsul creyó, conmovido por la doctrina del Señor.

Así termina el relato maravillosamente conciso que hace San Lucas de aquel primer acto de la predicación de San Pablo entre los gentiles. No hay juicios ni comentarios, ni corolarios; la noción sencilla de un hecho fulminante, que iba a tener una importancia única en los orígenes cristianos. Vemos la fe triunfadora del Apóstol y al mismo tiempo la impetuosidad de su carácter. No duda un solo instante; sabe que en sus manos está la omnipotencia divina, y lanza el rayo temible. Pero, siempre compasivo, sólo inflige un castigo temporal, hasta que el mago se convierta, dejando de explotar su ciencia y renunciando a sus sortilegios. Es el Saulo de otros tiempos: la misma llama en los ojos, la misma vibración en la palabra, la misma vehemencia en la acción; el escriba furibundo que lanza el anatema sobre el enemigo de su fe, y ciega y abate al que le resiste.

Saulo estaba finalmente en su elemento; había entrado en contacto con los gentiles, y su primer esfuerzo terminaba con un triunfo ruidoso. Un romano ilustre se rendía a la evidencia de su palabra y al poder de la sabiduría evangélica; el jefe de una provincia senatorial, delante del cual caminaban los lictores con las hachas y las fasces, se agregaba al número de los hermanos en el Señor. Un porvenir magnífico parecía anunciarse en aquel primer éxito. Pronto los prefectos, los emperadores mismos, con el cortejo de sus filósofos y las muchedumbres de sus legiones, llamarían a las puertas de la Iglesia, y Roma sería el núcleo de aquella renovación inmensa, como era el centro de todos los caminos que atravesaban el imperio y la meta donde todos se detenían. Ciertamente, antes tenía que correr la sangre purificadora de los mártires, y levantarse la voz serena de los apologistas, y desarrollarse el más gigantesco drama psicológico que han visto los siglos; pero el Apóstol presiente desde ahora el desenlace victorioso en la sumisión definitiva de la ciudad que había sujetado el mundo a su espada. Pablo sabe que Dios, cuya vida es la eternidad, no tiene prisas. No piensa en la revolución desde arriba. Acaba de conquistar a su causa un hombre influyente, puede por él llegar a las altas esferas de la política; pero no le tientan las terribles impaciencias de Francisco Javier, no aspira a transformar un imperio en la transformación de un hombre. Los ojos se le van hacia la ciudad dorada dominadora del mundo, y cuando recorra sus calles, prisionero, escribirá con orgullo a los Filipenses: «Mis cadenas en el Cristo son conocidas en todo el pretorio» (Phil., 1, 13). Pero, aunque ha logrado ya hacer discípulos en *la casa de César*, no sueña con transformar la corte súbitamente, ni con interesar el corazón de Nerón, sino que arroja la semilla de la fe en todas direcciones, combatiendo el orgullo, la idolatría, la filosofía y la brutalidad, que habían hecho a los Césares, como el mejor camino para que los Césares caigan de rodillas al pie de la Cruz. Tanto o más acaso que el alma de Calígula valía el alma del esclavo de Filemón.

Pero ha visto que la obra política de Roma, con su organización, con su instinto de orden, con la seguridad de sus caminos, le ofrece el campo providencial en que va a desarrollarse su acción, y desde este momento el descendiente de Abraham es reemplazado en él por el ciudadano romano. Es una transformación que hace notar San Lucas con una transición brusca y elocuente en su relato. «Saulo, de otra manera Pablo», dice, al recordar las palabras con que el Apóstol confundió la soberbia del mago. Hasta ahora le hemos visto como un

judío entre judíos, con el nombre hebreo de su hogar farisaico y de sus años de aprendizaje en el Templo. De pronto se encuentra en presencia del procónsul, y tiene que responder a las preguntas del oficial romano. «¿Cuál es vuestro nombre? ¿De dónde venís? ¿En qué os ocupáis?» Con unas palabras semejantes recibe Ulises a sus compañeros en la *Odisea*: «Extranjeros, ¿quiénes sois? ¿De qué tierra venís navegando hasta estas playas? ¿Qué empresa o aventura habéis acometido?»

Y Pablo se acordó entonces de sus privilegios de ciudadano de Roma, de su nombre romano y de su origen tarsense. Atestiguando su método, podrá escribir más tarde estas valientes palabras: «Me he hecho judío con los judíos para ganar a los judíos; con los que estaban bajo la Ley, como si estuviere bajo la Ley; con los que vivían fuera de la Ley, como si yo mismo fuese sin Ley; me he hecho todo para todos, y todo esto por causa del Evangelio, a fin de ganarlos a todos» (1 Cor., 9, 20). Con un rasgo maravilloso de concisión histórica, el autor de los Actos nos señala ahora este paso trascendental en una fórmula sencillísima: «Saulo, de otra manera Pablo.» Y Pablo se queda en el resto de la narración. Y si aquella confesión de una doble personalidad, de un doctor oriental que aparecía de pronto como un ciudadano libre de Roma, hubiera despertado la curiosidad de cualquier magistrado romano, para un hombre de los gustos de Sergio Paulo tenía un doble interés, porque satisfacía sus aficiones de conocedor de los hombres y le garantizaba la simpatía de su interlocutor para el nombre de Roma, que él representaba en aquella provincia senatorial.

Y con el nuevo nombre aparece en toda su grandeza el alma del Apóstol. Hasta ahora ha caminado junto a Bernabé como un subordinado suyo. Bernabé aparece siempre el primero en el relato: Bernabé y Saulo llevan las limosnas a Jerusalén; Bernabé y Saulo sacan a Juan Marcos de Jerusalén; Bernabé es el primero de los profetas de Antioquía; Saulo, el último; Bernabé y Saulo son escogidos por Dios; Bernabé y Saulo son invitados a la audiencia del procónsul. Súbitamente, Pablo asume la responsabilidad de la misión, y Bernabé se resigna a secundar y aprobar sus iniciativas. Ya no vemos a Bernabé y Saulo, sino a Pablo y Bernabé. Pablo y sus compañeros navegan de Pafos a Panfilia; Pablo y Bernabé se dirigen a los paganos de Antioquía; Pablo y Bernabé luchan contra los judaizantes... Sólo una excepción en la carta de los ancianos de Jerusalén (Act., 15,

25); pero aquí nos encontramos otra vez entre judíos, respetuosos con el orden jerárquico de la antigüedad.

Vemos aquí la exquisita delicadeza de Lucas en su relato y el arte supremo con que nos descubre el nuevo aspecto de la personalidad de Pablo. Y nos damos cuenta de que, aunque prevista mucho tiempo antes, acaba de sonar la hora de la expansión de la Iglesia entre los gentiles. Y el historiador señala como momento psicológico aquel en que el Apóstol se enfrenta con el mago delante del gobernador de Chipre. Con motivo de aquel conflicto entre las dos religiones en presencia de la autoridad romana, Pablo afirma su carácter de ciudadano del imperio, y a este acto sucede una transmisión de poderes que la gracia del cielo y las autoridades de la tierra reconocerán en el atrevido innovador.

CAPITULO IX

En el Asia Menor.—Perge.—La emigración estival.—Enfermedad de Pablo.—Deserción de Juan Marcos.—A través de los páramos.—Antioquía de Pisidia.—Un discurso en la sinagoga. Conversiones y contradicciones.—Conjuración de los judíos. Expulsión (47).

Enfrente de Chipre, por un lado está Tarso, con los recuerdos de la infancia, la algarabía de sus mercados y el orgullo de sus escuelas; a otro lado Alejandría, ufana de su puerto, de sus sabios, de sus escritores y de sus artistas. Dos campos prodigiosos de campañas evangélicas, capaces de atraer al más apasionado de los evangelizadores. Pero Pablo no se deja seducir por el brillo de culturas milenarias ni volverá a ver más que de paso su tierra de Cilicia, ni verá jamás las playas africanas. Ahora, despreciando la situación privilegiada y el prestigio de profeta que acaba de darle su victoria sobre el mago israelita, navega hacia el Norte, llevado por el soplo del Espíritu y seguido por sus compañeros, que le consideran ya como el jefe de la empresa. Aquellas provincias del Asia Menor atraen sus miradas y tientan su valor. No le asustan los desfiladeros, donde temblaron más de una vez los ejércitos de Alejandro, ni las estepas áridas del interior, ni la aspereza de los caminos, ni la monstruosidad de las divinidades: aquel Júpiter Labrandeo, de espesa barba y vientre de mujer; aquel Sabazios, de aspecto terrible, como un Zeus asiático; aquella Diana de múltiples senos, sin rastro de la gracia que tenía la diosa cazadora entre los griegos.

Todavía no han desaparecido detrás de ellos los montes de la isla de Cypris, y ya desde la proa divisan las alturas violáceas de las últimas estribaciones del Tauro. Siguen navegando unas horas más. Tierra a uno y otro lado; las costas de Asia abren allí sus senos para

recibir las caricias del mar. A su izquierda se extienden los campos licios, regados por el Xanto de las rojas ondas mitológicas; a su derecha, los ariscos acantilados de las costas de Cilicia. Arriban a una tierra oscura e inhospitalaria. No hay allí ni grandes ciudades, ni mercados famosos, ni escuelas ilustres. Pequeños puertos adonde llevan su tráfico, fruto del contrabando y la piratería, los montañeses del interior, gentes de múltiples tribus y de diferentes dialectos. Por eso los griegos dieron a aquella región el nombre de Panfilia, tierra de las diversas y numerosas razas. Esta variedad saltaba a la vista desde el primer núcleo de población que encontraron los tres misioneros: Attalia, hoy Adalia. El nombre y el aspecto recuerdan aún la más venerable antigüedad; grupos de casas humildes agazapadas al pie de rocas altas y enhiestas, lienzos de muros con almenas, y, aquí y allá, algún minarete solitario.

Pablo y sus compañeros pasaron sin detenerse. Tal vez Attalia tenía ya una comunidad cristiana, creada por aquellos peregrinos de Panfilia que oyeron el discurso de San Pedro el día de Pentecostés.

La nave siguió su camino, remontando la corriente del Coestros, y a las dos horas se detuvo junto a otra ciudad algo más populosa y de aspecto más aristocrático. Estaban en Perge, centro de la administración local, donde había una palestra con sus columnatas corintias y un teatro espacioso y un templo de Artemis, que era el santuario más concurrido de la región y cuyas ruinas se ven todavía. Seguramente no faltaba tampoco una sinagoga. Pablo cree haber encontrado un punto estratégico para desarrollar su actividad en la comarca. Pero la realidad destruye sus planes. Tal vez el estío se echa encima con sus colores. En aquella tierra llana y pantanosa el aire se hace entonces pesado y maligno. Un extranjero apenas podría resistir aquella atmósfera irrespirable, cargada con los miasmas de las dormidas aguas de los pantanos. Los mismos naturales se veían obligados a emigrar cuando empezaban a arreciar los calores estivales. Las aldeas quedaban vacías y hasta las ciudades se despoblaban. Nada más pintoresco que aquellas caravanas multicolores que se alejaban de la llanura, sembrada de palmeras y de cactos gigantes, para internarse en la montaña y plantar sus tiendas entre murallas de pinos aromáticos y cedros majestuosos. Iban los hombres guiando los carros, los zagales arreando los rebaños y las mujeres con el cuévano de mimbres a la espalda y en el cuévano el último de sus pequeñuelos.

Fué, probablemente, en el momento de esta emigración anual cuando los tres misioneros se internaron en aquella región malsana. Iban

con la intención de predicar, pero algo debía ocurrir que trastornó sus proyectos, algo incidental y pasajero, puesto que les vemos detenerse allí al regresar de su misión para sembrar la palabra. Fué, sin duda, la agitación que traía consigo la época del veraneo. Pero el espíritu flexible de Pablo sabía adaptarse a todas las circunstancias. Un dilema se presentaba delante de él y de sus compañeros: o abandonar la empresa o seguir el camino de los emigrantes. Juan Marcos defendía la primera solución; pero el misionero de Tarso la consideraba como una cobardía, y a su lado parecía inclinarse Bernabé.

Súbitamente el problema acabó de complicarse con un suceso inesperado: Pablo cayó seriamente enfermo. La influencia enervante de aquel ambiente pestífero, unida a los penosos viajes de los últimos meses, a la excitación continua de la obra misional y al esfuerzo supremo de Pafos, trastornaron su organismo de tal manera que la dolencia ya no le dejará en toda la vida. En adelante su existencia será un martirio, «una muerte de cada día» (1 Cor., 15, 31). En todas sus cartas hablará de esta enfermedad crónica que entorpecía su apostolado, le humillaba delante de las gentes y le atormentaba sin cesar: «Yo llevo en mi cuerpo—decía—la muerte de Jesucristo» (2 Cor., 4, 10). El mal se presentaba por vez primera en estas tierras bajas de Panfilia, y debía ser, según parece, una fiebre violenta, una malaria crónica que en sus momentos de mayor virulencia le producía grandes dolores de cabeza, conmovía y agotaba su cuerpo con temblores espasmódicos y le dejaba sumido en una postración extraña. Hay muchas inscripciones antiguas en las cuales esta fiebre es considerada como un castigo de los dioses. Los que la sufrían eran impuros, a quienes estaba prohibido el acceso al Santuario. Por eso el Apóstol la consideraba como un estigma humillante, y quedará perpetuamente agradecido a los Gálatas «porque no le rechazaron ni despreciaron a causa de su dolencia física, sino que le recibieron como a un ángel de Dios» (Gal., 4, 14).

Por de pronto, Juan Marcos tenía un argumento más para apoyar su tesis. Lo más razonable parecía renunciar temporalmente a una empresa que llevaba todas las probabilidades de fracasar y volverse a las riberas deliciosas del Orontes, donde encontrarían aires sanos, frescas alamedas y médicos famosos. A pesar de todo, Pablo no quería oír hablar de retroceder; propuso un nuevo plan en que las exigencias de su salud se combinaban con los deberes del apostolado: seguir el camino de las caravanas de emigrantes, cruzar la montaña y penetrar en las regiones más altas de Pisidia. Allí ha-

bía una ciudad ilustre, llamada también Antioquía, como la capital de la Siria, donde a la actividad comercial y a una importante población judía, con todas las ventajas requeridas para formar un núcleo de prosélitos, se juntaban las mejores condiciones para curar las fiebres malignas: una altitud de más de mil metros sobre el nivel del mar, al Sur de la población una llanura espaciosa con huertos y jardines que podían competir con los del Orontes, y al Norte un muro de montañas que impedía el paso a los cierzos fríos.

Inútilmente ponderaba Pablo todas estas ventajas; el joven compañero no se dejó convencer. Si no le escuchaban estaba dispuesto a volverse solo a su tierra antes que lanzarse a una loca aventura. Hubo la discusión consiguiente, y tras ella el rompimiento, la separación. Fué un golpe doloroso en la vida de Pablo. Se había engañado con respecto a aquel colaborador; era un apocado de espíritu, un obrero indócil «que no había tenido valentía para ir con ellos al trabajo» (Act., 15, 38-39). El resentimiento duraba todavía unos años más tarde, cuando el desertor, arrepentido de su momentánea debilidad, quiso tomar parte en una nueva campaña. Naturalmente, él perdonaba cualquier indelicadeza cometida con su persona, pero no quería pusilánimes a su lado. Era cuestión de principios. Más tarde comprenderá toda la nobleza de aquella alma abnegada y sincera, cuyos servicios serán preciosos para la causa de la Iglesia naciente. Entonces escribirá a Timoteo desde Roma: «Coge a Marcos y tráemelo contigo» (2 Tim., 4, 9-11). Pero es que, en realidad, Marcos no podía aprobar plenamente las audacias apostólicas de Pablo. Miembro de la iglesia de Jerusalén, educado en pleno judaísmo, se alarmaba seguramente ante aquellos designios, cada vez más potentes, de abandonar las tradiciones mosaicas. Prefería la moderación de los Doce, aquel concepto del Cristianismo en que sus nuevos entusiasmos se armonizaban con todas las cosas que había aprendido a amar en su infancia. Su puesto se hallaba al lado de Pedro, a quien seguirá en sus viajes como auxiliar de sus empresas, como intérprete de su predicación y como amanuense de sus Epístolas. Con su Evangelio sigue siendo en el seno de la Iglesia el eco del Príncipe de los Apóstoles.

Mientras Juan Marcos subía a la nave para desandar el camino hasta Attalia, Pablo y Bernabé se apresuraban a dejar aquellas tierras húmedas y bermejas en que sólo amarguras habían cosechado. Enfrente de ellos se erguía la cresterío argéntea de cimas abruptas que había que atravesar para llegar al interior. Fueron varios días de viaje a través de un territorio desconocido, en que las aventuras y

los sobresaltos surgían sin cesar: hostilidad de tribus rapaces, violencias de bandidos, caminos intransitables, torrentes que venían repentinamente a cortar el paso, puentes rehundidos por el agua y azotados por la tempestad, «peligros de los ríos, peligros de los ladrones, peligros de los lugares desiertos, trabajos y fatigas de toda clase» (2 Cor., 11, 26). Los páramos se hacen cada vez más anchos en la meseta de Pisidia, donde los dos viajeros apenas encuentran más que aldeas míseras y rebaños de cabras que vagan a través de las estepas. Y, al caer la noche, hay que pedir la hospitalidad de las tiendas negras de los pastores y charlar con ellos junto a la hoguera, donde se calienta la leche.

De pronto, la monotonía del paisaje se suaviza y el friso de los riscos se transforma en una pendiente ligera y verdosa, donde crecen las encinas y los pinos y revolotean millares de cigüeñas venidas de las orillas del Nilo. Aparece luego el lago Egherdir, sobre cuyas aguas azules se destacan las siluetas blancas de los cisnes salvajes. Los misioneros caminan junto a él, y no tardan en descubrir las murallas de Antioquía, y, sobre una colina cercana, los arcos de su acueducto gigantesco, que se yerguen todavía entre escombros evocando pasadas grandezas.

Pablo iba allí a curarse y también a predicar. Más tarde podrá decir en su Epístola a las iglesias de Galacia: «Vosotros sabéis que si os prediqué el Evangelio en el primero de mis viajes fué por motivo de enfermedad corporal.» Pero antes de todo, pasan los intereses de la misión. El público es allí numeroso y variado: hay una agrupación importante de judíos, y con los asiáticos conviven numerosos occidentales, atraídos por los privilegios de colonia itálica que disfruta la ciudad. Como siempre, los dos misioneros aguardan la reunión del sábado para presentarse en la sinagoga. Allí harán su primera invitación a los israelitas y sondearán la disposición de los espíritus.

Desde la primera reunión advirtieron un hecho que despertó en sus corazones grandes esperanzas: los prosélitos que habían acudido a oír la lectura de la Ley eran muchos y parecían movidos por una devoción sincera. Distinguíase, sobre todo, un grupo numeroso de mujeres que, a juzgar por la riqueza de sus vestidos, eran damas de la buena sociedad admitidas en la clase «de los que temían a Dios». Las almas estaban sedientas de verdad; no les satisfacía ya el culto de la Luna, el Luno de espesa barba, que era el dios tutelar de Antioquía. A la cohorte de sus hieródulos preferían los rabinos de Israel.

Entre tanto, Pablo y Bernabé empezaban a hablar de Jesús en las casas y en la calle. Pronto se extendió por la ciudad la fama de su venida, y en la sinagoga se lanzó la idea de hacerlos hablar públicamente. El uno era un levita; el otro, un discípulo de Gamaliel, un doctor. Y sucedió que un sábado, al terminar el oficio, advirtiendo su presencia, el archisinagogo clavó en ellos la mirada, pronunciando al mismo tiempo las palabras de costumbre: «Hombres, hermanos, si tenéis algo que decir para la edificación del pueblo, hablad.» Ellos, que, como extranjeros discretos, se habían sentado en un banco del fondo, no se dieron por aludidos; pero un enviado de la presidencia, el hazzan, atravesó poco después la sala trayendo la invitación explícita de los rabinos.

La escena había ocasionado algunos murmullos en la concurrencia; pero Pablo se levantó, extendió su mano imponiendo silencio y comenzó a hablar. San Lucas, al resumir este discurso, nos ha conservado un espécimen de la predicación del Apóstol a los judíos. El acento es grave y hasta un poco rígido. Parece como si el orador sintiese las trabas de la etiqueta farisaica, el respeto a los príncipes de la sinagoga, que le miraban fríos e impasibles. El comienzo recuerda el sermón pronunciado por Esteban delante del Sanhedrín. Es el exordio ordinario de la homilía judaica. Después, partiendo de los textos escriturísticos que se acaban de leer, la dialéctica del Apóstol camina firme y precisa hacia su principal objeto: «Jesús es el Mesías anunciado por los profetas, el único en quien pueden salvarse y justificarse los hombres.» El público escucha con agrado la primera parte: se trata de la vocación divina de Israel, de las figuras de sus patriarcas, de los rasgos más gloriosos de la historia nacional. Al llegar a David, el orador se convierte insensiblemente de panegirista del pueblo escogido en anunciador de Jesús.

Observa que sus palabras encuentran oposición en una gran parte de los oyentes, y repite el saludo del principio: «Varones hermanos y todos los que teméis a Dios.» Pero no teme decir la verdad completa: Jesús, descendiente de David, crucificado recientemente en Jerusalén, es el Salvador prometido; en Él se cumplen los vaticinios, por Él se realiza la regeneración del mundo, y de su misión divina hay un testigo irrecusable, Juan el Bautista, profeta y taumaturgo, «que se juzgó indigno de desatar sus sandalias»; hay una múltiple e impresionante garantía, la palabra de muchos hombres y mujeres que comieron con Él y oyeron sus discursos y le vieron después de su muerte y viven todavía derramados por el mundo. «Sabed, herma-

nos—termina el orador—, que por Éste se os anuncia a vosotros la remisión de los pecados; todo creyente será justificado en Él de las cosas en que la ley de Moisés no pudo justificarle.» Al fin, una severa advertencia, una verdadera amenaza con palabras tomadas de Habacuc: «Cuidad de que no se diga de vosotros lo del profeta: Mirad, hombres desdeñosos; admiraos y humillaos; porque estoy realizando en vuestros días una obra cuyo relato no habéis de creer a quien os le contare» (Act., 13).

Muy diversos fueron los efectos de este discurso. Algunos de los oyentes estaban desconcertados; otros se manifestaban en contra sin rebozo, y una parte bastante numerosa parecía dispuesta a aceptar aquella palabra de salud. Mientras hablaba, Pablo había advertido casi exclusivamente los murmullos y las improbaciones de los que le consideraban como hereje; pero al disolverse la asamblea vió con satisfacción que un grupo importante de judíos y de prosélitos se acercaban a él y le seguían hasta su alojamiento, ávidos de escuchar nuevas aclaraciones. El desfile de curiosos y devotos continuó los días siguientes, obligando a los dos misioneros a un trabajo constante de discusión y enseñanza evangélica.

Ya en Antioquía no se hablaba más que de los dos predicadores de la salvación, y lo mismo en los círculos paganos que en el barrio de los judíos aguardábase con impaciencia un nuevo discurso acerca de aquella extraña doctrina. La efervescencia de la multitud y la simpatía con que muchos gentiles escuchaban a los recién venidos habían despertado suspicacias y recelos en los doctores de la Ley. Los más instruídos se preparaban a la defensa, consultaban las Escrituras y buscaban argumentos para defender sus viejas posiciones. Y se esperaba una controversia movida y enconada. Llegó, por fin, la reunión de un nuevo sábado. Gran sorpresa al ver que de todas partes llegan a la sinagoga gentes que jamás se habían preocupado de las enseñanzas de Moisés. «Casi toda la ciudad» estaba allí. Entraron los que pudieron; muchos, naturalmente, se quedaron a la puerta.

Terminada la lectura de las perícopes bíblicas, el «hazzan» se acercó a los predicadores del Evangelio. Era la invitación a hablar. Y hablaron sin temor, exponiendo el misterio de la gracia que se da por la sangre de Cristo a todos los creyentes, judíos y gentiles. Pero una gran parte del auditorio había ido dispuesta a minar la influencia de los dos misioneros. Hubo conatos de discusión, gritos de protesta, insultos al nombre de Cristo, voces roncas que ahogaron

la exposición serena de la verdad evangélica. Entonces, Pablo y Bernabé, contrariados por aquella resistencia, lanzaron contra sus compatriotas esta amenaza, que repetirán con frecuencia en conflictos semejantes: «Convenía que fuéseis vosotros los primeros en oír la palabra de Dios; pero, puesto que la rechazáis, juzgándoos indignos de la salvación eterna, nos volvemos hacia los gentiles. Tal es el mandato del Señor: Te he puesto como luminar de las gentes a fin de que seas su salvación hasta los confines de la tierra» (Is., 49, 6).

Estas audaces palabras fueron un nuevo golpe sobre la cabeza de los israelitas, pero despertaron en los idólatras nuevo interés por aquellos hombres que les abrían las puertas del cielo sin sujetarles a las trabas de la Ley ni imponerles el rito humillante de la circuncisión. Su fama trascendió más allá de la ciudad y se derramó por toda la comarca. Hasta en las barcas de los pescadores del lago cercano y en las chozas de los pastores del monte Paroreia y entre los clanes de la meseta, siempre rebeldes a la autoridad romana, empezó a hablarse del nombre de Jesús. Y muchos reconocieron en aquella enseñanza «la palabra del Señor y la alabaron. Y creyeron todos los que estaban destinados a la vida eterna».

Despechados por aquel éxito de unos hombres a quienes habían creído aniquilar arrojándolos de la sinagoga, los judíos pusieron en juego todos los resortes de su influencia para perderlos. A fuerza de intrigas lograron convencer a las autoridades de que aquellos extranjeros eran unos vulgares agitadores, peligrosos para la paz de los ciudadanos. Los ricos comerciantes, los magistrados, los jefes mismos de la guarnición romana, cayeron en las redes de aquella conjuración; pero el instrumento principal de los odios judaicos fueron las mujeres. No estamos en Atenas ni en Corinto, sino en las provincias asiáticas, donde las mujeres eran las organizadoras del culto, las que llevaban a los hombres a sus fiestas, a sus abluciones y a sus ceremonias (Estrabón, VIII, 3). Un grupo de damas fanáticas unió sus esfuerzos a los de los rabinos, entró y suplicó en el palacio de la ciudad y consiguió que los extranjeros fuesen detenidos y atormentados. Tal vez fué en Antioquía donde Pablo experimentó por vez primera los golpes de las varas que por tres veces le dieron los lictores de las colonias romanas. Y tras esto, una orden municipal los extrañó de la ciudad y de sus contornos. Y, recordando el precepto de Cristo (Mt., 10, 14), sacudieron sobre los judíos de la ciudad el polvo de sus sandalias como signo de la reprobación divina.

CAPITULO X

Iconio.—En la casa de Onesíforo.—Tecla, la virgen extática.—Sublevación del populacho.—El cojo de Lystris.—Los adoradores de Zeus y Hermes.—Discurso de Pablo.—El testimonio de la sangre.—En Derbe.—La alegría de la mies.—El retorno.—Organización.—La Iglesia. (48-49.)

Konieh, antaño Iconio, es todavía una ciudad floreciente, que con sus cúpulas, sus palacios, sus baluartes y sus pesadas puertas, recuerda los tiempos en que fué capital de los sultanes turcos, destructores del imperio de Bagdad. En la época de los césares de Roma no tenía aún esplendores cortesanos, pero había ya en ella una importante colonia judía, indicio de actividad comercial, y no faltaban ni un anfiteatro ni una plaza rodeada de pórticos, ni algún monumento en honor de los Claudios, sus protectores, ni un buen número de palacios con mosaicos y columnas, habitados por ricos colonos occidentales.

Allí llegaron San Pablo y San Bernabé, siguiendo una ancha calzada que ponía en comunicación las principales ciudades de la provincia romana de Galacia, y era conocida en aquel tiempo con el nombre de «vía real». Tres o cuatro días de viaje en dirección al Oriente, acercándose cada vez más a las fronteras cilicianas a través de una altiplanicie árida, donde brincaban los asnos salvajes y pacían los carneros de áspera lana (Estrabón, XII, 6). Cuando los misioneros entraron en Iconio debieron pensar en Damasco. Aquí, como allá, murmullo de fuentes y arboledas, ajedrezado de canales y arroyuelos, frescura y alegría de vegetación tropical. Al Norte, una montaña, coronada de nieve, y el resto arena, arena, arena.

Un poco antes de entrar en la ciudad—dice una vieja leyenda, que entre puñados de mentiras encierra vestigios de verdad—los Após-

toles encontraron un hombre que se postró delante de ellos y les invitó a hospedarse en su casa. Se llamaba Onesíforo. Pablo le siguió, y al llegar a la puerta, todos lo recibieron con este saludo. «Bien venido seas, servidor de Dios verdadero». Y el Apóstol, sonriendo a su huésped, respondió: «La gracia del Señor sea contigo y con tu casa.» Después dobló las rodillas, rompió el pan y habló la palabra de Dios acerca de la continencia y de la resurrección.

Este relato no tiene nada de inverosímil. La Licaonia y la Cilicia son dos regiones limítrofes, y bien podía ser que Pablo conociese a Onesíforo en sus años de Tarso. Diariamente—continúa la leyenda—Pablo predicaba en la casa de su amigo con las puertas abiertas. Los oyentes iban y venían, unos incrédulos, otros convencidos, y cuando se ocultaba el sol, Pablo predicaba todavía. Y había enfrente una casa grande y rica, y en la casa una joven que no se cansaba nunca de oír la palabra del Apóstol. Día y noche se la veía clavada a la ventana, sin pestañear, sin comer, sin moverse un instante. Y advirtiendo que muchas mujeres y doncellas desfilaban delante del extranjero, también ella ardía en deseos de aparecer en su presencia.

Esta joven se llamaba Tecla. Vivía con su madre, Teoclia, y de cuando en cuando recibía las visitas de un mancebo llamado Tamiris, a quien había sido prometida en matrimonio. Alarmada por la actitud de su hija, que seguía junto a la ventana como arrebatada en éxtasis, Teoclia llamó a Tamiris con toda urgencia. Llegó el mozo, alborozado, y dijo a Teoclia: «¿Dónde está mi prometida? Quiero verla.» Y la buena mujer le respondió: «Tamiris, tengo algo nuevo que comunicarte. Tres días hace que no se levanta de esa ventana ni para comer ni para beber; está como sumergida en una alegría insensata; como hipnotizada por un extranjero que cerca de aquí enseña palabras artificiosas. Tamiris, este hombre perturba la ciudad de los iconios; mi hija está fascinada por él. Todas las mujeres vienen a escucharle y él les dice palabras como éstas: «Hay que temer a Dios, al Dios único y verdadero; hay que vivir castamente.» Y mi hija está cogida también; ahí la tienes, pegada como una araña a la ventana; acércate a ella y háblala.»

El joven se cerca, palpitante de amor e intimidado por aquel extraño arrobamiento. «Tecla, amada mía, ¿qué te pasa? ¿Por qué no me miras como otras veces? ¿Qué extraña pasión es la tuya? Vuélvete hacia mí; soy Tamiris. Ten un poco de vergüenza.» A los ruegos del mancebo se juntaban los de la madre; todos inútiles, porque

Tecla no se movía ni respondía ni apartaba sus ojos de la lejanía. Sólo tenía oídos para la voz que salía de la casa cercana. Todos en torno suyo lloraban amargamente: Tamiris, porque perdía a su novia; Teoclia, porque perdía a su hija; las esclavas, porque perdían a su ama y señora.

Pablo fué denunciado; se le condenó como embaucador y hechicero, y se le arrojó en un calabozo. Entonces, Tecla se levantó de su asiento, y una noche, desatando los aros de oro que rodeaban sus brazos, se los dió al portero para que le abriese la puerta de su casa. Frente a la cárcel se acordó de que tenía un espejo de plata para comprar al carcelero. Entró rebosante de alegría, y, sentándose a los pies del prisionero, besaba sus cadenas y escuchaba horas y horas las grandezas de Dios.

Después, el amor de Tamiris se trueca en odio; la misma Teoclia azuza al gobernador contra su hija; Pablo es flagelado y desterrado; una inmensa hoguera arde en la plaza para castigar a su discípula, pero Tecla se salva milagrosamente, huye en busca del hombre que le había enseñado la ciencia de la vida, e, iluminada con la promesa beatificante de las bienaventuranzas, camina por el mundo presa de la embriaguez divina.

La figura de la virgen de Iconio ilumina y perfuma las primitivas comunidades cristianas. Se relatan sus visiones, sus raptos, sus viajes; se habla de su belleza y de su sabiduría; se la presenta como la encarnación de la doctrina predicada por Pablo. Pronto la realidad se pierde en el laberinto de la fábula. Nace el mito, la novela de «Los viajes de Pablo y de Tecla», urdida con piadosos discursos, esmaltada de prodigios extravagantes, henchida de sucesos inverosímiles. San Juan, que dirige todavía las iglesias asiáticas, protesta, y el fantástico relato queda arrinconado en el baburril de la literatura apócrifa. Pero la imagen de Tecla sigue brillando esplendorosa en el amanecer del Cristianismo. Su santo frenesí aparece como una de las más gloriosas manifestaciones de la locura de la Cruz, predicada por su maestro. Decorada con la doble aureola de la virginidad y del martirio, es como la precursora de las Cecilias y de las Eulalias, y sus éxtasis, provocados por la exaltación de la caridad, por los goces del renunciamiento y por la esperanza de la eternidad bienaventurada, son como un anuncio de las experiencias místicas de Santa Teresa de Jesús. Los mártires la invocan en las llamas, su sabiduría es celebrada en toda el Asia Menor, y todos los Padres de la Iglesia oriental cantan sus virtudes y su triunfos. «A ella

—dicen las vírgenes del «Banquete» de San Metodio—, la más bella y la más florida de las coronas, porque brilló sobre todas en el heroísmo de la virtud» (*Convivium decem virginum*, XV, 1).

Sólo por esta conquisa hubiera emprendido San Pablo la empresa sublime de su misión asiática. Pero allí, en Iconio, tuvo otros consuelos. De Antioquía le comunicaban que los discípulos vivían llenos de gozo y del Espíritu Santo (Act., 13, 52); y en su nueva residencia el nombre de Jesús empezaba a extenderse de una manera maravillosa. Desde su primera aparición en la sinagoga, las conversiones se sucedían constantemente. «Una multitud copiosa de griegos y judíos abrazó la fe.» Naturalmente, los rabinos se alarmaron ante la desbandada. En realidad, Pablo venía a quitarles los devotos y a levantar otra sinagoga frente a la suya. Bien pronto la ciudad quedó dividida en dos bandos: el de los partidarios de los judíos y el de los defensores de Pablo. Se discutía, se calumniaba, se lanzaban insultos e improperios. Entre tanto, Pablo y Bernabé seguían catequizando, bautizando y aumentando el número de sus adeptos. Hasta que un día, en torno a la casa donde ejercían su ministerio, empezaron a estacionarse grupos hostiles. Gritos furiosos llenaron el aire; la multitud crecía y se agitaba como un mar embravecido. Unos proferían insultos, otros blandían estacas, otros levantaban las manos cargadas de piedras. Los judíos triunfaban, al fin. Aprovechándose, tal vez, de la indignación provocada en la ciudad por el caso de Tecla, habían logrado sublevar al populacho contra los dos extranjeros, y podían considerarse ya seguros de su muerte. Pero ellos, burlando la furia de los asesinos, dejaron ocultamente la casa en que se hospedaban y se alejaron de la ciudad.

Caminando hacia el Sureste, los dos misioneros se internaron más aún en la región esteparia de la Licaonia. La influencia de Roma se hacía allí menos sensible, y como tampoco había grandes núcleos comerciales, era difícil encontrar aquellas comunidades israelitas que más dificultaban la predicación del Evangelio. La población era sencilla, pobre y montaraz. Nunca faltaban entre los riscos grupos de hombres, mitad guerreros, mitad bandidos, que se gloriaban de su vida azarosa e independiente. A diez leguas de Iconio había dos pequeñas ciudades: Lystris y Derbe, situadas, la primera, al pie de un monte alto y oscuro, y la segunda, a la orilla de un lago. Estos fueron los dos centros principales de la predicación de Pablo y Bernabé en aquella región. Como nadie entorpecía su apostolado, pronto se formó una iglesia numerosa en cada ciudad; y la noticia del

Evangelio llegaba a las aldeas de pastores y pescadores que se alzaban en las cercanías. El prestigio de los misioneros era tal, que en Lystris se vieron precisados a contener el entusiasmo indiscreto de las turbas.

Entre los oyentes más asiduos de Pablo, echado en el suelo, había un cojo que a su avidez de verdad juntaba una vida inspirada en el temor de Dios. Y un día, el Apóstol, después de hablar a la multitud, se acercó a aquel hombre, le miró fijamente, y le dijo con voz poderosa: «Levántate y ponte en pie.» Inmediatamente, aquel hombre, que no había andado jamás en su vida, sintióse curado, se puso en pie y empezó a caminar y a dar saltos, loco de alegría.

Lucas apenas cuenta milagros. Quiere darnos la impresión de que al Evangelio se va por la evidencia de la razón más que por la admiración de los prodigios. Cuando lo sobrenatural aparece, viene, sobre todo, para infundir alientos a los predicadores de la fe, para hacerles ver que el cielo confirma sus palabras y que, por tanto, no están engañados. En esta ocasión, la prodigiosa curación del cojo fué mal interpretada. Llena de estupor ante aquella maravilla, la muchedumbre se imaginó que dos dioses del Olimpo habían bajado a conversar con ella, y entre aplausos delirantes clamaban: «¡Son dioses; dioses que han tomado forma humana para bajar hasta nosotros!»

Sabían, por la tradición, que en otro tiempo, Zeus y Hermes habían recorrido el país, hospedándose en las chozas de los pastores y dignándose aceptar el pobre condumio de sus cocinas. Pero los regios viajeros miraban más que nada la buena voluntad; por eso habían recompensado con largos años de vida el piadoso recibimiento de Filemón y Baucis, y habían convertido en lobo a Lycaón, porque se burló de ellos viéndoles cruzar el campo bajo el azote de la lluvia. ¿Por qué los olímpicos no podían seguir caminando sobre la tierra como en las viejas edades? ¿No acababan de ver los efectos de su poder soberano? «¡Son dioses!», seguían repitiendo, enloquecidos por el entusiasmo. Y algunos, más perspicaces, añadían: «Zeus y Hermes están otra vez entre nosotros.» Y se postraban reverentes, haciendo gestos de adoración.

Bajo la majestuosa prestancia de Bernabé habían presentido los rasgos de Júpiter; y, a su manera de ver, el pequeño curador de enfermedades, el maestro de las palabras convincentes—*dux verbi*—, vivo, penetrante, emprendedor, dotado de una mirada escrutadora y de un gesto imperativo y nervioso, debía ser Mercurio, dios de la

salud, ágil mensajero, patrón de los hombres elocuentes. Era el concepto oriental de la divinidad. En Occidente, el jefe es siempre el más enérgico, principio a la vez de idea y de acción; en Oriente, el que permanece sentado hieráticamente, sin hablar, sin hacer nada, goza de todas las preeminencias y dignidades. Por eso, en las religiones orientales el padre de los dioses aparece siempre recluído lejos del mundo, con el cual se comunica por medio de sus mensajeros y subordinados. Y este juicio de los licaonios confirma el retrato tradicional del Apóstol de las gentes: era feo y de mediana estatura, calvo, tez pálida y cobriza, nariz aguileña, barba gris y ojos azules. Pero cuando empezaba a hablar, su voz dominaba de tal manera, y tan profunda era la fuerza que emanaba de su mirada y de toda su actitud, que bien podía confundírsele con un dios.

Entre tanto, los gritos seguían en las calles de Lystris, la muchedumbre aumentaba y el frenesí no tenía límites. Aprovechando la confusión, Pablo y Bernabé, sin comprender claramente el sentido de aquel alboroto, porque la gente hablaba en lengua del país, se encaminaron a su alojamiento. Mas, de pronto, un extraño cortejo les cortó el paso. Presidíale el sacerdote de Zeus, custodio de la ciudad, que tenía su templo cerca de la puerta principal, y con él venían sus auxiliares, cargados con los instrumentos del sacrificio: cuchillos, cuerdas, ánforas y peroles. Un acólito traía la sal, otro presentaba la harina en bandeja de plata, otro los perfumes de incienso. Nada faltaba para el sacrificio: ni el coro sagrado de los cantores, ni la comparsa de los flautistas. Allí estaban también las víctimas: los toros blancos, agradables a Júpiter, adornados de cintas policromas y de flores.

Ante aquella pompa extraña, los Apóstoles comprenden, saltan en medio de la multitud, rompen sus vestidos en señal de indignación y se esfuerzan por todos los medios en impedir el sacrilegio inminente: «Pero, hermanos—exclaman—, ¿qué es lo que vais a hacer? Somos hombres como vosotros, hombres, sujetos al sufrimiento y a la muerte, que vienen a intimaros a que abandonéis vuestros ídolos mentirosos para convertiros al Dios vivo que ha hecho el cielo, la tierra y el mar y todo lo que hay en ellos; el Dios que en las generaciones pasadas permitió que las naciones anduviesen por sus caminos, mas no sin dejar claro testimonio de sí mismo, prodigando el bien desde lo alto de los cielos, enviando la lluvia y las estaciones favorables, llenando vuestros corazones de abundancia y de alegría» (Act., 14, 15-17).

Así resumía San Pablo su teodicea delante de los paganos. Es lo que dirá más tarde a los de Tesalónica: abandono de los ídolos y conversión al Dios vivo. Dios ha permitido el extravío de la Humanidad; pero este abandono providencial no ha sido completo ni podía durar para siempre. La predicación evangélica inaugura la era de la reconciliación. Además, todo el mundo es una muda predicación de la magnificencia divina. San Pablo alude rápidamente al argumento cosmológico de la existencia de Dios, y se detiene en el argumento físico, más accesible a la inteligencia del vulgo, porque la noción de casualidad aparece de una manera más concreta y más personal. El orden que reina en el Universo tiene su elocuencia; pero la solicitud paternal de la Providencia habla más íntimamente al espíritu y al corazón. Dios nos manifiesta su bondad de mil maneras, da su fecundidad a la tierra, y con la abundancia de los frutos hace germinar la alegría en el hombre. Tal es el testimonio que Dios presenta de sí mismo, un testimonio que nos habla al mismo tiempo de su existencia trascendente, de su potencia creadora y de su bienhechora providencia.

Fueron inútiles todos estos razonamientos. Encastillados en su error, el pueblo se empeñaba en tributar a los extranjeros los honores divinos. No podían resignarse a llamar un engaño lo que en su ingenuidad habían creído una gloriosa epifanía. Fué necesario entablar una verdadera lucha para que los victimarios se volviesen con sus víctimas y el sacerdote con su incienso. Pablo triunfó, pero no sin descubrir el profundo desprecio que le inspiraba la mitología pagana y el asco con que miraba sus ritos. Y esta actitud tuvo necesariamente que despertar prevenciones y despechos. Muchos, indudablemente, rieron el desenlace cómico de la escena; pero los más fanáticos debieron sentirse humillados en sus más profundas convicciones, y el sacerdote de Zeus, particularmente, no podría olvidar aquel desprecio hecho a los sacrificios, que llevaban la abundancia a su templo. Así empezaba a desmoronarse la momentánea popularidad de los dos misioneros.

Las cosas empeoraron a la llegada de unos israelitas que venían expresamente de Antioquía y de Iconio para impedir el progreso de la predicación evangélica. Sus palabras insidiosas acabaron de inclinar los ánimos en contra de Pablo y Bernabé: eran dos impíos sin vergüenza, dos impostores vulgares, que engañaban a las mujeres sencillas y seducían al populacho con sus prácticas mágicas. En Iconio habían estado a punto de ser apedreados, y el municipio de An-

tioquía les había tenido que expulsar como a indeseables y agitadores. El pueblo, siempre tornadizo, y ahora mal dispuesto, creyó estas calumnias. La idolatría se convirtió en odio asesino, que se dirigía, sobre todo, contra el más activo de los predicadores. Un día, las turbas, amotinadas, se arrojaron sobre Pablo armadas de piedras y garrotes, le insultaron, le golpearon, le arrastraron por las calles, y creyéndole muerto le echaron fuera de la ciudad. Afortunadamente, el Apóstol vivía todavía. Cuando volvió en sí encontróse rodeado de un grupo de discípulos, y ayudado por ellos se levantó y volvió a entrar en la ciudad. Pero, no juzgando prudente exacerbar la cólera de sus enemigos, al día siguiente, aunque magullado todavía por los golpes, recorría las seis leguas que separaban a Lystris de Derbe.

Habían llegado a los confines de Galacia. Derbe era el último baluarte de la frontera, plaza bien fortificada contra las incursiones terribles de las tribus semisalvajes que habitaban los montes cercanos de Isauria. Allí sólo llegaban los cascos y las lanzas de los legionarios; tierra pobre y peligrosa, nada tenían que hacer en ella los mercaderes judíos. Libres de sus perseguidores, Pablo y Bernabé pudieron consagrarse a su misión tranquilamente. Nadie entorpeció su catequesis ni sembró la desconfianza en el pueblo. Aquellos montañeses les trataron con cariño, y muchos de ellos se adhirieron a la nueva religión.

Muchas habían sido las fatigas y largos los sufrimientos desde que pusieron el pie en la plaza de Perge. No obstante, Pablo mirará siempre con especial ternura aquellas cristiandades, fruto de sus primeros trabajos apostólicos. Y una de las cosas que a ellos más les agradaban era que estaban casi enteramente libres del fermento judaico. Entre los gálatas, como llamaba él, ciudadano de Roma, a todos los habitantes de la provincia romana de Galacia, aunque fuesen pisidios, frigios o licaonios, según las viejas demarcaciones, se hallaba lejos del ambiente semítico de Palestina y de Siria; en una región donde el griego era la lengua de todas las personas medianamente educadas, donde las ideas y las costumbres grecorromanas estaban intensamente difundidas y donde los mismos hebreos se dejaban influir y casi absorber por el medio que les rodeaba. Los grandes conflictos que Pablo se encuentra le vienen, ciertamente, de sus compatriotas; pero aunque muchos de ellos se hicieron discípulos de Jesús, no vemos aparecer aquí, por el momento, la cuestión enojosa de los ritos mosaicos. Pablo nos dice que predicó el Evangelio con toda su pureza, «tal y como lo había recibido del Señor, sin mezclar en él cosa

alguna del hombre» (Gal., 1, 11-12). La fe nacía en una tierra virgen; y así no había de hablar de «las observancias carnales y de las prácticas defectuosas de la Ley» (Gal., 5, 1-6). Ante la realidad de la salvación traída por Jesucristo debían eclipsarse las enseñanzas rudimentarias y groseras que, conforme a su disposición, había recibido de Dios el pueblo de Israel. El cristiano es un ser nuevo, animado y movido por el espíritu de Dios; y en vez de las viejas prácticas abolidas, las joyas que le adornan son los doce frutos de su espíritu divino: caridad, alegría, paz, paciencia, humanidad, bondad, perseverancia, dulzura, fe, modestia, continencia, castidad (Gal., 4 y 5).

En poco tiempo aquellos montañeses mal civilizados de las sierras del Tauro se habían hecho capaces de comprender estas enseñanzas sublimes. Ciertamente, el catequista había puesto en su formación espiritual un esfuerzo heroico, que él compara con las angustias del alumbramiento; pero nunca le faltó la colaboración de aquellos hombres sencillos y honrados. En medio de las persecuciones, ellos le habían consolado; habían permanecido fieles a pesar de todas las calumnias; le habían cuidado cariñosamente y no habían temido en exponer por él su hacienda y su vida. Además, en la crisis de su enfermedad, en aquellos violentos y casi histéricos escalofríos de la fiebre, lejos de apartarse de él, como de un hombre maldito por Dios, le habían rodeado de todas las atenciones imaginables sin mirar gastos, fatigas ni sacrificios. «Es preciso decirlo muy alto—escribirá San Pablo, conmovido por estos recuerdos—: si hubiera sido posible, os hubiérais arrancado los ojos para dármelos» (Gal., 4, 15). Estas palabras son un vivo reflejo de aquel espíritu de amor que el Apóstol supo infundir en aquellas primeras cristiandades; y al mismo tiempo un indicio de la alegría que transportaba los corazones, del generoso entusiasmo que a la luz de la verdad despertaba en aquellos hombres cansados de las tinieblas paganas. «¡Oh, qué felices erais entonces!», les dirá más tarde su maestro, evocando aquellos primeros transportes de la fe (Gal., 4, 15). Felices aun en medio de los sufrimientos; porque los sufrimientos son los que más juntan a las almas, y éste era el lazo que más fuertemente tiraba del alma del Apóstol hacia aquellas iglesias de Galacia. Muchos años después, recordando en su prisión de Roma las pruebas de su vida apostólica, se detenía con especial fruición «en las persecuciones de Antioquía, de Iconio y de Lystris», y ponderaba a un testigo «la

magnitud de aquellas aflicciones y los medios de que el Señor se había servido para sacarle de ellas» (2 Tim., 3, 10-11).

Pero aunque se desgarrase el corazón, era ya hora de pensar en la partida. Dos años hacía que los dos Apóstoles llevaban sin saber noticias de sus antiguos compañeros. Había que cambiar impresiones con ellos, darles noticias acerca de las disposiciones del mundo helénico frente a la religión de Jesús y meditar un programa más amplio de apostolado. De común acuerdo, Pablo y Bernabé decidieron volver a Palestina. El camino más fácil era el que llevaba por tierra, a través de Cilicia, hasta la capital de la Siria. En tres o cuatro días de marcha cruzarían las puertas cilicianas y llegarían a Tarso. Desde Tarso las etapas eran bien conocidas: Antioquía, Apamea, Damasco y Jerusalén. Sin embargo, los dos misioneros se aventuraron a desandar todo el camino que habían hecho desde que arribaron a las costas de Panfilia. Decisión audaz y sumamente provechosa, de la cual dependía el afianzamiento de la obra comenzada. Había que terminar la organización de aquellas iglesias, establecer en ellas la jerarquía, confirmar en la fe a los nuevos convertidos, «acabar de formar a Cristo» en aquellos a quienes San Pablo llama sus pequeñuelos (Gal., 4, 19).

La acción de Pablo y Bernabé fué ahora más silenciosa y oscura. Ya no se necesitaba presentarse en las sinagogas ni predicar en las calles. En todas las ciudades había un grupo de creyentes que se reunían de cuando en cuando a puerta cerrada y se multiplicaban en silencio, sin que lo advirtiesen apenas sus convecinos. Tal vez alguien se dió cuenta de aquel germen religioso que los agitadores hebreos iban sembrando a su paso; pero, ¿cómo iban a pensar que los adoradores de un Dios ajusticiado podrían llegar a transformar el mundo? Además, todos los cultos tenían sus asociaciones, sus cofradías, más o menos prósperas, más o menos extravagantes. Pablo y su compañero pudieron atravesar nuevamente la región de la cual habían sido expulsados. La plebe, las sinagogas mismas, se habían olvidado de ellos y de los motines en que habían estado a punto de perecer. Van, sin duda, con toda suerte de precauciones; entran en las ciudades a favor de la oscuridad, evitan la presencia de sus enemigos y celebran los ágapes eucarísticos en la más absoluta intimidad.

Sin embargo, «recorren todas las iglesias, fortificando las almas de los discípulos, exhortándolos a perseverar en la fe y recordándoles que para entrar en el reino de Dios hay que pasar por muchas aflicciones (Act., 14, 21). Y delante de los ojos les ponían el ejem-

plo de sus peligrosas aventuras a través de las ciudades de Galacia. Aquellos neófitos no debían comprender fácilmente cómo unos hombres que se habían consagrado por entero a la causa de su Dios podían ser tan odiados y perseguidos. La mentalidad pagana consideraba la religión como una manera de alejar las adversidades. Es verdad que en ella se encontraba el mito famoso de Hércules, que antes de subir al Olimpo había realizado las doce hazañas que hicieron ilustre su nombre. Pero Hércules no hizo más que cumplir la ley inexorable del hado; no sufrió por amor, y si con su maza exterminó los monstruos, no domó su propia carne, ni se sacrificó por la salud del mundo, ni pensó en la belleza de la virtud. Pablo, en cambio, podía presentar «los estigmas de Cristo» grabados en su cuerpo, y, consumido por el amor y el sufrimiento, «ofrecerse como una hostia viva, agradable en la presencia de Dios» (Gal., 6, 17; Rom., 12, 1).

En cada iglesia una rápida visita, unas palabras de exhortación y consuelo, seguidas de la celebración de la cena, y después a rezar y ayunar, la elección de las personas que habían de gobernar la comunidad local. Aquí no se habla de profetas y doctores, como en la iglesia de Antioquía, y la razón es porque su existencia dependía de la gracia divina. La iglesia los aceptaba cuando aparecían, pero no los designaba. Vemos, en cambio, que la elección de los jefes era, según el relato de San Lucas, una parte fundamental de la organización de las nuevas cristiandades. El los llama indiferentemente presbíteros, obispos y ancianos. Era una institución calcada en el presbiterio de los judíos, un colegio de personas graves y virtuosas que, como en la sinagoga, vigilaba el buen régimen de la comunidad, reprendía y excomulgaba a los indignos, administraba los bienes de la sociedad y defendía los intereses comunes delante de los magistrados locales y de la autoridad romana. Pero su oficio era más delicado todavía: porque ellos debían «custodiar el depósito» (1 Tim., 6, 20)), es decir, las verdades de la fe, las fórmulas de los misterios, los ritos de la oración común y de los sacramentos. A juzgar por la expresión del texto original de San Lucas, su elección debía ser semejante a la de los magistrados romanos, en la que el presidente proponía los candidatos a un escrutinio general, reservándose una amplia intervención en la designación definitiva. A Pablo y Bernabé competía imponer las manos sobre los elegidos, rito de ordenación al cual estaba vinculada la transmisión de los poderes. De todas maneras, el presbítero debía ser «un hombre irre-

prochable, el ecónomo de Dios; ni presuntuoso, ni colérico, ni bebedor, ni querelloso, ni avaro; sino hospitalario, amigo del bien, sensato, justo, casto, aficionado a la palabra de fe segun la doctrina, a fin de poder exhortar en una santa enseñanza y confundir a los contradictores» (Tit., 1, 7-9).

Al terminar el año 48, los dos misioneros entraban de nuevo en las tierras bajas de Panfilia, después de recomendar al Señor a todos los que habían creído en El (Act., 14, 22). Aprovechando circunstancias más favorables que la vez primera, atravesaron la región sembrando la palabra divina. En Perge fueron muchos los que creyeron en Cristo, dejando el culto de Diana, patrona de la ciudad, cuyo templo, lleno de exvotos y presentes, se alzaba en lo más alto de la Acrópolis. Con esto dieron por terminada la misión. Attalia fué el último punto de su recorrido. Allí subieron a una nave que les condujo hasta el puerto de Seleucia, y pocas horas después saludaban en Antioquía «a los hermanos que les habían dado la gracia de Dios para la obra que acababan de realizar» (Act., 14, 26).

Larga había sido la ausencia y muchas las cosas que contar. Pablo y Bernabé hablaron con generoso entusiasmo en la primera reunión de los fieles de Antioquía: el espacio recorrido no era grande: la isla de Chipre, y en Asia unos quinientos kilómetros; pero todo presagiaba un inmenso porvenir. Ante todo, se veía claramente esta conclusión: que Dios había abierto a los gentiles la puerta de la fe (Act., 14, 27). Se les veía sedientos de verdad. Estaban cansados de las vaguedades de sus pensadores y de los esfuerzos inútiles de sus religiones para revelarles el misterio del más allá. Querían certidumbre, y con tal de vencer a la muerte y conseguir la bienaventuranza presentida por algunos de sus filósofos, no se asustaban de la austeridad que les imponía la nueva religión.

Tal era la visión radiante y optimista de Pablo al fin de aquella empresa heroica. En su mente va surgiendo ya la idea de una Iglesia grande que sería la unión de todas las iglesias. Hasta ahora esta palabra ha significado únicamente la comunidad local, el grupo de hermanos que se reúne en cada ciudad, organizados en un cuerpo a semejanza de la ciudad misma. Pero el Apóstol de Tarso tiene ya la clara idea de una sociedad de hermanos diseminados por todo el mundo, y con verdadero instinto filosófico busca el término apropiado a esa nueva idea. No quiere innovar; la palabra «Iglesia» se le impone hasta por el mismo texto evangélico, pero nadie como él siente su unidad, su universalidad, su grandeza. Nos habla «de la Iglesia de Co-

rinto», para hacernos comprender mejor esa unidad esencial de todos los discípulos de Cristo. La parte en el todo y el todo en la parte. Piensa en la organización del imperio romano. Cada grupo de ciudadanos de Roma que se unen para formar un convento o una colonia de ciudadanos romanos era considerado como una parte del gran concepto de Roma. Todo ciudadano romano que llegaba a una ciudad provincial en que ese grupo existía, entraba a formar parte del grupo. Y no se trataba de una idea ininteligible, sino de una verdadera realidad, de un fragmento de aquella Roma, que conservaba su vitalidad y su personalidad, lo mismo congregada entre el cerco de sus muros que separada por las tierras y los mares. Pero Pablo logra dar a su teoría una consistencia y una unidad que nunca tuvo en la organización del imperio. Y es un hecho que la idea grandiosa de los políticos y de los juristas de Roma sólo tuvo su plena realización en aquella Iglesia que Pablo iba organizando a través de las provincias romanas.

CAPITULO XI

La cuestión de las observancias.—Antioquía y Jerusalén.—Los falsos hermanos.—El cisma.—Pablo frente a Cefas.—Deserciones en Galacia.—Epístola a los Gálatas.—Recurso a la iglesia de Jerusalén.—El Concilio.—Triunfo de la libertad. (49-50.)

Pablo llegaba a Antioquía en un momento crítico para la vida interior de la Iglesia. Allí no encontraría oposición por parte de la sinagoga, pero no habían de faltarle luchas y contradicciones suscitadas en el seno mismo de la comunidad cristiana. El Cristianismo había llegado a ese momento difícil por que atraviesa en sus orígenes todo organismo llamado a un gran porvenir y del cual dependen su destino y hasta su misma existencia. Desde que apareció en el mundo el Islam, se dividió en dos grandes ramas. Una escisión semejante había debilitado el budismo. ¿Iba a suceder lo mismo con la Iglesia? Su fundador la había garantizado contra la ruina, pero no la había inmunizado contra el poder de las tinieblas. Si él se había sujetado a la tentación, era para que sus discípulos la aceptasen valientemente, y muchas de sus palabras parecían indicar que la barquilla simbólica tenía que ser rudamente zarandeada por las aguas y los vendavales.

La crisis surge en Antioquía. Los judíos allí eran poderosos, pero estaban demasiado metidos en sus intereses materiales para detenerse a observar atentamente la importancia de aquella nueva fuerza que se desprendía de la sinagoga. Además, la convivencia con los griegos en un ambiente tan saturado de relajación y paganía, les hacía a ellos tolerantes, comprensivos, relajados y flojos en la observancia de las prácticas legales. El abandono de las formas tradicionales se había impuesto a casi todos ellos. El que hubiera querido observar

allí el capítulo de las abluciones farisaicas, habría tenido que pasarse la vida purificándose o renunciar a la vida social. Y este mosaísmo indulgente, al mismo tiempo que disponía a los israelitas para entrar en la Iglesia, les adaptaba a la convivencia con los paganos convertidos.

En Antioquía eran muchos los judíos que habían abrazado la fe y, sin embargo, vivían fraternalmente con los bautizados de la gentilidad, sin exigir de ellos ni observancias legales ni ritos mosaicos, y mucho menos el signo de la circuncisión. El olvido de todo farisaísmo había levantado allí el Evangelio de la libertad. Ya antes de su primera misión, Pablo había puesto los ojos, para asociarle a sus trabajos, en un joven llamado Tito, en quien no había una sola gota de sangre hebrea. Es un hijo de paganos, un incircunciso, y, sin embargo, nadie se escandalizó de esta preferencia.

No pensaban lo mismo los fieles de Jerusalén, donde se leía ya el Evangelio de San Mateo, cuya tendencia parecía favorecer a los que se empeñaban en armonizar la Iglesia con la sinagoga. Allí se decía que el Maestro no había venido a abrogar la Ley, sino a perfeccionarla (Mt., 5, 17). Ni un punto de cuanto estaba escrito, ni el rasgo más insignificante de su letra sería olvidado ni arrinconado (Mt., 5, 18); y aunque la conducta de los escribas y fariseos estaba en desacuerdo con su doctrina, había que cumplir puntualmente lo que enseñaban: «Guardad lo que os dicen, porque se sientan en la cátedra de Moisés» (Mt., 23, 2-3). La interpretación literal de estos textos daba origen a un rígido puritanismo que olvidaba otras expresiones del Señor y miraba la visión de Joppe como una cosa importuna. Descendientes de Abraham y fariseos en parte, aquellos cristianos seguían estrechamente relacionados con el Templo, con el Sanhedrín, con las escuelas ortodoxas y con todos su ritos y enseñanzas. Tal vez por eso ellos no habían sido envueltos en la persecución que dió el primer mártir a la Iglesia. Más que la fe en el Crucificado, lo que abominaban los judíos, y en esto no había diferencia entre los de Jerusalén y los de las ciudades de Galacia, era el ultraje que se hacía al orgullo nacional, al considerar abolidos los privilegios mosaicos y asimilados los gentiles a los miembros del pueblo de Dios.

Era de prever un conflicto entre Jerusalén y Antioquía, las cristiandades representantes de las dos tendencias opuestas. Poco después de la vuelta de Pablo y Bernabé se presentaron en Antioquía algunos cristianos de Judea, alarmados por las noticias que corrían acerca

de las doctrinas de Pablo y de la condescendencia con que había tratado a los gentiles en su viaje a través del Asia Menor. No tenían ninguna misión oficial, pero iban diciéndose discípulos de Santiago, con el propósito de convertirse en vengadores de la Ley. «Eran falsos hermanos—dice el Apóstol—, verdaderos espías, que se deslizaron subrepticiamente para observar la libertad que teníamos en Jesucristo y reducirnos a la esclavitud» (Gal., 2, 4). Irritados por el espíritu que reinaba en la comunidad antioquena, no dudaron en condenarle públicamente, lanzando el anatema contra sus principales representantes, Pablo y Bernabé. Los dos Apóstoles, decían, han traicionado la verdad, con el fin de facilitar su propaganda entre los gentiles; pero de nada les sirven todos los esfuerzos realizados, todas las persecuciones sufridas, todos los trabajos y peregrinaciones por mar y tierra. Y sus discursos a los fieles de Antioquía terminaban con estas palabras: «Si no os circuncidáis, según la costumbre de Moisés, no podréis salvaros.»

Pablo comprendió desde el primer momento las consecuencias fatales de esta doctrina, que daba al traste con toda su obra y hasta con toda la obra de Jesús. Poner la salvación en la practica de la Ley era anular los méritos de la Pasión de Cristo, era destruir todas las ventajas de la Buena Nueva. Además, con aquel «yugo» de maldición» el porvenir del Cristianismo quedaba, seguramente, comprometido. La circuncisión hacía de los judíos el hazmerreír de los pueblos entre los cuales habitaban. Marcial arrojaba sobre los circuncidados las burlas hirientes de su yambos, y Petronio decía por el mismo tiempo: «Aun cuando adora a la divinidad bajo la forma de un puerco e invoca al animal de las largas orejas, un judío, si no está circuncidado, arrojado de su pueblo, se verá en la precisión de huir a alguna ciudad griega, donde se le dispensará del ayuno del sábado. En este pueblo la única nobleza, la prueba única de una condición libre, es haber tenido el valor de circuncidarse.»

Pero, si entre los mismos judíos había quienes hacían lo imposible para evitar este rito doloroso, pocos, entre los gentiles, hubieran accedido a someterse a él.

Se imposibilitaba, por tanto, la predicación de la fe; se condenaba a la esterilidad la gracia del Evangelio, y los tesoros inmensos de la redención quedaban encerrados en las arcas del judaísmo. Consciente de la tormenta que se le venía encima, Pablo siguió predicando «el Evangelio de los incircuncisos» con su audacia acostumbrada. Frente a la propaganda de los emisarios de Judea, empeñados en con-

fundir la Iglesia con la sinagoga, lo cual equivalía a absorberla y anularla, proclamó él terminantemente que las obras de la ley eran inútiles, que el único remedio del pecado era la gracia del bautismo y que la circuncisión misma, símbolo de la fe de Abraham en el Redentor, perdía todo su contenido desde el instante en que el Redentor había aparecido en la tierra. La controversia se convirtió pronto en una querella enconada; los creyentes de la gentilidad se llenaron de incertidumbre y los que habían venido del judaísmo se unieron a los fanáticos defensores de la ortodoxia judía, y la Cristiandad antioquena se dividió en dos partidos, que rezaban y celebraban aparte la fracción del pan, presididos por distintos pastores.

Y fué en este momento cuando el Príncipe de los Apóstoles, atraído, acaso, por el deseo de restablecer la paz, se presentó en la iglesia de Antioquía. Bueno como siempre, generoso e impresionable, dejóse influir por los defensores de la circuncisión, y su actitud estuvo a punto de empeorar las cosas. Es San Pablo quien nos cuenta, con estilo vehemente y desapasionado a la vez, aquel suceso enojoso en que se encontraron frente a frente los dos grandes Apóstoles. «Cuando Cefas vino a Antioquía—dice en su epístola a los Gálatas—le hice resistencia cara a cara, por ser digno de reprensión. Pues, antes de que llegasen ciertos sujetos de parte de Santiago, comía con los gentiles; mas, llegados que fueron, empezó a separarse y a recatarse, temiendo a los partidarios de la circuncisión. Y los demás judíos se conformaron con su conducta disimulada, de manera que aun Bernabé fué inducido por ellos a usar de la misma hipocresía.»

Pablo estaba solo y su causa parecía perdida. Todos los jefes de la Iglesia huían su trato, y hasta el fiel compañero de sus persecuciones y de sus triunfos apostólicos le abandonaba. Pretexto de aquella separación era la ley mosaica de los alimentos puros e impuros, sagrada, no solamente a causa de la prohibición del Levítico, sino también por las enseñanzas morales y las razones simbólicas que los rabinos habían ido desentrañando en las palabras del Pentateuco. La liebre estaba prohibida, porque es un cuadrúpedo que no tiene la pezuña partida como la oveja; pero en las escuelas de Jerusalén se enseñaba, además, que la liebre se distingue por sus costumbres abominables. Era un sacrificio muy grande para un judío resignarse a comer la carne de estos animales. Pedro lo había hecho, aleccionado por la voz del cielo, pero la violencia de los judíos de Jerusalén se impuso a su ánimo bondadoso; temió escandalizar a los disidentes,

y acabó por retirarse de la mesa de los gentiles. Esta conducta sembró la inquietud en la comunidad. Todos los judíos imitaron el ejemplo de aquel a quien se había dicho: Apacienta mis ovejas; y los mismos gentiles se verían obligados a aceptar las observancias legales, si no querían verse reducidos a una condición inferior entre los discípulos de Jesús.

Pablo protestó públicamente; su intención no era humillar al Príncipe de los Apóstoles, pero veía las consecuencias que podría traer aquella debilidad momentánea, y quería que su intervención tuviese un efecto radical. La doctrina de Pedro era la misma que la suya; no podía tener otra; pero era necesario que apareciese a la vista de todos el sentimiento íntimo del jefe de los Doce, a fin de que acabase aquella situación ambigua y dolorosa. Él mismo nos describe la escena famosa con palabras inolvidables:

«Pero yo, viendo que no andaban derechamente conformes a la verdad del Evangelio, dije a Cefas, en presencia de todos: Si tú, con ser judío, vives como los gentiles y no como los judíos, ¿cómo con tu ejemplo fuerzas a los gentiles a judaizarse? Nosotros somos de naturaleza de judíos, y no, como los gentiles, de casta de idólatras. Sin embargo, sabiendo que no se justifica el hombre por las obras solas de la Ley, sino por la fe de Jesucristo, creemos en Cristo Jesús, a fin de ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la Ley. Y, si queriendo ser justificados en Cristo, venimos también a ser nosotros pecadores por no observar las prescripciones legales, ¿no se dirá entonces que Cristo es ministro y causa del pecado? Eso nunca jamás. Mas si yo vuelvo a edificar lo mismo que he destruído, me convenzo a mí mismo como prevaricador. Pero la verdad es que yo estoy muerto a la ley por lo que me enseña la Ley misma, a fin de vivir para Dios. Estoy crucificado con Cristo. Yo vivo ahora, o más bien, no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Esta vida que vivo ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí. No quiero rechazar la gracia de Dios. En fin, si la justicia se obtiene por la Ley, Cristo murió inútilmente» (Gal., 2, 14-21).

Esta elocuencia ruda, vibrante, apasionada, produjo el efecto apetecido. San Pedro comprendió los inconvenientes de su manera de proceder, y puso generosamente todo el peso de su autoridad de parte de su contradictor, sin dejar por eso de amarle tiernamente. Su vacilación pasajera dejó dos rasgos inolvidables en la historia de la Iglesia primitiva: la humilde sencillez con que, llevado de su corazón

magnánimo, reconoció la verdad, y el apóstrofe sublime de Pablo, una de las cimas de la elocuencia universal, indicio de su personalidad espléndida, ejemplo de una dialéctica irresistible, estallido de una indignación sagrada en que fulguran como relámpagos frases inspiradas por un amor furioso que el Cristianismo no olvidará jamás: «Clavado estoy con Cristo en la Cruz... Vivo yo, mas no yo, es Cristo quien vive en mí...» Al oír estas palabras, la llaga antigua que ardía en el corazón de Pedro se abre, se renueva, se agudiza; piensa en el Maestro adorado y llora de alegría y de amor. Nos le figuramos levantándose de su asiento y arrojándose conmovido en los brazos de su compañero de apostolado.

Este incidente tuvo un efecto inmediato: la indecisión desaparece, se tranquilizan las conciencias y la predicación de los falsos hermanos pierde su prestigio. Esto en Antioquía; pero el incendio empieza a extenderse ya por las iglesias recién fundadas más allá de los montes de Cilicia. Aprovechando la debilidad momentánea de Pedro y el desconcierto por ella introducido, los judaizantes se han apresurado a ganar para su causa las nuevas cristiandades del Asia Menor. Sus emisarios recorren ya las regiones de la Galacia inferior, de la Pisidia, Licaonia e Isauria, predicando la necesidad de la circuncisión como condición esencial para salvarse, o, por lo menos, como perfección y complemento del Cristianismo. Preconizaban las ventajas de la participación en las prerrogativas de Israel; insistían en el esplendor de las solemnidades judías; ponderaban la necesidad de unir a las dos porciones de la Iglesia, y se esforzaban, sobre todo, en destruir el prestigio de Pablo, el predicador del Evangelio de la libertad. Pintábanle como un hombre interesado e inconsecuente que, ávido de hacerse popular, no temía sacrificar los más sagrados principios; se echaba de menos en él un serio aprendizaje al lado del Señor, pues solamente era discípulo de los discípulos, y, en realidad, enseñaba lo que no había aprendido; acusábasele, finalmente, de estar en oposición con los Doce, con los Apóstoles por excelencia, como se decía para humillarle a él.

Ante las primeras nuevas de esta campaña insidiosa y de los estragos que hacía entre sus discípulos de Galacia, Pablo, excitado ya por los sucesos de Antioquía, temblando de indignación, escribe la primera de sus epístolas, torrencial estallido, avenida irresistible de todas las potencias de su ser, en que se juntan la dialéctica acerada, la ironía mordaz, la lógica aplastante, la vehemencia de la ira y la ternura del cariño más ardiente. De una manera espontánea, escribiendo al

volar de la pluma, bajo la sacudida de una súbita impresión, descubría el medio eficacísimo que le servirá para mantener su influencia sobre los centros más apartados, para renovar el acento de su voz, para triturar a sus enemigos y confirmar la verdad vacilante en los corazones. Era un descubrimiento, una cosa absolutamente nueva por su género, por su vocabulario, por su estilo, enseñanza y exhortación, argumentación y diatriba, efusión del alma y exposición de ideas sublimes.

Difícilmente se hallarán páginas en que se encuentren fundidas en tan vivo contraste la rudeza y el afecto, la delicadeza más exquisita y los apóstrofes más terribles, como en éstas de la epístola a los Gálatas. Por primera vez le oímos hablar, no ya a través de resúmenes fríos, como en el libro de los Actos, sino con las palabras mismas que salen ardiendo de sus labios. Se trata de ser o no ser, de vida o muerte. ¿Pablo? Y ¿quién es ese Pablo?, gritaban los contradictores. ¿Quién le ha hecho apóstol? Y él recoge el desafío, alza su mirada llameante y empieza con altivez: «Pablo apóstol, no de los hombres ni por el hombre, mas por Jesucristo y por Dios, el Padre, que le resucitó de los muertos». E inmediatamente, tras unas palabras de saludo y deprecación, sin más preámbulos oratorios, entra en materia con una seguridad admirable: «Me maravillo cómo así tan pronto abandonáis al que os llamó a la gracia de Jesucristo, para seguir otro Evangelio; y no es que haya otro Evangelio, sino que hay algunos que os traen alborotados y quieren trastornar el Evangelio de Cristo. Pero, aun cuando nosotros mismos o un ángel del cielo os predique un Evangelio diferente del que habéis recibido, sea anatema.»

Prosigue presentando su defensa. Acaba de lanzar el anatema contra los que le acusan de buscar los aplausos de las gentes y les apostrofa irónicamente: «¿Es que ahora busco el aplauso? ¿Es esto querer agradar a los hombres?» Y, recordando lo que abandonó al oír la voz de Jesús, su influencia farisaica, su porvenir mundano, su bienestar familiar, lanza este mentís a sus enemigos: «Si yo siguiese complaciendo a los hombres, no sería siervo de Cristo.» Y añade con una indignación que termina en sarcasmo: «Si yo predico la circuncisión, como dicen los que hablan de mis inconsecuencias, ¿por qué se me persigue? Según eso, acabóse el escándalo de la cruz. ¡Ojalá se viesen mutilados los que meten entre nosotros la agitación y el desorden!»

Su Evangelio no es de los hombres, sino de Jesucristo. Es un teodidacta, porque Cristo ha sido su maestro. Sin embargo, Juan, San-

tiago y Cefas han reconocido su vocación y han confirmado su doctrina, reconociendo los títulos de su apostolado, tendiéndole la mano en señal de fraternidad, concluyendo con una alianza. Sucedió esto en la visita que hizo a Jerusalén catorce años después de su conversión, cuando fué a llevar la limosna de los fieles de Antioquía. Lucas, ya lo hemos visto, alude a ese viaje, pero San Pablo añade algunas circunstancias nuevas. Planteóse la cuestión de las observancias, y los notables de la Iglesia le dieron completa libertad. Ni al mismo Tito, un convertido de la gentilidad, que había ido en su compañía, se le obligó a circuncidarse, aunque lo pedían con gritos furiosos los partidarios del formulismo levítico. «En cuanto a los que parecían ser los más distinguidos..., nada me enseñaron de nuevo, reconociendo que a mí se me había confiado el evangelizar a los incircuncisos como a Pedro a los circuncidados.» Pedro, es verdad, ha vacilado un momento; pero se ha inclinado ante las razones del Apóstol, y de ello puede dar fe la comunidad de Antioquía.

Después de recordar estos datos autobiográficos, Pablo se encara con sus neófitos y les dice: «Oh, Gálatas insensatos, ¿quién os ha hechizado para desobedecer así a la verdad, vosotros ante cuyos ojos ha sido ya representado Jesucristo como crucificado en vosotros mismos? Una sola cosa deseo saber de vosotros: ¿Habéis recibido el Espíritu Santo por las obras de la Ley o por la obediencia a la fe? ¿Tan necios sois, que, habiendo comenzado por el espíritu, ahora vengáis a parar en la carne? Según eso, ¿para qué sirve la Ley? Para nada. No es la circuncisión lo que os ha hecho hijos de Abraham, sino la fe en Jesucristo, cuya sangre sería inútil si la justificación viniese de las obras legales. Abraham fué justificado antes de ser circuncidado, y así, no es la circuncisión la que le hizo justo. La justificación viene de la promesa, no de la Ley. La Ley es un contrato y, como tal, queda abolida si una de las partes la viola o la anula. La promesa, en cambio, viene sólo de Dios, y es, por tanto, irrevocable. La Ley era como un pedagogo para niños; cuando vino la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, y los esclavos, convertidos por Él en hijos de adopción, se hicieron herederos.»

Al llegar aquí, el Apóstol, abandonando un instante el terreno de la demostración, apela con exquisita ternura a los lazos del corazón que le unen con sus discípulos. «Sed como yo, ya que yo me hice como vosotros, oh, hermanos; os lo ruego encarecidamente. A mí en nada me habéis agraviado...; antes bien, me recibisteis como a un

ángel de Dios, como al mismo Jesucristo. ¿Dónde está, pues, aquella felicidad de que gozabais?... ¿Es que por deciros la verdad me he hecho enemigo vuestro?... Hijitos míos, por quienes segunda vez padezco dolores de parto hasta formar a Cristo en vosotros: quisiera estar ahora a vuestro lado y diversificar mi voz según vuestras necesidades, porque me tenéis perplejo sobre el modo con que debo hablaros.» Y bajo la alegoría de Agar y Sara, las dos mujeres de Abraham, la esclava y la libre, les explica más claramente la situación del hombre antes y después de la redención: el hijo de Agar, símbolo de la Ley, esclavo como ella; Sara, que representa a la Iglesia, engendra una raza libre. Urge, pues, practicar el precepto de la Escritura, echar fuera a la esclava y a su hijo, y vivir según la promesa, como hijos de la libertad y de la luz.

«Manteneos firmes—concluye el Apóstol—y no dejéis que os opriman de nuevo con el yugo de la servidumbre. Mirad que os declaro yo, Pablo, que si os hacéis circuncidar, de nada os aprovechará Cristo.» En sus cartas, Pablo se contentará con poner unas palabras a manera de firma; pero esta vez, temiendo no haber dicho bastante, quiere escribir con su mano un resumen de lo que acaba de dictar: «¡Mirad en cuán grandes letras os he escrito de mi propia mano! Todos esos que quieren seros gratos, según la carne, os constriñen a que os circuncidéis con el único fin de no ser perseguidos a causa de la cruz de Cristo. Porque ni ellos mismos, que están circuncidados guardan la Ley, sino que quieren que seáis circuncidados vosotros, a fin de gloriarse en vuestra carne. A mí líbreme Dios de gloriarme sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo... Por lo demás, nadie me moleste en adelante, porque yo traigo impresas en mi cuerpo las señales del Señor Jesús.»

Esta carta, documento prodigioso de inspiración, de lógica y de caridad, era el ex abrupto espontáneo del alma herida por la hipocresía de los unos y la deserción de los otros, pero en Pablo el diplomático no era menos admirable que el escritor y el orador. Tal vez sus apóstrofes conseguirían los frutos apetecidos, tal vez los gálatas se arrepentirían de aquel falso ascetismo que les había hecho adoptar las prácticas judías; pero era necesario tener un documento autorizado que tapase la boca a los detractores, que asegurase para el porvenir la predicación del Apóstol, que declarase solemnemente la conformidad de su doctrina con la enseñanza de los Doce. Estas consideraciones despertaron en la mente de Pablo la idea de ir a Jerusalén para resolver allí la cuestión que de allí había partido. En

Jerusalén estaban las columnas de la Iglesia, Santiago el Menor, el discípulo amado, y Pedro, el primero de los Doce. A pesar de su independencia de carácter y de la conciencia que tenía de su misión excepcional, Pablo los veneraba, y con visión de estadista y organizador seguirá reconociéndolos siempre como cabezas de la Iglesia unificada y organizada en torno a su jefe. Ahora acude a su tribunal seguro de vivir en comunión con ellos y de obtener su aprobación.

Con él va San Bernabé, arrepentido de sus recientes complacencias con los judaizantes y dispuesto a seguir participando de las glorias y trabajos de su ministerio. Atravesaron las tierras de Fenicia y Samaria, contando en todas partes la historia «de la vuelta de las naciones a Dios». Pero desde que entraron en Judea, detalle significativo de la fina diplomacia de Pablo, decidieron callarse para no despertar recelos en Jerusalén. Este tacto exquisito no le abandonará un solo instante durante su permanencia en la Ciudad Santa. Va despacio, guarda una prudente reserva y aguarda a que con la reflexión se imponga lentamente la verdad en los espíritus. Primero habla con cada uno de los notables, callando sus privilegios y los favores divinos. Es el hombre que desconfía de sí mismo, que pide un consejo y pregunta «si por ventura ha corrido en vano» (Gal., 2, 2). La evocación del corredor que lucha en el estadio para ganar la corona será siempre una de sus imágenes favoritas. Ni Pedro, ni Santiago, ni Juan se asustan de su sabor helénico. Han visto la sinceridad y la valentía del infatigable colaborador y están completamente a su lado. Pero en torno suyo se siente la presión de los judaizantes, la herejía de los fariseos, como dice San Lucas (Act., 15, 5). Esta camarilla intrigante había visto ya con malos ojos la acogida fraternal y entusiasta que se había hecho a los dos esforzados propagadores del Evangelio. Hubo una reacción pública, en la que figuraban la mayor parte de los fieles con sus dignatarios a la cabeza. Pablo y Bernabé aprovecharon la ocasión para referir las grandes obras que Dios había hecho por su ministerio. Una viva alegría se dibujaba en el rostro de los asistentes al saber de aquel mundo nuevo que abrazaba la enseñanza de Jesús. Pero no faltaron voces disonantes en medio de los aplausos y las felicitaciones. No era posible negar el éxito de los misioneros; pero, en realidad, decían, su obra quedaba incompleta mientras no obligasen a los gentiles a circuncidarse y a guardar los preceptos de la Ley de Moisés (Act., 15, 5). Así quedó planteado el debate que Pablo había ido a proponer.

La solución se impuso en una asamblea general de los Apóstoles y de los ancianos, precedida de varias conferencias particulares, en que Pablo dió pruebas de su entereza y flexibilidad habituales. Hubo grandes y violentas discusiones. Hablaron primero los partidarios de la Ley, manteniendo todas sus pretensiones y condenando el liberalismo de los maestros de Antioquía. Recordaron, sin duda, las prerrogativas de Israel, aludiendo, tal vez, a las maldiciones de los doctores célebres contra los violadores de los preceptos rabínicos, y citando las palabras de Jesús, que será uno de los grandes argumentos de los judaizantes: «Yo no vine a destruir la Ley, sino a perfeccionarla.»

La discusión empezaba ya a convertirse en un ataque personal, cuando Pedro, con la autoridad que todos en él reconocían, vino a levantar los espíritus a regiones más puras.

Él, naturalmente, defiende el partido de la libertad completa, aunque comprende que sus palabras deben ser palabras de paz y caridad. Arbitro lleno de moderación, ni impone ni condena la Ley. El principio de su discurso es un eco del que Pablo y Bernabé habían pronunciado desde el momento de su llegada. Ante todo, un hecho: Dios ha querido tratar a los gentiles lo mismo que a los judíos, ha purificado sus corazones por la fe y ha enviado sobre ellos la gracia del Espíritu Santo. La consecuencia no puede ser dudosa: para los judíos, lo mismo que para los gentiles, no hay más que un medio de salvación: la gracia del Señor Jesús. «¿Por qué, pues, imponerles a ellos un yugo que ni nosotros ni nuestros padres pudimos soportar?» Este argumento se parece al que San Pablo había usado en Antioquía contra él: «Si tú, siendo judío, vives como los gentiles, ¿por qué obligas a judaizar a los otros?» Es la sencilla pregunta que poco antes había hecho honda impresión en su ánimo noble y leal, y que él emplea ahora en una forma más general para definir la orientación de ese primer Concilio cristiano.

Profundo silencio reinó en la asamblea al terminar de hablar San Pedro, que entonces, como siempre, parece hacer sido la personificación del sentido común. A continuación, y en apoyo de sus palabras, Pablo y Bernabé contaron con nuevos detalles las maravillas que Dios había obrado para confirmar su predicación en las iglesias de Galacia. Era su mejor defensa: si su obra prosperaba, si los milagros brotaban a su paso, si las virtudes evangélicas expulsaban de muchos miles de hombres los vicios de la idolatría,

es que Dios estaba con ellos, y que su Evangelio era el Evangelio de Jesús. Indudablemente, Bernabé habló con la unción persuasiva y conciliatoria que le caracterizaba; pero es posible que Pablo fuese más incisivo, más vehemente en su lenguaje, renovando las protestas del partido farisaico y provocando la proposición conciliadora que había de terminar la discusión.

Allí, en el Concilio, estaba también Santiago, el pariente de Jesús. ¿Se podría, acaso, decir de él que no había podido soportar el peso de la Ley? Era un israelita perfecto: vida sin mancha, apego a la tradición, dignidad en el semblante, majestad en el andar, prestigio en la palabra, espíritu de oración y austeridad que subyugaba. Jamás nazareno alguno había vivido más austeramente: ni comía carne, ni bebía vino, ni usaba calzado, ni se bañaba, ni se ungía, ni se cortaba jamás el cabello. Las leyes le llamaban el Justo. Judíos y cristianos se inclinaban delante de este hombre, en quien la adoración «al Padre de las Luces, que se revela en su Hijo Jesús, uníase al amor más exaltado de la Ley, «la Ley real, la Ley perfecta que condena a los prevaricadores, y La ley santa, que no puede ser quebrantada en un solo punto sin quedar completamente violada.» En él habían puesto su confianza los judaizantes, y pudo creerse en un momento que su intervención sería funesta para la causa de la libertad. En realidad, fué todo lo contrario. Ante los argumentos de Pedro y ante los hechos que Pablo y Bernabé acababan de recordar, doblegóse toda su intransigencia. Empezó a hablar haciendo una alusion respetuosa al discurso de Pedro. Recuerda luego que la entrada de las naciones en la Iglesia no es más que el cumplimiento de los viejos vaticinios, y cita un texto de Amós, según la versión de los Setenta, pues en el original hebreo no se encuentran las palabras que más importan a su propósito. No deja de ser interesante ver al paladín de las tradiciones hebraicas leyendo la Biblia en griego y sirviéndose de sus variantes para apoyar sus razones. En el punto fundamental, Santiago está con San Pedro: «Mi parecer es que no hay que inquietar a aquellos que entre los gentiles se convierten a Dios.» Pero, al mismo tiempo que desautoriza al partido de «los inquietadores de almas», se esfuerza por conseguir algunas concesiones de parte de Pablo. Y su sabiduría práctica le inspira esta proposición: «Hay que conseguir de los gentiles que se abstengan de la contaminación de los simulacros, de la fornicación, de los animales sofocados y de la sangre.» Y da como razón que los judíos están derramados por todo el mundo y que

podrían escandalizarse de ver cómo se violan las prescripciones de la Ley. En rigor, sólo se trataba de dar una pequeña satisfacción a los judaizantes y de evitar que una masa importante de judíos rompiesen con la Iglesia. San Pablo aceptó estas cuatro condiciones sin darles mucha importancia. De una de ellas dirá más tarde claramente que no era obligatoria más que cuando lo exigía la ley superior de la caridad (1 Cor., 8). Pero comprende que son necesarias para conseguir una convivencia entre judíos y gentiles en las Iglesias recientemente fundadas. Unos y otros tenían algo que ceder. No se podía imponer la Ley a los gentiles; pero si los convertidos de Israel habían de reunirse con ellos en ágapes fraternos, era preciso tener en cuenta el horror que les inspiraban la viandas no sangradas, la sangre de los animales y las carnes que se solían vender en los mercados después de haber sido inmoladas a los ídolos. El precepto acerca de la fornicación no se refiere, evidentemente, a la licencia de costumbres, condenada ya por la ley natural, sino a los casamientos entre parientes cercanos, y este primer paso para introducir en el matrimonio cristiano la legislación de los hebreos dejará profunda huella en el derecho eclesiástico.

Todos en el Concilio aceptaron la transacción propuesta por Santiago. El partido de los fariseos, de los falsos hermanos que habían entrado en la Iglesia para espiar y destruír, quedaba descontento; mas, por ahora, no se atrevió a protestar. El resultado de las deliberaciones se fijó en un documento famoso, que aunque dirigido únicamente a las iglesias de Siria y de Cilicia, debía tener fuerza de ley en todas las ciudades donde los convertidos de la gentilidad se juntasen con los judíos. Ante todo se desautoriza a los sembradores de discordia, que se decían enviados por los Apóstoles. Hay un gran elogio para Bernabé y Pablo, «que han expuesto sus vidas por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo», y, finalmente, viene el decreto precedido de esta fórmula categórica y soberana: «Ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros...» Los encargados de promulgarle en Antioquía no fueron los dos Apóstoles de los gentiles, sino dos hebreos de Jerusalén, Silas y Judas Bar-Saba, «que figuraban entre los primeros de la Iglesia». De este modo se evitaban las murmuraciones y contradicciones de los judaizantes y se daba más autoridad a las decisiones del Concilio.

Al salir de Jerusalén, Pablo podía repetir aquellas palabras que acababa de escribir unos meses antes, refiriéndose a su visita anterior: «Los ancianos no me impusieron nada» (Gal., 2, 6). Lo

esencial de su pensamiento quedaba en salvo; nuevamente quedaba reconocida y aprobada su predicación entre los paganos. «Ni una hora había consentido el rebajamiento de Cristo.» En adelante el prestigio de Pedro y su autoridad suprema, la aprobación de los Apóstoles por excelencia, la apoyarían en aquella campaña fundamental de la teología cristiana. Los partidarios de la circuncisión seguirían entorpeciendo su obra, pero ya no estaba solo. Contra las asechanzas, contra los odios, contra las argucias y ladridos de los «perros», de los mutilados, podría presentar el testimonio definitivo de aquella augusta asamblea. Solo, abandonado momentáneamente de todos, su vida, aquella vida que él declaraba sumergida en la vida de Cristo por un renunciamiento supremo, se había levantado a las más altas cimas de la grandeza; pero, al fin, veía el fruto de su esfuerzo: desde ahora, detrás de él sentirá la fuerza de la Iglesia de Cristo con su directores al frente.

Así terminó la cuestión famosa de las observancias legales, que señala un momento solemne en el desarrollo de la Iglesia primitiva. Con su profunda mirada adivinó San Pablo, antes que nadie, el interés que tenía la disputa, al parecer superficial, de los ritos: en realidad, se trataba de decidir si el Cristianismo era simplemente una continuación del judaísmo, un proselitismo con miras a la circuncisión, o el advenimiento de un pueblo nuevo. Mantener la Ley era renunciar a la conquista del mundo, y, lo que importaba más todavía, era negar el carácter transitorio de la economía antigua, la suficiencia de la redención, el valor de la sangre de Cristo y la eficacia de la gracia: Entre los pórticos del Templo, la planta maravillosa de la buena nueva se hubiera asfixiado, privada de la luz del sol y de la brisa de los mares lejanos. El árbol gigantesco, en cuyas ramas debían venir a cobijarse las aves del cielo, según la parábola universalista del Señor, hubiera sido un arbusto pobre y efímero, la comunidad cristiana una secta más, destinada a desaparecer después de algunos años de agitación estéril. Y en este momento crítico aparece la figura de San Pablo, destruyendo, anatematizando el pasado, para preparar un inmenso porvenir. Lucha con la indignación y con la mansedumbre, con el razonamiento y con la diplomacia, y cuando las vacilaciones de Pedro parecen contradecir su causa, él, con su energía, con su humildad, con su amor apasionado de Cristo, logra sacar a flote la unidad vital de la Iglesia por la fe en el Cristo viviente.

CAPITULO XII

SEGUNDA MISIÓN.—SILAS.—A TRAVÉS DEL TAURO.—OTRA VEZ EN EL ASIA MENOR.—TIMOTEO.—EN LOS DOMINIOS DE LA DIOSA MADRE.— INCERTIDUMBRES.— PREDICACIÓN A LOS PAGANOS.— TROAS.—LA VOZ DEL CIELO. (51.)

En Antioquía, los hermanos se reunieron; era una «gran multitud», ávida de orientaciones y noticias. Los dos enviados de Jerusalén leyeron el decreto de los Apóstoles, la carta magna de la libertad cristiana, y hubo una gran alegría en los corazones; todos se consolaron y confirmaron en la fe.

Y después de algún tiempo, viendo que la paz reinaba entre los hermanos, Pablo dijo a Bernabé: «Volvamos a través de las ciudades donde hemos anunciado la palabra del Señor para ver cómo están nuestros hermanos.» Era el método de Pablo: primero, arrojar la semilla; después, regar la planta, cuidarla, limpiar las malas hierbas que pudieran nacer en torno, fomentar la caridad, despertar el fervor, conservar la pureza de vida. Este viaje tenía otra finalidad todavía: dar a conocer en las cristiandades asiáticas lo acordado en Jerusalén.

Bernabé aceptó encantado, pero impuso una condición: que Juan Marcos, su sobrino, fuese con ellos. Marcos se arrepentía de la debilidad pasada, manifestándose dispuesto a sufrir todas las fatigas del apostolado. No obstante, desde que había puesto la mano al arado para mirar atrás, Pablo veía en él un obrero inútil, y consideraba su presencia como un estorbo. Acaso temía también el ascendiente del joven misionero sobre el ánimo bondadoso de Bernabé. Más indulgente con él, y conociendo, acaso, mejor sus cualidades de fidelidad, de inteligencia y de virtud, Bernabé le defendió con la misma vehemencia con que Pablo le atacaba. La disputa se agudizó,

llegó al «paroxismo», según palabra griega de los Actos, y los dos apóstoles, con gran sentimiento de una y otra parte, desgarrada el alma por el dolor, comprendieron que debían renunciar a hacer juntos aquella segunda campaña. Se separaron, pero sin resentimiento en el corazón: diez años más tarde, Juan Marcos volverá a aparecer al lado del Apóstol, y en las Epístolas paulinas brotará el nombre de Bernabé envuelto en fervores de simpatía. «Pablo, más severo—dice San Jerónimo—; Bernabé, más clemente; cada cual abunda en su parecer, y, sin embargo, la discusión tiene algo de la humana fragilidad.»

Bernabé y Marcos salieron con dirección a Chipre. A Pablo no le faltaría algún compañero entre los doctores de Antioquía. Tito le seguía desde tiempos atrás con una adhesión admirativa y ferviente; pero él, hijo de gentiles, incircunciso, no podía servirle en una misión que debía ponerle en relaciones frecuentes con los judíos. En cambio, allí estaba un israelita de Jerusalén, uno de los personajes más importantes de la Iglesia. Era Silas. Enviado por los Apóstoles a Antioquía con el decreto del Concilio, quedó como fascinado por el ascendiente poderoso de Pablo; y ahora se ofrecía a la elección del Apóstol como el hombre requerido por las circunstancias. Leal, generoso, amplio de espíritu, libre de prejuicios nacionalistas, juntaba al prestigio de los profetas la ventaja de ser un hombre de la confianza de los ancianos de la Iglesia madre, un testigo de las deliberaciones de Jerusalén. Además, era un ciudadano romano, cualidad no despreciable en vista de las persecuciones que, sin duda, habían de encontrar en el camino.

Fué en la primavera del año 51 cuando Pablo dejó la ciudad de Antioquía para emprender su segunda misión. Su primer pensamiento era confortar e inspeccionar las iglesias anteriormente fundadas. Atravesando la cordillera del Amano por las Puertas Sirias, encontró las primeras comunidades cristianas: Mopsuesta, Adana, Tarso; las ciudades donde, sin duda, había predicado durante los años oscuros que pasó en su patria, después de sus primeros ensayos apostólicos en Damasco y Jerusalén. Por todas partes pasaba avivando ardores religiosos e intimando el decreto de los Apóstoles y de los ancianos de la Ciudad Santa. «Y las iglesias eran confirmadas en la fe, y el número de los fieles aumentaba cada día» (Act., 16, 5).

Los riscos imponentes del Tauro se yerguen otra vez delante de los predicadores; pero nada les acobarda. Su corazón es más re-

cio que el corazón de las encinas de aquellos montes. Siguiendo la vía romana, que serpea junto a la corriente del Cydnus, atraviesan las Puertas Cilicianas, que les abren la meseta de Licaonia. Cuando el sol arrecia, tienen el cobijo de los árboles y las rocas; cuando apremia la sed, se sientan al borde de una fuente; cuando llega la noche, piden posada en las hosterías de los caminos y se acomodan entre el equipaje de los arrieros y los camelleros, de los soldados y los comerciantes. Desde las alturas radiosas divisan allá, en la lejanía, reflejos metálicos de las aguas dormidas. Están en la región de los lagos. El corazón se les ensancha con aires de amor y de esperanza: allí están sus discípulos, aquellos hermanos entre quienes el Apóstol había vivido la primavera gloriosa de su apostolado. Derbe, Lystris, Iconio, Antioquía de Pisidia; ¡cuántos recuerdos, cuántas emociones, cuántas alegrías, cuántos sufrimientos!

En Lystris, una conquista preciosa. Unos años antes, Pablo había derramado allí las primicias de su sangre. Le insultaron, le arrastraron, le apedrearon y le dejaron semimuerto. Al volver en sí se encontró en una casa modesta, donde dos mujeres y un adolescente rodearon su lecho. Las dos mujeres se llamaban Eunice y Lois, y el adolescente, hijo de Eunice, tenía el nombre de Timoteo, Los tres eran fervientes israelitas; pero la virtud y la elocuencia de su huésped les impresionó de tal manera, que no tardaron en pedir el bautismo.

Ahora, al entrar otra vez en Lystris, Pablo encuentra en el hogar de Eunice la misma fe, la misma hospitalidad, el mismo entusiasmo por la nueva doctrina. Timoteo, sobre todo, se había dado a conocer por la sinceridad y la profundidad de sus convicciones evangélicas. El germen plantado en el alma del adolescente se había desarrollado de una manera espléndida. Veíasele «transformado en un hombre perfecto, constituído en la plenitud de Cristo», tan amable por la gracia como por la naturaleza. El Apóstol adivinó en él un alma privilegiada, y, deseando asociarle a sus trabajos, impuso sobre él las manos, juntamente con los sacerdotes de la ciudad, y la gracia descendió sobre el joven con una abundancia que no olvidará jamás. En los últimos meses de su vida hablaba Pablo de ella como de un fuego que había consumido en su discípulo todo espíritu de temor, propio de la Antigua Alianza, para reemplazarle por el espíritu de Jesús, «espíritu de fuerza, de amor y de sabiduría».

Pero Timoteo había nacido de un padre gentil, y era, por tanto, un incircunciso. Esto debía entorpecer su ministerio entre los he-

breos, impidiéndole subir a la tribuna de las sinagogas para comentar la Escritura. Era un gran inconveniente, que Pablo, hombre de resoluciones, eliminó con toda rapidez. «Tomando al joven—dice San Lucas—, le circuncidó por su propia mano, a causa de los judíos que vivían en aquel país» (Act., 16, 3). Era un gesto de concordia, y, al mismo tiempo, de fina diplomacia. A pesar de las persecuciones de sus compatriotas, Pablo no pensaba cambiar de táctica en la predicación del Evangelio. Había que cumplir el precepto de Cristo, que resultaba ser también el consejo de la prudencia humana. Un viajero judío estaba seguro siempre de ser acogido en cualquiera de las grandes ciudades por sus hermanos de raza: le hospedaban, le admitían en su sinagoga y, en caso de necesidad, le procuraban trabajo. Las juderías de la diáspora señalarán la marcha del Cristianismo en esta primera expansión. Y Pablo quería dirigirse ante todo, a sus correligionarios, porque tenían su misma sangre, porque a ellos se debía el primer anuncio de la realización de la esperanza de Israel, y porque en torno a ellos encontraba los gentiles mejor preparados para recibir la buena nueva, espíritus hastiados de prácticas paganas, simpatizantes con el monoteísmo bíblico y ávidos de una vida más pura.

Tales fueron los motivos que le movieron a este acto extraño, después de haber defendido con tanto tesón la causa de la libertad. El rito exterior le importaba muy poco, pero no quería entorpecer su apostolado con una intransigencia perniciosa: «La circuncisión —decía—no vale para nada, y no vale más la incircuncisión; todo está en guardar los mandamientos divinos» (1 Cor., 7, 19).

Irreprochable delante de Israel, Timoteo pudo seguir a su maestro, «y ayudarle en la predicación como un hijo ayuda a su padre» (Phil., 2, 22). Desde este momento le vemos junto a él como el discípulo predilecto, como el más fiel de todos sus colaboradores. Pablo le llama su verdadero hijo, su hijo amantísimo y fiel en el Señor, el participante de su espíritu, su alma misma, su otro yo, su compañero, su hermano, el esclavo de Jesucristo, el imitador perfecto de las virtudes apostólicas. Aunque de temperamento distinto, estaban hechos para entenderse. Es verdad que el discípulo no tendía a la acción por impetuosidad natural como el maestro; dulce de carácter, pronto a las lágrimas, fácilmente impresionable, delicado de complexión y sumamente sensible, afrontaba la lucha con repugnancia, manteniéndose instintivamente en una tímida reserva. Pero lo que le faltaba de osadía y acometividad, lo tenía de fidelidad, de

lealtad profunda y sincera, de abnegación y desinterés absoluto. «No hay nadie—decía el Apóstol—que esté tan unido a mí de corazón y de espíritu» (Phil., 2, 20). Era una intimidad preciosa para ambos, en la cual el alma viril de Pablo comunicaba a Timoteo la fuerza de su pensamiento y de su doctrina, recibiendo, en cambio, el cariño abnegado y sumiso de que tienen necesidad los más grandes genios. En vez de aquellas «hermanas» que seguían a los demás Apóstoles, el cielo le había dado a él en el joven licaonio un alma pura, elevada, transparente, capaz de comprender sus arrebatos apostólicos y de adaptarse a su prodigiosa actividad. Tito será más vivamente estimado como instrumento utilísimo en las misiones peligrosas. Timoteo, más entrañablemente amado. Le servirá con su ternura fervorosa e incansable, mejor aún que con su inteligencia. Será su consuelo en las crisis dolorosas de su enfermedad y en las múltiples pruebas del apostolado. Será su ayudante, su confidente, su enfermero, su secretario. Escribirá sus cartas, llevará sus bagajes por los caminos, le asistirá en la cárcel, será encarcelado con él, velará a la cabecera de su lecho, contento siempre de que la Providencia le hubiera colocado junto al grande hombre. Será un cariño inviolable, una amistad sin nubes, que las fatigas y sufrimientos, sobrellevados en común, irán alimentando y sublimando cada día.

Timoteo empieza su carrera misional en Iconio. De Iconio pasa con Pablo y Silas a Antioquía de Pisidia. Viajan rápidamente, sin detenerse más que el tiempo necesario para examinar el estado de la comunidad, para cortar abusos, alentar propósitos, marcar orientaciones y leer y comentar el decreto de Jerusalén. Al salir de Antioquía empiezan a pisar terreno desconocido. Las miradas de Pablo se fijan entonces en el Asia proconsular. Es una tierra fuertemente helenizada, esmaltada de ricas y populosas ciudades, cruzada de anchas y buenas vías de comunicación y abundante de colonias judías. Allí está la Lidia dominadora y la Jonia ilustre por su tradición artística y literaria. Éfeso es su capital, y entre sus principales ciudades figuran Esmirna, Pérgamo, Hierápolis, Laodicea, Mileto, Sardes y Filadelfia. Una calzada estratégica y comercial a la vez enlazaba los altos macizos de Pisidia y Licaonia con estas ciudades famosas de la costa asiática. Era natural que los tres misioneros se encaminasen por ellas para llegar a un país donde todo parecía despertar las más risueñas esperanzas. De pronto, un aviso del Espíritu Santo les hizo cambiar de dirección, «prohibiéndoles hablar la palabra de Dios en Asia» (Act., 16, 6).

Dirígense entonces hacia el Norte, y predican en el país de los frigios. Llegan hasta Ancira, una de las ciudades más importantes del Asia Menor, orgullosa de su templo de Augusto. Se encuentran en el centro de la provincia de Galacia. Es la tierra de la «Gran Madre», la Cibeles de los cultos sangrientos y voluptuosos, cuyos sacerdotes, verdaderos árbitros del país, se mutilan, aullando y danzando al sonido de los címbalos en torno a la divinidad. Desde las últimas estribaciones del Tauro hasta las riberas del Ponto Euxino, la diosa de la germinación y de la naturaleza fecunda extiende sus nefandos ritos y su dominio soberano. Pablo y sus compañeros se han encontrado más de una vez en los mesones a los peregrinos que se dirigen con sus dones y con sus enfermos hacia Pesinunte, la ciudad sagrada, donde se adora a la dignidad bajo la forma de una piedra negra caída del cielo. Son frigios de tez morena y amplias túnicas; son pastores de las estepas del Ponto, que llegan sobre pequeños caballos lanudos; son gálatas de ojos azules y blonda cabellera, descendientes de hordas inquietas, que, saliendo de las tierras del Garona y del Sena, habían llegado hasta las costas asiáticas dos siglos antes de la conquista romana.

Pablo se dirige a estas gentes sencillas, de espíritu curioso, de rectitud innata y ávidas de emociones y novedades. Las colonias judías apenas existen en este macizo central, de acceso difícil y de áspera Naturaleza. Allí no necesita desarrollar la sutil argumentación de las sinagogas, ni buscar en la profecía el apoyo de sus pruebas, como acostumbraba cuando se dirigía a sus compatriotas. En sus pláticas con los paganos se preocupa más bien de ponderar el oscurecimiento de la conciencia religiosa, de describir la degradación del ideal moral, de dar una noción clara acerca de Cristo, Dios y hombre a la vez; de hacer comprender la virtud redentora de sus sufrimientos y de su muerte, de afirmar la necesidad del arrepentimiento y de la fe, como principio de la vida sobrenatural y condición de la inmortalidad bienaventurada. Estas ideas fundamentales formaban el fondo de su enseñanza habitual, el tema de sus conversaciones en los caminos y en las posadas, y el de sus discursos en las calles y bajo los pórticos. Muchas veces, mientras los carreros vociferaban delante de los amplios portalones de las hosterías o de los puestos militares, Pablo, sentado con otros viajeros junto al fuego, sobre el cual colgaba su manto empapado de lluvia, narraba la vida de Jesús, y ante los ojos atónitos de los circunstantes describía las maravillas de su reino espiritual, comparando la moral

inocente y pura del Evangelio con las prácticas vergonzosas de la religión de la tierra, amparadora e instigadora de todas las obras de la carne y de todos los frutos de la muerte, «fornicación, inmundicia, impudicia, adulterio, idolatría, envenenamiento, enemistades, querellas, cóleras, envidias intrigas, divisiones, sectas, emulaciones, muertes, borracheras, orgías y otros crímenes semejantes» (Gal., 5, 19-21).

Predicando siempre y organizando grupos de discípulos atravesaron los tres misioneros el corazón de la Anatolia hasta las fronteras desoladas del Ponto. Desde aquí empezaron a desandar el camino, dirigiéndose de nuevo hacia el Norte. Estaban ya en las inmediaciones de Dorilea, varias veces habían atravesado el Sangario, y delante de ellos se alzaban las cumbres imponentes del Olimpo asiático, señalándoles los fértiles campos de Bitinia, sembrados de ciudades florecientes, como Nicea, Calcedonia y Nicomedia, a las cuales aguardaba un porvenir glorioso. Pero tampoco allí les detuvo «el Espíritu de Jesús». En Asia solamente se les había prohibido predicar; en Bitinia ni siquiera podían poner el pie.

Todos los caminos quedaban cerrados menos el del Oeste. Pablo empezó a comprender que su voz le llamaba hacia Europa. Cruzó la Misia, región muy poco poblada, que apenas le detuvo, y, pasando cerca de los grandes lagos, llegó a las alturas famosas del Ida, desde donde divisó por vez primera las aguas oscuras del mar Egeo. Estaban en la Troada, en los campos donde fué Ilión, en las riberas famosas del Escamandro, inmortalizadas por los recuerdos de Héctor y Aquiles. Pero si César y Alejandro habían pasado por allí erigiendo templos, ofreciendo sacrificios y recordando leyendas hípicas, Pablo y sus compañeros contemplaron indiferentes aquellos viejos testigos de las glorias helénicas. Tenían prisa por llegar al puerto y lanzarse a los mares desconocidos, empujados por las brisas del Espíritu.

El puerto era Troas, una ciudad nueva que reemplazaba a la Ilión de la epopeya y había sido favorecida con toda suerte de privilegios por los emperadores romanos, descendientes de Eneas, según la Mitología. Pablo hará de ella más tarde un centro de correrías apostólicas; pero ahora llegaba a ella con intención de buscar una nave que le llevase hacia el Occidente. Pero, ¿a dónde ir? Parece indudable que desde la primera aventura misional su mirada ambiciosa había abarcado todas las provincias romanas que se extendían por las costas del Mediterráneo, desde Siria hasta Mace-

donia, desde el desierto de Arabia hasta las columnas de Hércules. Siempre miró muy alto y muy lejos; jamás tuvo la menor duda acerca del poder de expansión del Cristianismo. Su celo ardiente reposaba sobre una fe profunda y sobre un amor apasionado de Cristo. Y, naturalmente, su espíritu cabalgaba sobre su imaginación hacia las más grandiosas concepciones, hacia los proyectos más increíbles. Los límites del mundo serían también los límites de sus conquistas.

Ahora, al mismo tiempo que descansaba de su largo recorrido —más de quinientas leguas desde que salió de la ciudad del Orontes—, medía las ventajas que podían ofrecerle los más diversos derroteros. La tierra famosa de Grecia surgía delante de él al otro lado del mar con el prestigio de sus glorias históricas y literarias; pero ni las maravillas del arte ni los esplendores de la poesía tenían grandes atractivos para aquel temperamento, entregado a todos los nervosismos de la acción. Mucho más le atraía el genio de Roma, emprendedor como el suyo, altivo y audaz, amigo del orden y ávido de libertad. Sus legionarios le impresionaban por la disciplina, por el patriotismo y por el desprecio a la muerte. Uno de sus más vehementes deseos era evangelizar la capital del orbe. «Muchos años hace—escribirá a los fieles de Roma—que tengo el deseo de ir a vosotros... ¡Cuántas veces he suspirado por ello!» (Rom., 15, 23; 1, 13).

Pero el espíritu de Jesús le apartaba de aquella dirección. ¿A dónde ir? Una visión vino a darle la respuesta. Apareciósele un hombre vestido de ancha clámide y cubierto de un sombrero de anchas alas. Era, evidentemente, el vestido de las gentes del otro lado del mar, y Pablo pudo cerciorarse cuando la visión le dijo: «Pasa a Macedonia y ayúdanos.» Interpretando el sueño como una manifestación de la voluntad divina, los misioneros acordaron tomar el primer barco que hiciese vela en dirección a Europa.

CAPITULO XIII

SEGUNDA MISIÓN.—HACIA EUROPA.—LUCAS EL MÉDICO.—LA ISLA DE LOS CABIROS.—EN LAS COSTAS DE MACEDONIA.—FILIPOS.—LIDIA LA PURPURERA.—LA PITONISA.—ANTE EL TRIBUNAL DE LOS DUNVIROS.—MARAVILLAS EN LA PRISIÓN.—LA DESPEDIDA. (51.)

«Navegando en línea recta desde Troas, nos dirigimos a Samotracia, y al día siguiente llegamos a Neápolis.» Súbitamente, el autor de los Actos aparece en el grupo de los misioneros. Ya son tres los acompañantes de Pablo. A Silas y Timoteo se ha juntado un griego de espíritu delicado, de vasta cultura, de alma recta y bondadosa. Es Lucas, «el médico carísimo», como dirá San Pablo. En él encontrará el Apóstol un amigo leal, un ardiente colaborador, que permanecerá hasta el fin de su vida como embrujado por su mirada. El ideal evangélico le ha satisfecho plenamente y a él consagrará su actividad, su temperamento reflexivo y observador y su pluma de escritor fino, elegante y maravillosamente conciso. Y el encuentro fué en el puerto de Troade, desde donde empieza a intervenir en el drama de los Actos. Fué un encuentro casual, impremeditado, puesto que los misioneros llegaron allí guiados por un designio divino. Se ha dicho que Lucas venía también de Antioquía, tal vez por distinto camino; Eusebio sólo nos dice que estaba de alguna manera relacionado con los antioquenos. Estrujando paciente y sutilmente el libro de los Actos, se llega a sospechar que estaba también relacionado con la ciudad de Filippos. Tal vez era él el macedonio que vió San Pablo en el sueño que le decidió a dejar las costas asiáticas. El historiador y el héroe entran en contacto en Troas, y desde este momento el relato se hace más vivo, más minucioso, más animado.

Las brisas del Sur empujaban la nave, que seguía su rumbo sin

el menor rodeo. Desde ahora vamos a conocer con precisión los incidentes que ocurren de un puerto a otro. Lucas tiene el sentido helénico del mar, un sentido que se desarrolla espontáneamente en aquellas costas del mar Egeo, donde las aguas son tan tentadoras, los vientos tan regulares, los ocasos tan espléndidos; donde la superficie, semejante a una balsa de aceite dormido, con su pesadez y sus reflejos metálicos, es tan densa y oscura, que parece invitarnos a pasear sobre ella. De sus viajes por tierra Lucas no recuerda nada; pero desde que se ve en una nave, los detalles se acumulan en su memoria y las palabras en su pluma. Es la voz de la sangre, la atracción atávica, el temperamento personal, no la experiencia en el oficio náutico o la práctica en las tareas de los marineros.

Los viajes marítimos eran entonces muy irregulares: rápidos, si los vientos favorecían la marcha; interminables, si soplaban contrarios. En una ocasión, San Pablo tardó cinco días en ir desde Troas a Neápolis (Act., 20, 6). Esta vez hizo el viaje en dos días (Act., 16, 11). Al atardecer de la primera jornada la nave estaba ya frente a la isla de Samotracia. Como en aquellas costas era peligroso viajar de noche, el capitán decidió aguardar al día siguiente al abrigo de los montañas. Además, no faltaría algún pasajero que hiciese escala en la isla. Samotracia era famosa como residencia de los Cabiros, divinidades cuyo poder inmunizaba contra las iras de las olas, contra el veneno de las serpientes, contra el rayo y contra la peste. Allí llegaban los devotos a dejar sus presentes después de un naufragio, o a iniciarse en los terribles misterios que preservaban de los peligros. Sobre el puente de la nave, donde pasaban el día los viajeros pobres, oyó seguramente San Pablo comentar las maravillas del monte fatídico, y cuando al día siguiente el barco levó anclas para bordear la parte septentrional de la isla, olfateó horrorizado la presencia demoníaca en el santuario de aquellas alturas.

Al día siguiente, el pequeño grupo apostólico descendía en el puerto de Neápolis, hoy Cavalla. Pero la pequeña ciudad costera tiene poco interés para los misioneros; pasan de largo, y siguiendo la vía Egnacia, una de las arterias principales del imperio, llegan en poco más de tres horas a Filippos. Es la gran ciudad que buscan, «una colonia—dice San Lucas—, la metrópoli de esta parte de Macedonia» (Act., 16, 12). Habíanla hecho famosa las minas de oro de los montes vecinos, y después la batalla en que Octavio aplastó para siempre las fuerzas republicanas de Bruto. Desde entonces, Filippos era una colonia de veteranos, orgullosos de sus privilegios y de su

origen occidental. Los romanos eran allí numerosos, pero el fondo de la población lo formaban, sobre todo, los indígenas, descendientes de los esforzados guerreros que, guiados por Alejandro Magno, habían conquistado el mundo, gentes sobrias, sencillas, un poco rudas, amigas del orden y curtidas por el trabajo.

No faltaban tampoco israelitas; pero en número tan reducido, que aún no habían logrado tener una sinagoga. Para sus oraciones y abluciones se reunían en un oratorio, extramuros de la ciudad, junto a la corriente del Gongites, entre huertos donde exhalaban su perfume las rosas de cien pétalos, traídas del Pangeo cercano, en cuyos bosques, según la leyenda, vagaba Dionisios con las ninfas y las musas. Después de algunos días de desorientación, los misioneros se enteraron de que existía esta «proseuke» judía, y el primer sábado se dirigieron a ella para exponer su Evangelio. Sólo encontraron unas cuantas mujeres que rezaban y salmodiaban; «y, sentándonos entre ellas—dice San Lucas—, empezamos a hablarlas del reino» (Act., 16, 13). Todas les escucharon con agrado, pero hubo una que creyó inmediatamente y se bautizó, con todas las gentes de su casa. Era una mujer de sencilla y maravillosa bondad; una asiática que había dejado su tierra de Lidia para establecer una tienda en Filippos. Por eso, en la ciudad, se la llamaba la Lidia, o también la Purpurera, porque entre otros paños vendía preciosas telas de púrpura, que ella compraba en su ciudad de Tiatira, famosa en la antigüedad por la belleza de su tejidos. Y allí, en Tiatira, donde desde tiempos atrás había una numerosa colonia de judíos, conoció, sin duda, la revelación mosaica y entró en el número de los que temían a Dios. Y como era rica y generosa, dijo a Pablo y sus compañeros: «Si me habéis juzgado creyente del Señor, entrad en mi casa y permaneced en ella.» Ellos, arrastrados por una piadosa violencia, se hospedaron en la casa de la purpurera.

Una tienda fué la primera iglesia de Macedonia. Allí se reunían los primeros convertidos, allí rompían el pan y celebraban el convite del amor fraterno. A los bautizados de la primera hora se juntaron pronto otros neófitos, como Epafrodito, a quien Pablo llama «su hermano y compañero de armas y trabajos» (Phil., 2, 25); como Clemente, «que le ayudó en su ministerio (Phil., 4, 3), y otros muchos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida»; macedonios honrados y trabajadores, descendientes de legionarios de Octavio y Antonio, colonos de Roma y de Italia, orgullosos de sus libertades, a quienes el Apóstol se veía obligado a recordar «que

nuestro verdadero derecho de ciudadanía está en los cielos, de donde aguardamos al Señor Jesús» (Phil., 3, 20). Como los judíos eran poco influyentes, la comunidad crecía sin tropiezo, tranquilamente, silenciosamente, y la «proseuke» judía se había convertido casi en un oratorio cristiano.

Pero sucedió que un día caminaban los misioneros hacia el lugar de la oración, cuando una muchacha salió tras ellos, gritando: «Estos hombres son los servidores del Dios altísimo, los que os anuncian el camino de la salvación.» Ellos apresuraron el paso; pero la mujer les seguía, profiriendo los mismos gritos. La escena se repitió en los días siguientes, de modo que los extranjeros apenas podían salir de casa sin tropezarse con aquel homenaje furioso. No tardaron en adivinar que la joven tenía «el espíritu de Pithón», que era una pitonisa, una adivinadora poseída por una segunda persona, que hablaba por ella, anunciaba el porvenir y penetraba las cosas ocultas. Muchos paganos se habían reunido para explotar esta virtud, y el «médium» les producía buenos dineros.

Pablo se compadeció de aquella pobre muchacha, juguete de los hombres y de los demonios, y, acordándose de lo que había hecho Jesús en un caso semejante, dijo un día al espíritu que la poseía: «En el nombre de Jesucristo te ordeno que salgas de ella.» Y desde entonces la posesa perdió sus dones proféticos, desapareció su poder sobre la multitud y era incapaz de hablar como antes. Las gentes cesaron de ir a que les echase la buenaventura, de pedirle su ayuda para encontrar las cosas perdidas y de consultarle acerca de sus amores y sus intimidades. Para sus amos fué aquélla una pérdida sensible, que les llenó de ira contra los misioneros. Ardiendo en deseos de venganza, se apoderaron de Pablo y de Silas, y, arrastrándolos al ágora, los presentaron ante el tribunal de los duunviros. Hubiera sido poco hábil decir que los reos habían depreciado a su esclava con sus exorcismos, pues la ley era muy severa con los hechiceros; prefirieron acusarles de sembrar el desorden en la ciudad, predicando novedades contrarias a la seguridad del Imperio. «Estos hombres—dijeron—aconsejan costumbres que nosotros, romanos, no podemos aceptar ni practicar.» Y añadieron pérfidamente: «Son judíos.» Sabían que los judíos, siempre execrados, pasaban por un momento crítico en sus relaciones con el Imperio, y que el emperador Claudio acababa de arrojarlos de Roma.

Entre tanto, la chusma de ociosos y maleantes se había congregado en torno al tribunal, lanzando insultos contra los innovadores.

Tal era la gritería, que los magistrados apenas podían hacerse oír. Vióseles rasgar sus vestiduras con aquel gesto cómico que Horacio satiriza en los pretores provincianos, y después, sin que precediese el menor simulacro de juicio, sin dar tiempo a que los acusados se defendiesen o alegasen su título de ciudadanos romanos, llamaron a los lictores para que aplicasen a aquellos vagabundos el tormento de los azotes. Arados por las varas, despellejados, cubiertos de heridas y de sangre, fueron arrojados al calabozo público, que estaba cerca de allí y no lejos de la vía Egnatia, que dividía en dos partes la ciudad. En medio de un montón de ruinas, reliquias informes de la opulenta fundación del padre Alejandro, quedan aún algunos pilares, indicando el lugar donde pasaron estas cosas.

Aunque magullados y desangrados, Pablo y Silas entraron en la cárcel, radiantes de júbilo. Tan alegres estaban, que en medio de las tinieblas de la noche, envueltos en un ambiente irrespirable y nauseabundo, sin advertir la compañía de las ratas y las sabandijas, no hacían más que rezar y cantar himnos. Los presos que había en el piso superior escuchaban maravillados, sin poder explicarse el motivo de aquella alegría, «cuando de súbito la tierra tembló con tal violencia, que los cimientos de la cárcel se conmovieron» (Act., 16, 26). El sacudimiento de las paredes hizo que se cayesen las barras con que estaban sujetas las puertas y que se rompiesen los cepos, clavados, sin duda, a los muros. Los presos salen a la escalera; el carcelero se despierta despavorido e intenta suicidarse al ver que se le escapan aquellos de quienes debe responder con su vida, y ya va a clavar el cuchillo en su pecho cuando un hombre le sujeta el brazo y le dice con tono imperioso: «No te hagas mal alguno; todos estamos aquí.» En él reconoce a Pablo, el predicador judío. Pide luces aquel buen hombre; llegan sus familiares con antorchas, entra en la cárcel y dentro encuentra a toda su gente: las puertas, abiertas; los muros, cuarteados; los encarcelados, sueltos; todos llenos de estupor y sin acertar a explicarse lo que sucede. Sólo Pablo y su compañero parecen tranquilos. Nuevo sobresalto en el carcelero ante aquella actitud serena. Se imagina vivir en un mundo de maravillas y los dos extranjeros le parecen semidioses. Inmediatamente los saca de la cárcel, se postra ante ellos con todo respeto y les dice con voz temblorosa: «Señores, ¿qué debo hacer para salvarme?» Ellos le responden: «Cree en el Señor Jesucristo, y te salvarás con toda tu casa.»

Algunos momentos después el carcelero pedía el bautismo, y to-

dos sus familiares eran bautizados con él en una fuente que había junto a la cárcel. Felices y agradecidos, los neófitos se apresuraron a lavar las llagas de los presos, a sacarles del subterráneo, a atenderlos de mil maneras. En su alegría por haber hallado la verdad, ya no temían el enojo de los magistrados, ni les importaba descender al calabozo juntamente con sus catequistas. Mas no era un castigo lo que había de merecerles aquella solicitud piadosa. Ya amanecía cuando se oyeron golpes a su puerta. Salió el carcelero, algo sobresaltado, y se encontró con los lictores que el día anterior habían azotado a los misioneros y que ahora traían esta orden precisa: «Suelta a esos hombres que apresamos ayer.»

Sin duda, el sobresalto del terremoto había hecho reflexionar a los magistrados sobre la injusticia cometida con los pobres extranjeros, condenados y atormentados sin la menor forma de proceso. Tal vez Lidia había trabajado también, haciendo ver su inocencia y su condición de ciudadanos romanos. Esta noticia debió sembrar el pánico entre los representantes del gobierno municipal: habían aplicado el castigo de las varas contra los que dictaban las leyes del Imperio; habían insultado a la majestad de Roma, y si las víctimas se quejaban ante el procónsul, la transgresión podía costarles muy cara.

Lleno de alegría, el carcelero volvió a entrar en casa y dijo a los detenidos: «Buenas noticias; los pretores mandan que os ponga en libertad; salid, pues, inmediatamente y marchad tranquilos.» Pero Pablo tuvo entonces un gesto, muy propio de su carácter noble y altivo. Haciendo introducir a los agentes, díjoles con un tono de severa reconvención: «Vosotros nos habéis llagado y desollado a golpes públicamente; sin juicio alguno nos habéis arrojado en la prisión, siendo, como somos, hombres romanos. Esto no puede terminar así; decid a los pretores que vengan y con ellos nos entenderemos.»

Poco después entraban los magistrados, dispuestos a dar todas las satisfacciones. Humildemente se excusaron delante de los extranjeros, y sacándolos honrosamente de la prisión, les rogaron saliesen cuanto antes de la ciudad, por temor a que se repitiesen los alborotos. Pablo comprendió que la petición era razonable. Después de lo que acababa de suceder, su ministerio en Filippos hubiera sido contraproducente, y, por otra parte, dejaba ya organizado el primer núcleo de cristianos, que no tardaría en hacerse una iglesia numerosa. Pero antes quiso pasar por la casa de Lidia. Allí encon-

tró reunidos a sus discípulos; los consoló, los alentó, rompió el pan eucarístico, dióles las últimas recomendaciones y salió en compañía de Silas. Timoteo y Lucas debían quedarse entre aquellos fervorosos neófitos, que siempre permanecerán fieles a estas primeras enseñanzas, mereciendo que el Apóstol los llamase «su alegría y su corona» (Phil., 4, 1), y que muchos años más tarde, desde su prisión de Roma, les diese el testimonio de que siempre habían obedecido su palabra y de que su amorosa solicitud no le había faltado en ninguna de sus necesidades.

CAPITULO XIV

SEGUNDA MISIÓN.— HACIA TESALÓNICA.—TERNURAS DE MADRE.—LA CATEQUESIS PAULINA.—ASECHANZAS JUDAICAS.— SEDICIÓN.—LOS MISIONEROS, EXPULSADOS.— EN BEREA.—EXITO SIN PRECEDENTES.—PERSECUCIÓN EN TESALÓNICA.—LA PARUSIA.—EL FUGITIVO. (51-52.)

Una vez más se lanzaba el prodigioso trotamundos a recorrer las vías imperiales. Era al finalizar el año 51. Más de ocho meses habían pasado desde que abandonó las costas de Siria. Durante la primavera y el verano había recorrido las ciudades del Asia Menor; al comenzar el otoño había desembarcado en Europa, y ahora, entre las brumas invernales y el soplo frío de los vientos tracios, reanudaba sus peregrinaciones en dirección al Mediodía. Acompañado de Silas, atravesó el arco de triunfo que recordaba la batalla donde los triunviros aniquilaron a los últimos representantes del ideal republicano, y siguiendo la vía Egnatia, caminó durante cinco días, sin alejarse mucho de la costa. Al terminar la primera jornada encontraron una gran ciudad, Anfípolis, pero decidieron pasar adelante.

Un valle sucedía a una montaña, y a una montaña una laguna. El camino empedrado corría a veces a través de praderas o se escondía entre bosques espesos. Rodeado de plátanos y encinas pudieron ver los viajeros un monumento sepulcral, y sobre él un nombre famoso, el de Eurípides, el trágico. Pero si este recuerdo no les dijo acaso nada, al pasar por Estagira pensaron, seguramente, en el filósofo del Organon, cuyas teorías sobre la materia y la forma no ignoraba San Pablo. Llegaron a Apolonia, la ciudad más importante de la península Calcídica, pero tampoco allí se detuvieron; y es que, como dicen los Actos, «la sinagoga de los judíos estaba en Tesalónica».

Esto quiere decir que allí estaban el comercio, la industria, el movimiento y la riqueza. Desde que Casandro, hijo de Antípatro, la fundó y la puso el nombre de una mujer amada, Tesalónica era un centro de intercambio entre el Oriente y el Occidente, punto de confluencia de religiones y de razas, lugar de paso para los negociantes, los legionarios y prefectos que Roma enviaba hacia las regiones asiáticas. A través de la vía Egnatia, y en las naves del archipiélago, que encontraban allí un puerto seguro, juntamente con las mercancías se derramaban las ideas y las novedades. El eco que se levantaba en la metrópoli macedónica tenía resonancias lejanas. «Desde vosotros—dirá unos meses más tarde San Pablo—se ha difundido la palabra del Señor, no solamente en la Macedonia y en la Acaya, sino en todos los lugares» (1 Thes., 1, 8). Además, allí, entonces como hoy, había numerosos telares, donde se fabricaban tapices de lana de brillantes colores y ásperas telas de piel de cabra, que recordaban los tejidos de Tarso.

Salónica, ciudad llena de vida, como en los tiempos del imperio romano, guarda como recuerdo del paso de San Pablo un oratorio que se levanta en una de sus alturas, hoscas y peladas, entre un puñado de árboles. Por allí bajaron los dos misioneros un día invernal, después de recorrer, desde que salieron de Filippos, unos ciento cincuenta kilómetros. Un judío llamado Jasón, conocido, acaso, de uno de los viajeros, les ofreció su casa generosamente. Y empezaron a trabajar y a predicar. Desde el primer sábado Pablo se presentó en la sinagoga. Invitado a hablar, «comentó las Escrituras, declarando y demostrando que el Mesías debía padecer y resucitar de entre los muertos, y que ese Mesías es Jesús, a quien yo os anuncio» (Act., 13, 3). Un tema semejante desarrolló los dos sábados siguientes, esforzándose por disipar la quimera de un Mesías conquistador, a semejanza de un emperador romano, que los rabinos pretendían descubrir en los vaticinios proféticos. Fué inútil empeño. Sólo unos cuantos pidieron el bautismo; los demás se indignaron de tal modo ante la idea de un Mesías escarnecido y crucificado, que los misioneros no pudieron volver más a la sinagoga.

Afortunadamente, el número de convertidos había sido extraordinario entre los prosélitos y los gentiles preocupados de las cuestiones religiosas. San Lucas señala muy particularmente un núcleo selecto de mujeres de calidad, y una indicación parecida hace al hablar de las otras iglesias de Macedonia, donde la mujer tenía más libertad e influencia que en los demás pueblos helénicos. Los convertidos au-

mentaban diariamente, y eran, en su mayoría, gentes del pueblo, artesanos, ignorantes y honrados tejedores. Pablo los instruía «yendo y viniendo entre ellos», paseando por los jardines, cruzando las calles y, sobre todo, trabajando en sus casas, y especialmente en la casa de Jasón, su huésped. Trabajaba «día y noche» para ganarse el sustento, a fin de no ser pesado a nadie; hasta tal punto, que sus discípulos de Filippos, conocedores de la necesidad en que se encontraba, le enviaron recursos varias veces. Y mientras sus manos manejaban el cardador o la lanzadera, con sus labios hablaba de Jesús, exhortando a cada uno de sus compañeros de trabajo, «como una madre calienta entre sus brazos al hijo a quien da su pecho, consolándolos, conjurándolos a caminar de una manera digna del Dios, que les llamaba a su reino y a su gloria» (1 Thes., 2, 11-12). Y de esta manera íntima y familiar iba Pablo conquistando las almas.

Las ternuras de un gran espíritu tienen un hechizo casi imperioso, y cuando, como en aquel hombre admirable, iban acompañadas de un sacrifidio cotidiano, su seducción era irresistible. Poco a poco, con una voz ungida de pasión sagrada, va fomentando en sus neófitos el deseo de una vida heroica, la embriaguez de sufrir y de ser perseguidos por Cristo. En torno suyo se forma un ambiente de santa democracia, cimentada en la caridad evangélica. No consiente aquel ingenuo comunismo de los primeros días de la iglesia de Jerusalén; pero con su ejemplo sabe inclinar el corazón de los ricos hacia la necesidad de los pobres y reunir en la comunión de los misterios a los obreros humildes e incultos con las nobles damas de corazón delicado, en quienes ha hecho brotar el puro anhelo de la misericordia y el desinterés.

Era aquélla una predicación amorosa, pero sin adulaciones ni debilidades. Nada de sublimidades dogmáticas; las verdades corrientes, expuestas de una manera sencilla; la condenación de la codicia y de la concupiscencia; la enseñanza de los mandamientos del Señor Jesús; la exhortación a la vida pura y al amor fraterno. «La voluntad de Dios—decía el catequista—es vuestra santificación... No os ha llamado Dios a la impureza, sino a la santidad» (1 Thes., 4, 3-7). Y pocas veces alcanzó el Apóstol tan conmovedoras conquistas; su palabra, lo dice él mismo, no era recibida como palabra humana, sino como la voz de Dios (1 Thes., 2, 13); y tal fruto produjo en sus oyentes, que la iglesia de Tesalónica crecía y fructificaba, rica de virtudes, abundante de profetas, favorecida con toda suerte de carismas y obras prodigiosas.

Así pasaron varios meses, hasta que los judíos, implacables en sus odios, creyeron llegado el momento oportuno para dar el golpe contra los misioneros. Un día, la casa de Jasón apareció rodeada de una multitud harapienta, reclutada entre la gente maleante, que nunca falta en los grandes puertos, seleccionada entre la ralea de los barrios bajos, asalariada y bien aleccionada. Pablo y Silas estaban ausentes; pero los sediciosos se apoderaron de Jasón y algunos hermanos que estaban con él, y entre gritos ensordecedores los llevaron a la presencia de los dignatarios municipales, que en Tesalónica, ciudad libre dentro del imperio, llevaban el nombre de politarcas. Ya en el palacio de justicia, no cesaban de clamar: «Ved aquí a estos hombres que andan revolucionando el mundo y quebrantan los edictos del César, diciendo que hay otro rey a quien llaman Jesús» (Act., 17, 7).

El cargo era terrible. Por aquellos días, cualquier palabra menos respetuosa con respecto al príncipe—un solo gesto, la menor sospecha de traición—se convertían fácilmente en un crimen capital. Claudio se extinguía lentamente en su «áurea» del Aventino, rodeado de eunucos y mujeres intrigantes; y por todas partes las gentes se preguntaban quién empuñaría después de él las riendas del imperio. Y en aquel ambiente de cábalas e incertidumbre, Pablo levantaba las almas de sus discípulos sobre las preocupaciones de la tierra, y les decía: «Vuestro verdadero rey es Jesús.» Algunas frases como éstas bastaron a los judíos para vestir con apariencias de verdad aquella acusación de lesa majestad.

Los politarcas quedaron vivamente impresionados, pero no cayeron en la precipitación de los magistrados de Filippos, La presencia del gobernador romano en la ciudad estimulaba su celo por la dignidad imperial; pero, por otra parte, no dejaban de advertir la violencia del apasionamiento entre los acusadores. Y como no tenían delante a los verdaderos causantes de la sedición, se contentaron con exigir de Jasón una fianza que le obligase a responder de la paz en lo sucesivo. Fué la solución más suave y, al mismo tiempo, la más prudente. pero una solución que hacía imposible la permanencia de los misioneros en la ciudad. El alboroto podía reproducirse en cualquier momento; los enemigos no se detendrían ni ante el asesinato; y la misma comunidad cristiana quedaba bajo la amenaza de la persecución. Instados los hermanos, los misioneros se resignaron a dejar la ciudad. Salieron de noche, por temor a los espías, que acechaban en torno a la casa de Jasón, y algunos hermanos les acompañaron hasta ponerles en lugar seguro. Fué aquélla

una de las contrariedades que más sintió San Pablo en su carrera apostólica. El profundo cariño que tenía a los fieles de Tesalónica seguirá inclinando su corazón hacia aquella ciudad, donde había tenido tantos consuelos. «Con gran deseo he tratado de ver vuestro rostro—escribía a sus discípulos unos meses más tarde—. Una y otra vez he estado a punto de ir hasta vosotros, pero Satán lo ha impedido siempre.» La fianza de Jasón y los demás directores de la iglesia local seguía alejando al maestro de los discípulos. Mientras los politarcas no cesasen en su cargo o depusiesen su actitud, Pablo tendría cerradas las puertas de Tesalónica.

Ahora caminaba en dirección a Berea, ciudad del interior, pacífica y laboriosa. Dos días de marcha hasta divisar sus floridas huertas, adornadas de plátanos y rosales, de fuentes y cascadas. Atrás quedaba la montaña del Olimpo, en cuyas cimas nevadas tenían sus alcázares los dioses, a quienes el pobre perseguido debía destronar y aniquilar. También en Berea había una sinagoga, y, como siempre, Pablo se dirige a ella. Sabe ya cuál suele ser el resultado de su propaganda en los medios judaicos, pero nada puede torcer sus planes; y aquí su tenacidad se encuentra con una grata sorpresa. Sus compatriotas le escuchan admirados y complacidos. La novedad de aquel Mesías sin gloria que les predica el extranjero les sorprende al principio; pero, llenos de buena voluntad, investigan las Sagradas Escrituras, leen y discuten diariamente, y un gran número de ellos abre sus corazones a la fe. Era nobleza de alma, nobleza que no volvió a encontrar San Pablo en sus compatriotas y que rara vez se ha encontrado en una historia de veinte siglos. Los hijos de Israel siguen todavía obstinados en su ceguera, negándose a reconocer la redención del varón de dolores, del Enviado humilde, pacífico y expiador, que habían anunciado, pintado y cantado sus profetas. Las sombras y tristezas que aparecen en sus vaticinios no serían, según su cerril hermenéutica, más que símbolos y personificaciones de las calamidades con que Dios había de castigar a su pueblo.

Pero en Berea una gran parte de la colonia judía pidió el bautismo, y tras ellos las mujeres más nobles y elegantes de la ciudad, y no pocos paganos, que se asfixiaban en el ambiente desmoralizador de sus cultos idolátricos. Ni a sus más cercanos adoradores podían ya satisfacer las divinidades del Olimpo. Desgraciadamente, las noticias que Pablo recibía de Tesalónica eran poco tranquilizadoras. Una tormenta furiosa se había desatado sobre aquella cris-

tiandad recientemente formada, y por mucho tiempo la iglesia de Tesalónica continuará envuelta «en la aflicción y en las tribulaciones» (2 Thes., 1, 4). La saña de los judíos no se saciaba nunca. Ellos eran los principales instigadores de la persecución, como se desprende de estas palabras paulinas: «Esos hombres, que mataron al Señor Jesús, y a los profetas, y nos expulsaron a nosotros, no agradan a Dios; son los enemigos del género humano cuando quieren impedirnos hablar a los gentiles para su salvación, a fin de colmar la medida de sus pecados en todo tiempo. Pero la ira de Dios viene apresuradamente sobre ellos y durará hasta el fin» (1 Thes., 2, 15-16). Así mantenía el Apóstol fresca la profecía de la ruina de Jerusalén y la catástrofe de toda la nación, para estimular la fe de los primeros cristianos, y al mismo tiempo consolaba a los perseguidos, presentándoles la contradicción como la compañera inseparable de la vida cristiana. «Hermanos míos—les decía—, os habéis hecho semejantes a las iglesias de Dios que hay en la Judea, reunidas en Jesucristo, por haber sufrido de los de vuestra propia nación las mismas persecuciones que ellos sufrieron de los judíos.»

Pero no faltaban tampoco dificultades internas que amargaban, acaso más, el ánimo del Apóstol. En su predicación había recordado a los neófitos las visiones de Jesús acerca de la consumación de los siglos. Desde que había visto al Señor en el camino de Damasco, vivía en el presentimiento constante de la parusia, suspiraba con todo su ser por aquella evidencia fulgurante que había de beatificar al mundo. «Ven, Señor; Maranatha», eran expresiones que se oían frecuentemente en sus labios, y que de él tomaron las primeras iglesias orientales. Que el Señor Jesús apareciese con los ángeles de su poder, en el resplandor de su gloria, para ser glorificado en sus santos y dar su merecido a los que no escuchan el Evangelio, tal era su deseo más ferviente (2 Thes., 1, 8-9).

Y todas las iglesias primitivas vivieron con esta preocupación del próximo advenimiento de Cristo. El mundo romano se agitaba con trágicos terrores, locos e imbéciles dirigían el imperio, se hablaba de cometas, lluvias de sangre, nacimientos monstruosos, y las infamias del palacio imperial sembraban el pánico en los corazones. Judíos y cristianos consideraban estos sucesos como presagios de una catástrofe cósmica o de una revolución social. ¿No había hablado el Salvador con toda claridad de su segunda venida? Las últimas palabras de los ángeles, cuando los cielos se cerraron detrás de Él, eran una alusión explícita a la parusia: «Como le habéis visto subir

al cielo vendrá en su día.» ¿Y cuándo llegaría ese día, el último para el dolor y para el pecado, el primero para el triunfo y para la gloria? Los pobres perseguidos no acertaban a comprender su tardanza, y en medio de su angustia clamaban: «Señor, ¿por qué no defiendes nuestra sangre? ¿Por qué Tú, que eres el santo y el verdadero, no vienes para juzgar a los habitantes de la tierra?» Y el vidente de Patmos les consolaba diciendo: «Aguardad todavía un poco de tiempo, hasta que se cumpla el número de vuestros hermanos.»

Los fieles de Tesalónica eran de los más impacientes. Interpretando mal ciertas palabras de Pablo, algunos de ellos, iluminados o charlatanes, desmoralizaban a sus compañeros diciéndoles que de un día para otro se terminaría el mundo. ¿Cómo sucedería esto?—se preguntaban—. ¿De qué manera será la resurrección de los muertos? Y los que viven todavía, ¿cómo irán a la presencia del juez supremo? Tales eran las cuestiones que se discutían en la asamblea de la comunidad; y no eran pocos los que de aquel anuncio sacaban las consecuencias más perniciosas. «Si todo va a ser destruído —se decían—, es inútil trabajar.» Y aquellos buenos artesanos, obreros de los telares y del puerto, con el pretexto de orar como se recomendaba en el texto evangélico, se entregaban al ocio, a la charlatanería, al visionarismo y a la mendicidad.

Cuando los primeros rumores de estos sucesos llegaban a los oídos del Apóstol, apareció en Berea un grupo de judíos, enviados de Tesalónica, para impedir la predicación del Evangelio. Y se sirvieron allí de los mismos medios que les dieron tan buen resultado en la metrópoli: el Apóstol fué presentado como un enemigo del César; la canalla gritó para ganar las dracmas que se le ofrecían; los magistrados municipales intervinieron, utilizando, acaso, el mismo procedimiento que los de Tesalónica, y Pablo no tuvo más remedio que salir de la ciudad. Como el odio se concentraba en su persona, Silas pudo quedarse, y con él Timoteo, que acababa de venir de Filippos. Acompañado de algunos discípulos, el Apóstol recorrió con todo sigilo la distancia de veinte millas que le separaba de la costa.

CAPITULO XV

SEGUNDA MISIÓN.—EN LA HÉLADA.—ATENAS.—EL PUEBLO ATENIENSE.—PABLO EN LA ESCUELA DE SÓCRATES.—CONGOJAS Y TRISTEZAS.—ESFUERZOS INÚTILES.—EL DIOS DESCONOCIDO.—EN EL AREÓPAGO.—DISCURSO DE PABLO. (52.)

El tumulto de Berea obliga a Pablo a salir de Macedonia; todas las sinagogas de la tierra conjuran e intrigan contra él bajo la influencia de los agitadores tesalonicenses. Timoteo y Silas estaban a su lado; pero ellos podían quedarse; sólo el maestro tenía el privilegio de levantar las violencias del odio judaico. Y ahora caminaba hacia el Sur, hacia la Hélada, famosa tierra de pensadores y de artistas. Sigue, como siempre, el método de penetración que se ha trazado desde el principio. Un conquistador no se detiene a rendir una tras otra todas las aldeas que encuentra en su camino. Se adueña de las plazas fuertes, y su conquista le pone en posesión del país. Este mismo plan sigue el Apóstol: su labor se desarrolla en los puntos estratégicos, en los puertos de mayor movimiento y en las ciudades situadas sobre las grandes vías comerciales. Enciende su faro en las cumbres a fin de iluminar el país circundante.

Cumbre espiritual del mundo seguía siendo en el siglo primero la ciudad de Pericles. Siglos hacía que había perdido su importancia política, ya no daba filósofos al mundo, ya no producía artistas ni poetas; pero aún era la ciudad de la belleza, la meta del turismo, la cifra de un inmenso pasado y el centro universitario por donde debían pasar todos los jóvenes distinguidos del imperio antes de terminar su carrera. Virgilio y Cicerón, Atico y Pompeyo, César y Varrón, habían cruzado sus calles, empapando el espíritu en la poesía de los recuerdos y en la grandeza de las ideas. Ante todo, allí se iba a evocar y admirar, a enriquecer la imaginación con el con-

tacto de los bellos mitos nacionales y a deleitar la vista con las obras maestras que generaciones de artistas habían sembrado en sus calles, en sus jardines, en sus plazas y en sus santuarios. Pero no faltaba tampoco un enjambre de gramáticos, retores y sutiles discutidores, degenerados descendientes de Aristótelcs y Zenón, que se daban a sí mismos el nombre de filósofos.

Cuando el Apóstol desembarcó en el Pireo, después de una semana de navegación a través de aquel mar, donde las flotas atenienses habían hecho famosos los nombres de Marathón y Salamina, despidió a los discípulos de Berea, que le habían acompañado en la travesía, y por vez primera en sus largos años de vida misional se quedó sin tener con quien comunicar sus impresiones y desahogar sus tristezas. Solo, en medio de una multitud entregada al goce de la belleza, al vértigo de los placeres y a la gimnasia de las discusiones. Pero él, que se hacía todo para todos, en Atenas se va a presentar cemo un ateniense. El capítulo que San Lucas dedica a este momento culminante de la segunda misión de su héroe nos le hace ver envuelto en una luz genuinamente ática por su delicadeza y su claridad. Pablo sabe dónde se encuentra y consigue ponerse a tono con el ambiente. Esta facilidad que tenía para adaptarse a todos los pueblos que le acogen es uno de los rasgos característicos de su genio. Su doctrina es siempre la misma; pero no la expone de la misma manera a los judíos que a los paganos, ni va a hablar con el mismo tono a los paganos de Atenas que a los de Lystris. Apasionado siempre, sabe dominar sus impulsos y refrenar sus prejuicios judaicos. Frente a la filosofía, no es la suya aquella actitud de lucha que adoptarán los apologistas en el siglo II. Al contrario, sigue la conducta que aconseja a sus discípulos con estas nobles palabras: «Portaos sabiamente con aquellos que están fuera de la Iglesia, aprovechando la oportunidad de esta vida. Vuestra conversación sea siempre con agrado, sazonada con la sal de la discreción, de suerte que acertéis a responder a cada uno como conviene» (Col., 4, 5-6). Puede decirse que con este proceder la sal ática entraba a formar parte de la ética cristiana; y la cortesía, la elegancia de maneras quedaban para siempre clasificadas como un elemento importante de la vida religiosa. Escribiendo a los filipenses, San Pablo expresa, en una forma todavía más exquisita, este pensamiento, cuando les dice: «Por lo demás, hermanos, todo lo que es conforme a la verdad, todo lo que respira pureza, todo lo justo, todo lo gracioso, todo lo agradable, cualquier excelencia, cualquier mé-

rito, tenedlo bien en cuenta», observadlo, imitadlo dondequiera que se encuentre (Phil., 4, 8).

Tal va a ser su proceder en la capital del mundo helénico. Cuanto allí ve, le repugna y le desazona. San Lucas lo dice expresamente: «Acongojábase su espíritu viendo la ciudad entregada a la idolatría.» Nunca hasta entonces había visto con más claridad hasta dónde llegaba el poder del paganismo sobre las almas: el pueblo más inteligente de la tierra, el que más adentro había logrado penetrar en las verdades de la teodicea, estaba más preso que ningún otro por el hechizo de los ídolos, que se le presentaban con una luz deslumbradora, con la magia de una belleza irresistible. Dominando la ciudad se levantaba la masa imponente de la Acrópolis, y en su cima los mármoles del Parthenon parecían llenarse de vida cuando el sol se levantaba del mar. Un no sé qué de vibrante y deslumbrador, como el aire que palpita en la prolongación de una llama, parecía desprenderse de la sagrada colina, dando a los extranjeros la sensación de las cosas que se llenan de una vida inmortal.

Pero lo que deleitaba y emocionaba a los demás visitantes, al misionero de Tarso llenábale de tristeza y de horror. También a él debieron acercarse los periegetas, ofreciéndose a enseñarle por un dracma en el templo de Asklepios la coraza sármata, hecha, según decían, de cuero de caballo, o la estatua de Athena Polios, prodigio del cincel de Fidias, y junto a ella una silla antigua, obra de Dédalo; o la espada del jefe de la caballería persa, que se guardaba en el templo de la Victoria. Y el Apóstol se retiraba indignado; pero dondequiera que volvía los ojos no veía más que templos, edículos, estatuas, ex votos, monumentos, imágenes de dioses, de diosas, de héroes, de sátiros y de cíclopes. Las falsas divinidades triunfaban en cada pórtico, en cada santuario, en cada esquina, bellas, tranquilas, innumerables. Unos años más tarde podrá decir Petronio que en Atenas era más fácil encontrarse con los inmortales que con los hombres. ¿Qué le importaban a Pablo la armonía de las líneas, la gracia de las formas, el esplendor de los mármoles, si en todo aquello no había más que una usurpación sacrílega de la gloria debida al Dios que le enviaba? «Los griegos buscan la sabiduría—dirá más tarde—, pero nosotros predicamos a Cristo crucificado..., que es locura para los griegos, si bien para los que han sido llamados a la fe, tanto judíos como griegos, es Cristo la virtud de Dios y la sabiduría de Dios» (1 Cor., 1, 22-24).

El mismo desencanto cuando se volvía hacia aquel pueblo tan

celebrado por su ingenio y su vivacidad. Era, ciertamente, un pueblo inteligente y lleno de espíritu; pero al mismo tiempo ligero y despreocupado; brillante y superficial, más fanfarrón que patriota, más que fuerte, inquieto. Los espectáculos le enloquecían, los bellos discursos le apasionaban. Sentarse en el ágora, pasearse bajo los pórticos, abordar a los desconocidos, comentar la última noticia, reírse de la última novedad era la ocupación de la mayor parte de los ciudadanos. Como en tiempo de Demóstenes, el ¿qué hay de nuevo? era la fórmula que aparecía irremediablemente en todas las conversaciones. La devoción externa reemplazaba a la verdadera religiosidad. En su amor por las imágenes podían gloriarse los atenienses de no haber olvidado a ninguno de los dioses: ni a los más oscuros ni a los más humildes. Recorriendo la ciudad, andando el camino que entre plátanos y rosales llevaba al antiguo puerto de Muniquia, Pablo tropezó con un ara, que fué para él el monumento religioso más interesante de la ciudad. Sobre ella leyó esta dedicatoria: «Al Dios desconocido.» El descubrimiento se prestaba a toda suerte de reflexiones, y el misionero no tardará en aprovecharlo. Por de pronto, iluminaba su espíritu con un rayo de esperanza. En todos aquellos templos, en todas aquellas estatuas, no había visto más que divinidades que el genio de la ciudad se había formado a su imagen y semejanza: símbolos frágiles, humanos, de las fuerzas naturales, encarnaciones de las pasiones y de los instintos, personificaciones de la fuerza y del placer. Pero allí encontraba, tal vez, al Dios único y perfecto que habían entrevisto algunos sabios, al Dios infinito y misericordioso que él venía a revelar.

En medio del desaliento que había invadido su alma desde que desembarcó en aquella tierra, no le faltaron algunos motivos para confiar. Como siempre, había empezado a hablar en la asamblea de los judíos y de los que temían a Dios; pero estos primeros oyentes permanecieron sordos a su llamamiento. Ni le hicieron caso ni se amotinaron contra él; la indiferencia completa, lo que más entristecía al predicador. Diríase que la sinagoga se había contagiado con la frivolidad del ambiente.

Al mismo tiempo se esforzaba por trabar conversación con las multitudes, que hormigueaban en el ágora a todas horas del día. Allí paseaban los ociosos, allí disertaban los retores, allí vendían su ciencia los filósofos, allí afluían los magistrados y las gentes del pueblo. Era un lugar de tráfico, y al mismo tiempo mercado de ideas y palabras. Entre los puestos de perfumes y de flores, de libros y de

esclavos; entre los gritos de los mercaderes que pregonaban los higos de Caria, las ostras de Quios o la miel de Himeto, recitaban los versificadores sus poemas y exponían los maestros sus doctrinas. Uno, que se decía discípulo de Platón, glosaba sus sueños sobre la transmigración de las almas, las expiaciones del Hades y el renacimiento en un mundo superior; otro, discípulo del Pórtico, hablaba de la fuerza misteriosa que existe en la Naturaleza, como una condición esencial de la materia, y que da a todo objeto sensible la unidad, la actividad y la forma; otro, partidario de Epicuro, presentaba su teoría del placer, buscado con prudencia, siguiendo los instintos naturales, pero moderadamente, sin abusar; porque el exceso engendra el dolor, rompe el equilibrio, turba la tranquilidad del alma, que es el placer más seguro. En Atenas, como en Roma y en Tarso, dominaban los estoicos y los epicúreos, y aunque unos y otros se confundían en un materialismo grosero y en un egoísmo brutal, no cesaban de discutir, lanzándose mutuamente argumentos sutiles y envenenadas palabras.

Pablo se esforzaba por alternar con ellos y mezclarse en sus discusiones aprovechando la primera coyuntura para exponer su doctrina. En la ciudad de Sócrates, que no había muerto por completo, el discípulo de los rabinos se hacía socrático. Comprendiendo la psicología especial de su auditorio, trata de presentarle el Evangelio en su aspecto más luminoso y riente. Habla de Cristo, ciertamente; pero más que en sus humillaciones se detiene en la gloria de su resurrección. Esta palabra, resurrección, Anástasis, desconcierta a sus oyentes; creen que se trata de alguna diosa a quien hay que adorar en compañía de Jesús; y ya imaginan una nueva pareja de divinidades, como Zeus y Hera, como Isis y Osiris. Al principio le escuchaban con curiosidad: era una cosa divertida ver a aquel semita empeñado en revelar con gestos nerviosos, con frases alborotadas, un nuevo secreto del Oriente. Pero, al advertir que el extranjero venía a enriquecer su panteón, movían burlonamente la cabeza y desfilaban diciendo: «Es un buhonero de divinidades exóticas; anuncia a Jesús y Anástasis». Otros se reían de él y le llamaban «spermólogo», que quiere decir tanto como parásito y vividor, y lo comparaban al gorrión atrevido, tenaz e importuno, que dando saltos se mete a picotear las migajas de alimento que se les caen a los transeúntes. Así caminaba Pablo por el ágora, de grupo en grupo, buscando el alma de buena voluntad que había sido destinada para creer. Pero su palabra parecía caer en el vacío. La costumbre

de oír constantemente a todos los retóricos, charlatanes y teorizantes que afluían a sus pórticos había dejado en el ateniense un sedimento de escepticismo y despreocupación que le impidió oír la voz del cielo en medio de la algarabía de sus sofistas.

Sin embargo, el misionero no cejaba; y un día logró que ciertos espíritus más reflexivos le tomasen en serio; y asiendo de él —dice San Lucas—le llevaron al Areópago, diciéndole: «¿Podrías darnos una exposición completa de tu doctrina? Extrañas son esas cosas que enseñas, y quisiéramos conocerlas con claridad» (Act., 17, 19-20). Son discípulos de Zenón y Epicuro los que hablan, profesores de una ciudad universitaria, que quieren poner a prueba la capacidad de aquel nuevo contrincante para disputarles el campo. Le juzgan como uno de tantos arribistas, ávidos de renombre y de dinero, que llegan diariamente a aquel gran centro intelectual. No es sólo curiosidad la suya, es también un poco de suspicacia ante una intromisión peligrosa. Y allí está el senado del Areópago para vigilar la enseñanza pública, para autorizar a los profesores, para asegurar la educación de la juventud. Fué el Areópago quien, a petición de Cicerón, dió un decreto invitando a Gratipo, el filósofo peripatético, para dar clases en Atenas, y Quintiliano habla de un joven condenado por aquella asamblea, porque se entretenía en arrancar los ojos a las codornices.

Pablo no ambicionaba títulos ni calificaciones; pero se le ofrece una gran ocasión de anunciar a Cristo delante de lo más granado de la sociedad ateniense, y en aquel lugar famoso, donde, según la leyenda, los dioses se habían reunido para juzgar a Marte. Sin hacer resistencia, sube la escalera de mármol que, partiendo del ágora, llevaba hasta la colina de Ares, en la parte occidental de la Acrópolis. Una muchedumbre bulliciosa le sigue, atraída por aquella fiesta de palabras que se le ofrece, ávida de imágenes rutilantes, de refinamientos de estilo, de períodos armoniosos y de retruécanos sutiles. Los areopagitas, los notables de la ciudad, ocupaban ya sus asientos cavados en la roca, según la tradición milenaria de los miembros del gran tribunal. En medio del hemiciclo estaba el pequeño propagandista judío, blanco de millares de miradas. Delante de él la mole majestuosa del Partenón; a los lados otros templos y monumentos famosos: el Erechteion, los Propyleos, el santuario de Themis vengadora; en el fondo, la ciudad más ilustre del mundo por su historia literaria, y en torno, algunos jirones del mar y la línea oscura de las montañas; la fina espuela del Pnix, la cima pun-

tiaguda del Lycabete, y la cresta alargada del Hymeto, rico de esencias de tomillo y mejorana.

Y en medio de aquel pueblo innumerable de dioses muertos, en presencia «de los hijos felices del Erecteo, que andaban en un aire puro lleno de claridad y dulzura», iba a resonar de una manera solemne el nombre inmortal de Cristo, triunfador del Olimpo y del Partenón: «Varones atenienses—dijo Pablo con voz poderosa, que se prolongaba hasta las multitudes apostadas al pie de la colina o entre los pórticos de los templos—, he podido observar que vosotros sois casi nimios en materia de religión, porque al pasar contemplando las estatuas de vuestros dioses he encontrado también un altar con esta inscripción: «Al Dios desconocido.» Pues ese Dios, a quien vosotros adoráis sin conocerle, es el que yo vengo a anunciaros.»

Estas palabras levantaron un murmullo de curiosidad. El exordio era habilísimo. Aquella alusión a la religiosidad del público era una alabanza y una ironía a la vez. La palabra de que Pablo se había servido significaba al mismo tiempo devoto y supersticioso. El recuerdo del ara al Dios anónimo, con que, tanto griegos como romanos, pretendían atraerse la benevolencia y la protección de las divinidades desconocidas, era también una llamada de atención al espíritu de los oyentes. En todo el discurso resplandece una divina elegancia, en el sentido geométrico de la palabra, elegancia en la novedad, en la claridad, en la precisión, en la rapidez de la expresión y de la idea; un máximo de eficacia con un mínimo de medios. Seguramente el filósofo pagano Longinos pensaba en esta arenga famosa cuando colocaba a Pablo de Tarso entre los oradores más grandes de Grecia.

El público está suspenso de los labios del orador, que le va a resolver el enigma del Dios desconocido. «Es el Dios que crió el mundo y todas las cosas contenidas en él—continúa Pablo, dirigiendo su diestra hacia el Partenón con tranquilo anatema—; el Señor del cielo y la tierra, que no está encerrado en templos fabricados por hombres, ni necesita del servicio de las manos de los hombres, como si estuviese menesteroso de alguna cosa; antes bien, Él mismo está dando a todos la vida y el aliento y todo cuanto tienen.»

Estas palabras debieron ser ya menos agradables a los oídos de aquellos hombres, tan orgullosos de sus templos y sus estatuas; pero el embajador de Cristo debía necesariamente decir la verdad. Y la dice en un lenguaje claro, racional, inteligible a los helenos cultos,

envolviendo a la idolatría en aquel anatema que lanzará más tarde escribiendo a los romanos, aunque sus expresiones son ahora más suaves, más veladas, menos vehementes. No se detiene en la prueba de la existencia de un Dios supremo, reconocido ya, por lo menos teóricamente, en casi todas las escuelas, gracias a la influencia de los neoplatónicos; pero observando que entre sus oyentes hay un gran número de estoicos y epicúreos, insiste en el dogma de la Providencia, desfigurado por unos y por otros. Y hablando de la naturaleza de Dios, y de nuestras relaciones con Él, añade: «Es el que de uno solo ha hecho nacer todo el linaje de los hombres para que habitase la vasta extensión de la tierra, fijando el orden de los tiempos y los límites de la habitación de cada pueblo, para que buscasen a Dios, por si, rastreando y como palpando, pudiesen por fortuna hallarle, como quiera que no está lejos de cada uno de nosotros, porque dentro de Él vivimos, nos movemos y existimos, y, como algunos de nuestros poetas dijeron: «Somos de un mismo linaje.»

Otras verdades que debieron herir la susceptibilidad de los atenienses: ya no hay helenos ni bárbaros; contra lo que decían las cosmogonías paganas, la unidad de la especie humana viene a borrar todas las diferencias; un solo Dios vela sobre todos los pueblos, distinguiéndolos por los ríos y las montañas; y ordenando la armonía de las estaciones, que producen la salud y la fecundidad: doctrina de la providencia; ese Dios a quien desconocen los griegos, a pesar de la fama de sus sabios, está al alcance de la inteligencia humana; es necesario buscarle y es posible conocerle. Él está en nosotros y nosotros en Él. Los estoicos le reconocían. Estamos en Él, no solamente porque somos como una pluma perdida en su inmensidad, sino porque Él es la causa eficiente que nos infunde en cada instante la vida, el movimiento y el ser. Somos de su linaje, estamos hechos a su imagen y semejanza, y aunque ni Arato en sus *Fenómenos*, ni Cleanto en su himno a Júpiter, habían dado a esa frase el mismo sentido que Pablo, no dejaba de encerrar una verdad profunda. Y dando un paso más, el orador, después de haber presentado la inmensidad de Dios reflejada en su soberano dominio sobre el cielo y la tierra, deduce su espiritualidad de su condición de causa ejemplar del hombre: «Siendo, pues, nosotros del linaje de Dios, no debemos imaginar que el ser divino sea semejante al oro, a la plata, al mármol, de cuya materia ha hecho las figuras el arte o la industria humana.»

Todas estas consideraciones, a pesar de la audacia que suponían

y de la originalidad que encerraban, entraban dentro del dominio filosófico. y aunque contrarias a los conceptos del panteón popular, fueron escuchadas con religioso silencio; pero era difícil o, por mejor decir, imposible que un auditorio como aquél recibiese sin protestas la exposición de los fundamentos de la cristología evangélica. Y esto era precisamente el objeto pincipal del discurso. Pablo sólo pudo pronunciar una frase incompleta para siempre. Primero, unas palabras que debieron sonar muy duramente a los pies mismos de Palas Atenea, en la ciudadela de todas las tradiciones científicas: «Dios cerró los ojos sobre estos tiempos de ignorancia» grosera, los tiempos de Solón y de Tales de Mileto, de Epicuro y de Zenón, de Sócrates y Aristóteles. Pero, ¿qué iba a decir aquel judío despreciable que no hubieran dicho estos grandes maestros? El auditorio empezó a inquietarse; los mismos filósofos, que hasta entonces habían reconocido en el orador, si no la pureza del estilo clásico, por lo menos una gran originalidad y un dominio poco común del arte de la palabra, se miraban unos a otros estupefactos. Las reminiscencias de sus poetas, las expresiones que ellos barajaban constantemente en su lenguaje técnico y en sus liturgias politeístas, les habían causado grata sorpresa. Aquellos panteístas de la Stoa debían oír con agrado expresiones como éstas: «En Él vivimos, nos movemos y somos». Así como aquella otra palabra: lo divino, con que filósofos y poetas expresaban el concepto vago y confuso que tenían de la naturaleza superior y trascendente. Pablo se las apropia, dándoles otro contenido, llenándolas de precisión y de claridad, poniendo en ellas la riqueza del espíritu de Cristo.

La actitud de aquellos hombres cambia repentinamente. Si no han entendido mal, se les ha llamado ignorantes, a ellos, que son los maestros de los amos del mundo. Unos se ríen de la petulancia del extranjero; otros dejan caer palabras hirientes y desdeñosas. No obstante, parecen todavía dispuestos a oír la gran revelación que habían ignorado los fundadores de sus escuelas. Y ¿cuál es? Que es preciso borrar el pasado, que hay que doblar la rodilla y confesar con humildad la terrible ignorancia. «Ahora Dios intima a los hombres que todos, en todas partes, hagan penitencia, por cuanto tiene determinado el día en que ha de juzgar al mundo, con rectitud, por el hombre a quien ha designado acreditándole a la vista de todo el mundo con haberle resucitado de entre los muertos...» (Act., 17, 22-32).

Pablo no ha querido pronunciar el nombre de Jesús, no ha que-

rido todavía llamarle Dios, creyendo, acaso, de este modo continuar con la benevolencia de su auditorio; pero sus últimas palabras, tan familiares para nosotros después de veinte siglos de Cristianismo, levantaron entre los atenienses una tempestad de protestas, de burlas y de insultos. Aquellas alusiones a la resurrección y al juicio último les parecieron indignas de un filósofo; tal vez alguno recordaba que también Platón había dicho que la mosca vuelve a la vida si se echa sobre ella un puñado de ceniza; pero, en general, todos estaban pesarosos de haber dado demasiada importancia al soñador israelita. La voz de Pablo fué incapaz de dominar el tumulto: unos se levantaron, otros desfilaron hacia el ágora, y unos cuantos, menos groseros, disimularon su decepción en esta fórmula no exenta de ironía: «Sobre esto te oiremos en otra ocasión.»

El espíritu de Atenas parecía opuesto al de la religión de Jesús. Su triunfo estaba en el dominio del arte, en la belleza plástica, en la alegría de vivir. Allí no tenían sentido las bienaventuranzas evangélicas ni el anuncio de una vida bienaventurada. Era inútil hablar del reino de los cielos a un pueblo para quien el cielo estaba en la tierra; y, donde el más grande de los filósofos había dicho que cualquier hombre en quien resplandeciese la belleza de las estatuas de Fidias debía ser adorado, era absurdo predicar la divina belleza de un Dios escarnecido y crucificado. Y Pablo, que desde su entrada en Grecia se había sentido abrumado por una mortal congoja, salió de Atenas sin poder reconciliarse con ella, asqueado de aquella frivolidad, de aquella ligereza, de aquella incapacidad para lo serio y profundo de la vida. Marchó solo, después de permanecer allí apenas un mes. Timoteo había venido, entre tanto, de Tesalónica, portador de las noticias más inquietantes. El odio de los judíos seguía persiguiendo a los fieles, y para «exhortarlos y confirmarlos» el Apóstol tuvo que enviar allí nuevamente a su discípulo. Su corazón temblaba por la pobre iglesia perseguida. «¡Oh, si el que tienta os tentase a vosotros y se perdiese nuestro trabajo!»—les escribía algo más tarde. En Atenas quedaba sólo un pequeño grupo de neófitos, entre los que figuraban un miembro del Areópago, llamado Dionisio, que será el primer obispo de la ciudad, y una mujer, de nombre Damaris—ternerilla—, que era, acaso, una hetaira culta y distinguida. En la ciudad de Aspasia, una mujer de buena posición difícilmente hubiera hallado coyuntura para oír al Apóstol.

CAPITULO XVI

Segunda misión.—Corinto.—En el taller de Priscila.—Contradicciones en la Sinagoga.—Persecuciones.—Desaliento. La voz.—Trabajos y victorias.—Primera epístola a los tesalonicenses.—Inquietudes.—Segunda epístola a los tesalonicenses.—El estilo de Pablo. (52-53.)

«Después de esto—dice San Lucas—, Pablo, saliendo de Atenas, vino a Corinto» (Act., 18, 1). Vino pasando las aguas purificadoras del Iliso, bordeando los muros de Eleusis, la de los misterios famosos, y de Megara, o tal vez surcando el golfo Salónico, si es que subió a algún navío en los muelles del Pireo. Iba a otro de los grandes centros cosmopolitas del Imperio romano. Desde la lejanía se presentó a sus ojos la enhiesta cima de la ciudadela, que no era ya nido de arrogancias bélicas, como dos siglos antes, cuando sus defensores arrojaron inmundicias sobre los enviados de Roma, sino asiento de prostíbulos sagrados y de místicas orgías. En la cúspide adoraba Corinto a su patrona, la Venus Pandemos, la personificación de todos los instintos bestiales. Mil sacerdotisas servían su templo y recibían a los adoradores; mil sacerdotisas tan hábiles para despojar al extranjero, que los artistas y los poetas las pintaban con garras de león y uñas de águila. Muchos perdían allí su fortuna, y en todas las costas mediterráneas corría este refrán: «No todo el mundo puede ir a Corinto.» Iban los patricios ilustres, los peregrinos acaudalados, los ricos turistas del Tíber y del Nilo, la juventud ávida de gustar las emociones del deporte, que allí se ofrecían cada dos años con el nombre de Juegos Istmicos, y que dejarán honda impresión en la mente del viajero de Tarso.

Pero la ciudad de los placeres era al mismo tiempo la metrópoli del tráfico y de la riqueza. Destruída completamente durante

la última lucha de los griegos por su independencia (146), había logrado poco tiempo después de su reconstrucción rivalizar con Alejandría. César la favorecía con su protección; Marco Tulio la llamaba «luminar de toda la Grecia». Corrientes heterogéneas de colonos, libertos, soldados, fabricantes, marinos y gladiadores, se habían fundido en una amalgama hirviente y alborotada. Era la intermediaria entre el Oriente y el Occidente, una cabeza con dos brazos inquietos y potentes sus dos puertos, el de Kencres, que dominaba el mar asiático, y el de Lequea, que se abría a las embarcaciones de Italia y España. Quinientos mil esclavos trabajaban en sus cercanías, llevando el cargamento de una parte a otra, remando en las barcas innumerables, confeccionando las famosas ánforas corintias, que los senadores romanos pagaban a precios exorbitantes; exportando las barras bermejas del bronce famoso de Corinto, que debía brillar en todas las casas elegantes. Corinto trabajaba, atesoraba, se divertía, jugaba a los dados entre la tibia caricia de su mar y bajo la sonrisa indulgente de su diosa.

Pablo entraba en Corinto lleno de esperanzas. La potencia de Mammón y los demonios de la carne le parecían menos temibles que el orgullo pedantesco de la falsa ciencia. Como siempre, fué a buscar alojamiento en el barrio judío, y allí tropezó con un matrimonio que le ofreció la más generosa hospitalidad. El marido se llamaba Aquila y la mujer Priscila; los dos eran originarios del Ponto y entendían en el oficio de fabricar tiendas. Pertenecían a esa clase de artesanos nómadas que iban de ciudad en ciudad, según se lo aconsejaban las exigencias del negocio. Más tarde los encontraremos en Efeso, después volverán a Corinto, para establecerse nuevamente en el Asia Menor. Ahora venían de Roma, donde un decreto del emperador Claudio acababa de hacer imposible la permanencia de los judíos. Nos lo dice Suetonio con estas palabras: «Arrojó de Roma a los judíos, que no cesaban de agitar la ciudad a impulsos de Cristo.» En la capital del Imperio se había repetido el caso de Antioquía, de Pisidia, de Tesalónica, de todas ciudades donde frente a la sinagoga había empezado a levantarse una iglesia. Los judíos se habían alborotado, habían intrigado, turbando la paz de los barrios del Tíber. Quisieron escarmentar a los desertores, pero el castigo cayó también sobre ellos. El nombre de Cristo era la causa de aquellos conflictos, aunque el historiador, confusamente informado, haga de él un personaje que sembraba la discordia en el *ghetto* romano.

Llegados a Corinto, Aquila y Priscila alquilaron una casa, y en ella establecieron su industria. No habrían pasado más que tres o cuatro meses cuando llamó a sus puertas el predicador del Areópago; y juntamente con la hospitalidad encontró allí afecto, trabajo y fe. Según parece, los dos esposos habían recibido ya el bautismo en la ciudad del Tíber. Eran discípulos de Jesús, y figurarán entre los más abnegados servidores de la Iglesia primitiva. Más tarde hará de ellos San Pablo este magnífico elogio: «Saludad de mi parte a Priscila y Aquila, que han trabajado conmigo en el servicio de Jesucristo, que han expuesto su cabeza por mí y a quienes no solamente yo, sino todas las iglesias de los gentiles, están agradecidas.»

En la casa de Aquila, Pablo era un obrero más. Su huésped hubiera querido evitarle fatigas y preocupaciones materiales; pero él no consentía privilegios ni distinciones. Superior a la fatiga, ejemplar en la obediencia, trabajaba día y noche, según su propia expresión, para no tener que deber nada a nadie. Antes que vivir en la abundancia prefería sufrir el hambre y la sed, y andar con vestidos viejos y remendados, como le sucedió no pocas veces durante su estancia en Corinto. Cada sábado se dirigía a la sinagoga, donde hablaba a sus compatriotas, «haciendo entrar en su discurso el nombre del Señor Jesús y persuadiendo a judíos y a griegos». Aunque se encontraba en una ciudad helénica, en la ciudad donde residía el procónsul de Acaya, su predicación era austera y sencilla.

Aleccionado por la experiencia de Atenas, había resuelto presentarse, no con bellos discursos, no con los resortes de la elocuencia y sabiduría humanas, sino con la simple exposición de los dogmas evangélicos. «Al venir a vosotros—dirá más tarde a los corintios—determiné no saber otra cosa que Jesucristo, y Jesucristo crucificado» (1 Cor., 2, 1-2). Esta táctica obtuvo los más consoladores resultados. Pero al multiplicarse las conversiones, nació la oposición de los incrédulos. A las pocas semanas, el misionero ya no pudo hablar en la sinagoga; desde que pronunciaba el nombre de Jesús estallaba una tempestad de gritos, insultos y blasfemias, que ahogaban su voz y le obligaron a ocultarse. Un día, antes de abandonar la cátedra, cogió su manto, le sacudió sobre los blasfemadores y pronunció estas palabras de despedida: «Que vuestra sangre sea sobre vuestra cabeza; yo soy inocente de vuestra perdición; desde este momento me dirijo a los gentiles.»

Cerca de la sinagoga tenía su casa un prosélito latino, llamado Ticio Justo, y en ella estableció Pablo el primer santuario de Co-

rinto; allí predicaba y ofrecía los sagrados misterios, no sin proseguir sus tareas materiales en los talleres de Aquila. La llegada de Silas y Timoteo, que venían de Macedonia con algunos subsidios de aquellas iglesias, le permitió entregarse con nuevo ardor a la enseñanza de los catecúmenos. «Estaba poseído por la palabra», dice San Lucas con una expresión vigorosa.

Dios bendecía su trabajo. Al abandonar la compañía de sus compatriotas, muchos judíos se habían ido tras él, y entre ellos el jefe mismo de la sinagoga, Crispo, que se bautizó con toda su casa. Los neófitos aumentaban cada día: judíos y gentiles, pobres y ricos, colonos romanos y gentes reclutadas en los bajos fondos de la ciudad. Más tarde les dirá su catequista con toda franqueza que entre ellos había habido fornicarios, idólatras, adúlteros, afeminados, sodomitas, ladrones, avarientos, borrachos, maldicientes y rapaces. «Pero ya estáis lavados—añade—; ya estáis santificados y justificados en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo» (1 Cor., 6, 9-12). Fuera de algunas cuantas personas distinguidas, los esclavos, los pobres, los humildes, ayunos de poder, de riqueza, de nobleza y de sabiduría (1 Cor., 7, 21; 9, 30; 12, 13), formaban la mayor parte de aquella comunidad naciente. Entre los convertidos estaba Tercio, el que servirá de secretario al Apóstol cuando escriba su Epístola a los Romanos, y Cloe, una rica matrona propietaria de importantes negocios en Éfeso y Corinto, y Febe, sirvienta de la Iglesia, la primera de las diaconisas «que ha ayudado a muchos—dice San Pablo—y a mí en particular» (Rom., 16, 1-2). A todo este conjunto heterogéneo de convertidos enseñábales el misionero a vivir unidos por el lazo de un amor fraterno, juntándolos a todos, al sinagogarca Crispo, a los ricos israelitas, a las altas damas, a los tenderos y a los trabajadores del puerto, en la fracción semanal del pan, precedida de la celebración del ágape o comida del amor. Todos se sentían dominados por su energía, por su fe, por su caridad irrestañable y por los dones prodigiosos con que Dios le favorecía: penetración de las conciencias, poder de milagros y visión de las cosas futuras.

Pero en torno suyo iba formándose una nueva tempestad. Los judíos de Corinto eran vengativos como los de Tesalónica; veían con despecho el éxito del extranjero, que les desorganizaba la sinagoga, llevándoles los prosélitos y despojándoles de los mejores de sus compatriotas. Comidos por la envidia, se esforzaban por destruir su obra, dando al traste con su prestigio por medio de intri-

gas y calumnias. Pablo, en su boca, era un sembrador de cizaña, un enemigo de la paz, un engañador de mujercillas. A los temores de fuera se juntaban los sufrimientos corporales, «la espina de la carne», aquella enfermedad crónica, despertada, agudizada por el estío de Corinto, tan pesado, tan agotador, tan funesto para los que sufrían de fiebre. Una oleada de tristeza se abatió sobre aquella alma de hierro; «estaba puesta en gran debilidad, en temor y en temblor» (1 Cor., 2, 3). Ya pensaba dejar el campo, ya había casi resuelto buscar otro país donde predicar el Evangelio, cuando una noche, mientras rezaba, dominado por el desaliento, oyó en torno suyo al Señor, que le decía: «No temas; habla y no calles, Yo estoy contigo, nadie te hará el menor daño, porque has de saber que en esta ciudad me pertenece un gran pueblo» (Act., 18, 9-10). Alentado por estas palabras, prosiguió sus trabajos con nueva energía, «permaneciendo año y medio en Corinto en la enseñanza de la palabra de Dios». Su actividad se extendía a los puertos vecinos, a la ciudad de Argos, famosa en la epopeya helénica, y a otros puntos de la región. Sus discípulos formaron el grupo numeroso y entusiasta «de los santos de toda la Acaya», un conjunto de «iglesias de Dios», animadas por un mismo soplo de vida (2 Cor., 1, 1; 2 Thes., 1, 4).

Pero allá arriba, en las ciudades macedónicas, quedaban las iglesias fundadas el año anterior; quedaba, especialmente, la iglesia de Tesalónica, afligida siempre por la persecución de los judíos. Timoteo y Silas acababan de traer a Pablo consoladoras noticias: los neófitos resistían sin vacilar aquella tempestad furiosa; era admirable su fe, su constancia inquebrantable, ejemplar su fervor y sin sombras la unión que entre ellos reinaba. El Apóstol se llena de alegría ante este cuadro magnífico, y su corazón se derrama en un cántico de acción de gracias y en expresiones de la más viva ternura. Es la primera epístola a los Tesalonicenses, la segunda de aquellas cartas admirables, que mejor que ningún relato conservan en medio de nosotros la vibración de su espíritu y la llama de su corazón. ¡Qué palabras tan tiernas, tan dulces, tan llenas de gracia le inspira su amor en esta efusión emocionante que dirige a sus discípulos de Tesalónica! Unas veces vemos al padre que exhorta y reanima a cada uno de sus hijos; otras, a la madre que les enardece con las caricias más apasionadas. Quisiera darles todo cuanto tiene; ya les ha dado la verdad y la dicha; pero su vida y su alma están también a disposición de sus queridos neófitos. «Porque yo viviré,

hermanos míos, si vosotros continuáis firmes en el Señor. ¿Y cómo dar gracias a Dios por esta alegría de que somos colmados delante de Él a causa de vosotros?» (1 Thes., 3, 7-9).

Pero en Tesalónica, los ánimos de los fieles estaban agitados por una gran inquietud, una inquietud que nacía de la suerte que había de tocar a los difuntos de la comunidad en la próxima venida de Cristo. Es un hecho innegable que los cristianos de la edad apostólica vivían bajo la impresión continua de que el mundo se iba a acabar de un momento a otro, y el mismo San Padro se veía obligado a justificar la tardanza del Salvador (2 Petr., 3, 9). Tal vez Pablo participaba de esta misma ilusión; pero aunque en realidad deseaba ardientemente la parusia, declara de una manera formal que no estaba tan cerca como se creía. Este punto no le trata por ahora; lo que se propone es disipar los temores de la iglesia de Tesalónica: los difuntos no tendrán nada que envidiar a los vivos en el último día, y no hay razón ninguna para que los cristianos se inquieten en este punto, a la manera de aquellos que no tienen la esperanza. Y Pablo aduce en su apoyo la palabra del Señor, una palabra que seguramente había oído él en algunas de sus misteriosas revelaciones: «Según ella, os declaramos que nosotros, los vivientes, los que quedaremos hasta el momento de la parusia, no nos adelantaremos a aquellos que ya murieron. Porque el mismo Señor, a una señal dada, a la voz del arcángel, al sonido de la trompeta divina, bajará del cielo, y los que murieron en Cristo resucitarán los primeros. Y luego, nosotros, los supervivientes, seremos arrebatados, juntamente con ellos, sobre las nubes, al encuentro de Cristo en el aire. Y así estaremos para siempre con el Señor. Consolaos, pues, los unos a los otros con estas verdades» (1 Thes., 4, 12-17).

Con este motivo, el Apóstol recuerda a los tesalonicenses la necesidad de velar, «porque el día del Señor vendrá de noche, como un ladrón. Pero los hijos de la luz no tienen que asustarse por esa sorpresa terrible; porque Dios no nos ha destinado a la cólera, sino a la gloria de la salud, por Nuestro Señor Jesucristo, que murió por nosotros, a fin de que nosotros, velando y durmiendo, vivamos en Él» (1 Thes., 5, 9-10). La carta se extiende luego en hermosas recomendaciones, reflejo de la suave intimidad, del espíritu de familia que reinaba en las primeras comunidades cristianas: «Vivid en paz los unos con los otros; alentad a los pusilánimes; sostened a los débiles... Procurad que ninguno vuelva mal por mal. Estad siempre alegres; rezad sin cesar; dad gracias en todo. No apaguéis el Es-

píritu... Que todo nuestro ser, el espíritu, el alma y el cuerpo, se conserve sin culpa para el momento de la parusia del Señor... Hermanos míos, orad por nosotros y saludad a todos los hermanos con el ósculo santo» (1 Thes., 5, 14-26).

Esta carta tranquilizó a los fieles de Tesalónica en sus temores acerca de los que iban desapareciendo de la comunidad; pero fué también ocasión de serias preocupaciones. Leída, releída, meditada por todos y falsamente interpretada por algunos, avivó entre los destinatarios, la convicción del fin inminente del mundo. Ya no cabía duda, la voz del arcángel resonaría de un momento a otro, y a las palabras auténticas de Pablo se juntaban otras supuestas, y todo quedaba confirmado por el testimonio de algunas revelaciones particulares. En sus oraciones extáticas delante de la asamblea, los profetas, los que se sentían movidos por el Espíritu o tenían don de lenguas, solían repetir esta fórmula favorita de los primeros cristianos: Maranatha. Sí, venga pronto. Y lo que era un simple deseo, se interpretó como un anuncio de la venida de Jesús. Los ánimos estaban más inquietos que antes; todo eran cábalas y discusiones; se comentaban de una manera pesimista los sucesos de Roma; se buscaban los signos anunciadores en los disturbios políticos y en los fenómenos naturales se hacían presagios sombríos, y la multitud de los obreros y artesanos que componían la comunidad tiraban los instrumentos, abandonaban el taller y se dedicaban a mendigar de puerta en puerta. ¿Para qué trabajar si todo iba a ser devorado por el fuego en la próxima conflagración?

Alarmado por estas noticias, San Pablo dicta un nuevo mensaje, más áspero, más vivo que el primero. Vuelve a afirmar la venida de Cristo; pero nadie, dice, puede averiguar, ni aproximadamente, el momento de esa venida. Por de pronto, no está tan cerca como se cree. Antes tiene que venir la apostasía, y manifestarse el hombre de iniquidad, el hijo de perdición, el adversario que se levantará sobre todo lo que se llama Dios, para sentarse en el lugar propio de la divinidad. En términos misteriosos, cuyo enigmático laconismo ha hecho meditar mucho a los comentaristas, habla San Pablo de «ese misterio de iniquidad, que empieza ya a cumplirse», de esas dos grandes crisis que han de preceder a la venida del Hijo del hombre: la rebelión del mundo contra el orden divino y la aparición del Anticristo.

Pero los hijos de la luz no tienen nada que temer en la catástrofe. Su deber es aguardarla sin turbaciones y sin ansiedades, en-

tregándose a su vida ordinaria, rezando fervorosamente, trabajando tranquilamente, comiendo el pan con el sudor de su frente. Los charlatanes, los sembradores del desaliento, los muñidores de fantásticas noticias son ásperamente reprendidos. A los ociosos les recuerda San Pablo que también él trabajaba día y noche con sudor y con fatiga mientras vivió en Tesalónica. Hubiera tenido derecho a ser alimentado por aquellos a quienes daba el alimento de la verdad, pero prefirió dejar un ejemplo a sus discípulos. Trabajad, les dice; el ocio entorpece el cerebro, ciega el corazón y quita el sentido de la medida en todas las cosas. Y termina con este proverbio tan judío y al mismo tiempo tan cristiano: «El que no trabaje, que no coma»; palabra estupenda, que para aquel obrero incansable de la viña evangélica era realidad operante, la misma vida. Y porque los visionarios exhibían falsos escritos del Apóstol en apoyo de sus sueños, Pablo termina con estas palabras: «La salutación de mi propio puño: Pablo, lo cual sirve de contraseña a toda carta mía. Así escribo» (2 Thes., 3, 17).

Ya empezamos a conocer el alma del Apóstol a través de sus Epístolas y su manera de hablar a las iglesias que acaba de instituir. Más tarde encontraremos otras cartas suyas más vibrantes, más profundas, más teológicas; pero éstas que dirigió a los tesalonicenses nos ofrecen ya los caracteres generales de este género, en que San Pablo se conquistó la admiración de todos los siglos. En él descubrimos al hombre afectuoso, cortés, delicado, imperativo, lleno de viveza y de abandono, maestro en el manejo de la más fina ironía, habilísimo para insinuarse en los espíritus, para comprender las alegrías de los demás, para intuir sus penas y mitigarlas; dotado como nadie de eso que se ha llamado el don de la simpatía. En toda la literatura epistolar no hay nada que pueda compararse a esta literatura paulina, en la cual se descubre un soberano desdén por toda literatura. No hay en ella ni estudio, ni rebuscamiento, ni preocupación literaria; y, sin embargo, pocas veces se ha utilizado el lenguaje humano de una manera tan noble y provechosa. La profundidad del pensamiento se junta allí de una manera admirable con el vigor de la dialéctica; el nervio, con la ternura; la elocuencia más sublime, con la más deliciosa espontaneidad. En la misma página, en la misma frase, se encuentran casi paradójicamente los contrastes más increíbles; la más alta teología alterna con las aplicaciones familiares de la vida práctica. Los tratadistas, tanto antiguos como modernos, quedan desconcertados por ese estilo defec-

tuoso y al mismo tiempo irresistible. Ireneo le achaca lo enrevesado del hipérbaton; Orígenes, la oscuridad; Epifanio, el alboroto de las ideas y las frases, que se enzarzan y encabritan unas sobre otras; Gregorio de Nisa, el empleo de vocablos inusitados; Juan Crisóstomo, el descuido y la negligencia en la construcción; Jerónimo, las palabras impropias, solecismos, cilicismos y neologismos. A veces exageran, como exagera Bossuet cuando habla de su ignorancia en el arte de bien decir, de su locución ruda y de su frase exótica. Y es un hecho que todos quedan subyugados ante el poder de este hombre singular, y se sientan como dóciles discípulos en la escuela de este barbado. San Jerónimo elogia la fuerza, la violencia de «los truenos de Pablo»; San Juan Crisóstomo queda deslumbrado por el hechizo de su frase; San Agustín admira su elocuencia soberana, y el pagano Longino le presenta como uno de los más grandes modelos en vigor dialéctico y en pasión oratoria. Y todo es verdad. San Pablo conoce a fondo el griego de su tiempo, le maneja con habilidad y le infunde el calor inefable de su alma. Pero la manera de escribir explica muchas de sus incorrecciones. No se preocupa de las frases ceremoniosas, ni de los arabescos del período clásico, ni de las bellas desinencias. Escribir, para él, es dictar. Dicta rápidamente, tal vez entre un motín y una catequesis: las frases se amontonan nerviosas en sus labios, frases incompletas, llenas de incisos, de paréntesis, de saltos bruscos. La idea principal se pierde en un montón de ideas accesorias y vuelve a aparecer de nuevo y otra vez vuelve a perderse. Al releer la carta, la composición se complica con nuevos detalles, añadiduras nuevas y nuevas digresiones. Nos figuramos al Apóstol paseando, hablando y gesticulando como si tuviese delante a sus discípulos de Tesalónica, de Efeso, de Corinto o de Galacia. Los conoce a todos, los ve con la imaginación, les habla con el mismo tono familiar y animado de sus homilías. Cada epístola es una charla a distancia, una charla a través de la cual descubrimos al predicador, con las interrogaciones, con las hipérboles, con los toques de atención propios de la elocuencia popular. Hay en las epístolas paulinas páginas tan animadas que parecen un diálogo. Las objeciones se resuelven en forma de preguntas y respuestas; las ideas se presentan en diversas formas para hacer más impresión en los espíritus, y a veces las palabras más importantes se repiten como un estribillo, produciendo un efecto mágico. Sin embargo, el artificio no aparece nunca; no se ve al paciente ordenador de palabras, ni al combinador de ideas, ni al esti-

lista que bruñe y retoca. Habla de la opulencia que llena su alma, y a veces a impulsos de una súbita emoción. Acaba de llegar una noticia alarmante, que pone en conmoción su ser, y levanta en su espíritu una tempestad de ideas, y pone un torrente de palabras en sus labios; un torrente que rompe brioso, impetuoso, desordenado, sin que haya riberas capaces de contenerle. Es una erupción volcánica; es fuerza, llama, ímpetu, grandeza y espontaneidad.

CAPITULO XVII

Segunda misión.—Los judíos de Corinto contra Pablo.—Ante el tribunal de Galión.—Pablo y Séneca.—Salida de Corinto.—En Efeso.—El nazir cristiano.—Descanso en Antioquía.—Espíritu de las primeras iglesias.—Jerarquías y carismas.—Liturgia.—Cristo, centro de la vida cristiana. (53-54.)

«Orad por nosotros—decía San Pablo al terminar su segunda epístola a los tesalonicenses—, orad para que nos veamos libres de los hombres díscolos y malvados» (2 Thes., 3, 1-2). Estos hombres eran los judíos de Corinto, la raza malvada, que decía Séneca, tenaz siempre en sus odios hostiles contra el género humano, según la expresión de Tácito. Implacables con el compatriota, a quien consideraban como un traidor, como el enemigo de sus tradiciones y de sus glorias nacionales, le perseguían de ciudad en ciudad y en todas partes le hacían la vida imposible. Le desacreditaban con toda suerte de calumnias, le tendían lazos de emboscadas y mezclaban en sus intereses mezquinos, siempre de una manera innoble y solapada, a la justicia del Imperio. Desde que el convertido de Damasco huye descolgado en un cesto por el muro hasta que es decapitado en Roma, la mano de los judíos atiza siempre la persecución.

A pesar de su influencia en la capital de la Acaya, los judíos no se atreven a proceder directamente contra el apóstata. En Tesalónica habían logrado poner de su parte a la autoridad municipal; en Corinto intentan interesar al representante de Roma. El representante de Roma llevaba en Acaya el título de procónsul, y era un español, un hermano de Séneca, un hombre bueno que se llamaba Marco Anneo Novato, y adoptado por el retor Junio Galión, había añadido este nuevo nombre a los que ya tenía la familia. Du-

rante algún tiempo, los dos hermanos y su tío Lucano, el poeta, habían vivido en desgracia del emperador; pero el año 50, Annco Séneca, llamado del destierro, era nombrado pretor de Roma, y en la primavera del 52 su hermano se presenta en Acaya con el título de procónsul, cargo que ejerció hasta el año 53. Esta fecha es capital en la embrollada cronología de la vida de San Pablo, y el relato de San Lucas se armoniza aquí perfectamente con una carta del emperador Claudio, cuyo texto se encontró no hace mucho en Delfus, y fué escrita en la primavera o el verano del 52.

Los judíos, según su costumbre, procedieron también ahora tumultuariamente. Un día pasaba Pablo por una calle de la ciudad cuando una tropa, bien amaestrada por los jefes de la sinagoga, cayó sobre él, y sujetándole cuidadosamente, le presentó en el tribunal del procónsul. La afabilidad de Galión era proverbial; en el círculo literario que presidía su hermano y entre los patricios de Roma se le llamaba el dulce Galión. Aficionado a las Bellas Letras, entendido en las Ciencias Naturales, como el próconsul de Chipre, Sergio Paulo, pertenecía a aquella clase de aristócratas cultos que, elevados a las magistraturas, ponían en el ejercicio de su cargo toda la amplitud del liberalismo filosófico. Los escritores de aquel tiempo alaban su carácter entero, enemigo de la adulación, vivo en sus respuestas y preocupado por la adquisición de la serenidad estoica. Como su hermano, despreciaba la canalla judaica a causa de su avaricia, sus rencores, sus fanatismos y sus contiendas interminables.

Ahora la tenía delante, vociferando y alborotando la sala en que daba audiencia. El que parecía ir al frente, el sinagogarca, un tal Sóstenes, más odiado de la multitud por la especial brillantez de sus cualidades judaicas, se adelantó hacia el procónsul, y señalando a Pablo formuló así su acusación: «Este hombre persuade a los otros a servir a Dios de una manera contraria a la Ley.»

Era una acusación ambigua, en la cual no se especificaba qué ley violaba la predicación del acusado. Tal vez Sóstenes quiso decir que la majestad de Roma estaba interesada en las doctrinas subversivas de aquel extranjero; pero Galión no lo entendió así. Creía, sin duda, que se trataba de una de tantas discusiones teológicas y casuísticas como surgían constantemente en los *ghettos* entre discípulos de Hillel y de Schamaí, entre hebreos puros y helenizantes, entre fariseos y saduceos. Por lo demás, aquellos querellantes, que habían irrumpido alborotando la basílica, le impacientaban y le aburrían. El reo empezaba ya a decir las primeras frases en su defensa,

cuando el cordobés le interrumpió diciendo: «¡Oh, judíos, si se tratase de alguna injusticia o de algún crimen importante, yo os escucharía; pero veo que lo que aquí os trae es una cuestión doctrinal, una querella de nombres, un sujeto que concierne a vuestra ley; no quiero ser juez de estas cosas; vosotros os entenderéis!»

Esta respuesta llenó de alegría a un gran número de curiosos que presenciaban la escena y no tenían ningún motivo para querer a los judíos. Tal vez Sóstenes quiso replicar, pero el procónsul hizo una señal a los lictores, y los judíos tuvieron que despejar la curia. En medio de la confusión, Pablo se escapó de sus manos y pudo marchar seguro a la casa de Aquila. Entre tanto, un espectáculo cómico se desarrollaba a las puertas de la basílica: al ver a los acusadores empujados por la guardia del procónsul, la multitud creyó llegado el momento de vengar antiguas rencillas de orden comercial y religioso. Levantóse una inmensa gritería, y en medio del tumulto el jefe de la sinagoga fué molido a golpes en presencia del tribunal. Fingiendo no ver nada, Galión se contentó con arrojar a todo el mundo a la calle.

Ante el fracaso, el judío sabe olvidar su arrogancia y fingir una sumisión provechosa. Por de pronto, Pablo ya no fué perseguido en Corinto. Por primera vez un choque con sus compatriotas terminaba para él con una brillante victoria. No obstante, en la actitud de Galión parece traslucirse, más que una simpatía por la religión evangélica, un efecto de la tolerancia, o, mejor, de la indiferencia en materias religiosas, que iba cundiendo entre las clases cultas de Roma. No sabemos si Galión tuvo otras relaciones con Pablo; no sabemos si habló a su hermano, el filósofo, haciéndole mirar con interés aquella nueva doctrina que venía del Oriente.

La Edad Media así lo creyó, llegando a presentarnos al filósofo convertido por la elocuencia del Apóstol, contra los testimonios de la Historia, pues sabemos que Séneca murió después de hacer un sacrificio a Júpiter Libertador. Hay cartas que se dicen cruzadas entre el predicador de Cristo y el ministro del César; pero son documentos forjados por un afán apologético mal entendido, que sentía ver fuera de la Iglesia espíritus tan nobles y tan bellos como el cisne de Mantua y el pensador de Córdoba. Aun en la época moderna, los eruditos se han entretenido en comparar algunas expresiones del Apóstol con otras del filósofo; pero es un hecho que, si a veces las palabras se parecen, el espíritu es completamente distinto. Hay un abismo entre el estoicismo de Séneca y la moral de

Pablo, entre el Dios personal de éste y el sistema panteísta de aquél. Es posible que la escuela filosófica de Tarso haya influído en Pablo más de lo que se cree. Es un hecho que Atenodoro, el más ilustre de sus filósofos, influyó sobre Séneca. Pablo y Séneca conciben la vida como una lucha y describen el esfuerzo hacia el bien como un conflicto con la carne, y éste es también el concepto de Atenodoro; y en un pasaje de Atenodoro pensaba Séneca cuando escribía estas palabras, que podrían proceder de una epístola paulina: «Vivid con los hombres, como si Dios os viese; hablad con Dios, como si os oyesen los hombres; (Epist., X). Por lo demás, puede darse como seguro que la política liberal de Galión y la generosa libertad que concedieron a Pablo los magistrados de Roma se debe en gran parte a las amplias miras del maestro de Nerón, dueño por este tiempo de los destinos del Imperio.

Pablo permaneció todavía algún tiempo en Corinto. Pocos meses después de haberle tenido delante de su tribunal, Galión dejaba el gobierno de Acaya y volvía a Roma para recibir la investidura del consulado. Pablo creyó que también para él había llegado el momento de abandonar la ciudad y de llevar a otra parte la predicación del Evangelio. El pueblo que Dios le prometiera se había ido congregando poco a poco, y ya tenía una iglesia numerosa, fuertemente organizada y protegida por la tolerancia de Roma. Era llegado el momento de volver a Jerusalén como la vez primera y ponerse nuevamente en contacto con las iglesias de Siria y Palestina. Además, tenía un motivo personal para presentarse cuanto antes en el Templo. Agradecido por los beneficios que Dios le había hecho durante su segunda misión, por los peligros de que le había librado y por el éxito de sus predicaciones, acababa de pronunciar el voto que en las tradiciones judías se llamaba de los nazires. El nazir debía abstenerse de vino durante un mes y después hacerse rapar la cabeza, guardando sus cabellos, si estaba fuera de Jerusalén, hasta que pudiese arrojarlos al fuego de los sacrificios mosaicos en alguna de las grandes solemnidades que se celebraban en el Templo. Pablo no se oponía a las costumbres nacionales mientras no fuesen contrarias a su Evangelio. No era un fanático, sino un espíritu que en medio de sus apasionamientos tenía condescendencias inauditas. Por lo demás, este voto, además de un acto de religión, era un paso sumamente hábil, con el cual tapaba la boca a sus enemigos y preparaba el terreno en las juderías por donde iba a pasar en su camino hacia la Ciudad Santa.

Seguido de algunos discípulos, embarcó en Kenkres a principios del año 54. En su compañía iban también sus huéspedes Aquila y Priscila. De tal modo les había cautivado el trato del misionero, que no sabían separarse de él. Su plan era ir a Efeso, donde el Apóstol tenía ya fija la mirada. Allí podrían escuchar su predicación, y al mismo tiempo implantar su negocio, tal vez con más éxito que en Corinto, pues ya de antaño eran tan famosas las tiendas que fabricaban en la metrópoli de la Jonia, que Alcibíades no descansó hasta enriquecer su mobiliario con una de ellas.

La nave atravesó el mar Egeo en tres o cuatro días. Poco antes de arribar a las costas asiáticas, los pasajeros divisaron a su derecha la isla Patmos, cuyo nombre quedará unido para siempre a los orígenes del Cristianismo. En Efeso, Aquila y Priscila descendieron, y, como en Corinto, alquilaron una casa y establecieron su industria. Pablo aprovechó los días que el barco se detuvo en el puerto para observar el ambiente que reinaba en la judería. Presentóse en la sinagoga, habló de Jesús, discutió con los rabinos y todos quedaron encantados de conocerle. «Quédate con nosotros más tiempo —le decían al despedirse—; decláranos más despacio tu doctrina.» «No puedo—respondió—; es absolutamente necesario que vaya a Jerusalén para la próxima fiesta. Pero estad seguros de que volveré a vosotros, si Dios lo quiere.» En todos los puertos principales el barco se iba llenando de peregrinos que se dirigían a Jerusalén para las solemnidades de la Pascua, y él no quería perder su puesto. Partió, pues; viajó durante dos semanas a través del Mediterráneo, desembarcó en Cesarea, subió a Jerusalén, saludó a la Iglesia, ofreció en el Templo los sacrificios prescritos a las nazires, y, volviendo a Antioquía, permaneció en ella algún tiempo.

El relato de San Lucas parece indicar que en Jerusalén los fieles, fosilizados en las frías y estériles prácticas de la Ley, no hicieron a Pablo el recibimiento cordial que se merecía el gran propagador del Evangelio. En cambio, la iglesia antioquena, orgullosa de su Apóstol, le acogió con alegría, se reunió en torno suyo para escuchar el relato de las peripecias de su misión y de los triunfos evangélicos, y le animó a seguir el camino de las conquistas. Era en Antioquía donde descansaba el Apóstol, y en su iglesia pensaba al organizar las comunidades cristianas que iba creando a través del Imperio.

Allí es, probablemente, donde se escribió unos años más tarde, antes de terminar el primer siglo, el breve manual que se intitula

Doctrina de los Apóstoles, y que nos refleja con toda verdad la vida íntima de los compañeros de Pablo y de sus primeros discípulos. A través de él penetramos en aquellas cristiandades primitivas, establecidas a la manera de las sinagogas de la dispersión, con sus dirigentes y sus doctores, sus reuniones litúrgicas, su caja común para socorrer a los pobres, sus árbitros para resolver las diferencias, sus jueces, sus penitencias y sus excomuniones.

Pero un espíritu distinto las anima. Las iglesias no forman una clientela dispersa, como los grupos de prosélitos que vivían a la sombra de las sinagogas, ni una serie de escuelas independientes, como las que los cómicos ambulantes iban formando en las principales ciudades del Imperio; ni siquiera un movimiento espiritual, análogo al que difundirá un siglo más tarde la herejía de los iluminados montanistas. Existe, ciertamente, una efusión excepcional de carismas: es el término empleado por San Pablo; pero entre todos los carismas, entre todas las funciones del cuerpo de Cristo, el primero, el más sublime, es el apostolado, que tiene su origen de la gracia divina, como todos los otros, y se ordena a la edificación del cuerpo de Cristo. «Cristo—dice San Pablo—hace a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y doctores, en vista del perfeccionamiento de los santos para la obra del ministerio y de la edificación del cuerpo de Cristo» (Eph., 4, 11-12).

El doble elemento, jerárquico y espiritual, aparece esencialmente unido desde los primeros días de la Iglesia, y los esfuerzos hechos por los filósofos protestantes para oponer la Iglesia del Espíritu a la Iglesia de la autoridad, prescinden de todas las fuentes auténticas acerca de los orígenes cristianos, o las destruyen. Cuando a San Pablo le pidan una carta de recomendación en prueba de apostolado, él contestará con estas palabras, que indican lo que él sentía acerca de este doble carácter indisoluble: «Nuestra carta sois vosotros, carta escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres; carta de Cristo, escrita por nosotros, no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne de vuestros corazones» (2 Cor., 3, 2-3).

Sin embargo, los brotes sobrenaturales saltan por doquier en aquella primavera gozosa del reino espiritual de Cristo. El Espíritu vive entre los fieles como Jehová con nuestros primeros padres en el paraíso terrenal. Él decide, juntamente con los Apóstoles, profetizar el porvenir; se manifiesta en sueños, en visiones, en éxtasis, en oraciones, en cantos; se derrama en toda suerte de gracias extrañas,

que a veces introducen la alarma en las comunidades. La Iglesia se parece a un árbol joven y pletórico de vida, cuya savia rompe y se desborda de una manera incoercible y desordenada. Es un momento maravilloso de riqueza espiritual, de promesas, de fervores, de esperanzas, de inspiraciones y de iluminaciones.

Este fenómeno de los carismas tenía tal importancia, que el autor de la Epístola a los hebreos nos presenta la predicación del Cristianismo fundada tanto sobre ellos como sobre el testimonio de los discípulos de Jesús, Sin embargo, vemos a las iglesias reaccionando contra aquella corriente impetuosa y esforzándose por encauzarla y refrenarla. San Pablo, que vive en comunicación continua con el Espíritu, no considera sus manifestaciones como soberanas e indiscutibles. Los júbilos de aquella fe, que se revelaban a veces en formas de una deliciosa inocencia, llegaban a parecerle excesivamente infantiles. La algarabía ininteligible de los glosólalos, gorjeo lírico, murmullo de fuentes abrileñas, llegaba a veces a convertirse en un ruido incoherente y confuso. Si un pagano entra en vuestras asambleas, decía a los corintios, cuando todos hablan lenguas diferentes, os tomará por un hato de locos. Por eso las carismas deben estar subordinados a dos principios: la verdadera fe y la edificación común. Entre los demás dones prefiere el de profecía. El profeta habla a los hombres con palabras claras, los edifica, los alienta, los consuela. El sentido práctico del Apóstol no se paga de estériles maravillas. «Decidme, hermanos, ¿sería yo útil para vosotros si me hubiérais visto hablando en lenguas y no por la revelación, o por la ciencia, o por la profecía, o por la doctrina? ...Si la trompeta lanza un sonido confuso, ¿quién se preparará al combate? Si rezo en lenguas, mi espíritu está en oración, pero mi inteligencia permanece sin fruto. Yo, gracias a Dios, puedo hablar en lenguas más que todos vosotros, pero en la iglesia prefiero decir cinco palabras con mi inteligencia para instruir a los otros, mejor que diez mil en lenguas» (1 Cor., 14, 6-19).

San Pablo no desprecia los dones sobrenaturales; pero quiere que todo se haga con orden en la asamblea de los fieles. Si después de rezar en común o de leer una página del Antiguo Testamento o de las Memorias de los Apóstoles, como entonces se llamaba a los Evangelios, alguno quiere levantarse, transportado por una súbita inspiración, para interpretar el sentido oculto de una frase, o para anunciar alguna revelación, o para enfervorizar a los hermanos con un cántico, o bien para proferir en lenguas un discurso,

tejido de gritos, de invocaciones, de sonidos extraños, podía hacerlo, «pero siempre que fuese para edificación de los asistentes» (1 Cor., 14, 26). Que hablen sólo dos o tres, que profeticen sólo dos o tres, y que mientras uno habla o profetiza, que los demás se callen. «Dios no es un Dios de desorden, sino de paz» (1 Cor., 14, 33).

La juventud de la Iglesia revelábase también en las oraciones, en los himnos, en los salmos, en los cánticos espirituales de que San Pablo nos habla en otra parte (Col., 3, 16), composiciones que respiran gracia mañanera, frescura, inspiración, y, sobre todo, una confianza jubilosa que da a los temas tradicionales de la sinagoga una vibración completamente nueva. Así las oraciones que leemos en la Doctrina de los Apóstoles. Una de ellas empieza con estas palabras, llenas de lírico arrebato: «Te damos gracias, ¡oh Padre celeste!, por la santa viña de David, tu siervo, que nos diste a conocer por Jesús, tu Hijo. ¡Gloria a Ti por los siglos! Te damos gracias, ¡oh Padre!, por la vida y la ciencia que nos diste a conocer por Jesús, tu siervo. ¡Gloria a Ti por los siglos!» (Didake, IX, 2-5). Y en el himno del atardecer, que se remonta a los primeros tiempos de la Iglesia, rezaban así los discípulos de los Apóstoles: «¡Oh lumbre gozosa de la gloria santa e inmortal del Padre, santo y bienaventurado Jesucristo: llegados a la hora del ocaso y viendo aparecer el astro de la noche, nosotros cantamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo de Dios. Tú eres digno de ser cantado en todo tiempo por las voces santas, Hijo de Dios que das la vida; por eso el mundo te glorifica» (Dom Cabrol, *La prière antique*, Apéndice).

Otro rasgo que el Apóstol trataba de fomentar en las comunidades por él fundadas era la caridad. «Sed asiduos en la oración —decía a los romanos—, prontos a aliviar las necesidades de los santos, dispuestos siempre a la hospitalidad» (Rom., 12, 13). De hecho, el Cristianismo desarrolla entre sus miembros una solidaridad social desconocida hasta entonces aun en las corporaciones israelitas; y esta es una de las cosas que más admiraban los paganos en los primeros discípulos de Cristo. Los misioneros, los comerciantes, los pobres, pasaban de una iglesia a otra llevando limosnas, consejos, noticias, palabras de afecto, cartas de edificación, socorros de toda clase. La solicitud fraterna, el alma común, se reflejaba en continuas relaciones entre las comunidades. A las ayudas de dinero se unían los testimonios más fervientes de afecto personal con que las iglesias se consolaban y alentaban unas a otras, compartiendo sus

dolores y comunicándose sus alegrías. Surgía un mundo nuevo de solidaridad y de amor recíproco.

Pero la fraternidad cristiana tenía su origen en el amor a Cristo y en la adhesión a la misma fe. La divina originalidad del Cristianismo inauguraba en tierra, no un movimiento carismático y profético, no una mutualidad de ayuda y de amor, de distinción de pueblos o de razas, sino una revelación religiosa, una regla de costumbres, un contrato de esperanzas, compartidas y vividas en común con los fieles, los hermanos, los elegidos de cada Iglesia y de todas las iglesias. Y Cristo era el centro de esas creencias, de esos esfuerzos, de esas esperanzas.

Más que nunca, el Cristianismo es entonces la religión de Cristo, cuyo recuerdo permanece fresco y vivo en medio de sus discípulos. Su nombre es instrumento de milagros, motivo de persecuciones, ejemplo de paciencia. Cristo es el objeto central de la fe; por él se consigue el perdón de los pecados y la salvación eterna. Es muy particularmente el núcleo de la doctrina de San Pablo. La Iglesia es el cuerpo de Cristo; el bautismo es la resurrección en Cristo; el cristiano debe huir la fornicación, porque su cuerpo es el templo de Cristo; el matrimonio es santo porque representa la unión de Cristo con la Iglesia; los maridos deben amar a sus mujeres como Cristo a su Iglesia; los siervos tienen que obedecer a sus señores como a Cristo; los ricos han de ser generosos con los pobres, imitando a Cristo, que, siendo rico, se hizo pobre, y todos los que han sido regenerados por la sangre de Cristo saben que ya no viven para sí, sino para Aquel que por ellos vivió y resucitó, Cristo, Señor de los vivos y de los muertos. «Todo ha sido creado por Él y para Él, y Él existe antes de todo y todo subsiste en Él, y Él mismo es la cabeza del cuerpo de la Iglesia; Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, a fin de tener la primacía en todo, porque la plenitud entera quiso habitar en Él y reconciliarse por Él todas las cosas, pacificando por la sangre de su cruz, por Él, todas las cosas que están sobre la tierra y las que están en los cielos» (Col., 1, 16-20).

CAPITULO XVIII

TERCERA MISIÓN.—EL ENIGMA PSICOLÓGICO DE PABLO.—ORGANIZACIÓN DE LAS IGLESIAS.—TRAVESÍA DEL ASIA MENOR.—LA CIUDAD DE EFESO.—APOLO.—EL GIMNASIO DE TIRANO.—LAS COMUNIDADES ASIÁTICAS.—EL VALLE DEL LIKOS.—EXITOS Y MARAVILLAS.—LOS SECRETOS DE LA MAGIA.—LOS HIJOS DE SEEVA.—AUTO DE FE. (54-56.)

Es tan rica, tan compleja la fisonomía moral de San Pablo, que en ella encontramos reunidos los aspectos más diferentes, las más diversas cualidades. Se nos presenta como el sentido común personificado, y, sin embargo, su lenguaje está lleno de exabruptos y paradojas; ya conocemos en él un dialéctico formidable, pero este habilísimo esgrimidor del argumento se desdobla en un maravilloso intuitivo; su realismo es tal, que a veces se nos antoja hasta duro, estrecho y vulgar, lo cual no le impide remontarse a las cimas brillantes del más puro idealismo. Tal vez se hubiera indignado si alguien le hubiera dicho que era un poeta; y, no obstante, en sus epístolas vamos a ver páginas de una poesía sublime. Tiene tan arraigado en el alma el sentido del ritmo, que su pensamiento se viste con frecuencia de formas musicales y medidas, no a la manera de los versos griegos y romanos, sino con los módulos de la prosodia hebraica: paralelismo, analogía, antítesis de pensamientos, oposición de palabras, cadencias y balanceos de frase. Su elogio de la caridad en la Epístola a los Corintios, ¿no es, acaso, una oda vibrante de emoción y llena de arranque lírico? Hay un gran encanto poético en esta colección epistolar paulina, única en toda la literatura. Sin que abunden las imágenes originales, todo en ella es vigor, luz y colorido. Lo más abstracto se llena de vida; las cosas inanimadas cobran movimiento, hablan, se agitan, discuten, luchan.

La ley, el pecado, la Naturaleza, la muerte, no parecen simples conceptos, sino seres vivos que actúan en un drama prodigioso, que concurren a la construcción del edificio grandioso del templo espiritual, cuya silueta se presenta a los ojos del Apóstol como la obra maestra de la armonía y del arte.

Y, no obstante, este prodigioso despertador de emociones, que sabe descorrer con una frase perspectivas insospechadas en el mundo del corazón y en el mundo del espíritu, se nos presenta al mismo tiempo como el hombre práctico por excelencia, fuerte en la enunciación de los principios, discreto en su realización, sin perder un instante el contacto con la realidad, mesurado, equilibrado y tan dueño de sí mismo, que, en su circunspección, el temperamento más apasionado que ha existido llega a parecernos la frialdad misma. Es ahora cuando vamos a admirar estos rasgos a primera vista contradictorios, en esta tercera salida, que señala el momento culminante de la carrera prodigiosa de Pablo. El conquistador brilla todavía, pero la vejez se acerca, y en la lejanía refulge la espada; hay que consolidar la obra, hay que arrancar la cizaña, hay que asegurar el porvenir. Y aparece el organizador, el escritor, el hombre de mando, el doctor de las gentes. Su actividad se multiplica; predica con la palabra y con la pluma, combate, reprende, alienta, y con la vista fija en el Asia y en Europa, tiene presentes todas las comunidades que ha fundado en diez años de fatigas y sufrimientos. Hay que remediar abusos, hay que dictar leyes, hay que disponer colectas, hay que prevenir peligros; y a todo atiende el Apóstol con tacto, con prudencia, con habilidad de psicólogo consumado. El rasgo característico de esta frase de su vida puede resumirse en estas palabras suyas: «Mi afán de cada día, la solicitud de todas las iglesias» (2 Cor., 11, 28).

Pablo sale de Antioquía como las veces anteriores. Silas no está ya con él; parece como si una inclinación secreta le hubiera tenido atado a la iglesia de Jerusalén. Como Juan Marcos, desde este momento aparece en el séquito de Pedro, a quien servirá de ayudante y mensajero. Timoteo, al otro lado del mar, circula de puerto en puerto, confirmando la fe en las iglesias recién fundadas de Acaya y Macedonia. Pero en la comunidad antioquena ha encontrado el Apóstol un nuevo compañero de viaje: es Tito, su antiguo discípulo, convertido ya en un hombre perfecto, un verdadero carácter, duro en las fatigas, experto para los negocios. Su maestro podrá decir de él a las iglesias «que caminaba guiado por su mismo espí-

ritu y siguiendo sus mismas huellas». Venía de la gentilidad, y por eso no había ido en la segunda misión; pero ahora importaban ya menos los ladridos judaicos.

Nuevamente atravesó el Apóstol las cimas escarpadas del Tauro, después de visitar por última vez su ciudad natal. En el Asia Menor volvió a repetir su segundo viaje: quería recorrer «por orden», dicen los Actos, las iglesias anteriormente fundadas, para «confirmar a los discípulos» y ponerlos en guardia contra las intrigas de los judaizantes, que seguían sembrando la discordia y la incertidumbre. Fué una rápida visita de inspección a través de Cilicia, Licaonia, Pisidia, Frigia y las ciudades de la Galacia superior. Pablo había llegado a tener de nuevo entre aquellos sus primeros neófitos todo el prestigio de la primera hora. «Todos obedecían de nuevo a la verdad y corrían con el ímpetu del fervor.» En la dureza de su palabra habían sabido descubrir una profunda ternura, un amor infinito, y al fin se daban cuenta de la verdad de aquel apóstrofe lleno de vehemencia y de sinceridad: «¿Acaso he venido a vosotros como enemigo por haberos dicho la verdad?» (Gal., 4, 16).

A los tres o cuatro meses de marcha, los dos viajeros llegaban al extremo occidental de la península asiática. Sin detenerse casi en las grandes ciudades que se alzaban junto a la vía—Sínade, Tiatira, Sardes, Filadelfia—, descendieron hacia el mar, y, siguiendo el valle del Caistro, pradera de Asia, como cantaba Homero, llegaron a Efeso, la capital del Asia proconsular y una de las ciudades más importantes del mundo romano. Pablo había prometido venir y cumplía fielmente su promesa. Por lo demás, allí encontraba un centro magnífico de apostolado, un punto estratégico de primer orden para la conquista espiritual del Oriente. Una idea lanzada en aquel terreno feraz, bajo aquel cielo claro de la Jonia, estaba segura de circular por todas las rutas imperiales y de llegar a todos los puertos del Mediterráneo. En los muelles inmensos había observado ya el Apóstol, desde que pasó por la ciudad el año anterior, los rostros más diversos, y en las dársenas había visto velas de todas las regiones del Imperio. Ahora, en el ágora espaciosa, dominada y resguardada por la cima del monte Coreso, observaba la misma variedad de razas y de lenguas, de usos y de trajes: negros del Africa, caras amarillas del Asia central, mujeres griegas graciosamente envueltas en sus peplos, cínicos de barba desgreñada, marinos y mercaderes, mimos, músicos y bailarinas, sacerdotes de la Gran Diosa, con sus novicios los melieros, vestidos de túnicas de seda color de jacinto;

judíos, cubiertos de sórdidas hopalandas; jonios, adornados de ropas de púrpura o de azafrán, tejidas en losange.

Ni en Tarso ni en Corinto había encontrado tan pintoresca amalgama aquel gran corredor de mundos. Efeso rivalizaba con Antioquía en movimiento y actividad; con Corinto, en lujo y en licencia. Su tráfico dejará algo más tarde indeleble recuerdo en la mente de San Juan: «mercancías de oro, de plata, de piedras preciosas, de perlas, de lino fino, de púrpura, de seda, de escarlata, de toda suerte de árboles olorosos, de muebles de marfil y de maderas peregrinas; de bronce, de hierro, de mármol, canela, cinamomo, perfumes, bálsamo, vino, aceite, flor de harina, granos, bueyes, ovejas, cabras, vehículos, esclavos y hombres libres» (Apoc., 18, 12-13).

Hoy. Efeso, no es ni siquiera una sombra de su pasado famoso: arenas milenarias han sumergido sus palacios, y aluviones de siglos han encenagado su puerto. La fortuna caprichosa le ha vuelto la espalda, y nuevamente derrama sus favores sobre la cercana Esmirna, su antigua rival. Restos de su esplendor, se ven todavía las ruinas de aquellos teatros magníficos, de aquellos estadios inmensos, de aquellos gimnasios famosos con que detenía a los viajeros. Las calles, decoradas de estelas y de tumbas, muestran aún su empedrado, de una deslumbrante blancura; y entre los pórticos, con los anaqueles abiertos en los muros, se descubre la Biblioteca, indicio de una ciudad opulenta y amiga de los placeres intelectuales. Imposible adivinar, si no fuera por las antiguas descripciones, el lugar que ocupaba su famoso templo, una de las siete maravillas del mundo. Al edificio, incendiado por Erostrato para adquirir la inmortalidad, había reemplazado otro más rico y suntuoso, donde resplandecían los mármoles de Paros, los bronces de Corinto, la madera de Chipre y el oro de Arabia. Todo el lujo del mundo asiático, toda la gracia del genio de Grecia, toda la inspiración de los grandes artistas como Policletes, Praxiteles, se habían puesto allí al servicio de una divinidad absurda y monstruosa, la Artemis de los Efesios, imposición del genio del Asia al espíritu de la Jonia helénica, porque no tenía nada de la diosa de los bosques, la Artemis cazadora de la túnica sucinta y los cabellos al viento, sino que era hermana del ídolo de Pafos: la parte inferior del cuerpo, una piedra informe, cubierta de inscripciones mágicas; el busto, un conglomerado de senos hendidos, figurando la Naturaleza prolífera; la cabeza, ceñida por una torre almenada, símbolo de resistencia y de poder. Afortunadamente, un velo de púrpura escondía el fetiche a los cientos de miles de

peregrinos que de todo el Oriente venían a ofrecer allí sus votos y sus presentes.

Como en Corinto, Pablo fué a buscar trabajo en la casa de Aquila y Priscila, que habían establecido su industria no lejos de la colina donde se alzaba el templo de la diosa y donde se formará el primer núcleo de los cristianos de Efeso. Su nombre, Aia Solouk —Santo Teólogo—, recuerda todavía el nombre de otro discípulo de Jesús que unos años más tarde continuará allí mismo la obra del convertido de Damasco. El evangelista será quien desde la acrópolis efesina levante la luz de la fe sobre aquella región populosa; pero Pablo debía prepararle el camino.

Algunos meses antes le había precedido un israelita de Alejandría llamado Apolo, que había aprendido a comentar las Sagradas Escrituras en la Escuela de Filón, y era justamente alabado por su elegancia en el decir. Preocupado por los temas mesiánicos, y proselitista ferviente, consagraba su vida a caminar por la judería de la Dispersión, despertando el fervor de sus compatriotas. En sus viajes se había encontrado con algunos discípulos del Bautista, que le informaron de las relaciones entre su maestro y Jesús de Nazaret, hablándole del bautismo de penitencia, del cumplimiento de los vaticinios y de la aparición del Mesías, señalado por el profeta del fuego en las riberas del Jordán. Maravillado de esta revelación, Apolo la aceptó plenamente, y ella formó en adelante el fondo principal de sus predicaciones. Aquila y Priscila acudieron a escucharle en la sinagoga de Efeso, llenándose de alegría al oírle hablar de Jesús con tanto fervor y tanta elocuencia; pero fué grande su sorpresa al observar que su doctrina era rudimentaria e incompleta. «Enseñaba bien lo que conviene a Jesús», pero no conocía el bautismo del Espíritu Santo, el que se daba en el nombre de las tres divinas Personas. Los dos amigos de Pablo se acercaron a él al salir de la sinagoga, y, llevándole a su casa, «le instruyeron más ampliamente en el camino del Señor» (Act., 18, 26). Habláronle de Pablo, le contaron sus peripecias en la ciudad de Corinto, y con tanto entusiasmo le describieron los frutos de su predicación en la capital de Acaya, que le encendieron en el deseo de visitar aquella iglesia para hablar con su ancianos e informarse mejor del Evangelio. «Y por la gracia de Dios—dice San Lucas—Apolo sirvió mucho a los fieles» (Act., 18, 27).

Tal es el episodio que Aquila y Priscila contaron al Apóstol en una de sus primeras conversaciones después de su llegada a Efeso,

y esta es la primera noticia que tuvo el doctor alejandrino. Pronto, sin embargo, se encontró con una prueba palpable de su paso por la ciudad: un grupo de judíos, que le habían oído en la sinagoga y habían sido ganados por el calor de su palabra. Como su maestro, sólo fragmentariamente conocían la buena nueva; llevaban una vida recogida y penitente, pero en su frente no resplandecía el gozo de la verdadera fe. «¿Habéis recibido el Espíritu Santo?, les preguntó el misionero. —Y eso, ¿qué es?, replicaron ellos, sorprendidos. —¿Pues con qué bautismo habéis sido bautizados? —Con el bautismo de Juan. —Juan, les dijo Pablo, bautizaba con bautismo de penitencia, intimando al pueblo que creyese en el que había de venir después de él, es decir, en Jesús.» Todos ellos, hasta doce, fueron bautizados en el nombre de Jesús. Pablo les impuso las manos, y el Espíritu vino sobre ellos, haciéndoles profetizar y hablar en lenguas. De esta manera la predicación de Juan seguía preparando los caminos del Señor. El Cristianismo en germen que latía en ella tenía que llevar necesariamente a la verdadera Iglesia. Eso había sucedido en Palestina con los primeros discípulos del Bautista, y eso sucedía ahora con los focos de reforma que habían formado en las sinagogas de la dispersión algunos hombres de buena voluntad, testigos de la voz que clamaba en el desierto.

Siguiendo su método de siempre, Pablo empezó la campaña de Efeso predicando en la sinagoga. Pero a los tres meses, aquellos mismos que antes le invitaban y retenían negábanse a escucharle. Sin embargo, los judíos de Efeso parecen haber sido menos intolerantes que los de Tesalónica. Ellos, por lo menos, no conjuraron para asesinarle. Muchos le escuchaban con interés; otros lanzaban las más vivas imprecaciones contra su doctrina; y llegó un momento en que ya no pudo hablar sin levantar verdaderas tormentas en la asamblea. Entonces recogió a sus discípulos, israelitas y griegos, y, saliendo de la sinagoga, se separó violentamente de los incrédulos. Un profesor de Filosofía o de Retórica, que se llamaba Tirano, le ofreció su gimnasio, primera iglesia de la cristiandad de Efeso. Era una sala espaciosa—todavía se ve un espécimen entre las ruinas de la ciudad—, con sus hemiciclos, sus escalones cavados en el suelo y su campo de deporte y esparcimiento.

En aquella escuela se juntaron durante más de dos años las categorías de Aristóteles con las bienaventuranzas evangélicas. Pablo enseñaba diariamente desde las once de la mañana hasta media tarde. Antes de amanecer estaba ya trabajando en la casa de Aquila para

ganarse el sustento diario, y al terminar su catequesis seguía su labor apostólica, pasando de casa en casa, confirmando a los vacilantes, discutiendo con los adversarios, corrigiendo a los culpables, «sin ocultar a nadie cosa alguna que pudiera serle provechosa» (Act., 19. 9-10; 20, 20). Siempre afectuoso y paternal, se entregaba «día y noche» al servicio de los hermanos, «los exhortaba con lágrimas», y el amor, estremeciendo su cuerpo rudo y viril, triunfaba de todas las resistencias.

El esfuerzo era grande, pero el fruto llenaba de alegría el corazón. Pablo revelaba la íntima satisfacción que entonces sentía con las siguientes palabras: «Veo delante de mí una puerta que se abre de par en par y que es de fácil acceso, aunque los adversarios abundan» (1 Cor., 16, 9). Es la imagen que evoca la lectura de los Actos: en aquella gran ciudad, puerta de Asia, no son sólo las gentes vecinas al puerto las que frecuentan el gimnasio de Tirano, sino gran multitud de extranjeros que vienen de Roma, de Egipto, de Grecia o de Siria. Muchos salían riendo o se levantaban contra el anunciador de aquella religión nueva, pero a otros la doctrina evangélica les hacía reflexionar, y, preocupados con lo que acababan de oír, llevaban el germen de la renovación a tierras lejanas. Pero la mayor parte de los oyentes de Pablo la formaban los habitantes del Asia proconsular. «Todos los que moraban en Asia, tanto judíos como griegos—dice San Lucas—, oyeron la palabra del Señor» (Act., 19, 10). Ricas y numerosas ciudades se levantaban en aquel país. Era la tierra orgullosa de la fertilidad de sus valles, de la actividad de sus industrias y de la riqueza de su comercio en mármoles raros, bronces, famosos y artísticos tapices, hierros cincelados, telas deslumbrantes y otros mil objetos que se disputaban los patricios de Roma. La raza y el genio de Grecia brillaban allí unidos al barroquismo asiático, y sus ciudades, Pérgamo, Halicarnaso, Esmirna, Mileto, Samos, competían con las más ilustres del otro lado del mar por la gloria de sus tradiciones artísticas y literarias.

Fué entonces seguramente cuando nacieron aquellas grandes iglesias que unos años más tarde encontró San Juan Evangelista; desde las playas del Mediterráneo la palabra divina se derramó hasta las riberas del Ponto, hasta la provincia de Bitinia, adonde había querido San Pablo detenerse durante su segunda misión. Medio siglo después, Plinio el Joven vió allí el paganismo en plena decadencia: «los templos, abandonados; las fiestas religiosas de antaño, interrumpidas; los sacerdotes, sin recursos para vivir, porque nadie compra-

ba las carnes de las víctimas. Todo el país—ciudades, villas, el campo mismo—había quedado sujeto a la superficie cristiana» (Plinio, *Epistolae*, X, 97).

Podemos formarnos una idea de lo que fué aquella irradiación de la verdad por lo que sucedió en los valles donde nace el Lycos. Tres ciudades famosas se alzaban en aquella porción de la Frigia, que dominan las cumbres del Cadmos: Hierápolis, «alcázar de oro, ciudad santa, ninfa divina» (Boeckh, *Corp., Inscrip.*, 3.909), famosa por las aguas de sus fuentes, que transformaban en piedra cuanto tocaban; Laodicea, su rival, en la orilla opuesta del río, célebre en el mundo entero por el teñido de sus paños, y Colossos, cuya riqueza estaba en la fertilidad de sus praderas y en los vellones de sus ganados. Algunos oyentes de Pablo en el gimnasio de Efeso llevaron allí los primeros rumores de la Buena Nueva, despertando en unos la curiosidad y en otros el entusiasmo. El principal de aquellos misioneros era un vecino de Colossos, llamado Epafras, a quien ayudaban un rico propietario, Filemón de nombre, y un amigo, tal vez hijo de Filemón, llamado Arquipo. San Pablo se llenó de alegría «al oír hablar por vez primera de la fe de aquellos frigios industriosos y de su caridad para con los santos. La palabra evangélica, que crecía y daba fruto por todo el mundo, se había arraigado en ellos desde la hora en que oyeron y conocieron la gracia de Dios según la verdad» (Col., 1, 4; 2, 1). Y hacía el elogio del activo predicador, a quien se debía aquel espléndido brote de vida divina, benemérito de las tres ciudades hermanas, «esclavo de Jesucristo, que combate sin cesar por vosotros en sus oraciones, a fin de que permanezcáis perfectos y firmes en todas las voluntades de Dios» (Col., 4, 12-13).

Nunca, acaso, había tenido la palabra del Apóstol tal fuerza de convicción y un cambio tan bien dispuesto para recibir la semilla. Y los prodigios con que iba acompañada su predicación daban a su acento un poder ilimitado. De sus manos se escapaba una virtud divina que, sin él darse cuenta, beatificaba los cuerpos y las almas. Sus discípulos se llevaban «los pañuelos con que limpiaba el sudor de su frente y los delantales que usaba durante el trabajo, para ponerlos sobre los enfermos, y a su contacto las enfermedades desaparecían y eran ahuyentados los malos espíritus» (Act., 19, 12).

Este poder sobrenatural, siempre deslumbrador para las muchedumbres, debía tener una aceptación más admirativa en aquella ciudad de Efeso, apasionada por los misterios de la magia. Los

profesionales de las artes ocultas abundaban allí más que en ninguna parte: profetas que se estremecían con el delirio divino mascando una hierba que ellos llamaban el omomi; teolépticos de ojos espantados y cabellos en desorden, que agitaban la cabeza y los brazos profiriendo palabras incoherentes; charlatanes que echaban la buenaventura; embaucadores que prometían el elixir de la juventud y el bálsamo que curaba todas las enfermedades; brujos, pitonisas, astrólogos, adivinos, encantadores de serpientes, evocadores de muertos, de sombras y de genios infernales; comerciantes de amuletos y de toda suerte de figurines mágicos; profesores del arte terrible que encadenaba las potencias del infierno y del cielo; vendedores de las recetas misteriosas, de las famosas fórmulas efesinas que encerraban prestigios invencibles capaces de arrancar a los espíritus del aire y del mundo subterráneo jirones de su ciencia y de su poder.

Y entre los impostores, herederos del seudomisticismo frigio, vagaban también, vendiendo sus secretos, los exorcistas de Israel, que se preciaban de poseer una virtud sobrehumana gracias a las palabras secretas que algunas familias se transmitían desde el tiempo de Salomón. Bien conocidos eran los siete hijos de Sceva, uno de los jefes de la clase sacerdotal del judaísmo. Las gentes acudían a ellos con una confianza ciega; pero ellos, poco seguros de sus viejas fórmulas, se resolvieron a invocar sobre los desgraciados a quienes atormentaban los demonios aquel nombre de Jesús, por cuyo medio obraba Pablo tantas maravillas. «Os conjuramos—dijeron—por el nombre de ese Jesús a quien Pablo anuncia.» Fué una funesta iniciativa. «Conozco a Jesús—respondió el espíritu maligno—; sé quién es Pablo; pero vosotros ¿quiénes sois?» Y, saltando sobre los exorcistas, los posesos les golpeaban, les mordían, les destrozaban los vestidos, sin que hubiera fuerza capaz de contenerlos, obligándoles a salir, malheridos, avergonzados y medio desnudos, de la casa que habían escogido para escenario de sus habilidades.

La fama de este suceso corrió por la ciudad; judíos y griegos supieron de él; y en el ágora se hicieron toda suerte de comentarios, que vinieron a aumentar el prestigio del Apóstol. Unos rieron la aventura, pero otros se llenaron de temor, glorificando el nombre de Jesús. Muchos cristianos, que después de haber recibido el bautismo seguían apegados a aquellas prácticas supersticiosas, se convencieron de la vanidad de los poderes sobrehumanos que se arrogaban los impostores, y presentándose en la asamblea de los fieles, confesaron su pecado, y como los manuales de las ciencias ocul-

tas, los billetes de los conjuros, los papiros en que se enseñaban aquellas operaciones tenebrosas seguían siendo para ellos una tentación, en el ímpetu de su arrepentimiento los recogieron cuidadosamente y los quemaron en presencia de los hermanos. La sinceridad quedaba confirmada por el desinterés. Aquellos manuscritos les habían costado muy caros; era preciso pagar la virtud extraordinaria que se les atribuía y, al mismo tiempo, el peligro a que se exponían sus autores delante de la ley. A la vista de las llamas que se alzaron aquel día en el jardín del gimnasio de Tirano, hubo quien calculó que el precio de los códices abrasados en aquel auto de fe ascendía a cincuenta mil monedas de plata (Act., 19, 13-20). Era una literatura necia y pestilente que los mismos gobernantes combatían como fuente de embelecos y de errores. Unos años antes, Augusto había mandado quemar dos mil libros de esta ralea en una plaza de Roma.

CAPITULO XIX

La solicitud de las iglesias.—Desórdenes en Corinto.—Epístola de Pablo.—Las divisiones.—El incestuoso.—Matrimonio y virginidad.—Las reuniones litúrgicas.—El ágape.—El himno del amor.—La colecta.—Genio organizador.—La mirada del teólogo. (56.)

Al mismo tiempo que extendía la fe por las provincias asiáticas, Pablo tenía los ojos fijos en las iglesias fundadas durante las misiones precedentes. Efeso era una verdadera atalaya. A su puerto llegaban diariamente noticias de los países más lejanos, y con los bajeles que partían en todas direcciones se podía tomar rápidamente cualquier medida. Pero la solicitud de Pablo se concentraba sobre todo en la hermandad de Corinto, una de sus más bellas conquistas, agitada ahora por toda suerte de vendavales. Unos enviados de Cloe, la rica convertida de Kenkres, habían sido los primeros en traer las más alarmantes noticias. Hablaban de discordias, desórdenes, pendencias e inmoralidades de toda clase. Pablo envió a Timoteo para restablecer la tranquilidad, pero sin conseguir nada. Otros viajeros vinieron a informarle que, aunque menos violenta, la tempestad seguía, y su relato fué confirmado por Apolo, el sabio alejandrino, que acababa de llegar a Efeso deseoso de conocer al gran propagador del Evangelio.

Y era el mismo Apolo, quien, sin darse cuenta, había motivado aquella situación difícil. Elocuencia natural, ardor religioso, dicción pura y elegante, arte para zurcir las enseñanzas bíblicas con las especulaciones de la filosofía griega, y habilidad para descubrir en la Escritura sutiles interpretaciones alegóricas; según el método de Filón, el maestro alejandrino tenía todas las cualidades propias para arrastrar a las muchedumbres, y muy particularmente a aquellas

muchedumbres frívolas y elegantes de las ciudades helénicas. No tardó en verse rodeado de un corro de fanáticos admiradores, que para exaltar a su ídolo necesitaban rebajar todo lo demás. ¡Qué contraste entre aquellos discursos floridos y luminosos y el estilo sencillo y familiar de Pablo, lleno de incorrecciones, desnudo de pompas oratorias, rudo unas veces y otras desigual! A estas críticas contestaban con viveza los defensores de Pablo, y no faltaban quienes les oponían la autoridad de Cefas, príncipe de los apóstoles, que había vivido en la intimidad de Jesús. Y como si esto fuera poco, apareció otro grupo, inspirado, sin duda, por los judaizantes, que se jactaba de seguir sencillamente la doctrina de Cristo sin necesidad de intermediarios. Y con aquella adhesión ciega de los griegos a los maestros famosos, con la misma vanidad con que antes decían: Yo soy del Pórtico; yo, de la Academia, cada grupo defendía apasionadamente a su jefe respectivo. «Oigo—les dice San Pablo—que no cesáis de clamar entre vosotros: ¡Yo soy de Pablo! ¡Yo, de Apolo! ¡Yo, de Cefas! ¡Y yo, de Cristo! ¿Es que Cristo está dividido?» (1 Cor., 1, 11-13).

No se trataba de verdaderos cismas, puesto que todos los fieles acataban la autoridad del Apóstol y celebraban juntos la Eucaristía; pero las discusiones y las rivalidades ponían en peligro la caridad, y la misma fe podía peligrar. Para uno de los partidos, la personalidad de Pablo ha sido ensalzada con exceso; no es, dicen, ni un filósofo, ni un artista, ni un buen orador. Sin embargo, reconocen su autoridad como testigo de Cristo; y él puede hablarles todavía con acentos en que la severidad se mezcla al afecto: «No os escribo estas cosas—les dice—para avergonzaros, sino que os amonesto como a hijos queridos; porque aunque tuvieseis diez mil pedagogos en Cristo, sólo tendríais un padre, pues soy yo quien os ha engendrado en Jesucristo por el Evangelio» (1 Cor., 4, 14-15). Una y otra vez les advierte de la necesidad de la sabiduría humana frente a la sabiduría de Dios. Después de su experiencia de Atenas, había comprendido que ni la filosofía, ni la elocuencia, ni los artificios del lenguaje convertirían al mundo. No se irrita contra Apolo, que sin él quererlo se había visto al frente de una escuela; al contrario, reconoce, como San Lucas, la excelencia de su predicación: «Yo planté, Apolo regó, pero de Dios vino el crecimiento.» Con fina ironía ataca las flaquezas del espíritu griego y su hinchazón filosófica, y, respondiendo a aquellos que aseguraban que no se atrevería a presentarse otra vez en Corinto, añade: «Hay entre vosotros al-

gunos que se llenan de orgullo, como si yo no hubiera de volver a vosotros; pero, si Dios quiere, volveré muy pronto, y examinaré, no los discursos de estos orgullosos, sino su poder; porque el reino de Dios no consiste en discursos, sino en realidades. Decidme, ¿queréis que vaya a vosotros con la vara en la mano o con amor y espíritu de mansedumbre?» (1 Cor., 4, 18-21).

Envanecidos por el orgullo, los corintios están también manchados por la inmoralidad. «Se oye hablar entre vosotros de fornicación, de una fornicación que no se encuentra ni entre los paganos. Hay uno que tiene por esposa a su madrastra, a la mujer de su padre. ¡Y aún tenéis cara para engreíros! ¡Y el dolor no os mueve a arrojar de entre vosotros al que hace una cosa como ésta! Por lo que a mí se refiere, ausente de cuerpo, pero presente de espíritu, he decidido ya, como si estuviese ahí unido mi espíritu con el vuestro en el nombre del Señor, entregar a este hombre a Satanás, por el poder de Nuestro Señor Jesucristo, para destruir su carne, a fin de que el espíritu se salve en el día del Señor.»

Ya antes había prohibido el Apóstol a los corintios todo contacto con las personas de esta clase; pero ellos no habían querido comprender. «Tendríamos que salir del mundo», decían, riéndose de aquella prescripción. No se trata de eso, responde San Pablo; no es nuestra misión juzgar a los pecadores que están fuera de la Iglesia; Dios los juzgará; lo que debéis hacer es excluírles de la Iglesia: «arrojad al malvado de en medio de vosotros». El incestuoso queda excomulgado y confundidos aquellos que alegaban el desprecio del cuerpo para defender que les estaba permitido todo. «El cuerpo no es para la impureza, sino para Dios. ¿Tomaré los miembros de Cristo para convertirlos en miembros de una meretriz? ¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo y que no os pertenecéis a vosotros mismos?» (1 Cor., 6, 15-19).

Pero en aquel medio de Corinto, donde el fermento de la corrupción tenía una virulencia terrible, empezaban a manifestarse escrúpulos extraños. «Es bueno para el hombre evitar todo contacto con la mujer»—decían algunos intransigentes, llegando casi a condenar al matrimonio—. La extrema disolución de costumbres provoca con frecuencia violentas reacciones. Desesperando reformar la naturaleza, el epicúreo suelta la rienda a todos sus instintos, mientras que el estoico y el rigorista se esfuerzan por destruirla. San Pablo condena estas dos morales opuestas, que se disputarán algo más tarde el predominio entre los gnósticos. Después de reprobar la fornicación,

defiende el matrimonio; pero termina proponiendo al hombre un ideal más elevado: el de la virginidad. «Yo quiero que viváis sin cuidados ni inquietudes. El que no tiene mujer anda solícito de las cosas del Señor y de lo que ha de hacer para agradarle. Al contrario, el que tiene mujer anda afanado en las cosas del mundo y en cómo ha de agradar a la mujer, y está dividido... Os digo esto para vuestra utilidad, no para tender un lazo delante de vosotros, sino para mostraros lo que es bello, lo que os permitirá servir al Señor sin ningún embarazo.»

Todas aquellas dudas, disensiones, preocupaciones y rivalidades que desgarraban la iglesia de Corinto tenían un eco desagradable en sus asambleas, en las sinaxis litúrgica, en el banquete eucarístico. Los cristianos no pueden participar en ninguna otra comida sagrada, no pueden sentarse a la mesa de los demonios ni comer las viandas sacrificadas a los ídolos. Su culto es exclusivo, como su fe; su Dios, su Señor, es único; único también su sacrificio, que es, como el de los paganos, una comida, pero una comida celeste: «El cáliz que nosotros bendecimos, ¿no es, acaso, la comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que rompemos, ¿no es, acaso, la participación del cuerpo de Cristo?» (1 Cor., 10, 16). Pero había algunos que se acercaban indignamente a recibir el cuerpo y la sangre del Señor, sin comprender la gravedad de esta falta; y, por otra parte, el ágape fraterno que precedía a la comunión, místico emblema de un amor sagrado, triunfo de la igualdad y de la fraternidad de los discípulos de Cristo, se había convertido en los templos del paganismo: al lado de los extáticos, a quienes transportaba el Espíritu, y de los pobres, que se quedaban en ayunas porque no tenían nada que comer, había falsos profetas deseosos de atraer las miradas de la asamblea, mujeres vanidosas que hablaban y gesticulaban con los cabellos al aire, gentes bien acomodadas que comían en abundancia y bebían hasta embriagarse. «¿Qué os diré de todas estas cosas?—pregunta San Pablo—. ¿Queréis que os alabe? No, no os alabaré» (1 Cor., 11, 22).

No los alaba; al contrario, los censura, reprendiendo duramente sus abusos. Y a los que están engreídos por sus carismas, les propone una adquisición más alta, el verdadero tesoro del cristiano, la caridad divina que nos une a Cristo. Y, arrebatado por un lirismo sublime, dicta una de las más bellas páginas que nos quedan de él, superior a todo el arte de la sabiduría pagana, que tanto admiraban los corintios, a todas las exquisiteces de los discursos de Apolo. «Aunque hablase todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tu-

viere el amor sería como bronce que suena a campana que retiñe. Aunque tuviese el don de profecía, y penetrase todos los misterios, y poseyese todas las ciencias, y tuviese una fe tal que pudiese trasladar los montes, si no tengo el amor, no soy nada. Y si repartiese toda mi hacienda entre los pobres y entregase mi cuerpo a las llamas, si no tengo el amor, de nada me serviría. El amor no muere nunca. Las profecías tendrán fin, el don de lenguas desaparecerá, cesará la ciencia; porque la ciencia es imperfecta, la profecía es imperfecta y todo lo imperfecto dejará de existir cuando lo perfecto llegue. Cuando yo era niño hablaba como niño, juzgaba como niño, discurría como niño; pero cuando llegué a ser hombre, di de mano a las cosas de la infancia. Ahora vemos como a través de un vidrio y oscuramente; pero entonces veremos cara a cara; y si ahora conozco sólo fragmentariamente, entonces conoceré a Dios como soy conocido de Él. Ahora existen estas tres cosas: fe, esperanza y amor. De las tres, el amor es la más noble» (1 Cor., 13).

Esta epístola es valiosa, no sólo por las verdades que afirma, sino también por la vida cristiana que revela. Si la exposición dogmática nos descubre «al hombre en quien Dios habla, al hierurgo de los sagrados misterios», según la expresión de San Cirilo de Alejandría, la pintura de aquellos fieles de Corinto, tan queridos del Apóstol, tan favorecidos de Dios, y, sin embargo, tan carnales, tan indóciles, es sumamente instructiva. Al pensar en ellos sacamos la conclusión de que es más fácil para Dios hacer santos que taumaturgos. Pero cuanto más consideramos su miseria, más admiración nos causa la pedagogía del Apóstol: es paciente y sabe perdonar; pero al mismo tiempo se nos manifiesta de una intransigencia indomable. Frente a los abusos levanta con toda libertad su acento inflexible, su prohibición categórica. Y siempre en nombre de la fe; ella es la razón postrera y soberana. Ante los vicios degradantes de los corintios, no recuerda San Pablo que esa manera de proceder envilece los pueblos, debilita las razas, mina el organismo y destruye la dignidad humana, sino que se opone a los principios fundamentales del orden sobrenatural: «Acordaos de que sois miembros de Cristo y templos del Espíritu Santo.»

Al terminar la carta, Pablo tomó la pluma de las manos de su secretario y trazó estas palabras a manera de rúbrica: «Este saludo os le escribo con mi puño y letra, yo, Pablo. Si alguien no ama al Señor, que sea anatema. Maran Atha.» Pero le dolía dejar a sus discípulos bajo el peso de la amenaza, y añadió: «Que la gracia de

Nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros. Mi amor os acompaña en Cristo Jesús. Amén.» (1 Cor., 16, 23-24).

Pablo confió su mensaje a algunos fieles que estaban a punto de embarcarse para Corinto. Hubiera querido que Apolo los acompañase, pero el de Alejandría rehusó aceptar la peligrosa misión, pretextando que su presencia sólo serviría para reavivar las discordias. Entonces fué preciso pensar en Tito, el abnegado discípulo antioqueno. A pesar de su arrojo ante el peligro y de su tendencia a recibir con calma las cosas, Tito dudó algún tiempo, algo asustado de la mala fama que tenían los de Corinto. Representóle Pablo las cualidades que le harían bienquistado en aquella ciudad, y, al fin, le convenció, encargándole otro ministerio no menos delicado: la colecta para los cristianos de Jerusalén, que seguían siempre luchando con la pobreza. Pablo se compadecía de ellos y quería mostrarles que todos sus discípulos, judíos y gentiles, vivían unidos con ellos por los lazos de la caridad. Era también una manera de desarmar recelos y disipar frialdades.

Para realizar su proyecto procede con la habilidad de un judío práctico, con el tino de un gran conocedor de almas. A la iglesia de Corinto se lo anuncia desde esta primera carta. Aguarda algún tiempo, y como nadie chista, vuelve a la carga. «Recordad—dice—que somos miembros del mismo cuerpo. ¿Es justo que unos estén en la miseria mientras otros viven en la abundancia? La salud viene de Jerusalén, y es en Jerusalén donde ha de manifestarse Cristo en su gloria. Y puesto que los hermanos de esta ciudad os han comunicado los bienes espirituales, ¿no es natural que vosotros les déis a ellos parte de vuestros bienes materiales?» Los argumentos de la fe son los primeros, pero en su apoyo viene el sentimiento del honor y hasta el interés bien entendido: «Mirad a los de Macedonia: son pobres, y, sin embargo, han dado generosamente y aún más de lo que podían. ¿Os dejaréis vencer en generosidad? Yo les he hecho un gran elogio de vosotros, llegando a decirles que toda Acaya estaba presta. Si algunos de ellos me acompañan en la visita que pienso haceros y echan de ver que me he engañado, ¡qué vergüenza para vosotros y para mí! Abrid, pues, la mano con abundancia. Quien mucho siembra mucho recogerá. Vuestras larguezas os harán agradables al Señor, y de este modo, empobreciéndoos, os enriqueceréis» (2 Cor., 8 y 9).

Después de estas consideraciones, impregnadas de una extrema delicadeza, viene la disposición del hombre previsor, del administra-

dor vigilante: «Que el primer día de la semana, el domingo, cada uno de vosotros ponga aparte alguna cosa, lo que pueda, a fin de que no se aplace este asunto para cuando esté en medio de vosotros.»

Al mismo tiempo que el hombre práctico, vamos descubriendo el maestro sublime, el doctor de las gentes, el arquitecto de un edificio teológico en que nos maravilla tanto la armonía como la inmensidad. Veinte siglos de investigación no han podido agotar sus riquezas. Ni un momento de vacilación, o de formación flotante, o de discusión hipotética, como en los sistemas de Platón y Aristóteles. Su rasgo característico es la firmeza absoluta. Como cimiento encontramos el dogma del pecado original, cuya noción le viene a Pablo de la teodicea bíblica. Enquistado, por decirlo así, en la carne, el pecado esclaviza a los hombres, dándoles como salario la muerte eterna. El misterio de la primera desobediencia, en que la Humanidad entera era solidaria con su primer padre, reclamaba una redención que sólo de Dios podía venir. El hombre nada podía querer ni obrar por sí mismo en orden a la salvación. Se necesitaba un propiciador.

Estos breves conceptos condensan para San Pablo largos siglos. La historia de la Humanidad es la historia del hombre desgraciado cuya pintura nos ofrece la Epístola a los romanos, es la historia de la caída y de la redención; una historia dividida en dos períodos: el presente y el futuro, que corresponden al hombre viejo y al hombre nuevo, el uno corrompido y el otro reengendrado en Jesucristo. El momento en que la Cruz se levanta en la cima del Calvario señala la era mesiánica, el reino de la gracia, la dispensación del Espíritu Santo, la nueva Humanidad y el establecimiento del amor en el imperio de las tinieblas. Por la virtud de su muerte, Cristo lo ha reconciliado todo. Tomó la forma de esclavo para salvar a los esclavos; haciéndose imagen de ellos, consiguió que ellos llegasen a tener la imagen de Dios. Resucitó para que todos resucitasen en Él, recobrando la vida sobrenatural, germen de la vida eterna, puro don de la bondad divina, que por eso se llama gracia, luz de la inteligencia y fuerza de la voluntad.

En la teología de Pablo estas verdades, diseminadas ya en el Evangelio, se nos presentan íntimamente enlazadas, dispuestas en un esquema grandioso, formuladas con términos precisos e iluminadas con maravillosas claridades. Suyas son expresiones como éstas: «Los dones y el llamamiento de Dios son sin arrepentimiento... (Rom., 11, 29). Si por la falta de uno solo reinó la muerte a causa de uno solo, con mayor razón los que reciben la sobreabundancia de la gra-

cia y de la justicia reinarán en la vida por solo Jesucristo» (Rom., 5, 17).

Con mirada patética, sin dar señales de vértigo, Pablo fija su vista en el abismo insondable del dogma de la predestinación. Dios es justo; creador del hombre, quiere también su salvación. Sin embargo, unos obtienen el privilegio de la vida en Jesucristo y otros son desheredados. ¿Por qué? El barro no puede preguntar al alfarero por qué hace de él «un vaso de ignominia». Pablo piensa en los judíos, siempre rebeldes y enemigos de la luz. Las tinieblas serán su herencia. Infieles a la verdad, serán rechazados y condenados. Sobre los escogidos Dios puso sus ojos antes de la constitución del mundo, movido únicamente por el amor. Fueron predestinados, fueron llamados, fueron justificados y serán glorificados, para alabanza de la gloriosa manifestación de la gracia, es decir, para la gloria de Dios. Pero esa glorificación exige como condición necesaria la unión al cuerpo místico de la Iglesia universal, la participación en los ritos y en los sacramentos y la solidaridad invisible que nace de la comunión de los santos. Como arras tenemos desde ahora la posesión del Espíritu, que clama dentro de nosotros y nos garantiza el goce de la herencia bienaventurada.

CAPITULO XX

TERCERA MISIÓN.—LUCHAS CON LOS JUDÍOS DE EFESO.—PENSANDO EN ROMA.—LAS FIESTAS DE ARTEMIS.—EL PLATERO DEMETRIO.—TUMULTO POPULAR.—EN EL TEATRO.—HACIA EUROPA.—TRISTEZA Y DESALIENTO.—NOTICIAS DE ACAYA.—SEGUNDA EPÍSTOLA A LOS CORINTIOS.—CALUMNIAS.—APOLOGÍA DE PABLO.—EN LAS CIMAS DE LA ELOCUENCIA. (57.)

Cerca de tres años había pasado ya San Pablo en Efeso, años de fatigas y sufrimientos, de grandes maravillas, de triunfos sin precedente en su vida misionera. Predicaba diariamente, congregaba discípulos, los unía a Jesús, los engendraba, por el Espíritu, a una vida nueva, más aún que con su acción colectiva con sus conversaciones particulares, con sus visitas, con sus íntimas exhortaciones, con la violencia de su amor entrañable. A su paso por Mileto, unos meses después, podrá decir a los de Efeso, resumiendo este pasado de abnegación continua: «Bien sabéis cómo, desde el día de mi llegada a esta tierra de Asia, pasé todo el tiempo con vosotros, sirviendo al Señor en toda humildad, en las lágrimas y en los dolores, que me venían del odio de los judíos; cómo no olvidé nada de cuanto pudiera ser útil para vosotros, exhortándoos y enseñándoos en público y en vuestras casas, recomendando sin cesar, tanto a los griegos como a los judíos, la conversión a Dios y la fe en Nuestro Señor Jesús» (Act., 20, 18-21).

La lucha con la sinagoga debió ser dura y larga. En aquel trance Pablo se compara con los desgraciados que la autoridad arrojaba a los leones en el anfiteatro para diversión de las turbas. «En Efeso —afirmaba—he combatido con las bestias» (1 Cor., 15, 32). Y el ensañamiento de sus adversarios le arrancaba este grito de dolor: «La vida es para mí una muerte diaria» (1 Cor., 15, 31). La llama

de aquellos años, las solicitudes, los sufrimientos, los sobresaltos y los terrores palpitan también en estas palabras de la Epístola a los corintios: «Hasta la hora presente seguimos sufriendo el hambre, la sed, la desnudez, los malos tratamientos, y no tenemos dónde fijar nuestra morada. Nos vemos rendidos de fatiga, trabajando con nuestras manos; nos maldicen y bendecimos; padecemos persecución, y la sufrimos con paciencia; nos ultrajan, y respondemos con bondad; somos, al fin, tratados como la hez y basura del mundo, como la escoria y el desecho de todos» (1 Cor., 4, 11-13).

No obstante, Pablo veía aproximarse el fin de su estancia en Efeso. No es que su ánimo indomable se acobardase ante la persecución. Curtido por el sufrimiento, sereno en medio de aquella agonía del cuerpo y del espíritu, hubiera arrostrado, como en otras ocasiones, los tormentos y la muerte por el nombre que predicaba. Pero la iglesia de Efeso estaba ya sólidamente establecida, y su voz, la que desde muchos años sonaba en el fondo de su alma, cuando tenía que tomar alguna resolución importante, se oía otra vez categórica e insistente. «¡A Roma, a Roma!», le decía, señalándole las principales etapas del largo itinerario: Macedonia, Acaya, Jerusalén, y después cualquier puerto de Siria o Palestina para embarcarse en dirección a Occidente. «Es necesario que yo vaya a Roma», decía el Apóstol a sus discípulos al terminar el año 56, y sólo aguardaba la fiesta de Pentecostés del año siguiente para emprender el viaje. En la primavera se celebrarían las grandes fiestas de Artemis: los devotos bajarían de la montaña con sus canastillos de flores; se despoblarían los valles del Caistro y del Meandro para enviar a sus moradores con las ofrendas sagradas; llegarían los curiosos y los peregrinos, y todas las provincias orientales enviarían a los desocupados y a los millonarios, amigos de músicas y fiestas, ávidos de fuegos y de orgías, que Efeso les había de ofrecer durante un mes entero en concursos musicales y representaciones de teatro, en luchas de atletas y gladiadores, en danzas exóticas y carreras de caballos. Los magistrados organizadores de fiestas, los asiarcas, especie de mayordomos de la cofradía de la diosa, se agitaban ya, contratando acróbatas, cantores, animales y compañías de toda clase para que el mes transcurriese con el mayor esplendor.

Era una ocasión magnífica para reclutar catecúmenos y sembrar el Evangelio en todas direcciones. Pablo, que lo había experimentado otras veces, no quería desperdiciarla ahora, y por eso aplazaba su salida para después de Pentecostés. Es verdad que tendría que

presenciar las pompas orgiásticas de aquella conmemoración anual, los apasionamientos de la multitud por sus jugadores favoritos y el cortejo de la diosa llevada triunfalmente a través de las calles; el coro de las vírgenes, servidoras de Artemis; la turba de los megabisos o eunucos del templo; la banda de los heraldos, de los trompeteros, de los citaristas y de los flautistas; el batallón de los jinetes que abrían la marcha; la compañía graciosa de los niños, agitando incensarios y deshojando pétalos de flores, y, al fin, la estatua de la diosa, con su cofia descomunal, con su racimo informe de senos, con su base adornada de toros alados, de frisos, de leones y de abejas, que representaban la fidelidad creadora. Pero Pablo estaba ya acostumbrado a todos los horrores de los cultos paganos; y eran semejantes espectáculos los que le inspiraban expresiones como éstas, en que podemos ver una ferviente protesta contra aquellas adoraciones de los demonios. «Al rey de los siglos, inmortal e invisible; al Dios único, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.»

Un suceso desagradable vino a acelerar aquel viaje largamente meditado. El culto de la diosa, no solamente daba de comer a los sacerdotes y sacerdotisas, con el personal necesario para atender a las necesidades del templo, sino también a una nutrida corporación de artistas que fabricaban en plata, en piedra, en madera y en barro toda suerte de objetos más o menos preciosos, que los peregrinos llevaban como recuerdo de su paso por la ciudad, o que colgaban como exvotos en las paredes del santuario: pequeñas medallas, amuletos y figurines, estatuitas que representaban a Artemis en su nicho, reproducciones en miniatura del templo famoso.

Ahora bien: hacía algún tiempo que los ceramistas y los orfebres, los escultores y los grabadores notaban que la venta de estas imágines disminuía considerablemente; y no tardaron en echar la culpa al misionero judío, según el cual «la divinidad no tiene nada que ver con el oro, la plata, la piedra, ni escultura alguna producida por el arte y la imaginación del hombre». Queriendo terminar con aquel escándalo y remediar su ruina, uno de los plateros más acaudalados de la ciudad, jefe de taller sin duda, reunió a todos sus compañeros y les dijo: «Amigos míos, bien sabéis que esta industria es la que nos da de comer, y habréis podido observar que no sólo en Efeso, sino en casi todo el Asia, este Pablo ha apartado por la persuasión de nuestros talleres a un gran número de personas, diciéndoles que no son diosas estas cosas que nosotros hace-

mos; por donde no sólo esta profesión nuestra correrá peligro de ser desacreditada, sino que el templo de la gran Artemis perderá su estimación y caerá por tierra el prestigio de aquella a quien adora el Asia y el mundo entero» (Act. 19, 25-27).

Esta arenga es el comienzo de uno de los episodios más pintorescos del libro de los Actos. En él brilla la más fina observación psicológica, indicio seguro del testigo ocular, y por él podemos medir la fecundidad de la acción apostólica de Pablo, que en tan poco tiempo había propagado el Evangelio hasta el punto de amenazar el comercio de los fabricantes de ídolos. Las palabras del orfebre tuvieron un efecto fulminante. Los artífices se lanzaron a la calle furiosos, gritando a todo pulmón: «Grande es la Artemis de los efesios.» La turba crecía por momentos, el clamor se multiplicaba y en cada calle, en cada plaza se sumaban nuevos manifestantes, que corrían a donde los llevaban y vociferaban sin saber por qué: «Grande es la Artemis de los efesios.»

En el camino asaltaron los amotinados la casa del Apóstol; pero no habiendo podido encontrarle, se apoderaron de sus compañeros Gayo y Aristarco. Y, movido por una cólera sagrada, el torrente rodaba en dirección al anfiteatro, lugar ordinario de las reuniones públicas, que el viajero puede admirar todavía al pie del monte Coresso. Era uno de los más espaciosos del mundo; cerca de cincuenta mil espectadores podían acomodarse dentro de él en las grandes aglomeraciones. La escena está intacta, con fragmentos de muros, bases de columnas y plintos de estatuas; y cavadas en la roca se ven las filas innumerables de los asientos.

Allí rugía la multitud, semejante a las olas de un mar alborotado. La confusión era inenarrable. Muchos no sabían por qué se habían reunido allí, mas no por eso dejaban de pregonar la gloria de Artemis. Pablo, aterrado ante el peligro que corrían sus compañeros, pensó lanzarse en medio del tumulto. No era la primera vez que lograba apaciguar las turbas amotinadas, ni sería la última; además, se le ofrecía una ocasión magnífica para proclamar el nombre de Cristo delante de un pueblo innumerable. Sus discípulos hacían esfuerzos inauditos para sujetarle; pero sólo desistió ante los ruegos de algunos asiarcas amigos suyos, que le representaron las consecuencias terribles de un conflicto con la autoridad romana provocado por su presencia en la escena.

Entre los sediciosos había muchos judíos, muy contentos porque, al fin, estaban a punto de aniquilar al apóstata aborrecido. Es

posible que el gremio de los plateros no fuera más que un juguete de sus maquinaciones tenebrosas. Sin embargo, el drama estuvo a punto de terminar para ellos de una manera desagradable, como había sucedido en Corinto. Ya antes habían conjurado contra él, logrando despertar aquella crisis aguda que arrancaba a su compatriota exclamaciones como éstas: «Si los muertos no resucitan, ¿por qué nosotros nos exponemos diariamente al peligro? Hermanos, yo muero cada día, y esto es tan verdad como que vosotros sois mi gloria en Jesucristo, Nuestro Señor... Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, que mañana moriremos» (1 Cor., 15, 30-32).

Al fin el odio de los hebreos, en unión con los intereses y las pasiones del populacho, parecían próximos a triunfar. Sin embargo, había muchos que no sabían distinguir bien a los cristianos de los judíos, tan hostiles como los discípulos del Apóstol a los simulacros del paganismo. Entre aquella gritería confusa y frenética empezaron a oírse algunas voces que decían: «¡Mueran los judíos!» Uno de ellos, Alejandro, trabajador en cobre y mortal enemigo de San Pablo (2 Tim., 4, 14), empujado por sus compatriotas, logró escalar la tribuna con intento de defender la causa de su nación. Sus esfuerzos por hacerse oír fueron inútiles. Voceaba y agitaba las manos, pero no consiguió más que aumentar la irritación: «¡Es un judío!», clamó un desconocido, y a esta vez los gritos se renovaron más furiosos que nunca, rebotando en los macizos de la montaña vecina: «¡Grande es la Artemis de los efesios!»

Cerca de dos horas atronó la ciudad este clamor de la fe amenazada. A veces se amortiguaba, pero pronto volvía a resurgir con nueva violencia. De pronto, el grammateus, el canciller de la ciudad, presidente ordinario de las asambleas populares, aparece en el proscenio. Su presencia es recibida con una salva de aplausos y un murmullo de expectación. Se restablece la calma; las voces, ya roncas, enmudecen, y el grammateus logra hacerse oír: «Varones efesios—dice—, ¿quién ignora que la ciudad de Efeso es la guardadora de la gran Artemis y de su estatua, enviada del cielo? Siendo esto incontestable, es preciso que os soseguéis y no procedáis inconsideradamente. Esos hombres que habéis traído aquí ni son sacrílegos ni blasfemadores de vuestra diosa. Mas si Demetrio y los artífices que están con él tienen queja contra alguno, audiencia pública hay y procónsules; que se acusen delante de ellos los unos a los otros. Y si tenéis alguna otra pretensión, podrá decidirse en legítimo ayuntamiento. De lo contrario, podrían acusarnos de se-

diciosos por lo que ha sucedido este día, y no podríamos alegar ninguna razón en defensa de esta unión tumultuosa» (Act., 19, 35-40).

La sombra de Roma acababa de proyectarse sobre aquella multitud exasperada; los revoltosos temblaron, el miedo calmó los ánimos y el orador se sintió bastante fuerte para disolver la asamblea. Pablo triunfaba; pero su situación en Efeso se hacía insostenible; los mismos asiarcas, sus amigos, y el grammateus, que le había salvado la vida, le aconsejaron la retirada. Los odios coaligados de judíos, artesanos y megabysos podían causarle un serio disgusto. Hasta Aquila y Priscila estuvieron a punto de perder la vida por su causa.

Restablecida la calma, Pablo reunió a sus discípulos, los exhortó a perseverar y, habiéndoles abrazado, se embarcó con dirección a Europa. No desistía de ir a Jerusalén, pero quería visitar antes a sus discípulos de Grecia y Macedonia. El barco que le conducía hizo escala en Troas, donde pensaba encontrar a Tito con noticias del otro lado del mar. La situación de Corinto le obsesionaba. ¿Cómo había recibido aquella iglesia a su enviado? Y la carta de que él había sido portador, aquella carta «escrita en la grande aflicción, con el corazón oprimido y las lágrimas en los ojos», ¿qué impresión había hecho entre ellos? Pero como Tito no había llegado aún a las costas asiáticas, aguijoneado por la incertidumbre, prosiguió a través del mar Egeo hasta Filippos (2 Cor., 2, 12-13). No pudo detenerle ni siquiera la buena disposición de los habitantes de la Troade para escuchar la Buena Nueva. En pocos días había logrado formar un grupo numeroso de discípulos que seguían agitando sus pañuelos en la playa cuando el barco se perdió en la lejanía.

Fué una travesía triste y dolorosa. Hay ocasiones en que los más valientes se sienten como agobiados bajo el peso de su destino, y esto es lo que ahora le sucedía a aquel sempiterno luchador. Todo el mundo parecía conjurado contra él, cuando su vida era el holocausto perpetuo de un amor inefable. Detrás dejaba el odio de judíos y paganos, sedientos de su sangre; en las iglesias ultramarinas, la envidia y la ingratitud; y en todas partes, los falsos hermanos, enemigos de la cruz de Cristo, hombres llenos de ambición y de amor propio, herejes y judaizantes, que seguían sus pasos para minar su obra, y de los cuales «sólo podía hablar llorando, porque no tenían pensamientos más que para las cosas terrenas, ni otro Dios que su vientre» (Phil., 3, 18-19). Hasta físicamente se sentía

ya deshecho: «Mi hombre exterior—escribía unas semanas más tarde—se va ya desmoronando» (2 Cor., 4, 16). Y señalaba en estos términos la causa principal de su tristeza: «No quiero que ignoréis, hermanos, la tribulación que hemos tenido en Asia, los males de que nos vimos abrumados, tan excesivos y tan superiores a nuestras fuerzas, que nos era pesada hasta la misma vida.» Pero añadía estas palabras altivas, que nos revelan el secreto de sus fuerzas constantemente renovadas, de su serenidad inalterable y de aquella caridad dulce, confiada y abnegada, que le hacía acometer sus empresas sobrehumanas: «Si sentimos pronunciar allá dentro de nosotros el fallo de nuestra muerte, es a fin de que no pongamos nuestra confianza en nosotros, sino en Dios, que resucita a los muertos» (2 Cor., 1, 8-9).

Las pruebas continuaron a través de las ciudades europeas. Perseguido siempre, Pablo parecía un fugitivo a quien se arrojaba de todas partes; su existencia nos hace pensar en el judío errante, aventado sin cesar por las persecuciones. En realidad, es el infatigable misionero, el sembrador providencial a quien lanza por el mundo el soplo del Espíritu. «En Macedonia—decía después de llegar a Filippos—nuestra carne no tuvo un momento de reposo, y hemos sido afligidos de todas las maneras: fuera, luchas; dentro, temores» (2 Cor., 7-5).

No le faltaban, sin embargo, grandes consuelos. En el puerto de Neápolis habían salido a recibirle dos de sus discípulos más abnegados: Timoteo y Lucas; y poco después llegaba también Tito con las noticias más halagüeñas. Su embajada había tenido un éxito completo. Gracias, en parte, a su tacto, la Epístola de San Pablo, lejos de ser despreciada, había conmovido todos los corazones. Leída en la asamblea de los hermanos, consiguióse con ella más de lo que se podía esperar: las facciones hostiles, reconciliadas; los rebeldes, movidos a arrepentimiento; los calumniadores de Pablo, obligados a pedir perdón para evitar el castigo; el incestuoso, reconciliado por una humilde penitencia. El carácter de Tito, inclinado a la mansedumbre, supo dar a aquella misión un aspecto de reconciliación y de indulgencia. Al principio, los hermanos le miraban con desconfianza y temor; pero no tardó en establecerse una corriente mutua de afecto, que se manifestó en los corintios por una generosidad inesperada para contribuir a la colecta de los pobres de Jerusalén.

El Apóstol no podía contener su alegría. «Dios, que conforta

a los humildes—exclamaba—, nos ha consolado con la llegada de Tito. Él me ha dado a conocer vuestros ardientes deseos, vuestros gemidos, vuestro celo por mí, de suerte que se ha aumentado mucho mi gozo. Porque, si os contristé con mi carta, no me pesa de ello; antes lo sentía porque mi carta os había entristecido, aunque sólo fuese momentáneamente; mas ahora me alegro, no de haberos contristado, sino de haberos contristado para la penitencia» (2 Cor., 7, 5-9).

No faltaban, sin embargo, algunas sombras entre las gratas nuevas traídas de Corinto. El delegado tuvo que delatar la labor destructora de algunos agitadores, cuya condición es difícil de precisar. Eran extranjeros, «más que apóstoles», dice San Pablo con ironía; falsos profetas, misioneros llenos de codicia y de hipocresía. Si no alteraban el Evangelio, le vendían, esforzándose por suplantar el prestigio del Apóstol con solapadas reticencias y calumnias declaradas. «Sus Epístolas—decían—son ásperas; pero delante de vosotros le veréis débil, despreciable y premioso de palabra.» Es un intransigente, un loco, un hombre intratable. Hasta la altanería con que rehusa vuestro dinero revela una desmesurada ambición. Además, sus planes de viaje, muchas veces anunciados y nunca realizados, eran el indicio de un ánimo ligero e inconstante. «No temáis que se presente por aquí—decían estos envidiosos a los de Corinto—; no se atreverá siquiera.» Y añadían: «Si queréis ver apóstoles verdaderos, tenéis a los discípulos de Jesús; a los Doce hombres privilegiados que vivieron íntimamente con Él durante tres años. Ellos no son tiránicos en su gobierno, ni astutos en su predicación, ni arrogantes en su lenguaje..., como el misionero de Tarso.» Hasta le criticaban su caridad con la iglesia de Jerusalén: «¡Quién sabe —decían—a dónde irá a parar ese dinero!»

Superior a esas mezquinas cuestiones personales, Pablo no perdió la íntima alegría que había sentido por el arrepentimiento de sus neófitos de Acaya; pero comprendió que era necesario sostenerlos contra las maniobras de sus enemigos y desenmascarar aquellos discursos hipócritas. Inmediatamente, en Filippos o en Tesalónica, dictó a Timoteo una carta que es lo más elocuente, lo más conmovedor, lo más apasionado que salió de su pluma. Las generaciones cristianas han llegado a bendecir la malicia de aquellos seudoapóstoles que dieron motivo a unas páginas tan vibrantes.

El principio es una explosión de alegría, un canto de acción de gracias por el restablecimiento de la paz. El padre abre su corazón

rebosante de gozo; alaba, agradece, anima, exhorta, aconseja, reprende cariñosamente, insiste en sus disposiciones acerca de los socorros para los pobres de Jerusalén; y una vez dueño del terreno, seguro de la simpatía, de la docilidad, de la sumisión y de la obediencia de los corintios, se vuelve hacia sus adversarios, los rebate, los anonada, los abruma con sus sarcasmos y lanza sobre ellos los rayos de su indignación. Los críticos han observado que Demóstenes siguió una marcha análoga en su *Discurso por la corona*; pero lo que en el orador griego es refinamiento del arte, es en San Pablo la inspiración espontánea de su conocimiento profundo de los hombres.

Los intransigentes quedan desenmascarados: son pérfidos obreros que se disfrazan de apóstoles de Cristo, enviados de Satán que se transfiguran en ministros de justicia, como su jefe en ángel de la luz. El amor del lucro les domina y el Evangelio no es para ellos más que una explotación. Destruyen, enflaquecen, esquilman, devoran el rebaño de Cristo, llegando hasta a herir a los hermanos en la cara si los resisten; se enorgullecen de los éxitos ajenos e invaden el dominio ocupado por otros. Pablo es el primero en reconocer su debilidad y su insignificancia.

En cuanto a su lenguaje, llega a llamarse «idiota en la palabra». Su elocuencia, a veces desigual, obedecía a impulsos paradójicos, que sus enemigos llamaban contradicciones. Tal vez en sus enfermedades tenía sus crisis de agotamiento, influyendo en su actitud y en su trato con las gentes. Sin embargo, todos sus pensamientos «están sometidos a la obediencia de Cristo», de quien le viene toda su fortaleza. «Cuanto más débil parezco, entonces soy más poderoso.»

Acusábasele de vanidad y arrogancia, y se enorgullece de esta acusación, porque en realidad no era a sí mismo a quien alababa. Podría jactarse de sus ventajas según la carne; en sus venas no hay una gota de sangre pagana; es judío y de ilustre linaje; ha trabajado más que nadie por Cristo, ha recibido la consagración de los favores divinos, pero sólo de una cosa quiere gloriarse: de su debilidad. Las calumnias le obligan a hacer su apología, y echa mano de todos los recursos oratorios para hacerse perdonar su jactancia o, como él dice, su locura. Oponen a su ministerio el ministerio de los Doce, y se manifiesta dispuesto a sostener el paralelo. Como representante de Cristo, no es inferior a nadie; y para probarlo hace un recuento apasionado de sus fatigas apostólicas, de sus es-

fuerzos sobrehumanos, de su resistencia prodigiosa. El relato sobrio y preciso de los Actos dejaba ya sospechar otras muchas peripecias de aquella vida llena de aventuras y de persecuciones: conocíamos la lapidación de Lystris, el encarcelamiento de Filippos, la pintoresca y arriesgada evasión de Damasco, el tumulto dramático de Efeso, la fuga precipitada de Jerusalén, de Antioquía de Pisidia, de Iconio, de Tesalónica, de Berea, de Corinto; pero nada sabíamos de los tres naufragios que precedieron a aquel otro cuyos detalles nos describiera San Lucas con rasgos inolvidables; ni de los treinta y nueve golpes que le infligieron los judíos en cinco ocasiones diferentes, ni de las tres flagelaciones que tuvo que sufrir por sentencia de los gobernadores imperiales, a pesar de su título de ciudadano romano. Nada o casi nada sabíamos tampoco de otro de sus títulos de gloria, de sus visiones reveladoras, de sus místicos arrobamientos: de aquel vuelo prodigioso por las regiones del Paraíso. El pudor que refrena a San Pablo al recordar estos misterios nos indica que para él eran los tesoros más preciosos que el alma debía guardar celosamente como un secreto entre ella y Dios.

A pesar de todo, Pablo sólo quiere gloriarse de sus enfermedades. «He hecho el necio—dice—, pero vosotros me habéis obligado. Sois vosotros quienes debiérais haber hablado por mí. Yo no soy nada, y, sin embargo, no son superiores a mí los más grandes de los Apóstoles» (2 Cor., 12). Habla porque es necesario para la edificación de sus discípulos, para la defensa de la mejor de sus conquistas, para la utilidad de aquella iglesia de Corinto «a la cual ama con un amor celoso, con vehemencia de celos divinos, porque es él quien la ha desposado con Cristo, el Esposo, que debe recibirla de sus manos como una virgen inmaculada» (2 Cor., 11, 2).

En ninguna parte se nos reflejan la persona y la elocuencia de Pablo como en esta segunda Epístola a los corintios. Vemos al hombre que se lanza recto como un rayo de luz, y como él, cálido y vibrante. No puede dominarse, y en la violencia de su indignación nos abre de par en par su alma. Dice lo que tiene que decir, pero sin trazar un plan, sin preocupación alguna de la elegancia, ni siquiera de la corrección, como quien piensa en alta voz. Una tras otra vemos pasar a través de su corazón las emociones más diversas: tristeza, indignación, ironía, ternura. Va de un extremo a otro, y en pocos instantes recorre toda la gama de los sentimientos humanos. En su frase elíptica, nerviosa, alborotada, se transparenta toda su

alma dolorida, y, a pesar de todo, siempre amante y generosa. Se llama «idiota en la palabra» y al mismo tiempo consigue los efectos más sublimes de la elocuencia. Demóstenes, frente a Esquines, nos parece incoloro y frío comparado con el fuego de este lenguaje único.

CAPITULO XXI

TERCERA MISIÓN.—MÁS CONQUISTAS EN MACEDONIA Y EL ILÍRICO. UN INVIERNO CON LOS CORINTIOS.—EL PRESTIGIO DE ROMA.—ORIGEN DE SU IGLESIA.—EPÍSTOLA A LOS ROMANOS.—LA CORRUPCIÓN DEL PAGANISMO.—LA CEGUERA DE ISRAEL.—SABIDURÍA DEL PLAN DIVINO EN LA REDENCIÓN DEL MUNDO.—EL MISTERIO DE LA MUERTE Y DE LA VIDA.—ORDEN Y AUTORIDAD.—HACIA JERUSALÉN.—DE NÁPOLES A TIRO.—DISCURSO DE MILETO. (57-58.)

La segunda estancia de Pablo en Macedonia no fué una simple visita de inspección. Siempre ambicioso en sus proyectos, aprovechó aquel viaje para extender las fronteras del nombre cristiano, pasando más allá de Berea, recorriendo la vía Egnatia hasta los confines de la Iliria, fundando iglesias en las ciudades recostadas sobre el Adriático, como Apolonia, Dirraquio y Sissos, y penetrando acaso en la Dalmacia, país de piratas y ladrones, que Roma sujetaba difícilmente, y entre los cuales vemos trabajando unos años después a su discípulo Tito. Pero esta misma misión debió ser breve, porque a fines del año 57 Pablo realiza, por fin, su visita a los corintios, tantas veces anunciada. Nunca había viajado con un cortejo tan numeroso de discípulos. Eran enviados de las iglesias de Macedonia, que, a fin de tapar la boca a sus enemigos, quería Pablo por compañeros para presentar en Jerusalén la ofrenda de sus hermanos. Eran cerca de veinte, y entre ellos figuraban los más asiduos colaboradores de las empresas misioneras del Apóstol: Timoteo, Tito, tesorero de la ciudad de Corinto; Tercio, uno de sus secretarios, y Cayo el Corintio, en cuya casa residió durante esta su tercera permanencia en la capital de Acaya.

Fueron unos días de paz y de íntimo gozo, un alto en aquella carrera agitada y vertiginosa, y al mismo tiempo la preparación para

una nueva fase de trabajos y de empresas. Paréceles que su tarea en el mundo oriental ha terminado: el Evangelio está sólidamente implantado en Antioquía, en Efeso, en Corinto, en las ciudades principales del Asia Menor, de Iliria y de Macedonia (Rom., 15, 19). La semilla estaba echada; el tiempo y el soplo del Espíritu Santo la llevarían a los rincones más apartados. Ya no tiene nada que hacer aquí; el Occidente le reclama, el nombre de Roma suena más imperiosamente que nunca en el fondo de su ser, y detrás de Roma ve a España, donde están los límites del mundo, que su celo quiere sujetar a Cristo. Pero antes irá a Jerusalén para presentar las limosnas de sus neófitos, y sólo aguarda que la primavera, terminando con los peligros de las tempestades invernales, permita a los barcos reanudar su tráfico a través del Mediterráneo.

El Evangelio tenía ya un grupo numeroso de discípulos en la capital del Imperio: soldados, acaso de la cohorte itálica, viajeros romanos de aquellos que oyeron el discurso de San Pedro el día de Pentecostés, empleados imperiales en las provincias de Oriente. El primer núcleo lo formaron los judíos de los barrios del Trastevere y la Suburra, humildes tenderos y ricos comerciantes, vendedores de dátiles y pescado, médicos y comerciantes, cortesanas y adivinadoras, como aquella que Juvenal encontraba en la vía Aurelia echando la buenaventura a los transeúntes por unos cuantos ases.

A la sombra de la sinagoga, que sin darse cuenta trabajaba para la Iglesia, se agrupaban los prosélitos, los que temían a Dios. Ellos fueron también en Roma los mejor dispuestos para recibir el aviso del banquete nupcial. Con tal prontitud aceptaron la predicación evangélica, que el fanatismo israelita se alarmó. La escisión entre la Iglesia y la sinagoga revistió tales caracteres de violencia, que el emperador Claudio se vió obligado a expulsar de Roma a todos los judíos. Aunque el decreto comprendía también a los adoradores de Jesús, la comunidad cristiana siguió creciendo con adhesiones que venían, sobre todo, de la gentilidad, y ocho años más tarde florecía con tal fervor, «que su fe era conocida de todo el mundo» (Rom., 1, 8).

Pablo no había fundado la iglesia de Roma, y, por tanto, según sus principios de no meterse en el campo de otro, estaba resuelto a no predicar en ella. Aún no había sonado la voz interior que le diría: «Como has dado testimonio de Mí en Jerusalén, es preciso que des testimonio de Mí en Roma» (Act., 23, 11). Sin embargo, ya desde ahora ha tomado la resolución de pasar por Roma

camino de España. Y no es la fascinación que la capital del mundo ejercía en el ánimo de los provincianos la que le atrae, sino una misteriosa fuerza interior, y, tal vez, el presentimiento de que aquella ciudad, señora del mundo, estaba destinada a ser el centro de la Iglesia. Además, allí tenía numerosos discípulos y amigos, como Andrónico y Junia, sus compatriotas y compañeros de cautividad; como Urbano, socio suyo en la obra de Cristo; como su querida Persis, activa en el servicio del Señor; como Narciso y toda su casa, y María, la que había trabajado mucho en la comunidad romana; como Stakis, la bienamada, y Apeles, fiel a Cristo, y la familia de Aristóbulo, y otros muchos que desde Macedonia, Acaya o el Asia Menor habían venido a establecerse en Roma. Allí le aguardan también Aquila y Priscila, que ahora fabrican y venden sus tiendas en las orillas del Tíber (Rom., 16, 3-15).

Es preciso anunciar la visita; es preciso disipar de antemano los rumores que pudieran levantar sus enemigos acerca de aquel viaje; es preciso desarmar a esos enemigos, que no tardarán en llevar el desorden a aquella iglesia, ahora próspera y tranquila, «llena de ciencia y de caridad y capaz de instruir a las otras» (Rom., 15, 14). Lanzada en aquel foco de la vida mundial, «en la ciudad grande, en la ciudad fuerte» (Apoc., 18, 10), que ejercía una influencia irresistible, la verdad acerca del misterio de la salud tendría eco inmediatamente en todas las regiones del Imperio. Tales fueron los motivos que inspiraron la Epístola a los romanos. Las circunstancias son solemnes: Pablo está en Corinto, en una tierra que acaba de conquistar; detrás de él, todo el mundo griego evangelizado; delante, Roma y el Occidente lejano; entre los dos, Jerusalén, adonde se dirige, no sin una íntima preocupación; piensa que esa carta es, acaso, su testamento; ella, por lo menos, pone un broche de oro a un período de su vida, con la exposición definitiva del Evangelio de la libertad, por el cual tanto ha trabajado y padecido.

La idea central se halla resumida en esta frase del primer capítulo: «Yo no me avergüenzo del Evangelio, porque es la fuerza de Dios para la salvación de todo creyente, del judío en primer lugar, y del griego. Efectivamente, la justicia de Dios se revela por él en la fe, según aquello que está escrito: «El justo vive de la fe.» El Evangelio, en sentir de Pablo, lo ilumina todo: el pecado entró en el mundo desde el principio por obra de un solo hombre, y con el pecado entró la muerte. Ningún conato de justicia natural pudo

salvar al hombre. Los paganos pudieron conocer a Dios por sus obras, y se hundieron en todas las aberraciones del espíritu; ni le conocieron, ni le glorificaron, ni le dieron gracias, y Dios, en castigo, les entregó a sus pasiones vergonzosas, a los vicios contra la Naturaleza, al lodo y a la infamia. Con palabras cadentes traza San Pablo el retrato de aquellos idólatras empantanados en la corrupción, «ahitos de malicia, de fornicación, de avaricia, de perversidad, llenos de envidia, homicidas, pendencieros, fraudulentos, malignos, maldicientes, infamadores, enemigos de Dios, ultrajadores, soberbios, altaneros, ingeniosos para el mal, desobedientes a sus padres, sin inteligencia, sin constancia, sin corazón, sin piedad» (Rom., 1, 29-31).

Pablo se acordaba, sin duda, de lo que había visto en sus correrías a través del Oriente; las escenas de los bosques de Dafne en Antioquía, de los templos de Pafos y Corinto, ponían en su voz vibraciones de ira cuando dictaba a Tercio esta requisitoria terrible. Y Roma le hubiera causado la misma impresión de asco. Sin duda no se habían extinguido completamente el valor de las Lucrecias ni la integridad de los Catones; pero los epigramas de Marcial y Juvenal, las descripciones de Tácito, el historiador psicólogo y trágico, rico de adivinaciones y virtuosidades de artista; los relatos sin arte, pero llenos de un realismo feroz, que nos hace Suetonio acerca de la corte de Nerón y Calígula; las pinturas y grafitos de Pompeya y las perversiones inauditas de los héroes del *Satiricón* que Petronio cuenta con el tono de una amoralidad completa, son los comentarios más elocuentes de esas frases en que el Apóstol anatematiza aquel ambiente de suprema degradación carnal y de carne triste.

Tal era la impiedad inexcusable y la vergonzosa impureza del mundo pagano. Pero, ¿es que el judío ha llegado a encontrar el camino de la justicia? Él así lo cree, pero la realidad implacable le acusa y le condena: «Tú te precias de tu raza, confías en la Ley, te glorías en Dios, conoces su voluntad y, guiado por la Ley, conoces lo que es mejor. Te jactas de ser el guía de los ciegos, la luz de los que están en tinieblas, el doctor de los ignorantes, el maestro de los niños, teniendo en la Ley la norma de la ciencia y de la verdad. Y, no obstante, tú, que instruyes a otros, no te instruyes a ti mismo; tú, que predicas que no hay que robar, robas; tú, que prohibes cometer adulterio, le cometes; tú, que abominas de los ídolos, eres sacrílego; tú, en fin, que te glorías en la Ley, por la misma Ley deshonras a Dios.» El judío es más inexcusable que

el gentil, pues tiene más motivos para conocer a Dios. De nada le sirve la Ley, ni las profecías, ni los privilegios. Es, ciertamente, el hombre de la promesa; a él le pertenece «la adopción, la gloria, las alianzas, la legislación, el culto y los vaticinios; de él salieron los patriarcas de quienes nació Cristo, según la carne» (Rom., 9, 4-5); pero fué infiel al llamamieno divino y apagó la luz que tenía en la mano. «No hay, pues, distinción ninguna; toda boca está cerrada, todos han pecado, privándose de la gloria de Dios, y deben ser justificados gratuitamente, por la gracia, por la redención que está en Cristo Jesús» (Rom., 3, 19-22-24).

Aquí comienza a revelarse el plan divino: si ha permitido que la Humanidad entera cayera en esta sima, es que tenía un medio de salvarla. «Dios ha encerrado a todos los hombres en la desobediencia para hacer misericordia con todos. ¡Oh profundidad de la riqueza y de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Qué insondables son sus juicios y qué inescrutables sus sendas!» (Rom., 11, 32-33). Esas perspectivas inmensas, ante las cuales queda el hombre confundido de asombro y de terror, le preparan a comprender el misterio de su reparación. Este es el núcleo de la mística de San Pablo; y es en esta Epístola donde lo expone con más fuerza, con más claridad, con más profundas intuiciones. «Si la caída es una riqueza para el mundo, ¿qué no será la restauración, la resurrección de entre los muertos?» Si el pasado de la Humanidad es abominable. el porvenir es espléndido. Si con el pecado de Adán todos rodaron al abismo, con el advenimiento de Cristo se abren horizontes de esperanzas infinitas. Es el misterio de la muerte y de la vida: «Todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados en su muerte; hemos sido sepultados con Él por el bautismo en la muerte, a fin de que, como Cristo resucitó de entre los muertos para la gloria del Padre, así nosotros caminemos en una vida nueva..., sabiendo que nuestro hombre viejo ha sido crucificado con Él, a fin de que fuese destruído el cuerpo del pecado, para que en adelante no seamos esclavos del pecado; porque el que ha muerto está libre del pecado» (Rom., 6, 3-8).

Es el centro de la teología paulina: Cristo ha muerto y ha resucitado; por el bautismo, el cristiano, incorporado con Él, se convierte en hijo de Dios, se asimila una vida nueva. La ablución es una purificación y un nacimiento nuevo, y no se trata solamente de un símbolo, sino de una realidad profunda, que rejuvenece nuestra sangre y penetra hasta los entresijos del ser. Sin duda, mientras

estamos en la tierra, esa muerte no es perfecta, y tampoco esa vida. Mientras el hombre interior, el hombre nuevo, se complace en la unión con Dios, sigue bajo la influencia de un poder que le encadena a la ley del pecado. «Desgraciado de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?» Está salvo en esperanza, «pero la esperanza no engaña, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rom., 5, 5). Por lo demás, la gracia está para remediar todas nuestras flaquezas, y las pruebas de ese mundo son insignificantes si las comparamos con la gloria que nos aguarda.

El Espíritu está con nosotros: él es el que hace vivir al cristiano y le da la victoria. «El que no tiene Espíritu de Cristo no es de Cristo; y si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el espíritu está en la vida a causa de la justificación. Y si el Espíritu de Aquel que ha resucitado a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Jesús vivificará nuestros cuerpos mortales a causa del Espíritu que habita en vosotros» (Rom., 8, 9-11).

Esta doctrina sublime tiene su resonancia en la vida moral del cristiano. Pablo es gran moralista, y su ética se une estrechamente con su teología y con su escatología. Las exhortaciones que pone indefectiblemente al final de sus cartas no tienen nada de vaguedad ni de vulgaridad, sino que expresan un ideal muy concreto, propuesto a la buena voluntad de sus discípulos, o, mejor, de todos los discípulos de Cristo. Toda perfección es una imitación de Cristo, de Cristo muerto y sepultado, lo mismo que de Cristo vivo y glorioso. Y lo notable es la manera graciosa y amable con que nos presenta ese ideal divino. Nos encontramos, acaso por vez primera, con esa secreta simpatía que atrae constantemente a la Iglesia hacia lo que se puede llamar humanismo en el sentido más noble de la palabra. Ya conocemos la profunda inclinación que Pablo, judío y fariseo, tiene por la civilización grecolatina. No es extraño que el ideal helénico haya influído en su concepto de la perfección moral. Después de romper los lazos de la doctrina formalista de los fariseos, diríase que quiere romper también el molde judío, deseoso de formar una Humanidad más libre y más completa que la del Levítico, artista de un troquel del cual pueda salir la obra maestra de sus sueños, humana y divina a la vez, dechado de perfección para el griego y para el judío.

En otra parte decía: «Sea nuestra aspiración todo lo verdadero,

lo puro, lo amable, lo agradable, lo laudable y virtuoso.» Ahora escribe esta frase, que sólo en apariencia semeja una contradicción: «Así, pues, hermanos, no somos deudores a la carne para vivir según la carne; si viviereis según la carne, moriréis; si hiciereis morir por el espíritu las obras del cuerpo, viviréis» (Rom. 8, 12-13). Y la teología paulina se resuelve en máximas de una deliciosa limpidez: «Bendecid a los que os persiguen; alegraos con los que lloran... Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; de esta manera amontonarás sobre su cabeza carbones de fuego.»

Frente al fanatismo cerrado de los nacionalistas judíos, que hacían continuos esfuerzos para sacudir el yugo de Roma, Pablo aconseja acatamiento a la autoridad. Sus discípulos deben ser ciudadanos ejemplares, «no por temor, sino por conciencia». Su argumentación parece suponer que la autoridad obra con justicia, «que haciendo las veces de Dios lleva la espada para castigar al que obra mal». Si no le deslumbraba la grandeza de Roma, como a Josefo, un espíritu como el suyo debía, necesariamente, admirarla. Era el orden, la fuerza, el sentido organizador, el espíritu de equidad, la continuidad y la lógica de la acción lo que se revelaba en aquel gran Imperio. Ideas todas de que estaba amasado también el espíritu de Pablo. Ciudadano romano, rara vez se decidía a hacer uso de este título, desdeñándose tal vez de vivir a la sombra de los dueños del mundo; pero comprendía que la unidad del gobierno abría a sus planes horizontes prodigiosos, y que si había caminado sin peligro a través de las rutas imperiales, se lo debía al genio ordenador de Roma. Eterno viajero, conocía de tal modo el caos oriental, que jamás soñó llevar su Evangelio a tierras donde no habían penetrado los legionarios romanos.

De todas maneras, el precepto es general y parte de una certidumbre mística: el príncipe es el representante de los atributos divinos, del poder, de la justicia y de la misericordia. Y a esta disposición, que era preciso recordar cuando había tantas rebeldías latentes, se añade otra no menos necesaria, la desconfianza con respecto a aquellos que fomentan las divisiones y los escándalos, los judaizantes, los falsos apóstoles, los que siembran la mala semilla: «Apartaos de ellos; son gentes que no sirven a Cristo, sino a su vientre; con palabras fingidas y bellos discursos engañan a los corazones sencillos.» En Corinto su presencia hizo estragos, y si en Roma no han entrado todavía, es preciso tener el alma preparada para li-

brarse de su veneno. «Vuestra obediencia—continúa San Pablo—es conocida de todos, y me alegro de ello; pero quiero que seáis prudentes para el bien y puros con respecto al mal» (Rom., 16, 19).

En este esfuerzo íntimo y constante del cristiano hacia la perfección, el Espíritu sostiene nuestra debilidad. Nosotros no sabemos siquiera lo que hemos de pedir; pero el Espíritu ruega por nosotros con gemidos inenarrables, y el que escruta los corazones sabe lo que desea el Espíritu. Además, no estamos aislados: la creación entera gime y está como en dolores de parto, estremecida por la expectación de esa vida nueva. Y de este modo se nos revela la unidad del mundo y de los que en él habitan: todo fué herido y corrompido por el pecado; todo se renueva por la acción de Cristo y por medio de Cristo vuelve a Dios. Dios y el hombre, el cielo y la tierra se juntan en esta doctrina, de un alcance a la vez humano y cósmico.

Dios es el principio y el fin de todo. Sin duda, en la mística de San Pablo Cristo aparece, en primer plano, pero Él mismo viene del Padre y nos conduce al Padre. Contra lo que se ha dicho, la mística de Cristo y la mística de Dios son inseparables en este grandioso panorama. En Jesucriso se alza a Dios, pero esta transformación que realiza en el cristiano la vida de Cristo es Dios todo en todos. Y este don infinito se aplica a cada cristiano por una predestinación particular que San Pablo expone con frases candentes.

Una elección misteriosa admite a participar en los privilegios del nuevo Israel. Por ella Dios escoge a uno y odia a otro, ama a éste y a aquél le odia. «Quiero a Jacob y aborrezco a Esaú» (Rom., 9, 13). Esta doctrina abrupta y llena de misterio se avenía maravillosamente con la entereza de carácter de San Pablo. La afirma con alegría, la repite, la anuncia en toda su crudeza, y su recuerdo le llena de inmensa alegría. De perseguidor y blasfemo se ve convertido por ella en vaso de elección, y su corazón se extasía ante la sabiduría inescrutable de los juicios divinos. No tiembla ni se aturde ante la arbitrariedad de un querer que sólo puede ser bueno y justo; al contrario, el pensamiento de la gracia, venciendo al pecado, le llena de confianza y de amor y le hace exclamar con atrevida frase: «Dios lo encerró todo en la iniquidad para poder derramar sobre todos su misericordia.» Es la exaltación de una justicia que nos fué dada por un amor soberano; es la καύχησις, la gloria paulina, alegría exultante y desbordante ante la sublimidad del misterio que nos revela con estas palabras inolvidables: «A los que Dios conoció de an-

temano los predestinó también para que se hiciesen conformes a la imagen de su Hijo, a fin de que sea el primogénito entre muchos hermanos; y a quienes predestinó, los llamó; y a los que llamó, los justificó; y a los que justificó, los glorificó. ¿Qué diremos después de esto? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?... ¿Y quién puede acusar a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica, ¿quién osará condenar?... ¿Quién nos separará del amor de Cristo? Seguro estoy de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni los poderes, ni lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo Nuestro Señor» (Rom., 8, 29-39).

Esta Epístola es, en realidad, un tratado de alta teología, donde se iluminan con ráfagas geniales los dogmas fundamentales del Cristianismo: necesidad de la fe, adquisición gratuita de la justicia, acción de la gracia en la santificación, distinción de las personas divinas, misterio del pecado original, universalidad de la redención, unidad de la Iglesia, incorporación del cristiano con Jesucristo. Todo parece indicar que San Pablo no la escribió en unas horas, como otros de sus mensajes, y que la meditó largamente. La dificultad del tema, la abundancia y encadenamiento de las ideas, la concisión del estilo, la riqueza y precisión de las citas, la sutileza de los razonamientos, la ausencia de repeticiones, todo indica el trabajo lento, superior a toda controversia local y a la pasión desbordante, que había inspirado la Epístola a los gálatas, donde se lanzan algunas ideas semejantes.

Es el fruto maduro de aquel invierno del año 58, que el Apóstol pasó en Corinto sujeto a un descanso forzoso. Hasta los comienzos de primavera, o lo más pronto en la primera quincena de marzo, no se reanudaba la navegación en alta mar. Su plan era embarcarse lo antes posible para estar en Jerusalén al acercarse la Pascua. Pero a última hora supo que los judíos atentaban contra su vida, que pensaban asesinarle en el barco, o, tal vez, arrojarle al mar. El odio antiguo seguía envenenando su existencia; pero tal vez ahora perseguían, además, los buenos dineros de que su enemigo era portador. San Pablo insinuaba ya estos peligros al terminar su Epístola a los Romanos, y no estaba seguro de la acogida que le habían de hacer en la Ciudad Santa: «Os conjuro, hermanos, que luchéis conmigo en vuestras oraciones, a fin de que me libre de

los incrédulos, y los santos de Jerusalén reciban favorablemente el servicio que voy a hacerles» (Rom., 15, 30-31).

A pesar de estos presentimientos, Pablo decidió «arrojarse en la boca del leóu». Pero en vez de hacerse a la mar, donde fácilmente pudiera haber caído en el lazo de los grandes comerciantes y armadores judíos, formó el propósito de hacer el viaje a pie, por lo menos hasta Macedonia, renunciando con esto a celebrar la Pascua en Jerusalén. Más de una docena de discípulos le escoltaban. La pequeña caravana pasó junto a Tebas, convertida ahora en una aldea insignificante, y por el desfiladero de las Termópilas penetró en los campos de Tesalia. Se detuvo en Tesalónica lo suficiente para saludar a los hermanos; y desde allí algunos de los viajeros se embarcaron en dirección a Troas. Pablo, con los demás, llegó hasta Filippos, donde quiso pasar la semana de los panes ázimos, tanto por efecto a la Pascua judía como por solemnizar el aniversario de la muerte de Jesús, nuestro verdadero Cordero Pascual, cuya inmolación debe festejarse «con ázimos de sinceridad y de verdad» (1 Cor., 5, 7-8).

Además, todas estas precauciones eran necesarias para despistar a los asesinos. Pablo se embarcó en el puerto de Neápolis, haciendo lo posible para que su presencia pasase inadvertida. Con él iba Lucas, que nos da interesantes noticias de aquel viaje, curioso siempre de las cosas del mar. El comienzo fué poco favorable: asaltada por vientos contrarios, la nave no acababa de salir de la bahía de Thasos, tardando cinco días en llegar a Troas. Tres, por lo menos, se habían perdido luchando con la marejada. En Troas, donde se encontraban ya los demás compañeros de viaje, hubo que hacer transbordo, y se perdieron otros ocho días para encontrar un navío que les llevase a través de los puertos de la costa asiática.

La semana transcurrió en una amable intimidad de los viajeros con los hermanos de aquella iglesia. Al atardecer del último día, que era un domingo, Pablo reunió a los fieles «para romper el pan» en una gran sala que se encontraba en el piso más alto de la casa: un cenáculo, como dice San Lucas. Como San Pablo iba a marchar al día siguiente, se extendió en el discurso de despedida, amontonando los consejos y las instrucciones. La multitud llenaba el recinto, iluminado por un gran número de lámparas; hacía un calor asfixiante; todas las ventanas estaban abiertas para que dejasen entrar la brisa del mar, y en el alféizar de una de ellas se había sentado un joven, llamado Eutiquio—el hombre de la suerte—, que es-

cuchaba la palabra divina con ojos soñolientos y señales de cansancio en el rostro. De repente, una conmoción en la asamblea. Gritos de mujeres interrumpieron la homilía de Pablo: vencido por el sueño, Eutiquio se había caído a la calle. Corrieron en su busca, pero sólo encontraron un cadáver magullado e inerte. La gente empezaba ya a gritar y a llorar; pero Pablo, que había bajado también, acordándose de los antiguos profetas hebreos, mandó que le dejasen solo con el muerto, se tendió sobre él, tocando rostro con rostro, y poco después aparecía en la asamblea diciendo: «No tengáis pena, su alma está en él.» Y sin hablar más del percance continuó su discurso, comió el ágape con sus discípulos, consagró y distribuyó el Cuerpo de Cristo, y asomaban ya la primeras luces del alba cuando bajó del cenáculo para continuar el viaje.

Sus compañeros se embarcaron inmediatamente; pero él prefirió hacer aquella etapa por tierra. Al anochecer se volvían a encontrar de nuevo en Assos, una pequeña ciudad cuyas ruinas se ven todavía sobre una punta rocosa que avanza hacia el mar. Al día siguiente, reunidos todos en el navío, tomaron la dirección de Lesbos, la isla de Safo. De Lesbos, o, mejor, de Mitilena, su capital, hasta Quío, en una jornada; de Quío a Samos, en otra, y en Mileto volvieron a echar el áncora. En cada isla, en cada repliegue de la costa, un nombre sonoro venía a despertar recuerdos de gestas y ecos de poesía. Durante la noche, el barco se detenía siempre, para reanudar la marcha al amanecer, hora en que volvía a soplar la brisa del Norte, que empujaba las velas. Pasó frente a Efeso sin hacer escala, pero en el vecino puerto de Mileto las necesidades del tráfico le obligaron a detenerse varios días.

Apenas saltó a tierra, el Apóstol pasó recado a los notables de la iglesia de Efeso, rogándoles que vinieran a verle. Al día siguiente estaban ya en torno suyo, gozosos de escucharle de nuevo. Pablo les reunió en un edificio que se levantaba junto a los muelles, tal vez en un hangar destinado a guardar las mercancías. Allí les habló largamente, exhortándolos a velar por la Iglesia de Dios y a conservar en toda su pureza la doctrina que les había predicado. San Lucas nos ha conservado lo esencial de aquel discurso célebre, en que vibra la emoción del adiós definitivo. El alma de San Pablo palpita en él con toda la fuerza incomparable de su simpatía. Si el discurso del Areópago había sido como la revelación de su inteligencia, este de la plaza de Mileto es como el cristal donde se retrata su corazón. Se ha comparado esta escena con aquella del *Alcestes*, de Eurípides.

en la cual, Hércules, dispuesto a partir, se despide del rey Admetes, de la mujer a quien ha salvado y del pueblo a quien ha hecho feliz. Pero hay aquí una luz más bella, una emoción más profunda y al mismo tiempo una ternura más íntima, más natural y hasta más humana.

«Vosotros sabéis—dijo Pablo—cómo me he portado todo el tiempo que he vivido con vosotros desde que puse el pie en esta tierra de Asia, sirviendo al Señor con toda humildad y entre lágrimas, en medio de las adversidades que me han sobrevenido por la conspiración de los judíos.» Es el padre que habla a sus hijos, les recuerda su solicitud, sus trabajos, el cuidado que ha tenido con cada uno de ellos, y añade, revelando confiadamente los presentimientos que le embargan: «Ahora, atado en espíritu, voy a Jerusalén, sin saber las cosas que me han de acontecer allí; solamente puedo deciros que el Espíritu Santo en todas las ciudades me asegura y avisa que en Jerusalén me aguardan cadenas y tribulaciones. Pero yo ninguna de estas cosas temo, ni aprecio más mi vida que a mí mismo, siempre que de esta suerte concluya mi carrera y cumpla el ministerio que he recibido del Señor Jesús para predicar el Evangelio de la gracia de Dios.»

Cada frase es un nuevo toque en el alma, impresionada de tanta sencillez y unida a tanta grandeza, admirada de tanto valor y generosidad, sorprendida de tanta humildad y paciencia, ganada por tanta discreción y desinterés. «Ahora bien—continúa el Apóstol—; yo sé que ninguno de vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino de Dios, ha de volver a ver mi rostro; y por esto os tomo por testigos de que (si alguno se pierde) yo estoy puro de la sangre de todos, puesto que nada ha podido apartarme de anunciaros los designios de Dios. Velad sobre vosotros y sobre la grey, en la cual el Espíritu Santo os ha puesto como obispos, para apacentar a la Iglesia de Dios, que Él ha ganado con su propia sangre. Porque sé que después de mi partida os han de asaltar lobos rapaces... Velad, pues, recordando que durante tres años no he cesado, ni de día ni de noche, de amonestar con lágrimas a cada uno de vosotros.»

Y diciendo esto, Pablo gesticulaba vehemente y patéticamente. De lo contrario, no hubiera sido oriental, ni hubiera sido él mismo. Sensible, nervioso, sumamente demostrativo, sabía exteriorizar con viveza los sentimientos más íntimos de su alma. Cuando los paganos de Lystris le toman por un dios del Olimpo, rasga indignado sus vestiduras; más tarde, cuando en Cesarea saluda a Festo y Agripa,

levanta las cadenas que le oprimen, diciendo: «Os deseo mi misma suerte, pero sin estos hierros», y cuando describía con acento apasionado los sufrimienos de Cristo, más que un predicador debía parecer un profeta. Ahora su voz se hacía cada vez más íntima, más insinuante, hasta romper las fibras últimas del corazón: «Yo os encomiendo a Dios—decía—y a la promesa de su gracia; Él es quien tiene el poder de edificar y de dar la herencia con todos los santificados.» Y añadía, extendiendo sus manos encallecidas por el trabajo: «Yo no he codiciado plata, ni oro, ni mantos de nadie. Vosotros sabéis que cuanto fué menester para mí y mis compañeros me lo suministraron estas manos. Os hice ver con mi conducta que trabajando de esta suerte es como se debe sostener a los débiles, teniendo en la memoria aquellas palabras del Señor Jesús: Mucha más dicha es dar que recibir» (Act., 20, 18-35).

¿Quién se extrañará, después de haber leído este discurso, de la emoción de los oyentes, de las lágrimas que derramaron y de la escena conmovedora que vino a continuación? Habiendo dicho estas cosas, cuenta San Lucas, Pablo se arrodilló y rezó con todos ellos. Y todos se deshacían en lágrimas, y arrojándose a su cuello no cesaban de besarle. Pero la hora de la partida había llegado, «y fué preciso arrancarse de ellos». Inmóviles como estatuas, los de Efeso siguieron al navío con los ojos hasta que se perdió en el horizonte. Los navegantes llegaron a Cos antes de anochecer, y en su rada, frecuentada siempre por los marinos, aguardaron a que volviesen el viento y la luz. Al día siguiente llegaron a Rhodas, soslayando la punta de Gnido, un brazo de tierra que avanza en el mar señalando a la Hélada. Los montes nevados de Licia se erguían delante de ellos; una jornada más, y saltaron a tierra en Pátara, la ciudad del Xanto, sombreada por bosques de palmeras, ilustre por su templo de Apolo. Su llegada fué en el momento en que un navío de más tonelaje se preparaba a surcar el Mediterráneo para ganar las costas de Fenicia. «Subimos a él—dice San Lucas—, y dejando a nuestra izquierda la isla de Chipre, llegamos a Tiro, donde debía descargar el bajel.»

CAPITULO XXII

A través de Palestina.—Tiro, Cesarea y Jerusalén.—Con los hermanos de la Ciudad Santa.—En el templo.—Agresión tumultuosa.—Los soldados de Lisias.—Frente a la sedición.—Delante del Sanhedrín.—Pablo, prisionero.—Camino de Cesarea. (58.)

Los presagios siniestros se acentuaban a medida que los viajeros iban acercándose a Jerusalén. En Tiro, la metrópoli fenicia que habían anatematizado los profetas de Israel, derrocada ahora de su antiguo esplendor, el Espíritu Santo volvió a reiterar sus predicciones. «Habiendo encontrado allí un grupo de discípulos—dice San Lucas—, permanecimos con ellos siete días. Todos ellos, movidos por el Espíritu Santo, decían a Pablo que no subiese a Jerusalén. Terminados los días de nuestra estancia, partimos, conduciéndonos todos ellos con sus mujeres y sus hijos hasta fuera de la ciudad, y cayendo de rodillas en la plaza, rezamos. Y habiéndonos despedido unos de otros, subimos a la nave» (Act., 21, 4-6). Tomaron tierra definitivamente en Ptolemaida, donde los recibió otra pequeña comunidad de hermanos, y desde allí, cruzando las estribaciones costeras del Carmelo, desembocaron en los campos feraces y espaciosos de Sharon, al fondo de los cuales se alzaba la ciudad de Cesarea. Seguro de llegar a Jerusalén para las fiestas de Pentecostés, Pablo quiso pasar los días que le quedaban en esta iglesia, donde Felipe, «el evangelista», como le llama San Lucas, uno de los siete diáconos de la primera hora, que vivía allí con sus cuatro hijas, vírgenes, favorecidas todas con el don de profecía, se apresuró a darle generosa hospitalidad en su casa. Por lo demás, Pablo encontraba allí, juntamente con uno de los íntimos amigos de Esteban, un ambiente helenista amplio y generoso.

La calma de aquellos días felices se vió súbitamente turbada por la presencia de un hombre «que venía de las montañas de Judea». Pablo pudo reconocer en él al profeta Agab, que quince años antes había visto en Antioquía anunciando hambres y miserias. También ahora traía tristes augurios. Un día, cuando los fieles estaban reunidos, apareció en medio de ellos, y sin decir una palabra, se dirigió a donde estaba el Apóstol, le quitó el ceñidor y con él se ató los pies y las manos. Todos los ojos se fijaron inquietos en el extraño personaje. y parecían preguntar qué es lo que significaba aquella maniobra, cuando el profeta disipó todas las dudas diciendo: «He aquí lo que me dice el Espíritu: El hombre a quien pertenece este ceñidor será atado así por los judíos en Jerusalén y entregado a los gentiles.»

Estas palabras hicieron el efecto de un relámpago en medio de la reunión. La certidumbre reemplazaba al presentimiento. Sollozando amargamente, los hermanos de Cesarea rodearon a Pablo, rogándole que desistiese de su viaje, y otro tanto hacían sus compañeros. Pero él, que sentía de una manera irresistible el llamamiento de Dios, les reprendió con palabras dulces y fuertes a la vez: «¿Por qué lloráis?—les dijo—. ¿No véis que me partís el corazón? Dispuesto estoy, no sólo a ser encarcelado, sino a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús.» Ante esta respuesta, reveladora de una sensibilidad profunda y de una voluntad irrevocable, los discípulos se resignaron confiadamente, diciendo: «¡Hágase la voluntad del Señor!»

El instinto natural parecía sobreponerse a su fe en un Mesías gloriado por el dolor; pero lejos de temer el sufrimiento, varios de ellos quisieron arrostrarle, acompañando a los misioneros en su viaje en Jerusalén. Sin embargo, el amor los llenaba de tristeza. Sólo Pablo parecía dominar aquella ansiedad terrible con una alegría radiosa. Pensaba, sin duda, en el viaje de su Maestro cuando iba a celebrar la Pascua en la ciudad que mata a los profetas. También él iba al suplicio; pero, sin saber a punto fijo cómo acabaría todo aquello, una voz íntima parecía insinuarle que su misión no había terminado todavía.

Jerusalén había comenzado ya a celebrar la conmemoración de la entrega de la Ley en el Sinaí. Todo era júbilo de fiesta, hormigueo de peregrinos, sonidos de trompetas y derroche de ramos y de flores. Pablo fué a vivir con sus compañeros en la casa de Mnason, un discípulo chipriota, sin escrúpulos legalistas, que se le había

juntado en Cesarea. No quiso recibir la hospitalidad de una hermana que tenía en la Ciudad Santa, ni la de los hermanos de la cristiandad local, con quienes sus compañeros de viaje, incircuncisos casi todos, no hubieran tardado en tener un conflicto. Una viva aprensión agita ahora su espíritu. Iba a encontrarse en medio de aquella iglesia, de donde habían atacado su obra en Antioquía, los que habían levantado contra él las cristiandades de Galacia, los que le habían calumniado en Corinto. Su conducta, ciertamente, había sido irreprochable, admirable su actitud: cuanto más le discutían, más se empeñaba en mantener la unidad de la Iglesia y la gracia de los santos de Jerusalén. Su estancia entre ellos y aquella colecta que les iba a entregar era una nueva prueba de su anhelo de unión y de su condescendencia. Pero, ¿cómo la iban a recibir? Ya no se pregunta, como en otros tiempos, «si ha corrido en vano»; su obra está allí viva y floreciente para hablar en su favor. Sin embargo, podía ser que aquellos hombres llegasen a desconocerla y a rechazar la ofrenda que les presentaba; y en este caso, el cisma hubiera sido inevitable. Estaba seguro de la lealtad de Santiago y de su fidelidad a los compromisos de antaño; pero en torno suyo había numerosos elementos, llenos de veneno, hinchados de orgullo, hostiles en principio a sus métodos misionales, y Pedro no estaba ya allí para poner de su lado el peso de su autoridad. He aquí el problema que le inquietaba, más angustioso para él que todas las maquinaciones de los judíos no convertidos.

Fué necesaria toda una tramitación oficial para resolverle, y al mismo tiempo todo el tacto y la buena voluntad del Apóstol. Al día siguiente de su llegada, Santiago reunió en su casa a todos los jefes (los presbíteros, obispos) de la comunidad de Jerusalén, y entre ellos se presentó Pablo con sus compañeros. Era el momento crítico. Primero, los saludos de costumbre, las fórmulas de paz, la oración indispensable; después, Pablo, invitado a hablar, hizo una relación de sus trabajos, de sus éxitos, de las maravillas con que Dios había favorecido su apostolado y de la fidelidad con que se había atenido a las condiciones convenidas entre él y las columnas de la Iglesia, presentando finalmente, como prueba de su veneración y cariño, a la primera de las Iglesias aquella ofrenda, que era un testimonio de la unión de sus discípulos con los santos de Jerusalén.

Toda la asamblea escuchó benévolamente este relato, y cuando el Apóstol terminó de hablar «dieron gracias a Dios». No obstante, creyeron que era necesario exigir de él una prueba inequívoca y

palpable de adhesión a la ley, a fin de conciliarse la simpatía de aquellos a quienes su conducta tenía inquietos o alarmados. Acusábanle los puritanos de haber aconsejado la apostasía a los judíos de la dispersión, diciéndoles que no debían circuncidar a sus hijos ni observar las tradiciones nacionales. Importaba disipar aquel rumor, que podría ocasionar algún incidente molesto, y a ese fin los ancianos de la asamblea juzgaron que el misionero debía, con un gesto público, tapar la boca a sus acusadores. Y le señalaron el acto de devoción al que debía someterse: «Haz lo que te vamos a decir; tenemos cuatro hombres con obligación de cumplir un voto; tómalos, purifícate con ellos y paga por ellos a fin de que se hagan rasurar la cabeza. Con eso sabrán todos que no sólo es falso lo que se dice de ti, sino que te portas como quien observa la Ley.»

Pablo hubiera podido rehusar. Demasiado sabía que los ruidos levantados con respecto a él venían de gentes hostiles y malintencionadas. Siempre había observado la Ley, en todo lo que tenía de compatible con las prácticas cristianas, y esta misma conducta había prescrito a los judíos que entraban en el seno de la Iglesia. Sin embargo, su vida entera estaba dominada por el principio de la caridad, que le llevó en muchas ocasiones a condescendencias que sus enemigos hubieran podido interpretar como humillaciones: «Vuestra libertad—había dicho a los corintios—no debe ser un escándalo para los débiles» (1 Cor., 8, 9). ¿No había cumplido él mismo el voto de los nazires la última vez que estuvo en la Ciudad Santa? No era tanto lo que ahora se le pedía: presentarse en el Templo con aquellos hermanos, como patrocinador y fiador suyo, y pagar por ellos las víctimas que exigía la Ley en tales casos; es decir, un cordero, un carnero, una oveja y un cesto de panes ázimos.

Pablo asintió sin vacilar a la exigencia de los ancianos. Al día siguiente tomó los cuatro nazires, «se purificó con ellos y se presentó en el Templo para hacer la declaración del día en que terminaba el voto y para fijar con los sacerdotes el momento en que debían hacerse los sacrificios.» Los que han visto en este paso del Apóstol una contradicción consigo mismo, no han examinado sinceramente su doctrina. Es verdad que en su sentir la justicia no estaba en la Ley, sino en la fe; pero la Ley, innecesaria ya, destinada a desaparecer, podía tener todavía un valor circunstancial. «El que se hace circuncidar—decía con frecuencia San Pablo—debe observar la Ley entera.» Por lo demás, el nazirato era una forma ascética de separación del mundo y consagración a Dios, que el Cris-

tianismo, en vez de abolir, debía perfeccionar. Es seguro que cuando San Pablo se presentó en el Templo para responder por aquellos cuatro hermanos, puso en sus palabras toda la seriedad de un judío piadoso y toda la intención de quien sabía el verdadero significado de aquel rito, en el cual ponía él un sentido de caridad libertadora. Hecho todo para todos, judío con los judíos, débil con los débiles, pensaba en aquellos fieles algo puntillosos, de quienes los ancianos de Jerusalén acababan de hablarle con estas palabras: «Ya ves, hermano, cómo son miles los judíos que han creído, y todos ellos tienen el celo de la Ley».

Los nazires tenían en el Templo un local destinado especialmente para ellos en el atrio interior, y allí parece haber pasado el Apóstol los primeros días después de su llegada, ocupado en los ritos sagrados juntamente con sus nazires. Ya llevaba una semana en Jerusalén sin que su presencia hubiera motivado el menor incidente, cuando una tarde, paseando por los pórticos del Templo un grupo de fanáticos empezó a gritar en torno suyo: «¡Alerta, hijos de Israel! He aquí un hombre que dogmatiza por todas partes contra el pueblo judío, contra la Ley y contra este santo lugar.» Y añadían esta calumnia terrible: «Ha introducido gentiles en el Templo.» Los que así gritaban eran unos peregrinos asiáticos, de las sinagogas de Éfeso, que tanto habían dado que hacer al Apóstol el año anterior. Ya antes habían visto a su enemigo paseando por la ciudad con uno de sus compañeros de viaje, griego de origen y conciudadano suyo en la metrópoli asiática. Esto les bastó para lanzar desde la balaustrada superior del Templo aquel grito que puso en conmoción a la muchedumbre de devotos y curiosos amontonados en los atrios inferiores.

La acusación era gravísima. Todo incircunciso que penetrase más allá de la balaustrada era reo de muerte, y así lo indicaban los letreros griegos y latinos que se leían en las puertas del patio interior. El ruido se extendió rápidamente; la chusma acudía con los puños en alto, vomitando denuestos; Pablo quería justificarse, pero los gritos ahogaban su voz, y un pelotón de fanáticos le arrastraba a empujones fuera del recinto del Templo, que los levitas se apresuraron a cerrar por temor de que se cometiese una muerte en sagrado.

Pero cuando los agresores se preparaban a rematar a su víctima, las espadas de los legionarios empezaron a brillar sobre aquel mar de cabezas. En un centro de fanatismo como Jerusalén, y sobre

todo en las grandes solemnidades, la autoridad romana extremaba la vigilancia. Los centinelas, que desde lo alto de la torre Antonia habían oído los clamores irritados de las turbas y observado sus movimientos, dieron la voz de alarma, y un oficial corrió al tribuno diciendo: «¡La ciudad está amotinada!»

Rápidamente, el tribuno reúne un pelotón de centuriones y soldados, y por una escalinata que ponía en comunicación a la torre con el Templo se presentó en el atrio de los gentiles. Después, espada en alto, se abrió paso entre la multitud, hasta el lugar en que Pablo, cubierto de sangre, pero con ademán intrépido, se erguía frente a sus agresores. «Dejadle—dijo con voz imperiosa—; si ha hecho algún mal, será castigado.» Y mientras los legionarios se apoderaban de él y le ataban las manos, el populacho seguía lanzando denuestos y acusaciones con tan confusa gritería, que nada pudo sacar en claro el tribuno. Oyó los vocablos de alborotador, revolucionario, engañador de las gentes, y creyó que tenía delante a un judío de Egipto que unos meses antes se había presentado en el monte de los Olivos con varios miles de desharrapados, convencidos de que las murallas de la Ciudad Santa se derrumbarían a la voz de aquel hombre, en quien había saludado una encarnación del Mesías, como antaño las de Jericó al sonido de las trompetas. La turba de ilusos, naturalmente, fué acuchillada y disuelta, pero el seudoprofeta, el egipcio, había logrado escapar. Este es, indudablemente, el responsable de aquella matanza, pensaba el tribuno ante la actitud salvaje del pueblo.

Temiendo que le linchasen, dió orden de que le metiesen cuanto antes en la fortaleza. «¡Que muera, que muera!», gritaba la chusma, cada vez más furiosa, viendo que se le escapaba la presa. Y se lanzaba escaleras arriba con intento de romper el cordón de soldados y arrebatarles su presa. Pero, al fin, Pablo logró llegar a lo alto de la escalinata, frente a la puerta de la torre. Estaba sudoroso, jadeante, polvoriento, la barba revuelta, la cabellera y los vestidos rotos.

Miraba el tribuno entre severo y burlón a su prisionero, cuando oyó que le decía en un griego correcto y con aire tranquilo y respetuoso: «¿Podría decir unas palabras?» Una idea sublime había cruzado por la mente de aquel hombre, colocado en el trance de morir: la de dar por última vez testimonio de Cristo, a las puertas de aquel Templo destinado a la ruina, en presencia de una multitud inmensa, donde, juntamente con los mantenedores del orden de

Roma, estaba representado todo Israel: sacerdotes, príncipes de la sinagoga, judíos de Jerusalén, peregrinos de toda la Palestina, de Asia, de Alejandría y del lejano Occidente. Ya conocemos la sangre fría de este hombre en medio de los peligros, pero jamás le hemos visto tan prodigiosamente dueño de sí mismo como en este momento.

El tribuno llevaba un nombre griego, Lisias, y era un griego auténtico: astuto, penetrante, fanfarrón, diplomático, hábil en recursos, altanero, y al mismo tiempo dócilmente inclinado ante la grandeza de Roma. Sin embargo, no tenía mal corazón y andaba con cuidado de no dar un paso en falso en el desempeño de la autoridad que los amos del mundo habían depositado en él. Su primer movimiento ante la demanda del cautivo fué de sorpresa. Había creído tener en su poder a un pobre diablo, y aquellas pocas palabras habían bastado para convencerle de que aquel hombre a quien las turbas querían linchar era un espíritu fino y cultivado, muy distinto del aventurero ignorante y estrafalario con quién él le había confundido. «¡Cómo!—exclamó—. Veo que sabes el griego. ¿No eres, acaso, el egipcio que últimamente engañó y vino del desierto con cuatro mil bandidos?» Y Pablo, con aire sereno y altivo, respondió: «Soy un judío, ciudadano de Tarso, ciudad de Cilicia, que no carece de celebridad. Déjame hablar a este pueblo, te lo suplico.»

En el espíritu de un griego, curioso siempre y enamorado de los arranques de la elocuencia, entraba el acceder a esta petición. Lisias hizo una señal, y los dos legionarios a cuyos brazos estaban atadas las cadenas del preso las soltaron. Pablo, entonces, se volvió hacia la multitud, que aullaba todavía, blandiendo en el aire puños y bastones, y levantando la diestra, de la cual colgaban los grilletes, exigió el silencio. Y las turbas callaron, dominadas por la mirada de fuego y el gesto imperativo de aquel hombrecillo calvo, cuya figura, recortada en lo alto de la escalinata contra la masa oscura y maciza de la torre, parecía una reencarnación de los viejos profetas de Israel.

Pablo volvió a acordarse entonces de su lengua semítica, del arameo, en que se expresaban los israelitas de su tiempo. Empieza con un saludo, propio para despertar atención y benevolencia: «Hombres, hermanos y padres, escuchad lo que os voy a decir.» Su acento dominador se ha sobrepuesto a todos los murmullos. En medio del silencio más profundo refiere una vez más los entusiasmos farisaicos de su juventud, la visión de Damasco, que viene a sacarle de su error, y su primera formación cristiana al lado de Ananías, «un

hombre, según la Ley, que gozaba de buena reputación entre los judíos de Damasco». Pablo acentúa con suma habilidad los rasgos judaicos, y de esa manera sigue refrenando las iras de aquel auditorio terrible. Su transformación no fué más que «la sumisión a la voluntad del Dios de sus padres», el Dios de Abraham y de Jacob, de Moisés y de David; y si no se había quedado en Jerusalén, como hubiera deseado, al servicio de sus compatriotas, es porque «en aquel mismo Templo, mientras estaba rezando en él», oyó la voz del Señor, que le mandaba predicar a los gentiles.

En este punto, el más delicado de su apología, Pablo sacó a relucir la sangre de Esteban, como para recordar sus antiguos servicios a la ley; pero fué inútil: al oír aquellas palabras, «los gentiles», el público, subyugado hasta entonces y herido de estupor, como si el sentimiento del orgullo nacional y del odio al extranjero hubiera desatado toda su rabia, estalló de nuevo en un clamor frenético y prolongado, que hizo temblar al tribuno. La muchedumbre, enloquecida, vociferaba, rechinaba los dientes, amenazaba con las manos, rasgaba sus vestidos y lanzaba al aire puñados de tierra. Y entre los aullidos salvajes se oían palabras como éstas: «Llévale, ráele de la tierra; es indigno de vivir.»

El tribuno abrevió la escena mandando a su gente que metiese al cautivo en la fortaleza. Giraron las puertas de hierro y el murmullo empezó a alejarse. Pero era preciso averiguar las causas de la indignación popular y, al mismo tiempo, dar una satisfacción al furor judaico, temible siempre para los representantes de Roma. Lisias, que no había comprendido nada del discurso de Pablo, estaba cada vez más perplejo. Pudo preguntar, sencillamente; pero su mal humor contra el causante del movimiento sedicioso le inspiró un medio más violento de hacerle declarar. Creyendo que se trataba de un vulgar agitador, de un esclavo digno de la cruz, mandó que se preparase lo necesario para el tormento de los azotes. Pablo fué despojado de sus vestiduras, suspendido por las manos y atado a un poste. Dos esbirros llegaron con las terribles disciplinas, correas flexibles erizadas de clavos y de bolas de plomo.

El reo parecía tranquilo, o mejor, alegre. También su Maestro había sufrido el mismo tormento cerca de allí; y él ya sabía muy bien lo que eran los azotes descargados por los oficiales de la autoridad romana; en otras tres ocasiones los había sentido sobre su cuerpo. No le acobardaba el dolor; pero débil como estaba después de los golpes del populacho, temía que por ventura no había de

poder sobrevivir al suplicio. Y era mucho lo que quedaba que hacer aún en el mundo. De pronto clava sus ojos en el centurión que presidía la escena, y le dice: «¿Es que puedes azotar sin juicio alguno a un ciudadano romano?»

Esta sencilla pregunta bastó para desarmar a los ejecutores; el centurión corrió a avisar al tribuno, e inmediatamente el tribuno se presentó delante de aquel preso de aspecto miserable, a quien había tomado por un salteador de encrucijada. «¿Es verdad—preguntó—que eres ciudadano romano?» «Sí», respondió él secamente. «Yo también lo soy—repuso Lisias—, y el título me ha costado muy caro.» «Pues yo—replicó Pablo sin jactancia—le tengo de nacimiento.» Y exhibió las pruebas de ciudadanía.

Lleno de ansiedad, el tribuno despidió a los soldados y presentó sus excusas al prisionero. El atar a un romano al pilar del tormento sin proceso ninguno era ya de suyo un delito, y Lisias tenía el sentimiento de su responsabilidad. Pero ¿qué diría el pueblo de Jerusalén al saber que se declaraba defensor de aquel hombre execrado? De cualquier lado que se inclinase, su situación era comprometida. Por otra parte, aún no sabía con precisión qué crimen había cometido aquel hombre para tener en contra suya a toda la ciudad. De pronto, un pensamiento luminoso que le serviría para esclarecer el asunto y para ganarse la simpatía de la aristocracia hebrea: haría comparecer al acusado delante del Sanhedrín, el cual, si se trataba únicamente de una cuestión religiosa, debería contentarse con un pequeño castigo. Lisias había entrevisto en aquel agitador extraño un fondo de nobleza y de honradez, que, juntamente con su dignidad de ciudadano romano, merecía toda la benevolencia de la autoridad imperial.

A una orden del tribuno, en las primeras horas del día siguiente se reunía el tribunal supremo de Israel. Presidía el pontífice Ananías, perteneciente a la familia de Annás, el que había condenado a Jesús «a los silbos de las víboras», según expresión de los mismos libros hebreos, que con estas palabras aluden a su codicia, a su crueldad y a su sensualidad escandalosa. Lisias se sentaba también entre los jueces, con algunos de sus centuriones, y por eso la asamblea se había reunido a las puertas del Templo, no en la sala interior, el Garzith, donde había sido juzgado Jesús, y donde Pablo había visto en éxtasis a Esteban y a los sanhedritas junto a él rechinando los dientes.

La escena del diácono acorralado por sus enemigos debió cru-

zar entonces por su mente. El discurso que él había meditado no era menos fuerte, pero estaba dispuesto a hacer su defensa sin irritar a sus enemigos. «Hombres hermanos—dijo—, yo, hasta el día de hoy, he observado una conducta tal, que en la presencia de Dios de nada me remuerde la conciencia.» Apenas había pronunciado estas palabras, cuando de los escaños presidenciales donde se sentaban los sacerdotes, envueltos en sus mantos blancos como la nieve, salió esta orden dirigida a los alguaciles del Sanhedrín: «Heridle en la boca.» La orden venía del mismo pontífice. Tal vez le habían escandalizado aquellas primeras palabras: «Hombres hermanos»; tal vez le había parecido que el reo cometía una falta imperdonable empezando a hablar antes de que le hubiesen interrogado. Pablo no vió más que el insulto que le hacían. Sorprendido e irritado por aquella arbitrariedad, dió esta respuesta llena de viveza, que se convertirá pronto en una profecía: «Pared blanqueada, Dios te herirá a su vez. Estás sentado ahí para juzgarme según la Ley, quebrantas la Ley mandando que me hieran.» Era una expresión dura que recordaba otra de Jesús, e implicaba la acusación de hipocresía; pero el tiempo vino a dar la razón al Apóstol. Josefo nos cuenta que aquel pontífice indigno, execrado por sus crímenes, tuvo que esconderse en un acueducto, pero descubierto por sus perseguidores fué allí mismo degollado.

Ahora, algunos de los asistentes salieron en su defensa. «¡Cómo! —dijeron a Pablo—. ¿Te atreves a insultar así al gran sacerdote de Dios?» «No sabía que era el gran sacerdote», respondió él. «Y os agradezco que me lo digáis, porque está escrito: No dirás mal alguno del jefe de tu pueblo» (Ex., 22, 28).

Hablaba con serenidad, dominando aquel movimiento de indignación espontánea. La misma cita del Exodo era para hacer reflexionar a los jueces: aquel hombre que con tanto respeto acataba la palabra de Dios no podía ser acusado de destruir la Ley. Sin embargo, este incidente desagradable introdujo la confusión en la asamblea. Entablóse una disputa teológica y casuística: discípulos de Hillel contra secuaces de Schamaí; fariseos contra saduceos. Pablo, dándose cuenta de que la defensa más elocuente sería inútil en los oídos de aquellos hombres, que le consideran como un apóstata y un blasfemo, renuncia a los discursos, y para dividir el bloque, introduce como una cuña la palabra resurrección. «Hermanos—exclama—, yo soy fariseo, hijo de fariseos. ¿De qué se me acusa? ¿Acaso de esperar en la resurrección de los muertos?»

Esta intervención levanta una tempestad en la sala. El dogma de la resurrección es fundamental en la teología de los fariseos; los saduceos, en cambio, le niegan. La discusión se envenena, nadie se entiende. De entre los fariseos, algunos se convierten en defensores de aquel hombre que piensa como ellos. «No encontramos en él ningún mal—confiesan—. ¿Quién sabe si no le ha hablado algún ángel o algún espíritu?» En cambio, los saduceos insultan y amenazan; y mientras sus adversarios gesticulan y discuten, lanzando llamaradas de cólera, Pablo sonríe tranquilo considerando el efecto de su estratagema. Algunos, más fanáticos, quieren aprovechar el desorden para lanzarse sobre él; y éste es el momento en que Lisias llama a sus gentes y le saca de aquella caverna de asesinos. Aquella noche Pablo durmió en uno de los sótanos de la torre Antonia. Fueron horas de pesadilla y de insomnio. Estaba triste y abatido; la obstinación irremediable de su pueblo le acongojaba; no había visto ni una mirada de compasión; los mismos fieles de la Ciudad Santa parecían indiferentes a sus padecimientos. De repente, el Señor se le apareció y le dijo: «¡Buen ánimo! Así como has dado testimonio de mí en Jerusalén, así conviene también que lo des en Roma» (Act., 23).

Entre tanto, más de cuarenta judíos se juramentaban a no probar bocado ni beber una gota de agua mientras no matasen a Pablo, y los príncipes de los sacerdotes aprobaron el complot. El preso sería apuñalado en el trayecto de la torre al Templo, cuando lo llevasen los legionarios para reanudar el proceso violentamente interrumpido el día anterior.

Un sobrino de Pablo, hijo de una hermana suya, llegó a enterarse de la trama, y le faltó tiempo para correr a la prisión con el cuento. Pablo, entonces, llamó al oficial de guardia y le dijo: «Lleva a este joven ante el tribuno; tiene algo interesante que decirle.» Lisias le recibió amablemente, y habiendo escuchado sus declaraciones, le despidió, haciéndole este encargo: «No digas a nadie que me has revelado este proyecto.» Y con la intención de salvar al preso y, sobre todo, de librarse de aquel asunto enojoso, llamó a dos centuriones y les dió estas órdenes precisas: «Preparad doscientos legionarios, setenta jinetes y doscientos auxiliares. Añadid más cabalgaduras de recambio para el prisionero, y a la tercera hora de la noche salid con él para Cesarea y presentadle al procurador.»

El jefe de la escolta era portador de una carta que decía: «Claudio Lisias, al óptimo procurador Félix: Salud. A ese hombre preso

por los judíos, y a punto de ser muerto por ellos, acudiendo con la tropa, le libré sabiendo que era romano. Y queriendo averiguar el delito de que le acusaban, condújele a su sanhedrín. Allí supe que es acusado sobre cuestiones de su Ley de ellos, pero que no ha cometido ningún crimen digno de muerte o de prisión. Y avisado después de que los judíos le tenían urdidas asechanzas, te le envío a ti, después de avisar a sus acusadores que recurran a tu tribunal.»

Con esta escolta digna de un rey salió Pablo al cerrar la noche, de la ciudad de David, que ya no había de ver nunca. Lisias había querido emplear en aquel negocio una gran parte de la guarnición que mantenía el orden en Jerusalén. Tenía miedo. Aquella advertencia: «No cuentes a nadie lo que me has dicho», es una confesión ingenua de su inquietud. Tenía miedo, dice San Lucas, de que los judíos matasen a su adversario en el camino y luego se le acusase de haber recibido dinero por entregarle a sus odios. Era un hombre precavido y, en definitiva, honrado. Su informe judicial, el *elogium*, está concebido en términos de franca simpatía para el acusado. Sólo en un pequeño detalle alteraba la verdad: quería hacer creer al gobernador que al sacar a aquel hombre de entre las garras de los judíos no hacía más que defender la dignidad del nombre romano. En realidad, cuando él se presentó en medio del tumulto ignoraba la calidad del hombre a quien aporreaban las turbas. Era una manera muy delicada de congraciarse al representante de Roma, indicándole cuánto apreciaba aquel título de nobleza, que él, ciudadano de la víspera, había pagado a tan alto precio.

Amanecía cuando la tropa de Lisias entraba en Antipatria, un puesto fortificado que dominaba la llanura de Sharón. Detrás quedaban los desfiladeros peligrosos, donde hubiera podido temerse un golpe de mano. Innecesarios para guardar al preso en campo descubierto, los peones se volvieron a Jerusalén. Escoltado únicamente por los jinetes, Pablo continuó hasta Cesarea, y poco antes de anochecer se detenía frente al antiguo palacio de Herodes, residencia actual del procurador.

CAPITULO XXIII

En Cesarea.—El procurador Félix.—Primera cautividad.—Interrogatorios. — Pablo hace su defensa. — Drusila.—Un nuevo procurador.—Intrigas de los sanhedritas.—Agripa y Berenice.—Apelación al César. (58-60.)

Todavía queda un lienzo de la torre donde fué encerrado San Pablo al llegar a Cesarea. Es la torre de un castillo-palacio a estilo de los romanos. En toda la ciudad, obra de Herodes el Grande en honor del emperador Augusto, se respiraba el aire de las construcciones occidentales, calles trazadas regularmente, según un plan riguroso, casas con peristilo y patio interior sombreado de arbustos, como en Pompeya, y en el foro el templo de Roma y las estatuas de los césares.

Pablo fué presentado al gobernador la misma tarde de su llegada. Aunque el informe no contenía acusación ninguna, se le recibió con cierta indiferencia. El hubiera querido, a pesar de las fatigas del viaje, arreglar su asunto cuanto antes; tan grandes eran sus deseos de embarcarse en dirección a Roma. Pero el procurador, después de informarse de su patria, le dijo distraídamente: «¡Bien! Te oiré cuando vengan tus acusadores.»

Este funcionario era también un griego, natural de Arcadia. Esclavo de nacimiento, no había necesitado desembolsar grandes cantidades para subir a las cimas del gobierno. Toda su fortuna le venía del favor increíble que gozaba su hermano Palas en la corte de Claudio. Josefo nos habla de sus concusiones, de sus adulterios y de sus iniquidades; Tácito hizo su relato con una sola pincelada: «En medio de toda suerte de horrores y libertinajes, Antonio Félix ejerció el poder real con alma de esclavo.» Sostenido por el crédito de su hermano, pero sin su habilidad para los

negocios, creyó que podía cometer impunemente todas las atrocidades. Ultimamente se había enamorado de la mujer del rey de Emesa, Aziz, una judía de la familia de Herodes llamada Drusila, y no paró hasta quitársela gracias a los filtros y sortilegios de Simón el Mago. El relato de San Lucas, a pesar de las simpatías que respiran los Actos para con los representantes de la autoridad romana, viene a completar la fisonomía despreciable de este tiranuelo, que desde hacía diez años era el amo de Palestina.

Cinco días después del acusado llegaron los acusadores, unos cuantos sanhedritas a cuya cabeza iba el gran sacerdote. Con ellos venía un retor, un abogado llamado Tertulo, que debía sostener la acusación conforme a los principios de la jurisprudencia romana. La audiencia no se hizo esperar. Tertulo pronunció un discurso muy bien estudiado, poniendo en griego las acusaciones que sus clientes le habían inspirado. Conocedor de su oficio, comenzó con toda suerte de cumplidos, alabando al «muy excelente Félix», haciéndose lenguas de su equidad reconocida, de su vigilancia y de las medidas que había tomado para asegurar la paz en el país. Es probable que más de una sonrisa retozase entre las espesas barbas de los venerables sanhedritas, para quienes era bien sabido que su excelente procurador trataba con los sicarios para tener parte en sus rapiñas y con los plutócratas de Jerusalén para tranquilizarlos contra la audacia de los sicarios.

Pasando a los motivos del proceso, el abogado del Sanhedrín presentaba al acusado como fautor de disturbios y sediciones, como individuo más peligroso que la peste, conocido por su propaganda antijudaica y, finalmente, como profanador del Templo. Todo su alegato tendía a probar que lo que allí se ventilaba era un delito religioso, y que, por tanto, el reo debía ser enviado al Sanhedrín, el único tribunal competente en esta clase de causas. Eso es lo que se hubiera hecho en Jerusalén, siempre dentro de los límites de la más estricta justicia, si el tribuno Lisias no hubiera intervenido sacando al culpable de su jurisdicción natural. Era una manera torpe de argumentar que el procurador debió mirar con disgusto. Según ella, había sido su representante en Jerusalén el que lo había embrollado todo con una intervención intempestiva. Pero no hay cosa que ciegue tanto como el fanatismo: cuando Tertulo terminó de hablar, la delegación hebrea ratificó sus palabras con un asentimiento alborozado.

A una señal del procurador, Pablo empieza su defensa. Su exordio

es digno y breve. Sólo una frase de alabanza discreta para quien le ha de juzgar. «Me alienta a justificarme—declara—el saber que estoy delante de un juez que desde hace muchos años conoce bien a este pueblo.» Responde con serenidad y con energía a las tres acusaciones formuladas por Tertulo. No es un perturbador del orden: hora por hora se puede examinar la vida que hizo en Jerusalén; doce días hace que llegó allá; ni una sola vez en todo ese tiempo disputó con nadie, ni causó el menor alboroto en las calles o en las sinagogas. Ninguno de sus adversarios tiene el menor motivo para afirmarlo. Un silencio completo sucedió a este desafío.

No es tampoco un hereje, pues cree en todo lo que está escrito en la Ley y en los Profetas, no siendo el Cristianismo más que la evolución del judaísmo en todo lo que tiene de esencial. No es, finalmente, un profanador del Templo, puesto que en el momento mismo de su arrestación estaba adorando en él y cumpliendo un rito sagrado. Son unos judíos de Asia los que le vieron allí; ellos, y no los sanhedritas, debieron comparecer delante del procurador; ellos, que fueron los causantes del tumulto. «Es verdad—añade—que yo sigo un camino que ellos llaman herejía», pero es un camino autorizado por las Escrituras. «Por lo demás, espero como ellos en la resurrección de los muertos, justos e injustos, y trato de tener siempre mi conciencia sin reproche delante de Dios y de los hombres.»

El pensamiento de Pablo es siempre el mismo delante de los judíos y delante de los gentiles. Su doctrina sobre la resurrección no es nueva; el camino que anuncia es el cumplimiento de la Ley; no por ser cristiano deja de ser judío ni renuncia a la literatura de Israel, pues Cristo resucitado es el Justo, el Mesías, el Hijo de Dios y del hombre anunciado por los profetas.

Las partes habían sido oídas en juicio contradictorio; ya no quedaba más que dar la sentencia. Sin embargo, no fué así. Félix, que gobernaba el país hacía casi dos lustros, había oído, sin duda, hablar de la religión nueva, y no ignoraba la escisión obrada por ella en el mundo judío. Estaba, por consiguiente, en las mejores condiciones para dar la solución de aquel proceso. Por lo demás, las cuestiones religiosas le tenían indiferente. Para él el punto delicado del asunto estaba en aquel tumulto popular que había motivado la detención del doctor de la nueva secta. Juzgó que necesitaba ampliar sus informaciones y que sólo el tribuno Lisias podía disipar las últimas dudas. Este fué el motivo oficial del aplazamiento. Existía otro más poderoso, pero inconfesable: eran las ganancias

que podía traerle un largo proceso en que estaban interesados los príncipes de Israel.

Por ahora, los delegados del Sanhedrín podían volverse tranquilos a Jerusalén. Su adversario permanecería cautivo en la torre del palacio, con una cautividad benigna, como convenía a un ciudadano romano: los discípulos podían asistirle, de cuando en cuando se le quitarían las cadenas, y sus amigos tendrían libre acceso a la prisión. Esta solución le contrariaba fuertemente y destruía sus planes. Afortunadamente, la suavidad de la reclusión le permitía recibir a los fieles de Cesarea, hablar con el diácono Felipe y transmitir sus órdenes a las iglesias por medio de sus compañeros de viaje. Sus más adictos colaboradores seguían a su lado: allí estaba Timoteo, el más amado de todos; Aristarco de Tesalónica, y el médico Lucas, que pensando ya en su historia de Jesús, se informaba de la topografía de Palestina y hablaba con los testigos de la palabra. De cuando en cuando llegaban los enviados de las iglesias del Oriente para consolar al maestro amado, para exponerle sus dudas, para manifestarle su adhesión. Desde la cárcel, el Apóstol seguía predicando, dirigiendo, consolidando su obra, trabajando por la gloria de Cristo. Su voz poderosa no dejó de oírse un solo día; la distinción de su trato impresionó a sus mismos carceleros; y su condición de ciudadano romano era una nueva recomendación de su palabra. Tal vez los mismos soldados, que se sucedían en su custodia, quedaron subyugados por la irradiación de aquella influencia irresistible, como el guardia de la cárcel de Filippos, y empezaron a llamarle el maestro, y se arrodillaron delante de él al ponerle los grillos, y recibieron de sus manos el pan del amor.

El ascendiente del Apóstol parece haber inquietado al procurador mismo y a todos los que le rodeaban.

Poco tiempo después de la primera audiencia, habiendo vuelto de su viaje, quiso ver de nuevo al prisionero. A la entrevista debía asistir su esposa Drusila. Esta heredera de la sangre de Herodes el Grande, mujer hermosa y elegante, perversa y mística, que apenas contaba dieciséis años, y por los filtros mágicos o por la magia de la ambición acababa de abandonar a su primer marido, había tenido la curiosidad de conocer a aquel hombre de su raza, que inquietaba el reposo de los sanhedritas, y el capricho de escuchar su palabra.

Preguntado acerca de su doctrina, Pablo expuso los puntos principales de la fe cristiana, y luego, enardecido por la presencia de

aquel esclavo, que era el amo de Israel, y de aquella hebrea cosmopolita, que había olvidado todo lo mejor de las tradiciones patrias, como otro San Juan Bautista, habló con tal elocuencia «de la justicia, de la castidad y del juicio inevitable», que el procurador, interesado al principio en el discurso, tuvo miedo, y se levantó, interrumpiendo al severo aguafiestas con esta frase grosera: «Retírate por ahora; cuando encuentre una ocasión te llamaré de nuevo.» Seguramente no estaba tan corrompido que no fuese capaz de algún remordimiento; pero temía, además, que la elocuencia del cristiano le separase de la mujer amada. También Drusila debió haber temblado ante aquella voz que removía los corazones. Y no quiso oírla. Pero unos años más tarde, joven aún, oyó repentinamente otra voz más terrible, que venía a arrebatarle lo que más quería. Estaba en Pompeya; era aquella noche terrible en que el Vesubio empezó a vomitar llamas y cenizas; la princesa quiso huir, como tantos otros; pero quedó sumergida en la lava con un hijo suyo y de aquel esclavo por quien había dejado el palacio real de Emesa.

Félix, en cambio, conversó otras muchas veces con su prisionero. Más que su doctrina le interesaba su persona, el acento de su voz, sus genialidades y ocurrencias, el calor de su elocuencia, la sinceridad y lealtad de su alma y la amenidad de su conversación, en que chispeaban mil recuerdos de experiencias divinas y humanas, como jamás había tenido hombre alguno. Pero, además, esperaba otra cosa. Pronto se había dado cuenta de la influencia de aquel hombre sobre una multitud innumerable de discípulos, derramados por todo el Oriente. A una señal suya los cristianos de Filippos, de Efeso, de Tesalónica, de Corinto, de la misma Roma, aportarían millones de sextercios. Era bien sabido que en el tribunal de Félix todo lo arreglaba el dinero. «No guardaba en la cárcel—hubiera podido decir de él Josefo, como de su sucesor Albino—más que a las gentes que no habían dado nada.» Pero, a pesar del anhelo que le lanzaba a través del mundo, Pablo hubiera permanecido preso toda la vida antes que corromper a un magistrado. Y los meses se sucedían a los meses sin que el procurador resolviese la causa, con gran contento de los judíos de Jerusalén, que veían así condenado a la inacción a su mayor enemigo.

Pero en Roma, la estrella de Palas, hechura de Agripina, había empezado a eclipsarse, y en el horizonte político brillaba ya la de Popea, una judaizante que había logrado apoderarse del corazón de Nerón. Los judíos de Jerusalén aprovecharon este momento para

deshacerse de aquel advenedizo sin conciencia. No podían perdonarle sus exacciones y, sobre todo, la parcialidad con que los trataba en sus contiendas con los griegos. Poco tiempo antes había arremetido al frente de sus legionarios contra las gentes de su nación en el mercado de Cesarea, hiriendo a unos y dispersando a los demás. Félix fué llamado a Roma. Su última disposición en Palestina fué agravar la prisión de Pablo, creyendo así evadir las represalias de los judíos. Recurso inútil, pues tuvo que resignar el mando, y, gracias a la influencia que aún conservaba, su hermano salvó la vida.

Dos años hacía que soportaba Pablo aquella injusta reclusión. El pensamiento de Roma seguía punzándole el alma, pero sabía que la palabra de Dios tenía que cumplirse y aguardaba tranquilamente la hora. Por lo demás, su voluntad estaba identificada con la voluntad de Dios. Con un esfuerzo generoso, secundado por la gracia, había logrado realizar en su interior esta armonía suprema, y la paz que los ángeles prometieron a los hombres de buena voluntad era su herencia. Por eso podía decir a sus neófitos de Filippos: «Lo que habéis aprendido, lo que habéis visto en mí, cumplidlo, y el Dios de la paz será con vosotros» (Phil., 4, 9). Penetrado por los reverberos de la luz divina, que le llenaba de una seguridad jubilosa, cantaba, como en la cárcel de Filippos, y su entusiasmo poético, su mística exaltación, se revelaban en palabras como éstas, de una sinceridad maravillosa: «El reino de Dios es paz y alegría. Vivid siempre alegres; regocijaos en el Señor; os lo repito, regocijaos y que vuestro júbilo estalle en cánticos» (Phil., 4, 4). Era el fruto de su amor a Cristo, de aquel amor que embriagaba todo su ser, que le infundía una confianza sin límites, que le proponía las más grandes esperanzas y le inspiraba las más vastas empresas. ¿Qué podía negarle su Padre celestial, después de haberle entregado a su Hijo, aquel Hijo que le había amado entrañablemente, sin medida, hasta la locura, hasta la muerte, hasta la cruz?

El sucesor de Félix en el gobierno de Judea era un tal Porcio Festo, hombre justo y activo, al decir de Josefo. Pero no le faltaba tampoco habilidad: su primer cuidado fué presentarse en Jerusalén para ganarse las simpatías de aquellos saduceos poderosos, de aquellos sacerdotes intrigantes, cuya influencia, siempre temible, se había acrecentado con su último triunfo. Todos se apresuraron a felicitarle con esa cortesía de los hebreos, erudita en inclinaciones y vocablos almibarados. Al frente iba el gran sacerdote, Ismael, hijo de Phabi, que acababa de suceder a Ananías. Y la primera de sus preocupa-

ciones fué renovar el proceso de Pablo. Dos años de silencio no habían sido bastantes para calmar sus rencores. Nuevamente volvieron a pedir la entrega del preso para juzgarle según sus leyes, es decir, para deshacerse de él. Era el precio que pedían al procurador por sus albricias.

Pero Festo, que había adivinado su intención y sabía, además, de una tropa de sicarios apostados en las montañas de Judea, deshizo el plan de los asesinos con esta respuesta firme y cortés: «Uno de estos días vuelvo a Cesarea; que los principales de entre vosotros vengan conmigo, y si tienen alguna cosa contra él que le acusen delante de un tribunal.» Ocho días después, Pablo comparecía una vez más en el pretorio. En torno suyo, con el pontífice Ismael a la cabeza, se alineaban sus acusadores, eructando insultos y delatando delitos con perfidia sutil y apasionada. «Pruebas, pruebas», decía el procurador, y entonces los sanhedritas callaban. «Ha profanado el Templo... Ha ultrajado la Ley...», repetían ahora, como dos años antes delante de Félix; pero estos delitos no figuraban en ningún capítulo del código romano.

Mas he aquí un cargo más terrible, el que habían lanzado contra Jesús, Caifás y sus compañeros; el que había esgrimido contra Pablo la sinagoga de Tesalónica: «Ha conspirado contra el César.» Era un demagogo que anunciaba en nombre de Cristo un imperio más poderoso y feliz que el de Roma, destinado a la ruina y al fuego. Los mismos sucesores de Augusto tendrían que rendir cuentas ante su rey, juez universal de todos los hombres; sólo a Él se podía quemar incienso, sólo en sus altares debía ofrecerse el tributo de la adoración.

A estas afirmaciones insidiosas, con las cuales se quería presentar como incompatibles el orden romano y la doctrina del reino espiritual contenida en el Evangelio, Pablo podía responder con una negación rotunda, ante la cual enmudecían sus adversarios: «Yo no soy culpable ni contra la ley de los judíos, ni contra el Templo, ni contra el César.» Y en su acento había tal seguridad, que, a pesar de la insistencia rabiosa de los sanhedritas, el procurador se convenció de que todo allí se reducía a una cuestión personal, o a lo más a una querella religiosa, cuyo alcance él no acertaba a comprender. Y parecióle que no les faltaba razón a los acusadores para pedir que aquel hombre fuese juzgado en el tribunal más alto de su nación. En verdad, aquella saña con que hablaban del preso le hacía temer que no serían capaces de guardar las normas sere-

nas de la justicia; pero él estaba allí para acompañar al acusado hasta Jerusalén, para protegerle en presencia de los jueces y para defender los derechos de un ciudadano romano.

Festo creyó haber hallado un expediente que le permitía contentar a los judíos sin hacer traición a su propia conciencia: «¿Quieres—dijo al acusado—subir a Jerusalén para ser juzgado allí bajo mi protección?» En un segundo midió Pablo los inconvenientes de esta proposición enunciada con la honradez más pura: emboscadas en el camino, motines en la ciudad, sorpresas en el juicio, intrigas, violencias y coacciones. Si entraba en la madriguera podía darse por muerto. Pero ningún magistrado romano podía obligar a que un ciudadano de Roma se sometiese a la sentencia de una nación extraña. Pablo conocía sus derechos, y, puesto que el procurador parece desentenderse de aquel negocio, toma una súbita resolución: «Yo estoy aquí delante del tribunal del César, y es en él donde debo ser juzgado. No he cometido la menor injuria contra los judíos; tú lo sabes muy bien. Sin embargo, si los he ofendido, si he cometido algún crimen que merezca la muerte, no rehuso morir. Pero nada de cuanto dicen contra mí es verdadero. Y, por tanto, nadie puede entregarme a ellos. Apelo al César.»

Estas palabras cayeron en el pretorio como un relámpago; los judíos bajaron la cabeza, y el procurador, después de hablar a los consejeros que le rodeaban durante unos momentos, se volvió hacia el acusado, y muy contento de aquella solución inesperada, que le libraba de compromisos y preocupaciones, pronunció las palabras de rúbrica: «Has apelado al César, irás al César.»

Pablo rechazaba el tribunal de su pueblo para acogerse a la justicia de los enemigos de Israel. Tiempo hacía que había roto con los fariseos minuciosos y rigoristas, con los saduceos epicúreos y perversos, con los campeones exaltados de la teocracia, que diez años más tarde serán los causantes de la ruina de Jerusalén, y el rompimiento, iniciado a raíz de la visión de Damasco, quedaba consagrado definitivamente en esta su apelación al César. Es seguro, no obstante, que al dar este paso sintió que algo se rompía dentro de su ser. Pablo sentía la Patria como la había sentido su Maestro. Jamás hubieran salido de su pluma aquellas soberbias palabras de Tertuliano: «Nosotros los cristianos no conocemos otra república que el Universo.» Estaba orgulloso de la dignidad de su sangre, se esfuerza por comunicar a sus compatriotas la luz de la fe y no duda en pronunciar aquella frase magnífica que nos revela el sublime desinterés

de su patriotismo: «Quisiera ser anatema, separado de Cristo, por mis hermanos» (Rom., 9, 14). Esto no le impide reconocer que la gloria del Evangelio excede a todos los privilegios de la sangre, y sin preocuparse de las protestas de los puritanos egoístas, mantiene su doctrina del Israel espiritual, del reino de Dios, donde todos los pueblos gozan de una santa igualdad, más aún, de una unión perfecta. Romanos y escitas, judíos y griegos, son una misma cosa en Jesucristo. Pertenecer a este reino del espíritu era una nobleza tan grande, que a su brillo se eclipsaban todos los privilegios judaicos y todos los esplendores imperiales. Primero discípulo de Cristo, después hebreo, hijo de hebreos, y, finalmente, reconociendo la misión providencial de aquella admirable construcción política, pero sin dar demasiada importancia a las humanas grandezas, cuidando de la ciudad que estaba dando al mundo el modelo de un imperio bien administrado, que imponía el orden y dictaba la ley, que había logrado hacer un Estado de una multitud de naciones opuestas en caracteres, en costumbres e intereses y en tendencias.

Al fin se realizaba aquel deseo tantos años contenido: iba a ver a los fieles de Roma, iba a anunciar a Cristo en la capital del mundo, iba a comparecer delante del César y el César escucharía la palabra de Dios. Detrás de él irían sus acusadores, pero, a pesar de todo, estaba contento. Ahora sólo le quedaba aguardar el momento propicio para el viaje, la llegada de un barco que hiciese la travesía del Mediterráneo. A los pocos días de su apelación vinieron a avisarle que el procurador le llamaba. «La despedida», pensó gozoso; pero no tardó en advertir que se engañaba. Se le iba a someter a un nuevo interrogatorio. Agripa II, rey de un pequeño territorio al Este del Jordán, un pequeño jirón del manto de su abuelo Herodes el Grande, acababa de llegar a Cesarea con su hermana Berenice para saludar al nuevo gobernador. Conversando con sus huéspedes de los sucesos del día, Festo les habló del hombre extraordinario que tenía preso en la torre. Su nombre no les era desconocido, aunque sólo vagos rumores tenían de su agitada vida. Tal vez les había hablado Drusila, la frívola esposa del procurador Félix. Drusila era hermana de Agripa y Berenice, hijos los tres de Herodes Agripa, el perseguidor de los cristianos, y los tres mal mirados en los centros religiosos de Israel por sus complacencias con el poder romano. Agripa pertenecía a aquella clase de reyezuelos que Roma sabía convertir en sus esclavos. Más aún que Drusila, Berenice pasaba de corte en corte deslumbrando a los reyes con su be-

lleza. Viuda de un marido regio, no tardará en dar su mano a Polemón, rey de Cilicia; más tarde seducirá «al austero Vespasiano con la magnificencia de sus presentes» (Tácito, *Hist.*, II, 81) y el hechizo de su trato, y todavía en los umbrales de la vejez, logrará apoderarse del corazón de Tito. Ahora vivía al lado de su hermano con una intimidad que era el escándalo de los buenos israelitas.

Como su hermana, esta princesa, maestra en hechizos y perversiones, tenía místicos arrebatos. En un acceso de devoción, dice Josefo, había llegado a hacer el voto de los nazires, cumpliéndole religiosamente.

Todo parecía conjurarse a despertar en ella el deseo de conocer al predicador de la secta de los nazarenos. La misma curiosidad había manifestado Agripa, interesado en las discusiones doctrinales y en las cosas de Jerusalén, aunque no fuese más que por el poder que tenía para designar los sumos sacerdotes. El procurador, por su parte, deseaba informarse mejor en aquel asunto. Tenía que mandar el preso a Roma y no sabía cómo había de redactar el informe dirigido al emperador. «Por lo que he podido averiguar, dijo a los príncipes, se trata de una controversia religiosa acerca de cierto Jesús, que, según Pablo, está vivo, y, según los otros, muerto.»

Fué un acto solemne, el número más brillante de una recepción, realzada por la belleza de la joven herodiana, por la prestancia regia de su hermano, por la bizarría de los oficiales de Festo y de sus amigos y consejeros y por la presencia de los notables de la ciudad. La humildad de Pablo, pobremente vestido, ajado por la prisión y la penitencia, con una cadena en cada mano y en el rostro la huella de tantas persecuciones y fatigas, formaba extraño contraste con aquel círculo de hombres felices, donde crujían las sedas y brillaban las sonrisas y se derramaba el perfume de las resinas orientales. No obstante, su mirada estaba serena y firme, y una íntima alegría brotaba de sus ojos. Sin duda, le molestaba el ser ofrecido como un espectáculo a la curiosidad de aquellas gentes, pero al pensar que iba a dar testimonio de su fe delante de un público escogido, se olvidaba de toda preocupación personal.

Habló primero el procurador, declarando, para disipar escrúpulos legalistas, que no se trataba allí de una causa judicial, puesto que el reo había apelado a Roma, sino solamente de un interrogatorio extraoficial, a fin de que los asistentes, y sobre todo el rey Agripa, le ayudasen a redactar las letras dimisorias que debía enviar al emperador. Tras este breve preámbulo, Agripa, conmovido

por el aspecto dolorido y noble del preso, le invitó a presentar su apología. Pablo extendió su diestra, en que brillaba el grillete como la joya de su consagración a Cristo, y plegando dos dedos, como hacían habitualmente los oradores griegos, reclamó la atención de la asamblea. Empezó con unas palabras insinuantes, pero sin adulación: «Yo me felicito, ¡oh rey Agripa!, de poder justificarme hoy en tu presencia de las cosas que me achacan los judíos, porque tú estás al tanto de todas las costumbres y cuestiones que existen entre ellos. Y así te ruego que me escuches con paciencia.»

Después expuso, como había hecho en otras ocasiones, la historia de su juvenud y de su conversión, insistiendo en la armonía del Evangelio con la tradición judía, en lo que se refiere al dogma de la resurrección, y demostrando que su doctrina estaba de acuerdo con las antiguas profecías: «Si me encuentro de esta manera es únicamente porque espero en la promesa que Dios hizo a nuestros padres y en la cual tienen fijas sus miradas las doce tribus de Israel, sirviendo a Dios día y noche sin desmayo. Y qué ,¿es increíble entre vosotros que Dios resucite a los muertos?

Tiempo hacía que Pablo no había tenido ocasión de hablar delante de un auditorio tan numeroso; al evocar los recuerdos de su juventud su voz se inflamaba, y empujado por su fogosidad natural, olvidábase de que estaba haciendo su propia defensa, y el alegato se convertía en discurso misional. Parecía un visionario, un hombre revestido de una fuerza de fascinación que infundía miedo. «No he querido resistir a la visión celeste—decía—, sino que he predicado en Damasco, en Jerusalén, en toda Judea, en todo el mundo de los gentiles, el arrepentimiento, el retorno a Dios y a la penitencia. Esta es la causa por la cual me quieren matar los judíos; pero, gracias a Dios, estoy aquí todavía, dando testimonio a los pequeños y a los grandes, no enseñando otra cosa que lo que Moisés y los profetas vaticinaron: que el Cristo debía sufrir, y antes que nadie, por la resurrección de los muertos, anunciar la luz al pueblo judío y a la gentilidad.»

Este lenguaje debía parecer sin sentido a un patricio de Roma, más o menos escéptico y extraño a aquellos argumentos de visiones y revelaciones y a toda la urdimbre misteriosa de las especulaciones judías. Si al principio había creído escuchar alguna tesis cosmogónica, pronto comprendió que se trataba de ideas para él incomprensibles: juicio, resurrección, penitencia. Más que como un filósofo, consideraba a su prisionero como un soñador. Pero lo que

parecía completamente absurdo era aquella pretensión de sacar el problema fuera de los límites de la Judea para hacer de él una cosa universal, en la que estaban interesados los gentiles tanto como los hebreos. ¿Qué le importaban a Roma los profetas de Israel? Pudiera haberse irritado por aquella doctrina atentatoria contra la dignidad del Imperio; pero, no queriendo enturbiar la alegría de la fiesta, se contentó con sonreír desdeñosamente, diciendo al orador: «Tú deliras, Pablo; tu mucho saber te ha sorbido el seso.»

Sin desconcertarse por esta brusca interrupción, Pablo recurrió al testimonio de Agripa, mejor informado de la historia de Israel durante los últimos años y de las enseñanzas de las escuelas judaicas: «No, óptimo Festo—dijo gravemente—; no deliro; las palabras que acabo de decir son verdad y sabiduría. El rey, aquí presente, lo sabe muy bien, y por eso hablo en su presencia con tanta confianza. Por lo demás, todas estas cosas son del dominio público. Rey Agripa, ¿crees tú en los profetas? Sí, tú crees; ya lo sé.» Agripa se asustó del sesgo que iba tomando la entrevista. Aquella pregunta repentina parecía como el principio de una discusión religiosa que le hubiera llevado tal vez demasiado lejos. Y no parecía decoroso que delante de un pagano apareciese como un espíritu preocupado por la superstición. Negándose, pues, a aquella invitación atrevida, contestó: «Poco falta para que me persuadas a hacerme cristiano.» Era un puro cumplimiento la respuesta de un hombre de mundo, dicha con un tono de amable cortesía, pero no exenta de una exageración irónica. La sencillez del prisionero, el fuego de su palabra, la sinceridad de sus convicciones, le habían impresionado. En realidad, el Cristianismo le interesaba tanto como el mosaísmo; pero él, que sabía de qué madera se hacían los sumos sacerdotes, reconocía que su enemigo valía mucho más que ellos. A la gracia del príncipe respondió Pablo con una salida ingeniosa y confiada: «Pluguiera a Dios que por poco o por mucho, no solamente tú, sino todos los que me escuchan ahora, fuesen semejantes a mí...» Y añadió, sonriente, tendiendo su brazo encadenado: «Excepto estos hierros.»

Con estas deliciosas palabras, en que palpita una caridad admirable, terminó aquel episodio famoso. Sin comprender seguramente todo lo que había en ellas de sacrificio, de amor y de generosidad, los asistentes las recibieron con un murmullo de aprobación, ganados por el hechizo que emanaba de aquel hombre. «No ha hecho nada que merezca la muerte o la prisión», se decían unos a otros. Y

el mismo Agripa, que se había apresurado a levantar la sesión, temiendo, acaso, alguna otra pregunta comprometedora, resumía así su parecer, hablando con Festo: «Si no hubiera apelado al César, habrías podido soltarle.» Pero el que apelaba al César, inocente o culpable, debía ir al César.

CAPITULO XXIV

De Cesarea a Roma.— El centurión Julio.— En un barco alejandrino. — Vientos contrarios.— Buscando un puerto.— Creta.— Consejo de Pablo.— La tormenta.—La lucha con las olas.—A la deriva.—El naufragio.—En la isla de Malta.—Un invierno tranquilo. (60-61.)

Se acercaba el otoño del año 60. Días claros, serenos, con vientos tibios del Sur y crepúsculos bañados de calma. Detrás, las costas de Palestina, llenas de recuerdos adorables y dolorosos; delante, dos meses aptos aún para la navegación, el tiempo suficiente para que un buque llegase desde las playas asiáticas hasta las bocas del Tíber. Pablo caminaba ya hacia Roma; iba gozoso, ardiendo en deseos de comparecer ante el tribunal imperial que había de decidir su suerte. Durante dos años su vida se había consumido casi en la inacción, y el pensamiento de sus iglesias y de los millares de paganos que no conocían aún el Evangelio le atormentaba. Felipe y los fieles de Cesarea le habían prodigado los testimonios de su afecto admirativo; los discípulos más amados habían permanecido junto a él día tras día y a su prisión habían llegado constantemente los mensajeros de Asia, de Grecia y de Macedonia; pero un alma como la suya necesitaba un campo de acción tan vasto como el mundo.

El Apóstol había sido agregado a un convoy de prisioneros que el procurador de Judea enviaba a Roma bajo la custodia de un destacamento de soldados. Pertenecían, en su mayor parte, a aquella clase de condenados a muerte que los emperadores pedían constantemente a las provincias para divertir al populacho de Roma en la arena del anfiteatro. Pablo estaba en una situación muy distinta: era un viajero de distinción, un ciudadano romano que viajaba amparado por el poder imperial. El jefe del destacamento, un centu-

rión llamado Julio, y perteneciente a la cohorte Augusta, había recibido orden de tratarle con toda suerte de consideraciones y, por autorización especial del procurador, varios de sus discípulos, Timoteo, Lucas y Aristarco de Tesalónica, habían podido unirse a él a título de esclavos suyos o servidores. Podemos figurárnosle en el puente, sufriendo el azote del viento o de la lluvia, o en los fondos húmedos y malolientes de la embarcación, consolando a los miserables que iban allí amontonados; pero todos los incidentes de aquel viaje famoso parecen indicar que se le consideraba como un personaje. Con su instinto de observación y su predilección por las cosas del mar, San Lucas nos ha contado los sucesos de la travesía, y su relato, pintoresco y minucioso, es uno de los documentos más instructivos para el conocimiento de la marinería antigua.

Como del puerto de Cesarea no salían naves que hiciesen el viaje directo a Roma, el convoy subió a bordo de un barco de cabotaje que comerciaba en las costas asiáticas y se dirigía ahora hacia Adramyto, cerca de la Troada, de donde había salido unas semanas antes. No faltaría comunicación directa con Italia en alguno de los grandes puertos del Asia Menor, y, en caso contrario, podía llevar los prisioneros por Macedonia, a través de la vía Egnatia, hasta Dirraquium.

El viaje empezó con los más favorables auspicios. Empujado por un viento propicio, el velero se detuvo al cabo de un día en Sidón, después de recorrer cerca de treinta leguas marinas. Mientras los marineros cargaban y descargaban, Pablo, con anuencia del centurión, que tuvo siempre para él una amabilidad ilimitada, descendió a visitar a los hermanos de la ciudad, que festejaron su paso con grandes demostraciones de cariño.

Lucas, que dos años antes había navegado desde las costas de Licia hasta Tiro, dejando Chipre a su izquierda, creyó que la embarcación seguiría ahora el mismo camino en dirección opuesta. Pero no sabía que en aquella región, durante los meses de estío, los vientos soplan insistentemente de la región occidental, con peligro para los navíos que osaban meterse en alta mar. Protegido por las crestas de los montes chipriotas, que quedaban a barlovento, el velero caminó hacia el Norte, aprovechando cualquier ocasión para recorrer algunas millas sin alejarse mucho del continente, y echando el áncora en los abrigos de la costa sinuosa cuando arreciaba la violencia del aire. Dos semanas después de haber dejado la tierra de sus mayores, Pablo pudo reconocer a distancia las riberas de

Atalia y de Perge, adonde había arribado en su primera misión. ¡Cuánto camino recorrido desde entonces! ¡Cuántos pueblos evangelizados! ¡Cuántas fatigas y cuántas victorias! Unas horas más tarde el navío entraba en la rada segura y espaciosa de Mira.

Mira parece haber sido en la antigüedad uno de los puntos principales del tráfico entre Asia y Europa. Allí se alzaba el templo del dios del mar, cubierto de ex votos de marineros y navegantes, y este culto sobrevivió en el de San Nicolás de Mira, abogado de los náufragos y de todas las gentes de mar. En su puerto se detenían los barcos que navegaban de Siria al Euxino y al Egeo, y con frecuencia también, cuando lo exigía la dirección de los vientos, los que llevaban cargamento desde las riberas del Nilo a las del Tíber. Ahora los compañeros de Pablo encontraron un navío de gran tonelaje, perteneciente a la flota imperial, que venía de Alejandría, cargado de grano con destino a Italia. El centurión colocó en él toda su gente y el viaje continuó. El viento seguía dificultando la marcha hacia Occidente. A los varios días de lucha con el temporal se encontraron todavía entre Rodas y la punta de Gnido; allí, no pudiendo avanzar en línea recta hacia el Peloponeso, viraron repentinamente, dejándose llevar hacia el Sur y buscando las costas de Creta. Llegaron a ellas, efectivamente, y, doblando el promontorio de Salmone, protegidos por la tierra cercana, dieron con una pequeña bahía, que entonces, como hoy, lleva el nombre de los Bellos Puertos.

Casi dos meses llevaban los pasajeros de lucha con los vendavales; había pasado ya el gran ayuno de Kippur, dice San Lucas, que sin duda le había observado justamente con su maestro, y el otoño avanzaba. Estaban ya a mediados de octubre cuando la navegación empezaba a hacerse peligrosa. Todos comprendían que era necesario invernar en Creta; pero el puerto en que se encontraban, a pesar de su nombre, ofrecía un refugio precario contra los vientos del Oeste y del Sur. El capitán estaba perplejo; peligroso quedarse allí, imposible lanzarse a alta mar. ¿Qué hacer? Reunióse un consejo para examinar la situación, y a él fué llamado San Pablo, en su calidad de pasajero distinguido, y también porque todos reconocían sus experiencias de viajero infatigable. Como se trataba de un navío del Estado, el centurión presidía, y con él se sentaba el capitán y el sobrecargo. El capitán propuso caminar costa adelante a lo largo de la isla y llegar al puerto mejor abrigado de Fénix, bien conocido de los marinos de Alejandría. El mismo parecer de-

fendió el sobrecargo, añadiendo que con temporal propicio en poco más de un día podía hacerse aquella operación. Sólo San Pablo fué de una opinión distinta: «Amigos míos—dijo sin jactancia—, preveo que si la navegación continúa, lo ponemos todo en peligro: la nave, el cargamento y nuestras vidas.» No se le quiso escuchar. Guiado por la experiencia de sus consejeros profesionales, Julio mandó levar anclas y navegar hacia el puerto de Fénix.

Empujados por el viento del Sur, caminaban barloventeando y soslayando los acantilados, que se hundían a pico en las aguas. A pesar de los augurios del doctor judío, el pasaje iba confiado y alegre, cuando una tempestad furiosa se abatió sobre el mar. Su primer anuncio fué un viento huracanado, «tifónico», dice San Lucas, que venía del lado de la isla, como si una puerta se hubiera roto súbitamente entre los picos de sus montañas. «¡El euroaquilón!», exclamaron los marinos, aterrados. Era un Nordeste furioso. A su empuje zumbaban los cables, se agitaban las telas, temblaban las vergas y las jarcias, se estremecían las tablas, crujían los mástiles, aullaban los vientos y las olas chocaban con fragoroso estruendo, levantando penachos de espuma que humedecían los rostros consternados de los navegantes. Sorprendida con todo su velamen levantado y tenso, la nave se lanzó hacia el Sur en una marcha vertiginosa y ciega.

Había recorrido una distancia de veinte a treinta millas, cuando delante de ella surgió una punta de tierra que infundió un poco de esperanza en el ánimo de los viajeros. El piloto reconoció la pequeña isla de Cauda, hoy Gozzo. Los picos de sus acantilados, cuchillos que rompían las nubes, denunciaban una cosa inaccesible; pero eran al mismo tiempo un muro contra los embates del torbellino. Detrás de ellos encontraron los marinos aguas más tranquilas, y, habiendo detenido la embarcación, realizaron las operaciones más urgentes para evitar el naufragio.

San Lucas señala primero aquella en que él intervino personalmente. Todos juntaron sus esfuerzos para meter a bordo la chalupa que, atada hasta entonces a la popa, empezaba a hundirse, y era un nuevo motivo de inestabilidad. Después, los marinos procedieron a fajar con cables el casco del navío, para aumentar su resistencia y sujetar las maderas, que empezaban a resentirse por el choque de las aguas y los vendavales. Al mismo tiempo, otros se esforzaban por aflojar las velas y regularlas al empuje y dirección de la tempestad, inclinando las mismas jarcias de la arboladura que

más cuerpo ofrecían a la violencia del viento. Era una operación necesaria para evitar los bancos arenosos de las sirtes africanas, terror de los marinos antiguos, adonde la nave se dirigía, fatalmente arrastrada por la furia del Euroaquilón. Terminóse esta delicada maniobra echando un áncora flotante, con el fin de retardar la marcha y poner un nuevo obstáculo a la deriva.

El navío quedaba reducido casi al casco frente al horror de la tormenta. Sólo una vela baja le sostenía. De cuando en cuando se ocultaba en el hueco de una ola y volvía a levantarse con un esfuerzo oblicuo que le ponía en trance de zozobrar. Y el huracán se obstinaba en torno suyo como fiera aguijoneada por una horda de demonios. Apenas había desaparecido en el horizonte la isla de Cauda, cuando se hizo necesario sacrificar una parte del cargamento. Al día siguiente la situación se hizo más crítica todavía; tal era el pánico de los pasajeros, que todos juntaron sus brazos para arrojar al mar los bancos, las jarcias inútiles, el velamen, los palos y las antenas arrancadas por el viento. Todo lo más pesado del equipaje desapareció también en el abismo. El barco danzaba zarandeado por las aguas en el inmenso espacio que se extiende desde la isla de Creta a la de Sicilia, y que formaba el Adriático de los antiguos. Iba sin dirección fija, acercándose unas veces a la costa africana, torciendo otras en sentido contrario bajo la presión del torbellino. El piloto maniobra difícilmente con el gobernalle, neutralizando los movimientos más peligrosos. Veía que avanzaban, pero con gran lentitud, a causa de los infinitos rodeos, poco más de una milla por hora, sin saber a punto fijo dónde estaban. Ni el sol brillaba de día ni de noche aparecían las estrellas, únicos guías de los marinos antiguos. Por todas partes un cielo cubierto de nubes tan bajas, que las olas venían a chocar con ellas en una danza infernal. Así pasaron trece días interminables, «y como la tempestad no amainaba—dice San Lucas—, llegamos a desesperar por completo».

Todo el pasaje vivía en un sobresalto continuo, aguardando la ola que había de sumergirles definitivamente. De las doscientas setenta y seis personas que iban a bordo, unos estaban enfermos, otros eran presas de mareo, todos se sentían extenuados por la fatiga y agotados por la impresión. Nadie quería comer, bien sea porque se creían perdidos o porque el agua había estropeado las provisiones. En aquellas horas terribles sólo un pasajero guardaba serenidad, esforzándose por comunicársela a los demás: era San Pablo.

Estaba seguro de que llegaría a Roma, aunque todas las potencias del mar se cruzasen en su camino.

A veces, sin embargo, el terror de los marinos, los clamores de los soldados, la palidez de los presos, y hasta la incertidumbre del capitán, le impresionaban tan fuertemente, que llegaba a pensar si no sería juguete de una ilusión. Y rezaba insistentemente, y ayunaba, dolorido por la suerte de sus compañeros de viaje. Y a los trece días de aquella lucha desigual con el mar embravecido obtuvo el signo que pedía. «¡Oh, varones!—decía, recorriendo los grupos de rostros abatidos—, hubiera sido mejor haberme escuchado cuando me oponía a que saliéramos de Creta; os habríais ahorrado muchos sufrimientos y muchas pérdidas. Y ahora yo os exhorto a que tengáis confianza: ni uno solo de vosotros perecerá; sólo se perderá el navío. Esta misma noche se me ha presentado un ángel del Dios a quien pertenezco y a quien sirvo, y me ha dicho estas palabras: «No tengas miedo, Pablo, comparecerás delante del César; y he aquí que Dios te ha concedido la vida de todos los que navegan contigo.» Confiad, pues, amigos míos; yo creo a Dios y todo sucederá como ha sido anunciado. Sin duda seremos lanzados cerca de alguna isla.»

Aquel día la confianza renació en los pasajeros. La tormenta seguía y el peligro de naufragio aumentaba por el sacudimiento creciente del mástil, necesario, por otra parte, para evitar las temidas arenas africanas. En circunstancias como éstas suele, con frecuencia, revelarse una personalidad, a veces una mujer, que llega en el momento menos pensado para devolver la esperanza y la salud. Tal era el caso de Pablo. El prudente consejero de antes aparece en medio de la desesperación y el pánico como un mensajero divino, y su mirada de profeta infunde una confianza ciega en los corazones.

Aquella misma noche los marinos advirtieron un ruido extraño junto a la nave. Era el choque del áncora flotante contra las rocas. Se acercaban a tierra. Echaron la sonda y midieron veinte brazas de profundidad; volvieron a sondear poco después y sólo encontraron quince. Temieron tropezar contra algún bajío y arrojaron por la popa cuatro áncoras más, que mordieron el fondo inmediatamente. Era al filo de la medianoche; la oscuridad aumentaba el riesgo; por huir de un peligro habían caído en otro; el agua se metía por los costados; inmóvil frente al empuje de las aguas, la nave podía hacerse trizas en pocas horas. Todos velaban esperando impacientes el nuevo día. Tan terrible era el momento, que la tripulación, perdiendo toda esperanza, se decidió a huir. Con pretexto

de anclar también por la parte de proa, echaron el esquife al agua, dispuestos a ponerse en salvo con él. Pero desde la crujía, la mirada de Pablo lo vigilaba todo. Advirtiendo su maniobra en medio de la tormenta, y comprendiendo que sin la experiencia de aquellos hombres todo estaba perdido, dijo al centurión y a su gente: «Si éstos no permanecen en la nave, vosotros no podéis salvaros.» Inmediatamente los soldados sacaron sus espadas, cortaron las amarras del esquife y éste se hundió en el mar.

El jefe ya no era allí el capitán ni el centurión: era el pequeño predicador cristiano de rostro sereno, de gesto dominador, de mirada de fuego. Discutía con los marinos, hablaba con los soldados y circulaba de grupo en grupo, dejando en todas partes palabras de fe y de consuelo. Su voz domina ahora el tumulto del mar, como antes los bramidos de las muchedumbres enfurecidas. En sus ojos, siempre firmes, brilla un reflejo de compasión que le embellece y le transfigura. Su genio práctico está al nivel de sus extáticas visiones. A la luz indecisa de los albores del nuevo día o al mustio parpadeo de los fanales, sacudidos por la borrasca, descubre los rostros extenuados por la fatiga, las miradas húmedas, las carnes temblorosas y entumecidas. Ha confortado las almas, ahora va a fortalecer los cuerpos: «Catorce días hace que estáis en ayunas—dice a la multitud—; es preciso que os alimentéis. Tomad alguna cosa, os lo ruego; necesitáis coger fuerzas para salvaros. Pero yo os garantizo que ni un cabello de vuestra cabeza se perderá.» Y, dando el ejemplo, tomó el pan, lo rompió, dió gracias a Dios delante de todos y empezó a comer. Y todos comieron con él, ganados por aquel generoso optimismo.

Ahora sólo quedaba una cosa: aligerar el buque para que no encallase en los arrecifes de la costa. Todos los pasajeros trabajaron con entusiasmo: los sacos de trigo que aún quedaban en los sótanos, el resto del equipaje, las provisiones, todo se lo tragó el mar. Al poco tiempo apareció la tierra entre una cortina de vientos y celliscas. Nadie supo reconocerla. Distinguían una ensenada desierta con un islote en el centro; a uno y otro lado, altas masas de rocas abruptas, y en el fondo, una playa extensa y acogedora.

Resueltos a refugiarse en ella, cortaron los cables de las áncoras, soltaron las cuerdas del timón, que habían tenido sujeto durante la tempestad, izaron sobre la popa la vela de mesana y se abandonaron a la corriente del mar. La operación se iba desarrollando con éxito completo, cuando la quilla tropezó con un banco de arena

que se alzaba entre dos corrientes de agua. Era el naufragio: la proa quedó inmóvil, clavada en el suelo; la popa, barrida por las olas, crujía y amenazaba desgajarse de un momento a otro. El único recurso era llegar a tierra nadando o forcejeando sobre una tabla. Los soldados, que respondían con su vida de los prisioneros encomendados a su custodia, para que no se escapasen resolvieron degollarlos; pero el centurión, empeñado, sobre todo, en salvar la vida de Pablo, se opuso a la matanza. «Que los que sepan nadar—ordenó—se arrojen al agua y los demás se salven sobre los restos del navío.» Y Pablo, que había naufragado ya tres veces y había pasado más de veinte horas solo en medio del mar, sostenido en un leño, conoció una vez más las angustias de la lucha con las olas. Pero empujado por un viento propicio, llegó felizmente a la playa, y, poco a poco, fueron llegando los demás pasajeros. Ni una sola de las doscientas setenta y seis personas habían perecido.

Sin duda, alguno de los marineros había arribado más de una vez a aquellas costas, pero nadie acertaba a decir dónde se encontraban. La bahía que les había recibido estaba a alguna distancia del gran puerto donde entonces, como hoy, hacen escala los buques, y esto, juntamente con las preocupaciones y alarmas del momento, fueron causa de la desorientación. Poco a poco fueron llegando algunos indígenas, pescadores, pastores o habitantes de las aldeas cercanas. «Eran bárbaros», dice San Lucas, es decir, que no tenían las costumbres de los griegos ni las de los romanos. Púnicos en su mayor parte, ponían en su hablar los sonidos guturales de su raza, pero como en todos los puertos, en su lengua semita se mezclaban numerosas palabras griegas y latinas, por las cuales averiguaron los náufragos que habían llegado a la ribera oriental de una isla, la isla de Malta, llamada Mélite en la antigüedad.

El cielo seguía cubierto de nubes pardas, la lluvia caía sin cesar, un viento glacial helaba y paralizaba los cuerpos. Compasivos y hospitalarios, aquellos buenos malteses se apresuraron a encender una hoguera para que se calentasen los extranjeros. Gracias a su generosa iniciativa, en poco tiempo se levantó una pira de palos, sarmientos y ramas de arbustos. Siempre activo, en vez de permanecer junto al fuego, como sus compañeros de viaje, Pablo recorría el campo en busca de combustible. Y estaba ya de vuelta con un brazado de aliagas, que se disponía a echar al montón, cuando una víbora, despertada súbitamente por el calor de su letargo infernal, saltó hacia él y quedó colgada de su mano. Sin inmutarse un mo-

mento, Pablo la sacudió al suelo, machacó la cabeza, la echó en las llamas y continuó el trabajo. Pero la picadura había sido tan fuerte, que la sangre manaba de su herida. Y las gentes de la tierra, un poco supersticiosas, se miraban mutuamente diciendo: «¿Qué clase de hombre será éste?» Y como habían oído que en la nave encallada venía una tropa de malhechores condenados a las fieras, añadían: «Ciertamente, debe ser un asesino de la peor ralea, pues habiendo escapado a duras penas del mar, la justicia de los dioses no le deja vivir en la tierra.» Estaban seguros de que a consecuencia de aquel accidente no tardaría en caer al suelo y en morir. Con zafia curiosidad clavaban en él sus ojos cada vez que llegaba cargado de leña. Y poco a poco su desprecio se convertía en admiración. Advirtiendo que su rostro no palidecía ni se le hinchaba la mano, ni dejaba de sonreír tranquilamente, sin acertar a explicarse lo que pasaba, se decían atónitos: «¡Es un dios!»

No lejos del lugar del siniestro tenía su palacio, «el primero de Malta»; así llaman las inscripciones, coincidiendo con el texto de los Actos, al funcionario que en nombre del pretor de Sicilia gobernaba la isla. Ese hombre, llamado Publio, era bueno y desprendido, como las gentes a quienes gobernaba. Acogió a los náufragos con la esplendidez de un patricio, y durante tres días les dió graciosa hospitalidad. «Ahora bien—dice San Lucas—; el padre de Publio estaba en el lecho, postrado por la fiebre y la disentería. Pablo entró a verle, rezó, le puso las manos y le curó.» Con este prodigio aumentó de tal manera su renombre, que de todos los puntos de la tierra venían a traerle los enfermos para que los curase al contacto de sus manos.

Tres meses pasó Pablo en la isla, rodeado de la gratitud del pueblo, honrado con la amistad de los notables, colmado de las atenciones de todos. No sabemos nada de su actuación misionera; pero es probable que no dejase de aprovecharse de aquel ascendiente para combatir las groseras supersticiones de los insulares y para derramar la semilla de la Buena Nueva. Después de los sufrimientos de la prisión y de las emociones de la travesía, aquella estancia debió ser confortante para su organismo, gastado y envejecido. La caricia de las brisas del mar y el beso del sol africano se unieron a la cordialidad de los habitantes para hacer de aquel invierno uno de los más agradables de su vida. Su alma, ciertamente, estaba hecha para el peligro, añoraba el combate y las fatigas, pero ni él ni sus discípulos debieron alejarse de la isla hospitalaria sin trazar en el aire

un gesto de bendición y de gratitud. Ella, a su vez, guardará siglo tras siglo el recuerdo del Apóstol; acogerá a los más bravos caballeros de la Cruz, como antaño a su enamorado misionero, y hasta el fin de las edades la lengua de mar que él atravesó a nado, con su túnica empapada en agua, el pecho jadeante y la cabeza llena de sudor y espuma, se llamará «la bahía de San Pablo».

CAPITULO XXV

PABLO, EN ROMA.—LA CUSTODIA MILITAR.— CONTROVERSIA CON LOS JUDÍOS.—CONVERSIONES Y CONSUELOS.—AMIGOS Y DISCÍPULOS. LAS IGLESIAS DEL LY-KOS.—LOS PRIMEROS HEREJES.—EPÍSTOLAS A LOS COLOSENSES Y A LOS EFESIOS.—EL MISTERIO DE CRISTO Y EL MISTERIO DE LA IGLESIA.—ONÉSIMO.—LA ESCLAVITUD EN EL IMPERIO ROMANO.—EPÍSTOLA A FILEMÓN. (61-62.)

Era en los comienzos del año 61, se anticipaba la primavera y el aire tibio de Africa invitaba a hacerse a la mar. Después de tres meses de descanso forzoso en la isla de Malta, el centurión Julio salía con su tropa, soldados y prisioneros, camino de Roma. Iban en un barco alejandrino, como el de la malhadada travesía en que habían estado a punto de perecer. Este viajaba bajo los auspicios de los Dioscuros, los hijos de Júpiter y Leda, cuyo nombre tenía y cuya insignia ostentaba. Después de haber invernado en aguas de Malta, apresurábase a dejar la isla de la miel antes de abrirse la época de la navegación anual, para llevar a Roma un cargamento de grano. En Siracusa, por haberse parado el viento, tuvo que detenerse tres días, y desde allí, bordeando la costa del estrecho de Mesina, vino a parar a Reggio. Dos días más, y Pablo desembarcaba en los muelles de Puteoli, una de las extremidades de la bahía de Nápoles

Durante muchos años había soñado con este momento de fijar sus plantas, caldeadas al contacto de todos los caminos, en esta tierra italiana. Se encontraba, por fin, en las cercanías de Roma, la urbe famosa cuyo destino providencial en la sociedad futura parecía haber adivinado. Sin embargo, no sentía el alborozo que trae consigo una idea largamente acariciada y que se va a realizar definitivamente. Una vez más parece haberse abatido sobre él aquella crisis

de desaliento que de cuando en cuando se cruzaba en su camino, aquella depresión con que había luchado en Troas y en Filippos. Tal vez el cansancio del viaje o el terror de lo desconocido, o la visión cercana de la realidad terrible de aquella Roma imperial, en la cual quería hallar un apoyo contra el odio satánico de Jerusalén. Presentía, además, el ocaso de su carrera. Durante más de tres lustros había recorrido el Imperio fundando iglesias y luchando contra la servidumbre judaica. Los años de su prisión en Cesarea le han permitido ya ahondar en las verdades que entre el ruido de las disputas no había hecho más que intuir: el misterio de la Encarnación se presenta a sus ojos ahora con toda su grandeza sublime, y ante las lámparas moribundas del templo de Jerusalén se alza más brillante la figura de Jesús, sacerdote eterno, fuente irrestañable de la vida y plenitud de la divinidad.

Su pensamiento se va a mover en una nueva esfera más alta y más serena; y a la par que su pensamiento, asciende y se transfigura todo su ser. Poco a poco el escriba impetuoso y soberanamente sensible que conocimos en el camino de Damasco ha ido acercándose a las regiones de la paz inalterable. Su energía es ahora mayor que nunca, pero ante todo se la advierte en el dominio absoluto de sí mismo. Los truenos de Pablo, que diría San Jerónimo, van a ser ahora más potentes, pero menos ruidosos. Una claridad celeste baña su alma y pone un divino equilibrio en sus sentidos. El que antes se exaltaba en la lucha, rompía obstáculos, temblaba de indignación, reprendía, rechazaba sin miramientos a los obreros flojos y después, en los momentos de prueba, en las crisis de la enfermedad, en la tristeza del aislamiento, temblaba, lloraba, se sentía débil, inútil, desecho como una pavesa, incorporado a Cristo, identificado, por decirlo así, con Él en las raíces más hondas de su voluntad, puede desafiar con un grito magnánimo a todas las potencias del mal, a todos los embates del dolor, a la vida, a la muerte, al cielo, a la tierra y al infierno. El amor de Jesús, la pasión única de su vida, al apoderarse de todas sus potencias, lo ha transformado todo, lo ha santificado todo, ha fundido en él todas las cualidades contradictorias, ha armonizado todos los contrastes, haciéndole a la vez vehemente y tierno, afable y austero, brusco y delicado, prudente y audaz, humilde y altivo. Nadie como él ha llegado a realizar de tan soberana manera esta música vital interior, en la que se juntan sonidos al parecer discordantes e incompatibles, y con la cual se llega a la cima de la perfección moral, porque como Pascal de-

cía, «no se muestra la grandeza alcanzando uno de los extremos, sino tocando los dos a la vez y llenando el espacio que los separa.»

«En Puteoli—dice San Lucas—encontramos una congregación de hermanos, y a instancias suyas permanecimos allí siete días» (Act., 28, 14). Todos los movimientos intelectuales del Imperio repercutían con extraordinaria rapidez sobre Roma, la cabeza de aquel vasto y complicado organismo, y Puteoli era uno de los nudos principales, tan capital como Efeso, Corinto y Antioquía, de aquella influencia cosmopolita. Una iglesia se había constituído allí unos años antes, y la noticia del Evangelio no tardó en llegar a la ciudad cercana de Pompeya, donde se ha encontrado el primer signo de la cruz de Cristo, y donde los cristianos eran ya objeto de la comidilla de los ocios de la calle poco antes de la erupción del Vesubio del año 79.

Esta primera acogida fué un motivo de consuelo para el Apóstol, pero aún hubo más cordialidad en el recibimiento que le hicieron los fieles de Roma. Caminaba a través de la vía Appia juntamente con sus compañeros, y estaban aún a más de cuarenta millas de la capital cuando se presentó a él un grupo de hermanos que venía a darle la bienvenida. El encuentro fué en Foro de Appio, un pueblo de marinos, de pescadores y de tenderos. Un poco más adelante, «en las Tres Tabernas», una nueva diputación. Así entraba en contacto con la comunidad romana. «Impresionado por estas muestras de afecto—dice San Lucas—, tuvo confianza»; la alegría inundó su rostro y sus labios estallaron en acción de gracias. Era en los últimos días de febrero del año 61.

Al llegar a Roma, el centurión entregó sus prisioneros al jefe del «campamento de los peregrinos», es decir, al cuartel, donde debía hospedarse él mismo con la escolta que le acompañaba. Después el misionero de Jesús fué conducido al campo del Pretorio, donde aguardaban su turno los que debían presentarse ante el tribunal del César. El prefecto de los pretorianos o capitán de la guardia imperial era entonces un hombre distinguido por su virtud a la antigua usanza romana: estoico, severo, espíritu culto y conducta irreprochable. Llamábase Afranio Burro. El fué, sin duda, el que leyó el informe del procurador de Judea sobre San Pablo y quien escuchó de boca del centurión Julio el relato de la accidentada navegación con la intervención bienhechora de aquel extraordinario prisionero.

No sabemos si tuvo algún interés por verle, pero como el centurión y el procurador hablaban de él con los mayores elogios, dió

orden de que se le tratase con todos los miramientos que permitía el rigor de la ley. En vez de encerrarle en una prisión pública, se le sometió a lo que entonces se llamaba la custodia militar: un soldado debía seguir sus movimientos día y noche, y sólo atado a él con una ligera cadena podía salir a la calle. Bajo esta condición le estaba permitido, no sólo recibir a sus amigos, como en Cesarea, sino también andar por la ciudad, vivir donde quisiese y comunicarse con cuantos viniesen a visitarle.

Aprovechando esta libertad inesperada, después de pasar unos días con los hermanos, Pablo alquiló un piso en las cercanías del Pretorio, es decir, al noroeste de la ciudad, no lejos de la vía Nomentana. En él se instaló con los discípulos que le habían acompañado desde Asia, dejando un amplio salón para recibir a sus numerosos visitantes y para celebrar reuniones litúrgicas y catequísticas. Tres días después de llegar inauguraba su apostolado. Como siempre, empezó por los judíos. Como le hubiera sido enojoso, o más bien imposible, entrar del brazo de un gentil en la sinagoga, hizo saber a los principales de ellos que deseaba una entrevista. Y fueron muchos los que se presentaron en su casa con aquella misma curiosidad que habían manifestado los de Efeso la primera vez que vieron a Pablo. Sin duda, habían oído ya su nombre y tenían noticia de las protestas que había levantado su palabra en los *ghettos* del Oriente, y por eso él, sin hablarles del pasado, entró inmediatamente a explicarles los motivos de su situación actual. Contó las circunstancias de su encarcelamiento en Jerusalén, habló de la humanidad de los romanos, que hubieran querido soltarle porque no había hecho nada ni contra la nación judía ni contra las costumbres de sus antepasados; aludió discretamente a la oposición del Sanhedrín, que le había puesto en la necesidad de apelar al César. «Y aquí estoy—dijo repitiendo una vez más su protesta de siempre—encadenado a causa de la esperanza de Israel.»

Con este discurso se proponía disipar los prejuicios de sus compatriotas, prevenir las acusaciones calumniosas que pudieran haber venido de Jerusalén; en una palabra, preparar el camino a la predicación evangélica. La entrevista se desarrolló en una atmósfera de cordialidad. Los jefes de las sinagogas romanas, en un exceso de cortesía y de prudencia, contestaron que no tenían la menor queja de su interlocutor, que de Jerusalén no habían recibido ningún informe adverso, y que sentían ver a un hermano condenado a sufrir las incomodidades del cautiverio. «Por lo demás—añadieron—, te es-

cucharemos sumamente gustosos, pues acerca de la secta que predicas sólo sabemos que se la combate por todas partes.»

Pablo no quiso perder aquella ocasión que se le presentaba de predicar su doctrina. En el día convenido, los israelitas acudieron mucho más numerosos que la vez primera. La conferencia se prolongó desde la mañana hasta el atardecer. Durante un día entero Pablo les anunció el reino espiritual vaticinado en los libros sagrados de Israel, esforzándose por demostrar, como lo tenía por costumbre cuando se dirigía a sus compatriotas, que Jesús había realizado en su persona las profecías mesiánicas y que la predicación evangélica no era más que el cumplimiento de sus esperanzas.

Como siempre, los oyentes se dividieron en dos fracciones: unos creyeron en la palabra de la Buena Nueva; los otros, después de muchas objeciones, declararon que la doctrina del misionero de Tarso era incompatible con las tradiciones religiosas de Israel. La discusión degeneró en tumulto, y Pablo, viendo que unos le resistían y que otros se alejaban riéndose de su Mesías, o dejando caer sobre él palabras injuriosas, les arrojó indignado el apóstrofe que Isaías había dirigido a sus padres: «Oiréis con vuestros oídos y no entenderéis; miraréis con vuestros ojos y no veréis; porque se ha endurecido el corazón de ese pueblo, se han tapado sus oídos y se han cerrado las pestañas de sus ojos.» Y añadió con un acento de dolor y despecho por aquella ingratitud al llamamiento divino: «Sabed que a los gentiles será ofrecida la salud de Dios, y de ellos la recibirán.»

La docilidad de los gentiles le consoló de la rebeldía de los judíos. La detención se prolongaba, sin gran pesadumbre del Apóstol: estaba en Roma, la ciudad en que había pensado tantas veces durante sus viajes; sufría por Cristo, realizando así uno de sus más ardientes deseos; y, por otra parte, nada entorpecía su ministerio. Nos lo dice San Lucas en la última frase de los Actos, que es el resumen de dos años de fatigas y de victorias: «Predicaba el reino de Dios, y enseñaba con toda libertad, sin que nadie se lo impidiese, lo que se refiere a Nuestro Señor Jesucristo» (Act., 28, 31).

Los miembros de la comunidad romana venían a pedirle luz y consejo, su casa se había convertido en iglesia, y las conversaciones se multiplicaban entre los paganos: esclavos de las grandes casas senatoriales, clientes y libertos, humildes trabajadores de las orillas del Tíber. Muy pronto Pablo tuvo discípulos entre los soldados que se relevaban a su lado para custodiarle, y en el Pretorio se hablaba

de su vida, de su doctrina y de sus cadenas. «Yo estoy cautivo—decía—, pero la palabra de Dios no está encadenada», y esa palabra, que salía al ritmo de aquella mano oprimida por los grilletes, producía efectos maravillosos. Una oleada de fervor renovaba la cristiandad romana; si antes hubo pusilánimes a quienes había sido preciso recordar «que no hay que hacer el bien solamente delante de Dios, sino también delante de los hombres», ahora todos rivalizan en generosidad y entusiasmo para confesar la fe. «La mayor parte de los hermanos tienen ahora más atrevimiento para anunciar sin temor la palabra divina» (Phil., 1, 14).

No todos, ciertamente, se mueven a impulsos de una sana intención. También allí pululan los malos sembradores, los judaizantes empedernidos, aquellos falsos hermanos que le han hecho tan dura guerra en Oriente. Con ellos se juntan antiguos misioneros que se creían eclipsados por el celo y la autoridad del recién venido. Ahora trabajan más que antes; pero animados por una sorda amargura que envenena su ministerio. Lo único que les importa es entorpecer la obra de su adversario y oscurecer sus éxitos. «Creen—dice Pablo—que con eso hacen más pesadas mis cadenas» (Phil., 1, 17). Se engañaban neciamente, porque toda la iglesia de Roma, en un arranque espontáneo «de amor», proclamaba el carácter divino de aquella enseñanza, y, sobre todo, desconocían la grandeza del corazón de Pablo, demasiado generoso para detenerse en mezquinas cuestiones personales. «¡Qué me importa—exclamaba—que se predique de buena fe o bajo cualquier pretexto! Con tal que Cristo sea anunciado, de cualquier manera que sea, me alegro y me alegraré siempre» (Phil., 1, 18).

A pesar de la oposición y de la envidia, Pablo está pasando una de las épocas más felices de su vida. Los rápidos progresos del Evangelio le llenan de gozo, los fieles de Roma le escuchan con veneración; las mismas autoridades del Pretorio reconocen el ascendiente de su persona, y junto a él, ayudándole en sus tareas, recogiendo su doctrina, cuidándole solícitos en sus enfermedades, se agrupan los más fieles de sus amigos: Lucas, «el médico carísimo», que se prepara ya para ser su historiador; Timoteo, el más amado de todos los discípulos; Aristarco de Tesalónica, el que corrió los mismos peligros que él en la sedición provocada por los orfebres de Efeso. Nuevamente vuelve a aparecer en su séquito Juan Marcos, el antiguo colaborador, dominado definitivamente por el prestigio del maestro. Y están también Aquila, el comerciante de tiendas, y Stachis, «la bienamada», y otros muchos a quienes Pablo había conocido antes de venir a Roma, y

con ellos se juntan los delegados de las cristiandades de Oriente, que vienen a consultarle sus dudas, a reiterarle su cariño y su fidelidad, a rendirle el testimonio de su veneración como prisionero de Cristo.

De la Frigia lejana llega uno de sus antiguos discípulos de Efeso, Epafras, que después de haber fundado las iglesias del valle del Likos, seguía ejerciendo sobre ellas una influencia bienhechora. Trae consuelos, palabras de ternura, ardientes promesas; pero entre sus noticias hay también motivos de alarma. La querella de los judaizantes va perdiendo su virulencia, pero un nuevo peligro asoma en el horizonte. El judaísmo en putrefacción no se contentaba con imponer la obligación de las observancias muertas, sino que se diluía en enseñanzas peligrosas, que se presentan como una amenaza para la Iglesia naciente. Sus estragos empiezan ya a sentirse en Colossos, la patria de Epafras. Hay falsos doctores que intentan amalgamar con el Evangelio los principios de una gnosis religiosa, mezcla confusa de tradiciones rabínicas, de teosofía oriental y de especulaciones helénicas.

Son los primeros herejes, impregnados aún de judaísmo, pero de un judaísmo conciliador, hipócrita, que renuncia a la violencia para infiltrarse más solapadamente. Hablaban del pleroma, de la plenitud de la esencia divina, dispersa por el mundo en multitud de eones, escalonados entre la materia y el absoluto; se complacían en toda suerte de disquisiciones acerca de los ángeles, de sus jerarquías y genealogías; seguían, como los judaizantes, venerando las observancias legales, ayunos, fiestas, neomenias y sábados, «sombra de las cosas futuras—dirá San Pablo—, cuya realidad pertenece a Cristo» (Col., 2, 16-17); predicaban el desprecio de la materia, introduciendo en las prácticas cristianas un ascetismo de origen esenio, que llegaba hasta la condenación del matrimonio.

Naturalmente, la obra de Cristo quedaba con esta doctrina rebajada y adulterada: era una emanación más del pleroma; su influencia estaba limitada por la de los astros, que con sus movimientos fijaban el destino de los hombres, y la virtud de la cruz se eclipsaba ante el esfuerzo de un puritanismo austero y orgulloso.

Urgía que una voz prestigiosa saliese a conjurar el peligro, y mientras el Apóstol Juan no aparecía en el Asia Menor, esa voz no podía ser otra que la de Pablo. Así se lo decía Epafras a su antiguo maestro. Y Pablo, a quien la injuria que los falsos doctores inferían a Cristo hería en lo más vivo del alma, dictó a Timoteo dos nuevas epístolas, una dirigida especialmente a los colosenses, y otra, con ca-

rácter circular, destinada a las demás iglesias de los valles del Lykos, del Meandro y del Caistro, que ha llegado hasta nosotros con el nombre de Epístola a los Efesios.

El contagio podía extenderse a toda aquella región, y en toda ella había que levantar el grito de la verdad. La Jonia, madre de sabios y pensadores, no cesaba de buscar novedades y soñar quimeras. Thales, uno de sus filósofos, había dicho que el mundo es un animal lleno de demonios. La Friga, famosa siempre por sus tendencias al iluminismo más extravagante, era un terreno propicio para todos los excesos fanáticos y para todas las exaltaciones seudomísticas. Tierra áspera y accidentada, sacudida por los terremotos y los volcanes, parecía desde los primeros tiempos históricos el escenario de gigantescas luchas entre las potencias infernales. La voz de San Pablo no logrará impedir la tormenta de locuras y delirios, pero se alzará en todo el país como un faro en medio del laberinto de las sectas.

Estimulada por las absurdas especulaciones del error, la inteligencia de Pablo se levanta a las cumbres luminosas del pensamiento. Jamás había alcanzado tal amplitud metafísica. No son cuadros palpitantes de vida lo que estas cartas nos ofrecen, sino inmensas perspectivas filosóficas iluminadas por una claridad apacible y cálida. El aire polémico no desaparece completamente, pero estamos ya muy lejos de las Epístolas a los corintios o a los gálatas. Pensamos en los paladines legendarios, que si matan al dragón apostado a la entrada de la cueva es para rescatar el inmenso tesoro que dentro se guarda. El error queda triturado, y al bote de la lanza vencedora saltan chispas de verdades que parecían inaccesibles. Y así tenemos páginas maravillosas acerca del misterio de Cristo.—Espístola a los colosenses—y acerca del misterio de la Iglesia—Epístola a los efesios.

«Hay un solo Señor, Jesucristo, por el cual son todas las cosas —había dicho Pablo escribiendo a los corintios—, y nosotros por Él.» Ahora no hace más que desarrollar esta idea, iluminando los designios divinos, y fijándose especialmente en el plan de la redención, que salva a todo el género humano, que llama a todos los hombres a la herencia del reino y hace de ellos miembros del cuerpo de Cristo. «Dios nos ha librado del poder de las tinieblas—dice a los colosenses para apartarles de las discusiones ambiciosas, que empiezan a oscurecer su fe—y nos ha trasladado al reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención, la remisión de los pecados. El es la imagen de Dios, el invisible, el primogénito de toda criatura; porque en Él todo ha

sido creado en el cielo y en la tierra: las cosas visibles y las invisibles; los tronos, las dominaciones, los principados y las potestades: todo ha sido creado por Él y para Él. Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas subsisten en Él» (Col., 1, 15-18).

A los seres intermediarios, a los ángeles, a los eones de los especuladores heréticos, opone Pablo el único mediador, Cristo Jesús, redentor universal, frente de toda gracia y principio de toda vida natural y sobrenatural. Pero a diferencia de los demás Apóstoles, que se entretienen en evocar y relatar los recuerdos de aquel Cristo con quien habían comido, y bebido, y conversado, su espíritu se orienta sobre todo hacia el Cristo celestial. Es una actitud original y ampliamente nueva, que no le impide vibrar al unísono con sus compañeros de apostolado. Por Cristo y para Cristo fué todo creado; como todo procede del Padre, así todo es por el Señor Jesús; es el jefe de los ángeles, tiene toda primacia, y aunque oculta su majestad con el vestido de la carne, es verdaderamente Dios. Pablo no se asusta de las mismas expresiones que repetían a coro sus adversarios. Dos palabras mágicas parecían concentrar entonces la atención entre los doctores de las escuelas helenísticas. Ellas condensaban toda luz, poder, perfección, grandeza, virtud, sabiduría; en torno a ellas se agrupaba todo lo razonable, hermoso, ordenado, amable, musical y armonioso. Eran imprescindibles cuando se trataba de conocer a la divinidad. Profundamente sugestivas, compendiaban el ideal filosófico y religioso de la época; pero en su vaguedad e imprecisión sólo servían para despertar discusiones y formular teorías y proponer problemas que quedaban insolubles.

La solución sale de entre los discípulos del Evangelio. El Logos, dirá pronto San Juan, es el Cristo personal y viviente, revelador perfecto y sabiduría eterna; el Pleroma, dice desde ahora San Pablo, es ese mismo Cristo, cifra y principio de aquella plenitud que los novadores suponían derramada en el Universo visible e invisible. Es la perfección infinita, que se manifiesta en abundancia inenerrable de bienes y de gracias, de grandezas y perfecciones, «porque toda plenitud reside en Él, porque en Él habita corporalmente la plenitud de la divinidad» (Col., 1, 19; 2, 9). A los que se creían puros y perfectos a causa de sus rigores y abstinencias, San Pablo les dice: «Por su gracia habéis sido salvados mediante la fe. Y esto no viene de vosotros, sino que es un don de Dios» (Eph., 2, 8). Y todo lo demás son «vanas filosofías, tradiciones humanas, palabras mentirosas, gro-

seros rudimentos judaicos, y a lo más, sombra de una realidad que ha tomado cuerpo en Jesucristo».

Para describir las «riquezas insondables» del Verbo hecho carne, «del amor de Cristo que sobrepuja a toda gnosis y nos da a Dios en toda su plenitud» (Eph., 3, 19), Pablo emplea términos nuevos, imágenes inusitadas, rodeos, digresiones y circunloquios. Seguimos encontrando el lenguaje paulino, conciso, rápido, lleno de animación, pero tan rico, que a veces llega a parecer difuso. Es, sobre todo en estas páginas, donde se forma el tecnicismo teológico del Cristianismo, y también donde encontramos los pasajes más difíciles, las frases más oscuras, los períodos más complicados. Diríase el genio esforzándose inútilmente por encontrar en el lenguaje la expresión de las cosas sublimes que influye y domina.

Las sombras se acentúan en el cuadro magnífico que de la Iglesia se nos traza en la Epístola a los efesios. La Iglesia es la plenitud de Cristo, como Cristo es la plenitud del Padre; es la vida misma de Cristo prolongándose en el mundo y perpetuándose en las almas. La teoría del cuerpo místico aparece aquí en todo su desarrollo. Es la viña verdadera con sus sarmientos, es el olivo con sus ramas, es Jesús esposo con la Iglesia esposa, es la cabeza con los miembros. Hay un Cristo natural y un Cristo místico; el uno nos redime, el otro nos santifica; el uno muere por nosotros, el otro vive en nosotros; el uno nos reconcilia con el Padre, el otro nos une a todos en Él. Y para hacer más palpables sus ideas, Pablo las traduce en imágenes y alegorías. Ve las piedras vivas del edificio, sostenidas por la piedra angular, la que une los dos muros, judíos y gentiles formando un templo santo en el Señor. Acude a la analogía del cuerpo humano, más clara para los gentiles, familiarizados con las luchas de la arena y los ejercicios del gimnasio. Dos cosas son esenciales a un organismo perfecto: la variedad de los órganos con la diversidad de colocación, de estructura y de funciones, y la unidad en un principio común de movimiento y de vida. Y el Apóstol va desarrollando esta semejanza del cuerpo, «cuya cohesión viene de la fuerza que une los miembros, y trabado y conexo entre sí, recibe por todos los vasos y conductos, según la medida correspondiente a cada miembro, el aumento propio para su perfección mediante la caridad (Eph., 4, 16).

En su cautiverio de Cesarea, en aquellas horas largas de inacción forzosa, de aislamiento y de actividad interior, el pensamiento de Pablo había llegado a su plena madurez, y su alma, en vuelo audaz hacia el mundo de lo divino, volvía familiarizada con los misterios incfa-

bles de la fe, que ahora presentaba con un lenguaje profundo y original, seguro de que la exposición de la verdad bastaría para disipar las tinieblas del error. Su mirada de místico ha penetrado ya el mundo de las sustancias, pero no por eso se ha olvidado de vestir sus ideas con el ropaje de las figuras. Y su corazón es el mismo de siempre, solícito, amoroso, lleno de piedad y de ternura. A los colosenses les decía con una imagen violenta, pero muy expresiva: «Revestíos, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, de humildad, de dulzura, de longanimidad...; revestíos, sobre todo, del amor, que es el lazo de la perfección, y que la paz de Cristo, a la cual estáis llamados en un solo cuerpo, reine en vuestros corazones» (Col., 3, 12-15). Y arrastrando el hierro sobre el pergamino, añadía esta frase de su puño y letra: «He aquí el saludo que yo, Pablo, pongo con mi propia mano: Acordaos de mis cadenas. La gracia sea con vosotros» (Col., 4, 18).

Pablo encomendó la misión de llevar estas cartas a Tiquico, uno de sus compañeros asiáticos que habían venido con él desde Palestina, «fiel ministro del Señor, consagrado ardientemente al servicio de Dios y de las almas». Con él debía ir un esclavo de Colossos, llamado Onésimo, que se había fugado de casa de su amo para venir a esconderse entre la plebe abigarrada y anónima de los bajos fondos de Roma. Allí le conoció Epafras, que le había visto muchas veces en casa de su dueño. Su dueño, llamado Filemón, era uno de los mejor acomodados. Con generosa espontaneidad había ofrecido su casa para las reuniones de sus correligionarios, y así, él como su hijo Arquipo trabajaban con éxito en la propaganda cristiana. Pablo le conocía desde su estancia en Efeso, y el conocimiento se había transformado poco a poco en una íntima amistad, fundada en mutuos beneficios.

Agobiado por la miseria, o movido por el remordimiento, el esclavo se dejó llevar a la casa del misionero. Escuchóle una y otra vez, y convencido, al fin, por el calor penetrante de la palabra apostólica, pidió el bautismo con abundancia de lágrimas. Pero su caso era grave; como fugitivo, tenía que llevar al cuello la argolla del castigo, y sobre la frente, grabada con un hierro ardiendo, la F indeleble, que le hacía imposible una nueva evasión; como ladrón, estaba a disposición de su amo, que podía ejercer contra él las crueles venganzas. Pablo sabía todo esto, y no sabía a punto fijo qué conducta seguir con su nuevo neófito. En su programa evangélico no entraba la abolición inmediata de la esclavitud. Era un revolucionario

doctrinal, pero no quería trastornos sociales ni bruscas conmociones. Proclamar la emancipación inmediata de los esclavos hubiera sido desencadenar un cataclismo en una sociedad que en su inmensa mayoría estaba sujeta con los lazos de la esclavitud.

Pero el gran problema le preocupaba, y en su doctrina trazaba una solución, que ni aceptaban los jurisconsultos ni ofrecían los filósofos. Según la ley, el esclavo era una bestia de carga, una máquina viviente, un objeto más del mobiliario. Se le compraba como un jumento, se le vendía cuando se iba haciendo inútil, se le echaba a los estanques para engordar los peces, se traficaba con su pudor y su sangre, y se le empleaba en las experiencias de la vivisección. Durante los primeros meses de la estancia de Pablo en Roma sucedió un hecho expresivo de la miseria y abandono en que se encontraba aquella pobre gente: uno de los más ilustres personajes, Pedanio Secundo, varón senatorial, que había sido prefecto de la ciudad, había sido asesinado por uno de sus esclavos, y, según la antigua costumbre, todos los que con él servían al mismo dueño debían ser condenados a muerte. En este caso llegaban al número de cuatrocientos. Hubo senadores que protestaron de aquella matanza; pero el partido de los viejos romanos prevaleció. Todos, hombres y mujeres, niños y ancianos, debían subir a la horca o a la cruz. El pueblo, movido por un sentimiento humanitario, quiso impedir el suplicio, pero las fuerzas imperiales cargaron contra él y le dispersaron.

Los pensadores empezaban ya a vislumbrar que un hombre no podía ser la cosa de otro hombre. Un contemporáneo de Pablo, originario del valle de Likos, Epicteto de Hierápolis, que había sido esclavo de un esclavo, declaraba sentenciosamente: «Si un hombre quiere ser libre, que no desee ni evite ninguna de las cosas en que depende de los otros; de lo contrario, será esclavo necesariamente.» Y Séneca dirigía a Lucilio bellas exhortaciones dignas de un discípulo del Evangelio: «¿Son esclavos? No, son hombres; son amigos de humilde condición: son colegas en la servidumbre, si piensas que la suerte que puede tanto sobre ti como sobre ellos... Aquel a quien llamas tu esclavo tiene el mismo origen que tú, goza del mismo cielo, respira, vive y muere como tú... Tú eres libre ahora, pero puedes llegar a ser esclavo; y tu esclavo actual puede ser tu señor futuro... Tal individuo es un esclavo, y, sin embargo, puede tener el alma de un hombre libre. ¿Quién hay que no esté sujeto a la esclavitud?

Uno sirve a la lujuria, otro se ata a la ambición, otro obedece al miedo» (Carta XLVII).

De todas estas consideraciones, Séneca deducía que, aunque sólo fuese por su interés personal, el señor debía ser bueno con sus esclavos, tratándolos amablemente, sentándolos a su mesa y viviendo familiarmente con ellos. Y recordaba una sentencia intencionada de Sócrates. «¿Por qué azotas tanto a tu esclavo?», preguntó en cierta ocasión a un amigo suyo. «Porque es un comilón y un holgazán», respondió el interpelado. «¿Y no te has dado cuenta—replicó el filósofo—de que, por ventura, debieras azotarte a ti mismo?»

La doctrina de San Pablo era más radical en sus principios, y, sobre todo, más firme. «Todos vosotros sois hermanos.» Hermanos por la naturaleza, y hermanos, especialmente, en la vida superior de la gracia. La incorporación a Cristo no solamente nos hace a todos hijos del mismo Padre, sino que nos funde en una especie de unidad: «Ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre—decía el Apóstol—; todos vosotros sois una misma cosa en Cristo Jesús» (Gal., 3, 28). Lo que importaba era arrojar en el mundo este fermento de libertad y de fraternidad; el tiempo haría lo restante, y lo haría insensiblemente, sin sacudidas, sin revoluciones. Entre tanto, urgía recordar a los amos la humildad; a los esclavos, aunque sólo fuese por su propio interés, la obediencia. «Señores—decía Pablo a los primeros—, mirad con amor a todos los que os sirven; no los tratéis con amenazas, sabiendo que unos y otros tenéis en los cielos un Señor común, que no mira la condición de las personas» (Eph., 6, 9). Y a continuación decía a los segundos: «Esclavos, obedeced a vuestros amos con sencillez de corazón, como al mismo Cristo, no sirviendo únicamente porque os miran, como quien no tiene otro interés que agradar a los hombres; cumplid alegremente la voluntad de Dios, como esclavos de Cristo» (Eph., 6, 5-7).

Con respecto a Onésimo, la primera idea de Pablo fué conservarle a su lado para ayuda de su ministerio; pero después le pareció más delicado no disponer de él sin el consentimiento de su dueño, y aprovechando el viaje de Tiquico a las iglesias de Asia, se le envió a Filemón con una epístola, que es la más breve de todas las suyas, en cierto sentido, la más conmovedora. Reconociendo los derechos que su amigo tiene sobre el esclavo fugitivo, se esfuerza por desarmar su brazo e impedir los efectos de la venganza. No pide expresamente la libertad del neófito, pero cuenta con ella. Pudiera imponerla en nombre de su autoridad paterna y de los fueros

de la gratitud, pero prefiere un acto espontáneo. Lo que exige es la impunidad del prófugo arrepentido, que es ya un hermano, un futuro compañero de gloria en el cielo. Él responde por el esclavo y se encarga de su deuda, y con un tono entre serio y jocoso contrae la obligación formal, no sin dejar entrever que, bien miradas las cosas, el rico propietario colosense sería su deudor.

La carta tiene este encabezamiento: «Pablo, prisionero de Cristo, y el hermano Timoteo a Filemón, el amado y cooperador nuestro, y a su hermana Appia y a Arquipo, nuestro compañero de armas, y a la iglesia que está en tu casa, la gracia y la paz a todos vosotros de parte de Dios, nuestro Padre, y de Nuestro Señor Jesucristo.» Después de elogiar discretamente la caridad, la piedad y la generosidad de su amigo, el Apóstol añade: «Aunque yo pudiera tomarme en Jesucristo la libertad de mandarte lo que conviene, con todo, lo mucho que te amo me hace preferir el suplicártelo. Tú sabes quién soy con respecto a ti. Pablo, un anciano, y ahora el encadenado de Cristo Jesús. Te ruego, pues, por mi hijo Onésimo, a quien he engendrado entre las cadenas. Si en otro tiempo no fué útil para ti (alusión al significado del nombre), ahora lo es para ti y para mí. Yo te lo devuelvo; recíbele como al hijo de mis entrañas. De buena gana le hubiera guardado para que me sirviese en las cadenas del Evangelio; pero nada he querido hacer sin tu consentimiento. Quiero que tu buena obra la hagas con toda libertad. Quizá él te ha dejado por algún tiempo a fin de que le ganases para siempre, no ya como siervo, sino como quien de siervo se ha convertido en hermano muy amado; de mí, ciertamente, pero mucho más de ti, a quien pertenece según la carne y según el Señor.

»Ahora bien: si me tienes por amigo tuyo, acógele como a mí mismo; y si te ha hecho alguna injuria o te debe algo, apúntalo a mi cuenta. Yo, Pablo, te lo escribo de mi puño; yo te lo pagaré; aunque pudiera recordarte que tú te debes a mí enteramente.» Estas últimas frases quiso el Apóstol que llevasen las huellas mismas de su mano, a fin de dar más autoridad a su ruego. Después, entregando nuevamente la pluma a Timoteo, añadió: «Sí, hermano; reciba yo de ti este gozo en el Señor. Alegra mis entrañas en Cristo. Tengo confianza plena en tu misión, seguro de que harás más aún de lo que te pido.»

Esta página, en que no hay pasiones, polémicas ni discusiones doctrinales, nos ofrece el retrato del Apóstol en el abandono de la

intimidad. La caridad y la ternura se juntan con la gracia, la delicadeza y la sal del ingenio para hacer de ella una obra maestra de la elocuencia familiar, una perla exquisita en el rico tesoro del Nuevo Testamento. Erasmo, fino catador de bellezas literarias, decía que Cicerón no hubiera sido más elocuente.

CAPITULO XXVI

Ayuda de los cristianos de Filippos.—Carta a los filipenses. Exceso de amor.—Fin de la segunda cautividad.—El viaje a España.—La Roma de Nerón.—Incendio de la ciudad.—Matanza de cristianos.—La Epístola a los hebreos. (63-64.)

Tiquico enderezaba su camino hacia las costas asiáticas. Onésimo había partido con él, dejando un ambiente de tristeza en la casa del prisionero de Cristo. Otros discípulos marcharían tras ellos para llevar los avisos del Apóstol a las iglesias derramadas por el mundo. Así, Aristarco, Juan Marcos, Lucas, todos los más queridos. Tienen que llevar los mensajes de su maestro, consolar a los discípulos lejanos, conjurar el peligro de la herejía. Por medio de ellos, la palabra triunfadora de Pablo sigue corriendo a través del mundo. Desde el rincón de su casa romana tiene la mirada fija sobre una multitud de pueblos, y sus cadenas son los lazos con que ata las almas a Cristo.

Pero la despedida de los amigos le deja triste. Por una parte, quisiera retenerlos; por otra, comprende que debe sacrificarse por los intereses generales de la Iglesia. Epafras, el misionero de Likos, a quien antes pudo llamar «su concautivo», se ha vuelto también a su patria, y pronto Pablo podrá decir con tristeza, hablando de Timoteo: «No tengo aquí a nadie, fuera de él, cuya alma esté íntimamente unida con la mía, pues todos buscan sus propios intereses y no los de Cristo» (Phil., 2, 20).

Una de sus grandes consolaciones le vino por esta época de la iglesia de Filippos, su primera conquista de Europa, la más querida de todas. Agradecidos a esta predilección del misionero, los filipenses le enviaron, para que pudiese atender a las necesidades de su cautiverio, una colecta, que él recibió «como un sacrificio de olor

suavísimo, como una hostia acepta y agradable a Dios» (Phil., 4, 18). Pero lo que más agradeció fueron las palabras cariñosas que en nombre de sus neófitos le dijo el embajador, uno de los ancianos de aquella iglesia, llamado Epafrodito. Desde su llegada a Roma estaba aguardando Pablo esta embajada, y como tardaba en venir, había llegado a sospechar que sus discípulos más queridos le olvidaban —así se lo dice a ellos—, y añade, con una delicadeza encantadora: «No, no ha sido olvido; es que os ha faltado la ocasión» (Phil., 4, 10).

Mientras llegaban los mensajeros enviados a las diferentes iglesias, Epafrodito se quedó al lado del Apóstol, convirtiéndose en su compañero de armas y de trabajos, pero no tardó en contraer una enfermedad que le puso a las puertas de la muerte. «Dios tuvo compasión de él—dice Pablo—, y no sólo de él, sino también de mí, a fin de que no tuviese tristeza sobre tristeza» (Phil., 2, 27). Devuelto a la vida, Epafrodito siente esa agitación que dejan en el organismo las fiebres romanas, una inquietud mezclada de nostalgia. Le llama su tierra y le llaman sus compatriotas, deseosos de verle de nuevo y de recibir noticias de Roma. Pablo se lo envía, poniendo en sus manos una carta, que es el más noble reflejo del carácter personal de sus iluminaciones espirituales, de sus generosas simpatías, de su exquisita delicadeza y de su ternura más que femenina. Es una conversación entre el padre y los hijos, una charla íntima en que no hay que buscar un orden de ideas. Pablo exhorta, alienta, consuela, y, sobre todo, abre libremente su corazón. Al leerla, descubrimos algo más los tesoros de ternura de aquel hombre inmenso.

Otras veces le hemos visto en el fuego de la lucha, violento, indignado, abatido, hastiado de la vida; las severas perspectivas de la Epístola a los romanos sobre la corrupción de la Naturaleza han podido despertar en nosotros la imagen de un pensador sombrío, si no hemos echado de ver que su cuadro de la vida humana se completa con los esplendores de una renovación general. Y esta convicción en una «palingenesia» de gloria, basada en la gracia de Cristo, es la que envuelve su ser en una paz sobrehumana, «que excede a todo sentido» (Phil., 4, 7). Si el mundo exterior es para él como «basura»; si se muestra indiferente a los goces puros de la Naturaleza y del arte, es que su alma vive sumergida en otra alegría, austera, ciertamente, como su genio, pero mucho más alta y mucho más profunda, superior a todos los sacrificios y a todos los sufrimientos. Y esta alegría sublime ilumina cada página de la Epístola a los filippenses.

¿Qué importan todas las contradicciones del mundo cuando llevamos dentro la vida de Dios? Bellamente mostraba a sus discípulos la grandeza de Cristo consumada en la debilidad perfecta. «Porque teniendo toda la omnipotencia divina, no dudó en anonadarse tomando la forma de siervo y obedeciendo hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios le levantó y le dió un nombre que está sobre todo nombre; para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese para gloria de Dios Padre que Jesucristo es el Señor.»

Siendo esto así, ¿cómo iba a acobardarse un apóstol de Cristo ante los tormentos y las persecuciones? «Tened en vosotros—decía Pablo a sus discípulos—sentimientos conformes con lo que sucedió en Cristo Jesús» (Phil., 2, 5). Por eso él amaba sus cadenas, aquellas cadenas que eran un ejemplo, una fuerza, una gloria para todos los creyentes y para él un nuevo testimonio de su semejanza con Jesucristo. Y se alegraba de «completar, sufriendo en su carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo para su cuerpo, que es la Iglesia» (Col., 1, 24), porque tiene prisa por realizar el definitivo perfeccionamiento de este cuerpo inmortal, que tendrá su plenitud cuando todos los elegidos entren en el esplendor de los asuntos. Quiere para sus hermanos un aumento de fervor, de paz, de alegría, y por eso acepta gustoso el sufrimiento, porque aquel sufrir suyo se une a lo que Cristo sufrió por la salud del mundo y no es más que una continuación de la pasión del Señor.

Personalmente, su más ardiente anhelo sería libertarse ya de aquel cuerpo de muerte, porque sólo así podría entrar en la posesión del misterio que había revelado al mundo. En estas confidencias amorosas con sus discípulos de Filippos llega a pronunciar una frase que se ha hecho famosa: «Cristo es para mí la vida y una ganancia morir» (Phil., 1, 21). Sólo el amor de las almas le retiene. Cuando piensa en el fin de aquel largo proceso, que se eterniza en el tribunal del César, un combate sublime se libra en el fondo de su ser. Ni le embriaga la perspectiva de su liberación, ni le entristece el sufrir la última pena. Su único deseo es que Cristo triunfe con su vida o con su muerte. Es el equilibrio admirable de la paz mística que inunda su alma, la noble indiferencia que, dominando el apetito natural de prolongar la vida, se entrega lo mismo a seguir trabajando por sus hermanos, «que a verter la sangre en libación por la liturgia de la fe» (Phil., 2, 17-18). Así se lo confiesa a sus discípulos en esta revelación de sus más íntimos sentires: «Quisiera disolverme y estar

con Cristo, y esto sería, con mucho, lo mejor. Pero permanecer en la carne es ahora necesario a causa de vosotros» (Phil., 1, 23).

Esta era, por el momento, la voluntad divina. Pablo tenía las mejores impresiones acerca de los sentimientos favorables de los jueces con respecto a él. Ya escribiendo a Filemón le había insinuado que no tardaría en visitar de nuevo sus iglesias de Oriente, rogándole que le preparase un alojamiento en su casa. Ahora, al escribir a los filipenses, aquel sentimiento se había convertido en una convicción. «Yo sé que viviré, que permaneceré con vosotros para vuestro provecho y vuestra alegría, a fin de que volviendo a veros tengáis más abundantes motivos de gloriaros en Jesucristo» (Phil., 1, 25-26). Cuando escribía estas palabras había sido escuchado ya una y otra vez por los jueces, y eso parece indicar aquella afirmación suya bastante imprecisa: «Mis cadenas son ya conocidas en todo el Pretorio» (Phil., 1, 13); es decir, de todas las personas de la curia que, bajo la presidencia del prefecto o los prefectos de la guardia pretoriana, debían decidir de su suerte. Indudablemente, Pablo debió aprovechar aquella ocasión para presentar un esbozo de su doctrina, como lo había hecho en la defensa que hizo delante de los procuradores de Judea. Y es posible que no sólo entre los soldados encargados de custodiarle, sino entre los personajes ilustres que los mandaban, causase impresión el anuncio de la Buena Nueva. La fe iba abriéndose paso, no solamente en el Pretorio, sino también en la corte. Nos lo da a entender San Pablo en esta frase que con íntima satisfacción inserta en su carta a los filipenses: «Os saludan todos los hermanos, pero principalmente los que son de la casa del César» (Phil., 4, 22).

Tal vez por ellos supo el Apóstol que el día de su liberación se acercaba. Dos años hacía ya que había llegado a Roma. La justicia imperial no era más expedita que la de los procuradores de Judea. Por lo demás, había que dejar tiempo para que viniesen los acusadores, y la autoridad religiosa de Jerusalén, temiendo una tendencia contraria a sus intereses, la tenía muy grande en retardar todo lo posible la causa. Lo cierto es que los presentimientos de Pablo se cumplieron. A pesar de los apoyos que sus enemigos pudieron encontrar en el palacio imperial, a pesar de las sospechas con que empezaba ya a mirarse el nombre de cristiano, el tribunal del emperador reconoció su inocencia y decretó su libertad. El libro de los Actos no nos lo dice, pero lo deja entrever, y aquí termina bruscamente el relato de San Lucas. ¿Es que se negó a registrar la

condenación de su héroe por la autoridad romana como algo contrario a la tesis que había sostenido en toda la obra? No parece probable. Podría sospecharse que San Lucas tuvo intención de añadir un libro más a los dos en que parecen dividirse los Actos; y esto daría una solución al difícil problema que propone esta interrupción repentina, que nos deja a oscuras en nuestro camino. En adelante la figura del Apóstol se nos esconde en la niebla. De cuando en cuando le vemos pasar con el ímpetu de siempre, encontramos su huella y oímos el eco de su voz, impregnada ahora de un apasionamiento mezclado de severidad y saturado de experiencia.

A salir de Roma, su primera mirada se dirigió, al parecer, hacia el Occidente. Es ahora, efectivamente, cuando debió realizar aquel viaje a España, reiteradamente anunciado en su carta a los fieles de Roma (Rom., 15, 24-28). La misión española había sido una idea fija en su mente desde muchos años antes. Parece como si el mismo Dios se la hubiera impuesto, cuando, al llamarle a la dignidad del apostolado, le dijo estas palabras: «Te he puesto como luz de las gentes a fin de que lleves la salud hasta las extremidades de la tierra» (Act., 13, 47). La extremidad de la tierra era entonces España, la región más romanizada del Imperio, como pudo verse cuando unos años después el emperador Vespasiano concedió el derecho itálico a todos sus habitantes. En sus costas mediterráneas había puertos llenos de actividad; en sus grandes ciudades hormigueaban los mercaderes israelitas desde los días en que las naves salomónicas venían al cebo de los metales de Tarsis, y en ella, sobre todo, estaba el fin de la tierra, el cumplimiento del mandato divino, que resonaba día y noche en el corazón del Apóstol.

Entre tanto los años corrían, la vida se iba consumiendo en los caminos y en las prisiones; urgía rescatar el tiempo perdido para poder decir en la hora del llamamiento supremo: «Mi misión está cumplida: toda la tierra ha escuchado vuestro nombre; ahora, Señor, venid.» Treinta años más tarde, antes de terminarse el siglo, el Papa San Clemente se expresaba de este modo, escribiendo a los fieles de Corinto: «Pablo, después de haber instruído al mundo entero en la justicia y de haber llegado hasta el extremo de Occidente, fué retirado del mundo» (I Clemente, 5). Escritas en Roma, estas palabras sólo pueden significar una cosa: que aquel sueño largamente acariciado del viaje a las tierras españolas se convirtió, al fin, en realidad; que, a semejanza del héroe antiguo, este viajero infatigable, este poderoso debelador de ídolos y de monstruos infernales, llevó

sus proezas sobrehumanas hasta el país de las Columnas de Hércules. Y el hecho lo confirma un autor del siglo siguiente, al decirnos «que Lucas relató solamente los hechos de que había sido testigo ocular, como lo demostró con evidencia al omitir la pasión de Pedro y la partida de Pablo para España» (Canon de Muratori, escrito alrededor del año 60. Duchense, *Les origines chrétiennes*, 2.ª edición, pág. 445).

Ni la tradición ni la Historia nos ha conservado el menor detalle de esta peregrinación apostólica; una cosa es cierta: que las huellas incandescentes del Apóstol quedaron impresas en nuestras playas; que su oración consagró nuestra tierra y que las muchedumbres de nuestras ciudades costeras, de la Bética probablemente, escucharon de su boca las promesas del Amor mientras las naves, cargadas de aceite andaluz, de ánforas gaditanas, de plata y de mercurio, aguardaban el viento favorable para caminar en dirección a Roma o a los puertos del Oriente.

Todo parece indicar que San Pablo realizó su viaje a España cuando, a mediados del año 63, se ve, al fin, libre de las cadenas que durante tanto tiempo habían oprimido sus manos. La frase citada del canon de Muratori podría confirmar esta opinión al juntar los dos hechos de la misión española del Apóstol de las gentes y la pasión del príncipe de los Apóstoles, que es episodio capital de la primera persecución decretada contra los cristianos por la autoridad imperial.

La tempestad se había ido formando lentamente. Es probable que cuando San Pablo llegó a Roma se amortiguaran bastante las simpatías con que siempre había mirado el orden imperial. Afranio Burro había muerto, y Séneca, uno de los mejores gobernantes que tuvo el Imperio, apartado de los negocios, no tardaría en recibir la orden de abrirse las venas. Nerón había roto ya todos los valladares del sentido común. Tigelino y Popea, el prefecto y la favorita, instigaban sin cesar su demencia. En el Palatino la vida era una orgía continuada, orgía de sangre y de placer: denuncias, confiscaciones, torturas, asesinatos, juegos, fiestas, banquetes, vergüenzas y cinismos. La emperatriz Agripina había sido una de las primeras víctimas, y el austero Séneca tuvo que hacer la defensa del parricidio.

Lo peor es que la vida del Palatino se reproducía con mayor o menor fidelidad en centenares de casas patricias. La hediondez de aquella sociedad podría resumirse en la imagen del pez que Juvenal imaginaba engordado por las basuras de una cloaca, a través de la cual subía hasta los sumideros de la Suburra (Sátira V). Y tenemos

también la pintura repugnante del *Satiricón*, de Petronio; aquel cuadro de robos y licencias; aquella asquerosa mezcolanza de ladrones, bardajes, momos y prostitutas; aquella farsa sombría en que pululan gentes famélicas; aquellos hartazgos bestiales del banquete de Trimalción, en que al morirse las lámparas, mientras la chusma ronca revolcándose en charcos de vino, se ven aparecer aquellos dos sirios, husmeadores de tartas y botellas, a cuyo paso se levantan los durmientes y vuelven a circular las copas. Y al placer más refinado se juntaba la crueldad más exquisita. La plebe se deleitaba viendo morir a los hombres despedazados por las fieras; las matronas más elegantes se probaban un traje nuevo mientras a su lado gritaban los esclavos bajo el látigo de su administrador, y si vamos a creer a Suetonio, uno de los gustos de Nerón era entregar vivas sus víctimas a cierto egipcio goloso de carne humana.

Para San Pedro, Roma era una nueva Babilonia, y el mismo nombre le dará unos años más tarde el autor del Apocalipsis. San Pablo alude de una manera genérica a aquella sociedad tortuosa y corrompida, en medio de la cual aparecía el Evangelio como la antorcha del mundo (Phil., 2, 15). Una incompatibilidad radical debía poner frente a frente al Imperio de aquellos príncipes sádicos y dementes, que se llamaron Nerón y Calígula, con el imperio de Cristo, predicado por el Apóstol de las gentes. Su doctrina, ya se lo habían dicho los judíos de Roma, empezaba a ser combatida por todas partes; y si aún no se había levantado contra ella una persecución declarada, aparecía ya como sospechosa. Poco antes de llegar Pablo a la ciudad del Tíber, una ilustre matrona, llamada Pomponia Grecina, había llamado la atención por su vida retirada, por su aversión a los bailes, por su apartamiento de las reuniones públicas. Y el rumor de la plebe la acusó de «superstición extranjera»; es decir, de ser «discípula de Cristo». Un consejo de familia la absolvió, el marido reconoció su virtud, y su constancia se convirtió en gloria, y, no obstante, la nueva secta, considerada ya como una cosa distinta del judaísmo, pasaba a los ojos del público como una sociedad tenebrosa y perversa (Tácito, *Anales*, XIII, 32; Suetonio, *Nerón*, 16). Se desconfiaba de ella a causa de aquel empeño con que evitaba las diversiones paganas, juegos, circos, teatros, si acaso no se la consideraba ya como peligrosa para el Imperio por su tendencia a establecer el culto del Dios único y a negar la adoración a las divinidades del Estado.

Un suceso fortuito, al parecer, vino a transformar los recelos en abierta hostilidad. En los últimos días de julio del año 64 las tres

cuartas partes de Roma quedaban consumidas por las llamas. El incendio comenzó cerca de la puerta Carpena y del Transtevere, y, por tanto, en las inmediaciones de las callejuelas donde vivían los judíos. Pero el barrio israelita quedó indemne. Tal vez se pensó: los incendiarios han sido estos extranjeros, deseosos de vengar así a sus hermanos de Palestina de las violencias de los gobernadores romanos. Otros acusaron a Nerón, movido por su afán de encontrar sitio para ampliar sus palacios. Era preciso desviar esta opinión hostil, y, con ese fin, el emperador, inspirado, sin duda, por el cortejo de mujeres y comediantes israelitas que vivían a su lado, creyó que lo mejor era arrojar la culpa sobre los cristianos, «estos hombres—dice Tácito, que los nombra con este motivo por vez primera—aborrecidos por sus infamias y convencidos de odiar al género humano» (*Anales*, XV, 44). Hubo una campaña difamatoria, en la cual no tuvieron poca parte los judíos, y de este momento arranca la leyenda negra, que presentó a los primeros cristianos como enemigos de toda alegría, ateos, magos, antropófagos, sediciosos y conspiradores. Por lo demás, no era la primera vez que los discípulos de Cristo habían sido presentados por el odio de las sinagogas como favorables a ideas de venganzas celestes, de conflagración universal y de destrucción del mundo. La acusación de los judíos de Tesalónica debió abrirse paso ahora en la capital del Imperio, y así se explicaría esta frase, que leemos en la Epístola de San Clemente a los corintios: «Fué la envidia la causa por la cual las columnas de la Iglesia fueron perseguidas y combatieron hasta la muerte.»

Culpable o no de haber provocado o aumentado el incendio de Roma, Nerón se apresuró a señalar al populacho aquellas víctimas en que se cebaban ya sus injustos prejuicios; y lo hizo de la manera teatral y sanguinaria propia de su carácter. Desde este momento la condición de cristiano se convierte en un crimen. Todo viene a confirmar la afirmación de Tertuliano, cuando dice que Nerón dió un decreto prohibiendo la profesión del cristianismo: *Christiani non sint*. Hubo arrestaciones en masa desde el palacio imperial hasta los últimos barrios de Roma. No hubo proceso: una denuncia, un grito en el tormento servía de prueba. Todo el que se confesaba cristiano quedaba convicto de haber llevado una tea para el incendio. Según la ley, los presuntos culpables debían morir en la hoguera o en los juegos del anfiteatro; pero la imaginación de Nerón era inagotable cuando se trataba de buscar refinamientos de crueldad. Él sabía jugar con sus víctimas como el gato con los ratones; él sabía presentarlas

en el circo vestidas de pieles de bestias salvajes, para despertar mejor la furia de los perros. Ahora quiso transformar el suplicio en espectáculo: en los jardines del Vaticano hubo festejos nocturnos en que la plebe de Roma aplaudió frenéticamente, celebrando el ingenio del emperador. Se representó al vivo la escena de Hércules en las llamas, la de Ixión en la rueda, la de Orfeo devorado por los osos, la de Dédalo precipitado desde los aires; jóvenes cristianas hacían el papel de las Danaidas, lanzadas a los horrores del Tártaro; y otras, recordando la historia de Circe, eran atadas a los cuernos de un toro, que las pisaba, las arrastraba y las llevaba a morir entre las rocas. Cada noche, entre los rosales y los mirtos, se alineaban hileras de mártires, que, cubiertos de pez, o vestidos de pieles, o clavados a un poste, eran condenados a la furia de las fieras o la voracidad de las llamas. Y entre aquellas luminarias siniestras circulaba el sátiro imperial, guiando su cuadriga, tocando su cítara o cantando fragmentos de algún poema antiguo. «Una multitud ingente»—dice Tácito—, hombres y mujeres, bellas adolescentes y ancianos decrépitos, sufrían entonces las agonías del martirio, dando a aquella sociedad romana, tan ávida de espectáculos, uno que no había visto nunca: la sonrisa indulgente, la serenidad divina en medio de los más atroces tormentos.

No sabemos cuáles fueron los efectos de la persecución a través de las provincias. Una alusión a ellos se ha podido ver en estas palabras de un documento escrito algún tiempo después: «Acordaos de aquellos días en que, iluminados, tolerasteis el gran combate de los padecimientos, sirviendo, por un lado, de espectáculo al mundo, por las injurias y malos tratamientos que recibisteis, y, por otro, tomando parte en las penas de los que vivían como vosotros. Porque os compadecisteis de los que estaban entre cadenas y llevasteis con alegría el despojo de vuestros bienes, considerando que tenéis un patrimonio más excelente y duradero» (Hebr., 10, 32-34). Aún no habéis resistido hasta la sangre—continúa diciendo el autor de esta fervorosa exhortación—, pero cree necesario recordar, a fin de templar las almas, los suplicios que sufrieron en el Antiguo Testamento los profetas del Mesías y precursores de la Buena Nueva: «Fueron estirados en el potro, no queriendo redimir esta vida por conservar otra mejor en la resurrección. Sufrieron escarnios, azotes, cadenas y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, torturados, muertos a filo de espada; anduvieron errantes, con vestidos de pieles de oveja y de cabra, desamparados, angustiados, maltratados; de los cuales el mundo

no era digno; caminaron por los montes y las soledades, escondiéndose en las cavernas y entrañas de la tierra» (Hebr., 11, 35-38).

Estas palabras se leen en el bello tratado que ha llegado a nosotros con el nombre de Epístola de San Pablo a los Hebreos. Y nadie mejor que San Pablo, eterno viajero que pasaba por este mundo como un nómada a través del desierto, pudo decir «que no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la que está por venir» (Hebr., 13, 14). Pero esta Epístola propone a los críticos un problema insoluble. Las ideas son de Pablo, pero el estilo no. Nada más lejos de la vivacidad, de la espontaneidad, de la pasión patética y vibrante, de la dialéctica formidable de las Epístolas a los corintios o a los gálatas, que este tratado, didáctico y oratorio a la vez, modelo de pomposa gravedad, de elegancia uniforme, de elevación sostenida. Al lenguaje impetuoso, resuelto, lleno de vida, y a la vez de imperfecciones y de transiciones violentas, se sustituye una prosa artística, cadenciosa, laboriosa y conforme con todos los preceptos de los retóricos. Ante ella alguien ha pensado en una página de Demóstenes amplificada por Isócrates. Ni saludos al principio, ni alusiones personales, si exceptuamos esta seca noticia acerca de Timoteo: «Sabed que nuestro hermano Timoteo ha sido puesto en libertad. Si viene pronto, os veré con él... Los de Italia os saludan» (Hebr., 13, 23-24). Después de siglos y siglos de discusiones y de investigaciones ingeniosas, los exegetas no han encontrado ninguna solución más razonable al enigma que la propuesta por Orígenes a principios del siglo III: Pablo concibió e inspiró la Epístola, y alguno de sus discípulos o continuadores, que dominaba mejor que él la lengua griega, Lucas Bernabé, Apolo u otro cualquiera, la redactó.

Diríase que el Apóstol ha querido esconderse para que su exhortación hiciese más efecto en la comunidad de Jerusalén, donde, si se le había tolerado y aun aprobado, no se le miró nunca con verdadera simpatía. El lenguaje no es suyo, pero lo es el pensamiento, lo es la doctrina. Su voz se disfraza para predicar una vez más el valor universal del sacrificio de Cristo y el carácter figurativo del Antiguo Testamento. Quiere detener a los judeo-cristianos en el borde del abismo. En vísperas de la gran crisis nacional, cuando el judaísmo se agitaba con los espasmos de una agonía, que para algunos podía tener las apariencias de una renovación, era preciso decidirse entre hacer causa común con los patriotas fanatizados o romper con ellos, conservando intacta la religión de Cristo.

Más que nunca, el fermento farisaico amenaza corromper la pu-

reza del Evangelio en aquellas comunidades puritanas de Palestina. Y de repente se oye entre ellos esta voz amiga que les muestra el peligro en que se encuentran, y les pinta las consecuencias de su deserción, y les presenta en la nueva economía el orden más perfecto frente a la penumbra crepuscular del mosaísmo, la religión definitiva, inmutable, eterna, ideal. El sacerdocio judío, figura rudimentaria de una realidad divina, está condenado a desaparecer. Jesús es el mediador necesario, el sacerdote eterno. «Todo está sometido a Cristo... La Ley no ha conducido nada a la perfección. Mi justo vivirá en la fe.» La fe en Cristo, sin cuya sangre no hay remisión; la fe en la palabra de Dios, viva y eficaz, más aguda que espada de dos filos; que penetra hasta separar el alma del espíritu, la medula y las articulaciones.

Los discípulos de Santiago escucharon esta voz amorosa, hasta cuando les decía que es terrible caer en las manos del Dios vivo: la mayor parte de ellos se refugiaron en Pella, al otro lado del Jordán, cuando en el año 67 las legiones de Tito se acercaban a cumplir los vaticinios de Jesús.

CAPITULO XXVII

ULTIMOS TRABAJOS.—VIAJES EN ORIENTE.—EVANGELIZACIÓN DE CRETA.—EFESO.—LUCHA CONTRA LOS HEREJES.—A TRAVÉS DE LA VÍA EGNATIA.—EPÍSTOLAS PASTORALES.—LA PRISIÓN.—SOLEDAD EN ROMA.—SEGUNDA EPÍSTOLA A TIMOTEO.—EL MARTIRIO. (64-67.)

El Imperio se ha declarado en abierta hostilidad contra la Iglesia naciente; la cristiandad de Roma, tan próspera un año antes, ha sido deshecha por la persecución, y el Príncipe de los Apóstoles ha dado su vida por la fe. Un día, el Maestro le dijo: «Cuando eras joven ceñías tus riñones y marchabas a donde querías; cuando seas viejo extenderás tus manos, otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras» (Io., 21, 18). Una tradición venerable, cuyo primer eslabón encontramos en los libros de Tertuliano, dice que Pedro extendió sus manos sobre la cruz y que fué crucificado cabeza abajo, tal vez en aquella macabra fiesta de los jardines del Vaticano, tal vez algo más tarde. Los más antiguos historiadores nos dicen que murió el mismo día que San Pablo, pero no el mismo año.

A pesar de aquella furiosa tempestad que amenazaba dar al traste con toda su obra, Pablo sigue desplegando el mismo celo y la misma actividad que antes. Perseguido tal vez por la policía romana, camina de ciudad en ciudad, de iglesia en iglesia, predicando, sosteniendo los ánimos, completando la organización de las comunidades. De España dirige su mirada hacia el Oriente. Quiere visitar por última vez a sus discípulos, desconcertados acaso por el decreto de Nerón, alborotados por los sembradores de novedades, inquietados todavía por los partidarios de las observancias mosaicas. «¡Ojo con los perros —había dicho un poco antes a los de Filippos—, ojo con los malos obreros, ojo con los mutilados! Los verdaderos circuncisos somos nosotros, nosotros que servimos a Dios en espíritu, que ponemos

nuestra gloria en Cristo Jesús y no ciframos nuestra esperanza en la carne» (Phil., 3, 2-3).

La nave que le lleva se detiene en algún puerto italiano, y es ahora, probablemente, cuando envía la carta a los cristianos de Jerusalén. Después, la travesía del Mediterráneo. En el camino surge nuevamente ante sus ojos la isla de Creta, donde había pasado ocho días unos años antes en su viaje a Roma. Tal vez allí está más seguro de las delaciones de sus enemigos, y decide quedarse hasta recibir noticias del continente. Tito acude a su lado, y maestro y discípulo empiezan a predicar en la isla. Las comunidades que allí había vivían en el abandono, sin jefes, en perpetuo peligro de extraviarse y a merced de los agitadores del farisaísmo. Eran grupos de fieles formados de aluvión, que no hacían más que vegetar, pues nadie había hecho aún una evangelización seria en la isla. Reclamado por la iglesia del Asia Menor, Pablo tuvo que ausentarse al poco tiempo, dejando a Tito con encargo de continuar su obra y de establecer la jerarquía. Era una tarea que requería tacto especial. Los cretenses habían adquirido una triste reputación por su carácter y sus costumbres. Los escritores antiguos los llaman avaros, rapaces, astutos, propensos al engaño; y la impresión que sacó San Pablo en el brève tiempo que pasó entre ellos fué muy poco halagüeña. Cretizar, en griego, equivalía a morir.

Estos defectos se manifestaban también en los primeros cristianos de la tierra. De muchos de ellos podrá decir algo más tarde San Pablo: «Hacen profesión de conocer a Dios, pero le niegan con sus obras, haciéndose abominables, rebeldes e inútiles para todo acto bueno. Razón, conciencia, todo en ellos está manchado» (Tit., 1, 15-16). No faltaban allí tampoco los charlatanes, que a vueltas del nombre de Cristo pregonaban como sutiles verdades los sueños más absurdos de su fantasía. La fe les importaba poco; lo que querían era hacer dinero, tomando por pretexto la nueva doctrina, que ellos presentaban a su talante, y desgraciadamente eran muchas las personas ganadas por sus astucias. Echando hipócritamente los lazos de sus enredos, «destruían familias enteras..., se deslizaban en las casas, hipnotizaban a pobres mujeres, cargadas de pecados, y las arrastraban en el cieno de las pasiones» (Tit., 1, 10-15).

En la primavera del año 66 aparece Pablo en Asia Menor, llegando acaso hasta Colossos, para hacer la visita que había anunciado a su amigo Filemón. En Efeso tiene que luchar también contra los falsos doctores. Iban tomando realidad los temores que ocho

años antes, al dejar aquellas costas, había anunciado con estas palabras: «Yo sé que después de mi partida aparecerán entre vosotros lobos rapaces.» El Cristianismo había hecho tan rápidos progresos, que la ciudad del Caistro podía rivalizar con la del Orontes por el número y calidad de sus fieles. Pero esta vitalidad extraordinaria venía también acompañada de peligros. El deseo de saber recogía con facilidad todo lo que parecía desarrollar, explicar e iluminar la catequesis primitiva, y no faltaban predicadores, deficientemente instruídos o afiliados sólo en nombre de la Iglesia, que con pretexto de completar la enseñanza evangélica la adulteraban. Su pretensión era dar un tinte filosófico y literario al Evangelio, mezclándole con mitos sutiles, fábulas hebraicas y genealogías interminables, que los gnósticos transformarán poco después en cadenas de eones y seres imaginarios. Eran también muy aficionados a discutir acerca de la resurrección, llegando a afirmar que, en realidad, la resurrección no existe, pues no hay otra que la palingenesia espiritual obrada por el bautismo.

Durante su estancia en Efeso, Pablo se consagró muy particularmente a arrancar la cizaña del error, discutiendo con los corifeos, confirmando a los espíritus sencillos y mal cimentados en la fe, que se dejaban coger en los lazos de las palabras huecas y brillantes, y poniendo en guardia a todos los fieles contra la seducción de aquella gnosis judaizante, estrechamente emparentada con las especulaciones, que ya había condenado en su Epístola a los colosenses. Fué una campaña en que abundaron las tristezas y los disgustos, las defecciones y las resistencias. Hubo herejes que se enfrentaron con el Apóstol, y tres de ellos, Himeneo, Fileto y un trabajador del cobre, llamado Alejandro, el más testarudo de todos, fueron excomulgados.

Al escribir a los filipenses habíales declarado su deseo, y al mismo tiempo su esperanza, de volverlos a ver, y al fin puede cumplir su promesa. Era en el otoño del año 66. Las iglesias, escalonadas en las cercanías de la vía Egnatia, reciben por última vez sus consuelos y advertencias. Aquella visita postrera es el adiós del padre y el esfuerzo definitivo del organizador, hondamente preocupado del porvenir de su obra. Lo vemos en dos de sus cartas pastorales, escritas por estos días, donde se refleja ya, juntamente con el apagamiento de la vejez, la fidelidad inalterable a los principios de siempre. En ellas hay menos vigor, menos vivacidad que en las Epístolas dogmáticas y polémicas; pero, aunque más serenas y más claras, nos revelan las mismas máximas, el mismo lenguaje, las mismas incorrecciones, y, sobre todo, la misma doctrina. Pablo ya no discute.

Para los sectarios, en vez del silogismo, tiene el anatema. A Tito, que sigue trabajando en la isla de Creta, que a su lado ha ido convirtiéndose poco a poco en un organizador, le recomienda, ante todo, mucha autoridad frente a los indisciplinados, mucha vigilancia en lo que se refiere «a las cuestiones necias, genealogías, altercados y vanas disputas sobre la Ley.» Más que palabras elocuentes quiere actos enérgicos: «Habla con imperio; que nadie te desprecie, pues ya sabes lo que son esos isleños. Epiménides, su compatriota y su profeta, los pintó cuando dijo: «Los cretenses, mentirosos empedernidos, malas bestias, vientres perezosos.»

En Efeso, Timoteo, al frente ahora de aquella comunidad, continuaba la lucha contra los sectarios. El recuerdo del maestro le sostiene, pero la insolencia de los falsos doctores le aterra. San Pablo lo sabe, y desde Macedonia le anima y aconseja con una carta que puede considerarse como el manual del ministerio pastoral. Familiarmente, como cuando charlaban sentados en los bancos de los mesones, le va recordando los varios aspectos de la actividad que ha de desarrollar el jefe de una iglesia: buen orden en las asambleas litúrgicas, deferencia respetuosa con las autoridades terrenas, sumo cuidado en la elección de los jefes de las comunidades, armonía, honradez y pureza de los hogares, circunspección y firmeza para mantener la autoridad de una Iglesia, «que es la asamblea del Dios vivo, la columna y firmamento de la verdad y la morada mística donde se realiza el gran misterio de la piedad», y, sobre todo, mucha vigilancia frente a la charlatanería de los herejes, y sus fábulas, y sus eternas discusiones; locuras impertinentes, cuentos de viejas, doctrinas diabólicas enseñadas por hipócritas, cuya conciencia está tiznada por los vicios a pesar de su aparente austeridad, que les llevaba a condenar el matrimonio y el uso de la carne. Por delicadeza de su estómago, y acaso también por evitar la fatua ostentación de los impostores, el maestro ruega a su discípulo, con una afectuosa condescendencia, que beba un poco de vino en sus comidas. Las prácticas externas valen poco; la piedad es lo que importa, la piedad que es útil para todo.

Un viento de rebelión hostigaba ya por aquellos días los *ghettos* de las grandes ciudades; los judíos de Palestina sacudían bruscamente el yugo de Roma, y tal vez los falsos doctores de Efeso se aprovechaban de aquellas circunstancias para inquietar los espíritus y sembrar doctrinas recomendando la sumisión y la paz. Todavía estaba fresca la sangre de sus hermanos, sacrificados en Roma, y el

furor vesánico de los que habitaban el Palatino había dejado en su memoria huellas indelebles; sin embargo, manda que en las asambleas cristianas se hagan oraciones públicas por el emperador y los magistrados, «para que de esa manera—añade—podamos vivir quieta y pacíficamente, con toda piedad y santidad» (1 Tim., 2, 1-2).

Pero la gran preocupación del Apóstol es la conducta de los ancianos que forman el gobierno de la comunidad. Todo depende de ellos, de su unión, de su vigilancia, de su celo, de su espíritu de sacrificio. Ahora más que nunca piensa en el buen ordenamiento de la jerarquía, condición indispensable para evitar los vicios inherentes a todo compuesto humano y para fomentar las virtudes evangélicas, sin las cuales permanece estéril el germen de la vida cristiana, que, según un ritmo paulino, cantado, acaso, en las iglesias primitivas,

> fué manifestada en la carne,
> justificada por el Espíritu,
> contemplada por los ángeles,
> predicada a las naciones,
> creída en el mundo,
> recibida en la gloria (1 Tim., 3, 16).

La jerarquía que descubrimos en estas epístolas pastorales es todavía imperfecta y embrionaria. Los mismos términos que la significan son indecisos y oscuros. Se llama diácono a todo el que trabaja por el bien de la Iglesia, y si la palabra «obispo» designa siempre un ministerio sagrado, en cambio, cualquier individuo prudente y entrado en años recibe el nombre de presbítero. Una cosa es cierta: que Pablo se considera como el obispo universal, el jefe de todas las iglesias por él fundadas. Nadie puede poner en tela de juicio su autoridad, recibida de los Apóstoles y del mismo Cristo. Todos los poderes de orden y de jurisdicción residen en él. Temporalmente, en alguno de sus discípulos. Siempre que es necesario establecer sacerdotes o diáconos en alguna iglesia, interviene personalmente, o por medio de delegados, que son misioneros ambulantes como él: Timoteo, a quien él mismo había impuesto las manos; Tito, su más activo colaborador; Lucas, que debió organizar la iglesia de Filippos. El colegio de los presbíteros y obispos, hombres de virtud probada y afectos a la sana doctrina, tiene la misión de administrar la iglesia local, de vigilar, de predicar, de consagrar, de presidir, pero carece del poder de ordenar. Para la administración de los bienes temporales y las exigencias de la predicación, cuentan con la ayuda de

los diáconos, y en un rango inferior están las diaconisas, que si no pueden predicar en las reuniones de los fieles, trabajan en la catequesis de los mujeres, presiden los grupos de las vírgenes y las viudas y prestan servicios importantes en tareas propias de su sexo. En este punto tiene San Pablo unas palabras duras: «No permito a la mujer que enseñe ni que trate con autoridad a su marido. Debe permanecer en silencio, porque primero fué creado Adán, y después Eva. No fué Adán quien se dejó seducir, sino la mujer, que habiendo sido engañada prevaricó. Se salvará por los hijos que trae a este mundo, si los guarda en la fe, en la caridad, en la santidad y en una vida de honradez» (1 Tim., 2, 11-15).

En la Epístola a Tito había escrito San Pablo: «Date prisa para venir a juntarte conmigo en Nicópolis, donde he resuelto pasar el invierno» (Tit., 3, 12). Allí, en la extremidad occidental del Epiro, frente a las costas de Italia, va a organizar una nueva iglesia y al mismo tiempo a trazar un plan de campaña para el año siguiente. Se ve su empeño decidido en preparar a los colaboradores que han de continuar su obra cuando él falte. A los antiguos discípulos se juntan ahora otros nuevos, como Lino, Artemos, Carpo, Pudente, Zenas el jurisconsulto... Apolo forma todavía parte de la cohorte apostólica, que obedece sus órdenes con rigurosa disciplina. Por el momento, Timoteo tiene que continuar en la capital de Asia; Tito irá al Epiro y después a Dalmacia, y será reemplazado en Creta por Artemas o Tiquico. Zenas y Apolo reciben órdenes de presentarse en Nicópolis para conversar y tratar con el maestro. «Mándamelos—escribe a Tito—con todo cuidado, de manera que no les falte nada. Es conveniente que los nuestros aprendan a sobresalir en las buenas obras para los usos necesarios, a fin de que no sean infructuosos» (Tit., 3, 13-14).

En la primavera del año 67, Pablo atraviesa una vez más el mar Egeo. Ahora va de Europa a las costas de Asia. Va a cumplir la visita que había prometido unos meses antes a su discípulo Timoteo. Casi nada sabemos de este viaje. Pasó, sin duda, por Corinto, donde se separó de él uno de sus antiguos colaboradores, Erasto; tocó en el puerto de Mileto, donde tuvo que dejar enfermo a su compañero Trófimo; estuvo, sin duda, en Efeso, donde le reclamaba la inexperiencia de Timoteo, asustado por la responsabilidad de su cargo. Después, la sombra más completa. Al poco tiempo vemos al Apóstol en Roma. Ya no correrá más caminos. Ha sido apresado, tal vez en el puerto de Troas, atalaya en otro tiempo de los puertos de Asia y Eu-

ropa. Allí se han quedado su manto, sus códices y sus pergaminos. Tan rigurosa debió ser la actitud de la Policía imperial, que no se le dió tiempo para recoger ninguna de estas cosas. ¿Qué necesidad tenía de ellas, si estaba ya condenado a la última pena como corifeo de los incendiarios que dos años antes habían pagado con la vida el supuesto crimen?

Una cosa es cierta: que en la primavera del año 67 se encuentra en Roma cargado de cadenas y hundido en un calabozo. Ya no es aquella primera prisión, aureolada de gloria, coronada de éxitos y compensada por la compañía de los discípulos. Ahora, un tal Onesíforo, que acaba de venir de Efeso, siguiendo, sin duda, al maestro encarcelado, ha logrado encontrarle después de muchas pesquisas y diligencias (2 Tim., 1, 17). El prisionero estaba completamente abandonado. «Sufre, cargado de cadenas, como un malhechor.» Sus antiguos amigos no se atrevían a manifestarse públicamente, o bien ignoraban, o fingían ignorar, su paradero. Pablo se quejaba muy particularmente de los asiáticos. «Todos los de Asia—decía—se han alejado de mí; y entre ellos Figelo y Hermógenes» (2 Tim., 1, 15). Algunos de los más íntimos, como Tito y Lucas, que habían ido con él a la Ciudad Eterna, estaban ocupados en diversas misiones. Lucas no tardará en volver; pero entre tanto, es Onosíforo el único que le visita y le acompaña. «Él me ha consolado muchas veces, sin avergonzarse de mis cadenas» (2 Tim., 1, 16).

Y, sin embargo, era en este momento cuando su alma sensible necesitaba con más urgencia el apoyo de un amigo. De parte de sus jueces ya no podía esperar la simpatía de antaño. Entre su segunda y su tercera cautividad estaba el incendio de Roma, la matanza de los cristianos y el decreto de Nerón. El emperador realizaba entonces a través de la Hélada aquel viaje fastuoso en que los pueblos le vieron luchando con las fieras en el circo, cantando acompañado del arpa en el teatro, ostentando en todas partes sus habilidades de histrión coronado de laurel, ávido de aplausos y coronas. Pero en la capital, al frente el gobierno, quedaban los íntimos compañeros de sus orgías; los dignos representantes de su política de rapiña y de crueldad: el prefecto Tigelino y Helio, el liberto. San Clemente podrá decir algo más tarde que Pablo murió bajo el gobierno de los higúmenos, es decir, de los jefes. Directa o indirectamente, ellos son los que inspiraron el tribunal que debía juzgarle.

El preso se dió cuenta de aquella hostilidad desde que tuvo que comparecer por vez primera delante de sus jueces. Todo en la basílica

parecía conjurarse contra él: la ausencia de los suyos, la severidad de los magistrados, la actitud de la concurrencia. Nadie salió a defenderle contra los acusadores. «Con motivo de mi primera defensa nadie me asistió; antes, todos me desampararon. Dios se lo perdone» (2 Tim., 4, 16). Sin embargo, no se acobardó. Viendo la ansiedad con que la chusma heterogénea y compacta seguía el desarrollo de su causa, quiso aprovechar una vez más la ocasión para predicar el nombre de Cristo. Aquellos paganos, orgullosos y corrompidos, tuvieron que oír el anuncio del imperio inmutable, ante el cual palidecían las glorias de los reyes de este mundo. Los *Actos de Pablo*, entre muchas inepcias y mentiras, recogen unas palabras que acaso podían ser un eco de aquel interrogatorio: «¿Por qué—le dijeron—has entrado en el Imperio romano? ¿Por qué reclutas soldados, sustrayéndolos a la autoridad imperial?» Y él habría respondido: «Yo recluto soldados en toda tierra habitada. Tengo el encargo de no excluir ningún hombre del servicio de mi Rey. Este servicio puede salvaros a todos los que queráis someteros a Él. Porque en un solo día debe hacer la guerra al mundo.»

No obstante, es seguro que San Pablo habló con más diplomacia. Predicó a Cristo, pero con tal habilidad, que su discurso impresionó vivamente, y por entonces no fué condenado. «El Señor me asistió y alentó para que yo acabase de predicar y me oyesen todas las naciones. Y fuí librado de la boca del león» (2 Tim., 4, 16-17). Tal vez este triunfo enardeció a algunos cristianos de Roma para entrar en contacto con el gran evangelizador del mundo. Algunos de ellos, como Lino, futuro obispo de la ciudad; como Pudente, un ilustre patricio, pasaron aquellos días por el calabozo, felicitando al ilustre prisionero y ofreciéndole sus servicios. Pero el Apóstol pensaba en el amigo lejano, en el más querido de todos.

No se hacía ilusiones. Aunque guardaba alguna esperanza de vivir, la espada del suplicio brillaba sin cesar delante de sus ojos. Y en aquella hora suprema quería que Timoteo estuviese junto a él. Así se lo hace saber en una carta conmovedora, que se ha considerado como su testamento, y que es el retrato de su alma en vísperas de morir. La impetuosidad antigua se ha apagado; y un halo de melancolía se extiende por estas páginas inolvidables. Quedan las preocupaciones morales y dogmáticas de antaño; pero el anciano aparece hasta en la tendencia a recordar el pasado, la conversión milagrosa, las primeras misiones, el instante en que conoció a su hijo muy amado, las figuras amables de Lois y Eurice, el fervor de los primeros días y los

*

divinos triunfos de los comienzos de su carrera, la enseñanza, la fe, la paciencia, la constancia, el amor y las persecuciones a granel, de que había salido libre, ileso, por la gracia del Señor.

Pero, a pesar de los años, todavía descubrimos el mismo corazón, la misma energía indomable: «Dios—confiesa con altivez—no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de sabiduría» (2 Tim., 1, 7). Un discípulo de Cristo debe estar siempre dispuesto a combatir y a sufrir: «No te avergüences de confesar a Nuestro Señor; no tengas tampoco vergüenza de mí, su cautivo... Por Él sufro yo todas estas cosas sin avergonzarme, porque en Él he puesto mi fe y estoy cierto de que es poderoso para guardarme lo que le he confiado hasta el día de su reino eterno» (2 Tim., 1, 12). El Apóstol no está seguro de ver una vez más a su discípulo, y por eso le da todos estos consejos, en que se adivina el acento de las palabras postreras. Preocúpale la idea de haber puesto sobre sus débiles hombros una carga demasiado pesada; recuerda con ternura su rostro casi de adolescente, y su corazón, tierno todavía para la lucha, día y noche reza por él, evoca su imagen con lágrimas y sólo un deseo tiene ya en esta vida: tenerle junto a sí en aquellos últimos días.

Que venga cuanto antes, que le traiga los códices y los pergaminos que se dejó en Troas, en casa de Carpo; que le traiga también el manto, su único manto por ventura, el manto viejo, gastado por el polvo de los caminos lodosos y por el roce de las mugrientas posadas. Tal vez el proceso se prolongue, y piensa ya lo que será el invierno en aquella prisión húmeda, infecta, tenebrosa, con las manos doloridas por la opresión de los hierros, con los pies encerrados en el cepo, con el cuerpo acribillado por los insectos y los gusanos. Y por otra parte se ve ya ofreciendo su sangre, delante del altar de Dios, cree llegado el momento de «levar anclas» y siente sobre su rostro la caricia de la brisa lejana que le empujará hacia las playas de la eternidad. «Ya soy ofrecido en libación, y el momento de mi partida se acerca... He combatido el buen combate, he terminado mi carrera; he conservado la fe. Ahora me aguarda la corona de la justicia, que el justo juez me dará en este día, no sólo a mí, sino a todos los que esperan con amor su advenimiento» (2 Tim., 4, 7-8).

Es admirable la serenidad de este viejo atleta, de este prodigioso luchador en el momento de terminar su tarea. No manifiesta cansancio, ni vacila, ni se estremece. No hay la menor sombra en su ser, el menor temblor en su palabra. Más fuerte que nunca en sus convicciones, se va porque ha llegado a la meta. En sus frases vibra una

paz que parece el reflejo de otro mundo mejor. Los mártires se prepararán con ellas al último combate. Para templar su espíritu, para anestesiar su cuerpo ante los azotes, las llamas y los colmillos de las bestias, beberán el espíritu de Pablo en la copa llameante de sus Epístolas y ya no les importarán las amenazas de los tiranos. En el año 180 preguntaba el procónsul de Africa, Saturnino, a los mártires de Scilli: «¿Qué guardáis en vuestros armarios? —Nuestros sagrados libros—respondieron ellos—y las Epístolas de Pablo, varón santísimo.»

No sabemos si Timoteo encontró a su maestro con vida. Probablemente, no. Por lo demás, el prisionero no había de necesitar ya su viejo manto. Un día, antes de empezar los calores del estío, le sacaron definitivamente de la prisión. Un pelotón de soldados le rodeaba. Sus espadas desnudas brillaban al reflejo del sol. Entre las miradas curiosas y maliciosas de los transeúntes, entre las palabras irónicas de los legionarios, oíase tal vez de cuando en cuando el sollozo de algún discípulo. A pesar de su cabello alborotado y de sus vestidos harapientos, una claridad ultraterrena le envolvía. Caminaba como un soldado intrépido. ¿No era él quien había dicho: «Oh muerte, ¿dónde está tu victoria? Oh, muerte, ¿dónde está tu aguijón?... Gracias a Dios que nos da la victoria por Jesucristo Nuestro Señor», (1 Cor., 15, 55-57).

La tradición nos dice que al llegar a la puerta de Ostia, al Suroeste de la ciudad, una mujer de porte aristocrático salió al camino sollozando y diciendo: «Pablo, hombre de Dios, acuérdate de mí en la presencia del Señor Jesús.» El Apóstol, reconociendo a Plautila, una gran dama que se había sentado entre sus oyentes junto a los esclavos, le dijo con tono festivo: «Buenos días, Plautila, hija de la eterna salud; préstame el velo de tu cabeza para cubrirme los ojos. En el nombre de Cristo dejaré a tu dilección esta prenda de mi afecto.» La escolta siguió la vía Ostiense, acercándose de cuando en cuando a las aguas del Tíber, y se detuvo en un valle desierto y silencioso, que por sus fuentes había recibido el nombre de *Aquae Salviae*. Aguas salubres. Allí Pablo rezó mirando hacia el Oriente, vendó sus ojos y tendió su cuello a la espada. Y se apagó para siempre aquella voz incomparable y descansó aquel eterno viajero que mereció más que nadie ser llamado ciudadano de todo el mundo.

CAPITULO XXVIII

El hombre y el santo.—Las Epístolas.—Oscuridad y profundidad.—Fisonomía.—La fuerza del genio y la obra de la gracia. Temple de hierro.—Conquistador y organizador.—El hombre de mando.—La inteligencia.—Idealismo y misticismo.—El corazón.—Amor a Cristo.

Los fieles de Roma recogieron piadosamente el cuerpo del Apóstol y le sepultaron en el lugar donde hoy se levanta su basílica. Un sacerdote romano de principios del siglo III podía decir a los visitantes de su iglesia: «Yo puedo enseñaros los trofeos de los Apóstoles: si vais a la colina del Vaticano y tomáis después la dirección de la vía Ostiense, encontraréis esos trofeos de los hombres que fundaron nuestra iglesia» (Eusebio: *Hist. Ecclesiast.*, II, 25).

Entre tanto, los fieles, diseminados por todo el Imperio, sus neófitos, sus discípulos, sus amigos, sus compañeros en la lucha, recogían amorosamente sus Epístolas, en las cuales se imaginaban escuchar todavía el acento de su voz y el latido de su pecho. Allí, más aún que en el relato fragmentario de San Lucas, es donde podemos descubrir todavía nosotros, sus discípulos del siglo XX, la grandeza de aquel hombre tan excepcional, que el mundo, como dirá San Juan Crisóstomo, no volverá a ver otro semejante. Allí se nos entrega plenamente con su corazón inmenso, con su viva sensibilidad, con su inteligencia fulgurante, con su voluntad recta e impetuosa, con su amor apasionado de la verdad. Su estilo, a primera vista, nos desconcierta; su pensamiento nos deslumbra, su lógica confunde nuestra lógica mesurada, prudente, fría, acostumbrada a pasar de un concepto conocido a otro concepto conocido. Él piensa por manera de explosión. Es incapaz de circunscribirse; cada pensamiento, cada palabra suya irradia una luz, que se amplía, que se aleja, que se complica indefinida-

mente. Nada aparece aislado en su ideología; nada desarticulado, nada disonante; cada detalle se traba y se armoniza como una gota en la corriente, como un acorde en la orquesta, con la complejidad viva de lo real, de lo real que percibe el espíritu y de lo que aprehenden los sentidos. Cada frase suya abre perspectivas infinitas y descubre profundidades que es imposible sondear. A veces, una sentencia es la visión microscópica de un mundo: «Dios lo ha encerrado todo bajo el pecado... Todo se conjura para el bien de los que aman a Dios... Dios se ha propuesto reunir todas las cosas en Cristo... El mediador no es de uno solo y Dios es solo.»

Son miradas audaces, visiones espléndidas. El vidente quiere resumir en dos palabras infinitos paisajes, y con frecuencia esas palabras son balbuceos enigmáticos, laconismos desconcertantes que han ejercitado la paciencia de sus lectores más apasionados. Tal vez nadie le ha leído con tanto amor como San Juan Crisóstomo, y, sin embargo, decía: «Cuanto más estudio a Pablo, menos lo entiendo.» Y a estos pasajes oscuros hacía alusión San Pedro en estas palabras de su segunda Epístola: «En los escritos de Pablo, nuestro hermano carísimo, hay cosas difíciles de comprender» (2 Petr., 3, 15-16). Es la oscuridad de la mina en que se encierran grandes tesoros, la riqueza inagotable, la intensidad de vida, la fuerza, la variedad, la exuberancia de un mundo en formación.

Y la misma riqueza de aspectos, de actitudes, de contrastes nos sorprende en la persona del autor. «El que tratase de fijar en el centro de una vidriera un retrato que transparentase lo esencial de su vida profunda, «tendría que declararse vencido de antemano por la magnitud y la unidad compleja de una figura sin igual. Su fisonomía condensa caracteres tan múltiples y supereminentes, que ninguna figura plástica pudo nunca abarcar el conjunto. La medalla del siglo II, que le representa frente a San Pedro, no ofrece más que la mascarilla tradicional: nariz breve y encorvada, frente pelada, ojos a flor de cabeza, tensión de una fuerza operante, pero sin la concentración mística» (Emile Baumann: *St. Paul*, 335). Después, a través de las edades, cada artista reproducirá alguno de los caracteres, el que más le ha sorprendido en su rico ejemplar: uno, la majestad profética, la serenidad sobrehumana; otro, la mirada ungida de ternura, ebria de los arrebatos del misterio; éste, la impetuosidad conquistadora y la austera rudeza; aquél, la gracia luminosa del contemplativo. Tal vez alguno ha llegado a juntar la firmeza con la dulzura en un conjunto armonioso, pero ningún pincel ha sabido

reproducir esa mezcla maravillosa de altivez y de humildad, de dignidad y de mansedumbre, de sentido práctico y de elevación contemplativa, de apego a la tradición y de desprecio a los formulismos, de ironía y de unción, de prudencia flexible y decisión fulminante.

Todos estos rasgos, en un equilibrio magnífico, forman la fisonomía de Pablo. Si alguno de ellos domina, es su violencia apasionada, no impulsiva, sino dogmática, regida por los principios de su fe. «Cree y exige que los demás crean como él, vivan como él y estén sometidos a la verdad. La gracia no ha creado en él un temperamento; no ha hecho más que sujetar las cualidades con que Dios le había adornado al predestinarle. Sus mismos defectos han servido a los fines divinos: la velocidad de sus impresiones le disponía a la inconstancia; la viveza de su sangre le impulsaba a romper con todo lo que le resistía; su energía viril hubiera podido arrastrarle hacia la servidumbre carnal; la fuerza de sus convicciones le llevan al fanatismo; la agudeza de su dialéctica parecía anunciar un sofista. Pero encauzadas hacia la obra justa, su necesidad de movimiento, su rapidez de acción aceleraron la marcha del Evangelio. Su brusquedad decisiva rompió hasta donde era necesario las cadenas de la antigua Ley. Su fe indomable empujó a los indecisos, mantuvo en la unidad a los frágiles, turbados por las discordias. Su flexibilidad adaptó los medios de persuación a los pueblos que debía convertir y a los errores que se encontraba a su paso. Sus mismas flaquezas le ayudaron a permanecer en la humildad» (Emile Baumann, *St. Paul*, 336-337).

Las más altas cualidades que pueden enaltecer a un hombre las hallamos en Pablo sublimadas por la santidad. El genio humano se junta en él con la influencia divina para hacer un tipo perfecto de humanidad, frente al cual los más grandes héroes del pensamiento humano y de la historia cristiana se nos figuran copias incompletas. Esa unión fecunda de las dos actividades, íntimamente coordinadas en una vigorosa personalidad, nos explica las características de su genio. Dios, que le escogió para ser el gran propagador del Evangelio, el doctor de las gentes, el gran animador de la vida divina en la Iglesia naciente, le armó y preparó espléndidamente para realizar su misión providencial, y después, durante su carrera, no cesó un momento de asistirle de una manera milagrosa. A su vocación excepcional sigue una serie continua de iluminaciones, que le descubren los misterios más profundos de la religión, y esta luz sobrenatural, que

desciende sobre su inteligencia, es el principio generador de su vida interior y el que inspira su método de apostolado.

Él nos explica también su resistencia inaudita. Con un cuerpo débil y enfermo resiste todas las fatigas, todas las persecuciones y todos los tormentos. Pocas veces hombre alguno realizó un esfuerzo físico tan rudo y continuado. Ciertamente, su voluntad era de hierro. No había amenaza ni peligro capaces de hacerle retroceder. Olvidar lo pasado, era su grito de combate, y extenderme siempre a lo que está delante de mí. En su conducta hay habilidad y prudencia, pero jamás engaño y astucia. Realiza su obra de embajador de Cristo con una noble altivez, con una fidelidad consciente y nunca desmentida. Su lenguaje ante los doctores judíos o ante los magistrados de Roma fué siempre digno del mensaje que llevaba y de la causa que defendía. En su actitud, ni rebelión ni bajeza; en sus palabras, ni reticencias, ni subterfugios, ni contemplaciones. La verdad completa, expuesta con la amabilidad de un hombre de mundo y con la claridad del espíritu de Dios. Atenuarla por complacer a los hombres le parecía una blasfemia y una traición. Él puede gemir bajo el peso de las cadenas, pero la palabra de Dios, proclama fieramente, no está encadenada.

Nacido para mandar, sentíase inclinado a afirmar su pensamiento de una manera fuerte y autoritaria. Su gesto era el gesto de un jefe que ve las cosas con claridad y sabe volcar sus ímpetus en los otros. La certidumbre que tiene de poseer la verdad pone en sus palabras y en sus actos un acento imperativo y absoluto. Y si mirásemos aisladamente algunas de sus actitudes, algunos de los pasos de su vida, podríamos imaginarnos un Pablo como el que nos representaron los artistas del Renacimiento, ceñudo, amargo, iracundo, violento y sombrío. Es cierto que su personalidad se imponía por su fuerza y su originalidad, que defendía con calor una idea cuando se había convencido de ella, que para su tenacidad no había obstáculos ni resistencias, que exigía una docilidad completa en los que habían de trabajar con él, sin admitir discusiones ni rectificaciones; que se lanzaba impetuoso contra sus adversarios cuando veía su perversidad y malicia.

Pero ya hemos visto que éste no es más que uno de los aspectos de su espléndida fisonomía.

Además, no debemos perder de vista las circunstancias difíciles, a veces trágicas, en que se desarrolla aquella vida exuberante. Dios le ha llamado, le ha establecido Apóstol de su Iglesia; suya es la

responsabilidad; la gloria es de Cristo, a quien adora; exige unidad de acción; obediencia a un plan trazado por él de antemano. Por eso huye siempre de trabajar en el campo de otro. El que no quiera someterse, que se vaya. Y se van Bernabé, Silas, Juan Marcos... Tal vez Tito y Timoteo no valían tanto como ellos, pero su acción prolongaba la del jefe, y bajo su mirada vigilante y su inspiración clarividente un talento ordinario podía convertirse en un valor de primer orden. Y era grande el prestigio de aquella voz que salía empañada de claridades celestes, de aquellas manos que se mostraban endurecidas por el trabajo, de aquella vida hecha de amor y de sacrificio, de grandeza y de humildad. Bien podía mandar el que los precedía a todos en la lucha, el que tenía derecho a decir, como él decía con sencillez encantadora: «Imitadme; haced lo que yo hago.» Tenía todas las cualidades del jefe: seguridad en la visión, rapidez en la ofensiva, viveza en la respuesta, audacia y decisión, firmeza en el objetivo propuesto y habilidad para cambiarle, si lo pedían las circunstancias; pero a estas cosas juntaba lo que importa más que todas ellas: el ejemplo.

Pero las más bellas victorias hubieran sido inútiles si, a medida que iba ganando terreno para Cristo, no se hubiera preocupado de asegurar sus conquistas. En esta tarea de organizador, aunque menos brillante, le admiramos tanto como en sus empresas conquistadoras. Las dos actividades se juntan en él para formar el misionero perfecto. Él mismo gobierna todas las iglesias, las visita, atiende a sus necesidades, conjura sus peligros, anima, consuela, dirige, gobierna. Su principal mérito para el historiador de los orígenes cristianos es haber comprendido inmediatamente, y con más claridad que los demás predicadores del Evangelio, el carácter universalista de la religión. Desde el principio de su apostolado le vemos poseído por la idea grandiosa de una sociedad integrada por todos los hombres y unida por el lazo común de la fraternidad cristiana; y empujado por esta visión espléndida, rompe decididamente con el particularismo judío, y de esta manera hace posible la conquista del mundo. Sin duda, sería un error considerarle como el creador del universalismo cristiano, que hunde sus raíces en las mismas páginas evangélicas, pero fué su más ardiente campeón, y, en definitiva, el que le hizo triunfar. Tampoco hay que olvidar que su predicación no es una doctrina personal distinta de la que predican los demás Apóstoles, pero las verdades de la fe salen de su boca con tal fuerza, con tal cla-

ridad, con tal sello de originalidad, que bien puede hablar de su Evangelio.

La voluntad tenía en él a su servicio una inteligencia soberana. Era un analizador formidable y un prodigioso sintetizador. Su mirada penetrante horada hasta el fondo del ser humano y después se levanta hasta las cumbres de la divinidad, y confrontando su miseria con las perfecciones divinas, explorando su conciencia con la lámpara de la fe, descubre el punto céntrico de sus flaquezas y la fuente primera de sus virtudes. Con frecuencia hemos admirado en él al dialéctico temible, pero la lógica sólo le sirve para hacer triunfar la idea que ha descubierto por la intuición. «Fué esencialmente un intuitivo. La característica y la originalidad de su genio residen en esta cualidad dominante de su temperamento intelectual. Para él la verdad religiosa era objeto de contemplación. Su espíritu la captaba por modo de visión directa y no por vía de razonamiento; los grandes misterios de que llegó a tener la comprensión plena, se presentaban a su espíritu sin intermediario de símbolos o de imágenes. Su pensamiento tenía su punto de partida y su término en Dios y en el mundo de las realidades sobrenaturales, en el cual se movía como en su elemento natural; ese contacto inmediato y permanente con lo divino le fortificaba, le enriquecía y le daba esa doble nota de certidumbre y de claridad que un simple conocimiento discursivo no hubiera podido darle en tan alto grado» (A. Tricot, *Saint Paul, Apôtre des gentils*, 1927, pág. 183).

En esto Pablo se asemeja a los grandes místicos, cuyo ideal realizó él de una manera sublime, viviendo continuamente bajo la acción de la luz divina, fija la mirada en la contemplación del mundo trascendente, hacia el cual retorna siempre vigoroso en sus Epístolas, cuando las exigencias de la argumentación, o el desarrollo de un tema doctrinal, o alguna disposición disciplinaria, le han obligado a apartarse un momento. Por una parte se nos presenta como uno de los espíritus más pragmatistas que han existido, y, sin embargo, con el pensamiento vive en el mundo de las sustancias indivisibles, que son para él las más reales y verdaderas. Su idealismo nos hace pensar en Platón, cuyos escritos probablemente no conocía, pero cuyas teorías flotaban en el ambiente que él respiraba. Cuando nos dice «que pasa veloz la figura de este mundo»; cuando nos aconseja «que consideremos, no lo que se ve, sino más bien lo que no se ve, porque lo que se ve pasa y lo que no se ve permanece» (2 Cor., 4, 18), pensamos en el demiurgo del Timeo, modelando los arquetipos eternos

y subsistentes, de los cuales los objetos sensibles no son más que copias imperfectas, sombras fugaces, reflejos fugitivos. Ese mundo, que a nosotros se nos antoja poblado de fantasmas vaporosos, es el que interesa muy particularmente a San Pablo. Contempla a Cristo como una persona real y viviente, piensa en el Espíritu que le guía, se representa envuelto y penetrado por la esencia misma de Dios, ve las reuniones de los fieles alegradas y honradas por la asistencia de los ángeles y las legiones de los demonios cubriendo la atmósfera superior, poniendo obstáculos a la predicación del Evangelio, interceptando el paso a las almas que caminan hacia Dios. Este concepto de la realidad es el que le inspiraba frases como éstas: «El reino de Dios no es el comer ni el beber, sino la justicia, la paz y la alegría por el Espíritu Santo. Yo estoy crucificado para el mundo y el mundo está crucificado para mí» (Rom., 14, 17; Gal., 6, 14).

Discurriendo por ese mundo superior, llegó a describirnos con palabras inolvidables sus maravillas. Aunque esencialmente intuicionista, la razón no estuvo en él ociosa. La mayor parte de las ideas que forman su Evangelio proceden de la tradición hebrea, de la predicación de Jesús y de la revelación personal; pero él lo reduce todo a un sistema coherente y armonioso, lo traduce en un lenguaje preciso y a veces lapidario y lo ilumina con la claridad de su lógica vigorosa. No construye teorías por pura curiosidad intelectual, sino llevado siempre por una finalidad práctica. Nunca admiraremos bastante aquella argumentación en que su pensamiento, estimulado por la antítesis, se concentraba en un principio superior para desarrollarse luego con una fuerza irresistible y una dialéctica arrolladora. Pero todo este esfuerzo tiene un objetivo palpable: aniquilar un error, salvar un alma, defender la gloria de Cristo. Su enseñanza es siempre espíritu y vida; nunca letra muerta, «porque la letra mata y el espíritu vivifica». Aun en esos juegos maravillosos de la razón, el punto de apoyo es siempre una verdad descubierta o iluminada por el contacto inmediato con el mundo sobrenatural.

Pablo nos dijo que no conocía a nadie según la carne (2 Cor., 5, 16). ¿Es que su entrega a Cristo había arrancado de su ser todo afecto humano? De ninguna manera; con su conversión su amor no queda absorbido, sino transformado. El corazón de Pablo—dijo San Juan Crisóstomo—era el corazón de Cristo. Era un gran corazón. Tenía, como observó Neumann, el don de la simpatía. Más que en sí mismo, vivía en los demás, compartiendo sinceramente sus alegrías y, sobre todo, sus pesares, trabajando a su lado, socorrién-

doles en sus necesidades, empequeñeciéndose y olvidando su vocación y su genio para ser mejor comprendido de los humildes. Cada separación, cada despedida, era un desgarrón para su alma. Por medio del recuerdo sigue viviendo con sus amigos, con sus neófitos, con sus colaboradores, y cuando les escribe, no encuentra en su rico vocabulario términos bastante expresivos de su ternura. Lucas es el médico muy amado; Tito, el hermano carísimo; Timoteo, el hijo de sus entrañas. Su ausencia es motivo de tristezas y de sufrimientos. «Hijitos míos—dice a los Gálatas—, por quienes siento nuevamente los dolores del parto, ¡quién me diera estar cerca de vosotros en esta hora!» (Gal., 4, 19-20). Un día llega a Troas lleno de entusiasmo e ilusiones porque Dios ha abierto de par en par la puerta del Evangelio. Pero Tito, a quien había dado cita en aquella ciudad, no ha llegado todavía. Esta decepción le abate. Turbado, inquieto, interrumpe su misión y sale para Macedonia en busca de su discípulo (2 Cor., 2, 12-13).

Y no solamente ama, sino que necesita ser amado. Quiere que sus neófitos simpaticen con él. El aislamiento le abruma como una losa. Se extraña de que los demás no vibren sacudidos por los mismos sentimientos de indignación, de entusiasmo y de alegría que a él le estremecen: ««Confío—dice a los corintios—en que sabréis hacer vuestro gozo de mi gozo. Me alegro, sí; me alegro de vosotros; alegraos vosotros y regocijaos conmigo» (2 Cor., 2, 3). Es emocionante ver a este duro asceta, a este luchador de hierro, a este místico, que dispone de la fuerza de Dios, reclamando y, en cierto modo, mendigando el cariño de los que le rodean. «Vosotros estáis dentro de mi corazón—decía a sus neófitos de Corinto— en la vida y en la muerte. Dadme vosotros a mí un lugar en el vuestro» (2 Cor., 6, 11-13). Estas expansiones, estas confidencias, producían casi siempre el efecto apetecido. Es extraordinaria la atracción que ejercía aquel corazón y profundos los cariños que despertaba. Pocos maestros fueron amados de sus discípulos como Pablo de sus convertidos y de sus colaboradores. Él mismo nos dice con frecuencia que el sentirse comprendido y amado fué uno de sus más grandes consuelos» (1 Cor., 12, 12-27; Gal., 3, 26-28; Eph., 4, 15-16).

Tal vez alguien podría interpretar torcidamente estos sentimientos y estas palabras, olvidando la transfiguración realizada en aquel corazón por el comercio constante con Cristo. Ama desmesuradamente, pero en las entrañas de Jesucristo, según su propia expresión. La base de aquel amor es la idea noble y fecunda de la fraternidad

cristiana. Según su doctrina, todos los fieles forman un cuerpo místico en unión con el divino redentor; todos han sido rescatados por la misma sangre, todos viven en la misma vida, todos toman parte en el mismo sacrificio y todos son iguales delante de Dios, como hijos del mismo Padre. Ante el hecho de la filiación divina, desaparecen todas las diferencias del nacimiento y de la fortuna. No hay más que una sociedad celeste, aglutinada por la sangre redentora, unida por el espíritu de Jesús, que es un espíritu de caridad. Esto hace que toda la vida individual de Pablo vaya íntimamente mezclada con la vida colectiva. Eminentemente sociable por temperamento y por la idea de esa sublime solidaridad del espíritu, llega a exclamar: «¿Quién enferma y no enfermo yo con él? ¿Quién se escandaliza y yo no me abraso?» (2 Cor., 11, 29). Suya es también esta máxima en que la delicadeza del sentimiento rivaliza con la belleza de la idea: «No tengáis con nadie otra deuda que la del amor recíproco» (Rom., 13, 8).

En realidad, la razón última del amor de Pablo, de su actividad, de sus padecimientos, de su constancia, de toda su vida llena de heroísmos y de victorias, es Cristo. Desde que se encontró con Él en el camino de Damasco, todo su empeño ha sido imitarle, vivir por Él y para Él, e identificarse con Él. Arrebatado por Cristo en medio de su carrera, según su propia expresión, no se contenta con seguirle como un prisionero, sino que se entrega completamente a Él y vive en la preocupación constante de convertirse en imagen viviente suya. Para ello tiene que sostener rudos combates interiores, de los cuales hay ecos vibrantes en sus Epístolas; pero poco a poco el hombre viejo desaparece, la calma sonríe en la victoria definitiva y el amor lanza su reto triunfal a todas las potencias del mundo. Ese amor es la gran conquista, más gloriosa que la del imperio de Augusto. Pablo ya no ve otra cosa ni sabe otra cosa. Es un apóstol, predica una idea, un teólogo que sólo esgrime un argumento, un amante que repite un solo nombre, el nombre adorable que cae de su boca sin cesar, a veces sin razón aparente, que le salta del corazón, que les escandece los labios; el nombre bendito de Jesús, ante el cual se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos. Por Él sufre, por Él triunfa, por Él predica, por Él se abrasa con ardores de celo, por Él trabaja con paciencia inaudita, la paciencia de los que no se cansan nunca de esperar, la paciencia que en Él no se agota nunca, aunque es, acaso, en virtud, también del hombre amado, el más inquieto, el más nervioso, el más impaciente de los hombres. Cristo es la obsesión, su pensamiento de todo instante, su vida: su vida religiosa,

su vida intelectual, su vida social y su vida sentimental, reducidas a una unidad soberana por la vida de Cristo. Vive de Él y para Él; su propia actividad ha sido reemplazada por la actividad divina. Si piensa, si ama, si obra, siéntese movido por una fuerza misteriosa, que es la misma fuerza de Dios, y puede decir con entera verdad aquellas palabras que escribió en Roma y que el peregrino lee sobre su sepulcro:

MIHI VIVERE CHRISTUS

INDICE

Págs.

PRÓLOGO 9

CAPÍTULO I.—El perseguidor.—Los primeros días de la Iglesia.—Los helenistas.—El diácono Esteban.—Nacionalismo judío.—Ante el Sanedrín.—El odio de Saulo. (Años 32-33.)..... 17

CAPÍTULO II.—El niño y el estudiante.—Ciudadano romano.—Hijo de hebreos.—Ambiente familiar.—La capital de Cilicia.—A los pies de Gamaliel.—Enseñanza rabínica.—Farisaísmo y rigorismo.—Otra vez en Tarso.—Influencia helénica.—Contacto con los estoicos. (10-30.)..... 26

CAPÍTULO III.—La dispersión de los discípulos de Jesús.—Guerra de exterminio.—De Jerusalén a Damasco.—La visión.—El convertido.— Explicaciones racionalistas.— Intervención sobrenatural.—El relámpago. (33.)..... 37

CAPÍTULO IV.—La nueva luz.—En la casa de Judas.—Misterio de amor.—El mensajero celeste.—A través de las sinagogas.—Judíos y prosélitos.—En la soledad de Arabia.—El evangelio de Pablo. (33-36.)..... 46

CAPÍTULO V.—Primeros ensayos apostólicos.—Entre los judíos de Damasco.—Los creyentes de la gentilidad.—Odios y persecuciones.—La fuga.—En Jerusalén.—Pedro y Pablo.—Audacia del convertido.— Emboscadas.— La voz en el templo. (37.) 56

CAPÍTULO VI.—Años oscuros.—Tarso, atalaya del mundo antiguo.—Las religiones de los misterios.—Isis y Atis.—Adonis y Dionisios.—Pablo y los cultos helénicos.—Concepto de la redención en la teología paulina.—El contacto con los filósofos.—Pablo en la casa paterna. (38-42.)..... 63

CAPÍTULO VII.—Progresos de la Iglesia.—Los discípulos en Antioquía.—Recelos de los celadores de la la Ley.—Bernabé y Pablo.—Triunfos apostólicos.—Hambre y persecución.—Pablo, en Jerusalén.—Hasta el tercer cielo.—Muerte de Herodes. (42-46.) 77

CAPÍTULO VIII.—Los doctores de Antioquía.—Llamamiento de Saulo y Bernabé.—Comienzo de la primera misión.—Juan Marcos.—Hacia Chipre.—De sinagoga en sinagoga.—Elimas el mago.—Ante el procónsul.— Pablo.— Misión providencial de Roma. (47.) 85

Págs.

CAPÍTULO IX.—En el Asia Menor.—Perge.—La emigración estival.—Enfermedad de Pablo.—Deserción de Juan Marcos.—A través de los páramos.—Antioquía de Pisidia.—Un discurso en la sinagoga.—Conversiones y contradicciones.—Conjuración de los judíos.—Expulsión. (47.) 95

CAPÍTULO X.—Iconio.—En la casa de Onesíforo.—Tecla, la virgen extática.—Sublevación del populacho.—El cojo de Listris.—Los adoradores de Zeus y Hermes.—Discurso de Pablo.—El testimonio de la sangre.—En Derbe.—La alegría de la mies.—El retorno.—La organización.—La Iglesia. (48-49.). 103

CAPÍTULO XI.—La cuestión de las observancias.—Antioquía y Jerusalén.—Los falsos hermanos.—El cisma.—Pablo frente a Cefas.—Deserciones en Galacia.—Epístola a los Gálatas.—Recurso a la Iglesia de Jerusalén.—El Concilio.—Triunfo de la libertad. (49-50.) 116

CAPÍTULO XII.—Segunda misión.—Silas.—A través del Tauro.—Otra vez en el Asia Menor.—Timoteo.—En los dominios de la diosa Madre.—Incertidumbres.—Predicación a los paganos.—Troas.—La voz del cielo. (51.) 130

CAPÍTULO XIII.— Segunda misión.— Hacia Europa.— Lucas el médico.— La isla de Cabiros.— En las costas de Macedonia.—Filippos.—Lidia, la purpurera.—La pitonisa.—Ante el tribunal de los Duunviros.—Maravillas en la prisión.—La despedida. (51.) 138

CAPÍTULO XIV.—Segunda misión.—Hacia Tesalónica.—Ternuras de Madre.— La catequesis paulina.— Asechanzas judaicas.—Sedición.— Los misioneros, expulsados.— En Berea.— Exito sin precedentes.—Persecución en Tesalónica.—La parusia.—El fugitivo. (51-52.) 145

CAPÍTULO XV.—Segunda misión.—En la Hélada.—Atenas.—El pueblo ateniense.—Pablo, en la escuela de Sócrates.—Congojas y tristezas.—Esfuerzos inútiles.—El Dios desconocido.—En el Areópago.—Discurso de Pablo. (52.) 152

CAPÍTULO XVI.—Segunda misión.—En el taller de Priscila.—Corinto.—Contradicciones en la sinagoga.—Persecuciones.—Desaliento.—La voz.—Trabajos y victorias.—Primera epístola a los tesalonicenses.—Inquietudes.—Segunda epístola a los tesalonicenses.—El estilo de Pablo. (52-53.) 162

CAPÍTULO XVII.—Segunda misión.—Los judíos de Corinto, contra Pablo.—Ante el tribunal de Galión.—Pablo y Séneca.—Salida de Corinto.— En Efeso.— El Nazir cristiano.—Descanso en Antioquía.— Espíritu de las primeras iglesias.—Jerarquías y Carismas.—Liturgia.—Cristo, centro de la vida cristiana. (53-54.) 172

CAPÍTULO XVIII.—Tercera misión.—El enigma psicológico de Pablo.—Organización de las iglesias.—Travesía del Asia Menor.—La ciudad de Efeso.—Apolo.—El gimnasio de Tirano.—Las comunidades asiáticas.—El valle de Likos.—Exi-

Págs.

tos y maravillas.—Los secretos de la magia.—Los hijos de Seva.—Auto de fe. (54-56.) 181
CAPÍTULO XIX.—La solicitud de las iglesias.—Desórdenes en Corinto.—Epístola de Pablo.—Las divisiones.—El incestuoso.—Matrimonio y virginidad.—Las reuniones litúrgicas.—El ágape.—El himno del amor.—La colecta.—Genio organizador.—La mirada del teólogo. (56.) 191
CAPÍTULO XX.—Tercera misión.—Luchas con los judíos de Efeso.—Pensando en Roma.—Las fiestas de Artemis.—El platero Demetrio.—Tumulto popular.—En el teatro.—Hacia Europa.—Tristeza y desaliento.—Noticias de Acaya.—Segunda epístola a los Corintios.—Calumnias.—Apología de Pablo.—En las cimas de elocuencia. (57.) 199
CAPÍTULO XXI.—Tercera misión.—Más conquistas en Macedonia y el Ilírico.—Un invierno con los corintios.—El prestigio de Roma.—Origen de su iglesia.—Epístola a los romanos.—La corrupción del paganismo.—Ceguera de Israel.—Sabiduría del plan divino en la redención del mundo.—El misterio de la muerte y de la vida.—Orden y autoridad.—Hacia Jerusalén.— De Neápolis a Tiro.— Discurso de Mileto. (57-58.) 210
CAPÍTULO XXII.—A través de Palestina.—Tiro, Cesarea y Jerusalén.—Con los hermanos de la Ciudad Santa.—En el templo.—Agresión tumultuosa.—Los soldados de Lisias.—Frente a la sedición.— Delante del Sanedrín.— Pablo, prisionero.—Caminos de Cesarea. (58.) 223
CAPÍTULO XXIII.—En Cesarea.—El procurador Félix.—Primera cautividad.—Interrogatorios.—Pablo hace su defensa.—Drusila.—Un nuevo procurador.—Intrigas de los sanedritas.—Agripa y Berenice.—Apelación al César. (58-60.) 235
CAPÍTULO XXIV.—De Cesarea a Roma.—El centurión Julio.—En un barco alejandrino.— Vientos contrarios.— Buscando un puerto.—Creta.—Consejo de Pablo.—La tormenta.—La lucha con las olas.—A la deriva.—El naufragio.—En la isla de Malta.—Un invierno tranquilo. (60-61.) 243
CAPÍTULO XXV.—Pablo, en Roma.—La custodia militar.—Controversia con los judíos.—Conversiones y consuelos.—Amigos y discípulos.—Las iglesias de Lykos.—Los primeros herejes.—Epístolas a los colosenses y a los efesios.—El misterio de Cristo y el misterio de la Iglesia.—Onésimo.—La esclavitud en el Imperio romano.— Epístola a Filemón. (61-62.) 258
CAPÍTULO XXVI.—Ayuda de los cristianos de Filipos.—Carta a los filipenses.—Exceso de amor.—Fin de la segunda cautividad.—El viaje a España.—La Roma de Nerón.—Incendio de la ciudad.—Matanza de cristianos.—La epístola a los hebreos. (63-64.) 273
CAPÍTULO XXVII.— Ultimos trabajos.— Viajes en Oriente.—

Págs.

Evangelización de Creta.— Efeso.— Lucha contra los herejes.—A través de la vía Egnatia.—Epístolas pastorales.—La prisión.—Soledad en Roma.—Segunda epístola a Timoteo.—El martirio. (64-67.) 284

CAPÍTULO XXVIII.—El hombre y el santo.—Las epístolas.—Oscuridad y profundidad.—Fisonomía.—La fuerza del genio y la obra de la gracia.—Temple de hierro.—Conquistador y organizador.—El hombre de mando.—La inteligencia. Idealismo y misticismo.—El corazón.—Amor a Cristo..... 291

Date Due

MR 1 '54			
MR 22 '54			

BS2658 .P436
San Pablo, Apostol de las gentes ...
Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 00064 0898